



CRISTINA WRIGHTS **FELIZLANDIA**



SE HAN EQUIVOCADO DE CAMINO...

FELIZLANDIA

CRISTINA WRIGHTS

Copyright © 2024 por Cristina Wrights

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

✿ Creado con Vellum

Para M, A & L, por darme una razón por la que escribir.

Oh Dios, solo quería que me follaras. Y luego me volví codiciosa, quería que me amaras.

— TRACEY EMIN

ÍNDICE

Introducción

Jess - Lunes por la mañana
Emma - Lunes por la mañana
Laura - Lunes por la tarde
Jess - Lunes por la tarde
Laura - Martes por la mañana
Jess - Martes a mediodía
Emma - Martes por la tarde
Laura - Miércoles por la mañana
Emma - Miércoles por la tarde
Jess - Miércoles por la tarde
Jess - Miércoles por la tarde
Laura - Jueves por la mañana
Emma - Jueves por la mañana
Jess - Jueves Mediodía
Laura - Jueves por la tarde
Emma - Jueves por la noche
Jess - Jueves por la tarde
Laura - Jueves por la tarde
Jess - Viernes por la mañana
Emma - Viernes por la mañana
Laura - Viernes por la mañana
Emma - Viernes por la tarde
Jess - Viernes por la tarde
Emma - Viernes por la noche
Laura - Viernes por la tarde
Emma - Sábado por la mañana
Jess - Sábado por la mañana
Laura - Sábado por la mañana
Jess - Sábado por la tarde
Emma - Sábado por la noche
Laura - Sábado por la noche
Jess - Sábado por la noche
Laura - Sábado noche
Emma - Sábado noche
Laura - Sábado noche
Emma - Sábado por la noche
Laura - Sábado por la noche
Emma - Sábado por la noche
Jess - Sábado noche
Laura - Sábado por la noche
Emma - Sábado por la noche

[Jess - Sábado noche](#)

[Laura - Domingo a primera hora](#)

[Epílogo](#)

[Mantén en Contacto](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del Autor](#)

INTRODUCCIÓN

En la fábula de ‘La Hormiga y el Saltamontes’, Jess siempre ha pensado que las hormigas son tontas de remate con esa sandez de trabajar duro para ahorrar para el futuro. Los insectos siguiendo todos los días la misma rutina monótona - despertarse al amanecer, marchar al unísono detrás del trasero de la hormiga de adelante sin salirse de su fila ni un solo milímetro - todo para construir un ridículo montoncito de comida, migaja a miserable migaja. ¿Cómo le puede atraer eso a nadie? Al menos el saltamontes disfruta de un verano al sol, aunque su vida sea corta. Eso tiene que ser mejor que mirar todos los días el mismo culo de hormiga a menos de un palmo de tu cara.

A Jess le gusta no tener que preocuparse por una agenda, invitaciones de boda o clases de pilates los martes. A veces ni siquiera sabe qué va a pasar dentro de dos horas. Podría pulsar el botón del semáforo, esperar a que apareciera el hombrecito verde parpadeando y pum... la atropella un quinceañero lleno de granos, escuchando a raperos de pacotilla y creyéndose el capo de la urbanización local sólo porque ha robado cinco libras del bolso de su abuela. Tres minutos de reanimación cardiopulmonar al ritmo de la Macarena y se acabó. Un pequeño aviso en el periódico local si tiene suerte y luego parte de la recogida de reciclaje del día siguiente. Así que Jess no cree que tenga sentido pensar demasiado en el futuro, le parece una pérdida de energía y tiempo.

Esta noche es un buen ejemplo. ¿Quién habría dicho hace una semana que las cosas saldrían así? Sophbeck un sábado por la noche, escenario del acto final de una tragedia shakespeariana, y no es que Jess prestara demasiada atención en su clase de lengua y literatura en el colegio.

El local rebosa de gente sudando como pollos y con las pupilas dilatadas por las anfetaminas. Por los altavoces retumba música electrónica remezclada con una banda de música escolar, que suena original y creativo, pero haría sangrar los oídos de todos los presentes si no estuvieran borrachos o drogados. Mujeres con tacones de aguja y vestidos tan ajustados que se les ve hasta el desayuno, bailando con las rodillas dobladas por culpa de sus pies doloridos. Hombres de piel anaranjada y más escote que en un reality de bailes de salón echan un vistazo al ganado disponible, cuyo tamaño se reduce a medida que avanza la noche. Toda la escena está enmarcada por las mismas frases en neón rosa que han decorado las paredes de ladrillo desde que abrió el bar. Frases sin sentido como ‘Carpe Diem’, ‘Mantente Positivo’ y ‘La Música es Vida’.

Y en medio del caos subterráneo de Sophbeck, tres vidas, incluida la suya, patas arriba por una serie de imprevistos que han acabado con todas ellas destrozadas en este club que huele a semen rancio. Poco importa la meticulosa planificación vital que hayan hecho de antemano, la tirada de dados podría haberles dado cualquiera de los papeles disponibles esta noche. El amante besando ansioso al amor que se le escapó. El alma rota con los sueños de su vida destrozados. O

el mentiroso, que finalmente revela sus secretos más oscuros. Todo ha cambiado en el espacio de una semana, sin importar cuántos planes de pensiones hayan pagado, con cuántas personas se hayan acostado o qué talla de vaqueros llevan. Así que, si alguien puede explicarle a Jess qué sentido tiene hacer planes para el futuro, sería estupendo.

Malditas hormigas. Más bien zorras engreídas.

JESS - LUNES POR LA MAÑANA

JESS SÓLO VE amarillo neón y rosa chicle. Mire por donde mire, los mismos colores chillones inundan todas las superficies y un dolor punzante detrás de sus ojos convierte su cerebro en papel maché. Las novelas postapocalípticas se equivocan: el mundo no se cubrirá de sucios tonos gris ceniza y marrón arena, sino en amarillo fosforito y rosa fucsia.

Un niño pequeño con una camiseta con el lema ‘Voy a ser astronauta’ se acerca a ella sosteniendo una pelota rosa de la piscina de bolas. La pelota está cubierta de los mismos mocos viscosos que le salen por la nariz, que se han vuelto costrosos en los bordes, formando un canal de mucosidad espeso que termina en su labio superior. El niño estira la mano para darle la pelota y saca la lengua, lamiéndose los mocos mientras la mira fijamente. Jess no tiene muchas esperanzas en las aspiraciones espaciales del niño. NASA tendrá, como mínimo, la expectativa de que alguien que va a volar al espacio exterior con una nave valorada en un cientos de millones domine el arte de usar un pañuelo de bolsillo. Jess ignora la pelota y, pensando que va a vomitar, se inclina y eructa tequila y kebab grasiento en la cara del mocosito. La acción les pilla a ambos desprevenidos, y el olor rancio hace que el niño parpadee rápidamente como si no pudiera creer que tal hedor fuera posible. Su labio inferior se curva y tiembla antes de salir corriendo y llorando hacia su madre, que está tomando un café cargado junto al castillo hinchable.

La sesión de ‘minis’ en el parque de camas elásticas promete ofrecer diversión segura a los menores de cinco años, al tiempo que desarrolla su coordinación física y sus habilidades sociales. Y les enseña a hablar mandarín con fluidez, los entrena para completar una maratón en menos de dos horas y los inspira para crear la próxima aplicación viral, convirtiéndolos en los primeros multimillonarios juveniles que aparezcan en la portada de Forbes. Si los dueños del establecimiento pudieran añadir esa perorata a su publicidad, publicarían anuncios en Facebook como una empresa de juguetes sexuales antes de San Valentín. Cualquier cosa con tal de conseguir que padres crédulos entren por la puerta con sus pequeños terroristas. Sin embargo, siete libras y media no les comprarán un mayor coeficiente intelectual para sus retoños. En su lugar, tan solo recibirán acceso a una abominación elástica de color rosa y amarillo y unos desagradables calcetines de poliéster, con la supervisión de una pelirroja de treinta y cuatro años resacosa de tequila, a la que se le ven las raíces sin teñir y que odia a los niños.

Fue su habilidad para el sexo oral lo que le consiguió a Jess este empleo. Se había enrollado con un chico que había conocido en la parada del autobús mientras ambos esperaban el 104 para ir a la ciudad. Una cosa llevó a la otra y acabaron en los lavabos del McDonald's una tranquila mañana, compartiendo después una caja de nuggets de pollo.

¿Alex? ¿Adam? era uno de los supervisores del parque de camas elásticas, y se había saltado conducir entrevistas para un puesto por estar demasiado ocupado con Jess. Le preguntó si a ella

le interesaba el trabajo. No tuvo ni que presentar su currículum, ‘esa mamada es mejor que cualquier cualificación’, le había dicho él. Las camas elásticas le habían parecido a Jess más divertidas que su trabajo en un locutorio, y estaba deseando ver más a Adam/Alex/algo-que-no-se-acordaba. Pero al final, él se marchó poco después de que ella empezara, cuando las cámaras de seguridad le pillaron robando la caja registradora. Al parecer, Jess no había sido lo único a lo que le había gustado meter mano.

Había vuelto a hablar con la empresa de trabajo temporal la semana pasada, pero, o bien no tenían nada para ella, o la habían puesto en la lista negra de demasiados sitios. Fuera cual fuera la razón, por el momento estaba atrapada en este infierno bicolor. Este trabajo era peor que el taller de cuero sadomasoquista en el que había pasado cuatro meses, antes de que el repugnante olor a pegamento que desprendían las correas elásticas de las máscaras de gas le hiciera cerrar la puerta a los látigos y los collares de perro. O la vez que trabajó de recepcionista en un instituto del centro y los aprendices a delincuente le tiraron gomas con una fuerza que desafiaría a lanzadores de disco olímpicos. Aunque el parque de camas elásticas no supera su fase de reina ecologista, dando consejos sobre cómo salvar la tierra en nombre del equipo de reciclaje del ayuntamiento. El hedor de la planta de residuos aún permanecía en su dormitorio y le había chamuscado permanentemente los pelos de la nariz.

Está a punto de zambullirse en los trozos de gomaespuma rosa y amarilla que hay debajo del trapecio para esconderse hasta el final de la sesión, cuando oye detrás de ella dos voces agudas subiendo las escaleras para utilizar el columpio. No necesita mirar para saber quiénes son, las mocosas malcriadas son asiduas del parque. Sus madres, dos hermanas gemelas, llegan puntualmente a las 10 de la mañana todos los lunes y se sientan en la cafetería con sus cochecitos iCandy a juego y sus abrigos Superdry, ignorando por completo a sus hijas, a pesar de que las normas establecen que los niños deben estar supervisados por un adulto en todo momento. Cuando Jess se lo señaló hace unos meses, se quejaron a la nueva supervisora de que las normas no especificaban que los padres tuvieran que participar en la actividad. Siguiendo la mantra de que ‘el cliente siempre tiene la razón’, la supervisora le había dicho a Jess que se pusiera manos a la obra y supervisara a las niñas. Durante el resto de la mañana, lo único que los demás padres pudieron ver cuando las gemelas de Sweet Valley tomaban un sorbo de su café fue una polla peluda eyaculando dibujada en la parte inferior de sus vasos de papel.

Las chirriantes voces de sus retoños se acercan y hacen estremecer a Jess. Las mocosas de cuatro años son la personificación en vivo de por qué odia a los niños pequeños: diademas a juego con lentejuelas plateadas, zapatillas rosas luminosas que hacen un ruido titilante a cada paso, frecuentes declaraciones de ‘las sirenas y los unicornios son mis cosas favoritas’, y chillidos cada vez que ven una mota de polvo en el equipo. Probablemente caguen bolitas de arco iris recubiertas de azúcar y se tiren pedos de polvo de hadas.

‘Ya no sé si puedo ir a tu casa. Zac ha dicho que no le gustas,’ le dice la de los leggins rosa pálido a la otra mocosa con una camiseta de mariposas moradas.

‘¿Por qué no le gusto?’ se queja la cría con voz apurada.

‘No lo sé, pero me voy a casar con él y las mujeres deben escuchar a sus maridos. Lo dice mi papá’ responde la niña con un asertivo movimiento de cabeza.

No conozco a tu padre y ya sé que es un gilipollas, piensa Jess mientras intenta pasarles el trapecio. La niña con las mariposas la ignora, el asunto de que su mejor amiga la haya dejado es mucho más apremiante.

‘¿Por qué no rompes con él? Mi mamá dice que no pasa nada si rompes con él mientras lo hayáis hablado.’

‘¿Cómo voy a tener hijos entonces? Zac dice que no puedes tener hijos a menos que estés casada y yo quiero bebés.’

Las crías están de pie en lo alto de la escalera, acaparando la plataforma, y una pequeña cola de pequeños horrores ha empezado a formarse detrás de ellas.

‘Pero la mamá de Sienna tuvo un bebé con su novia y no están casadas.’

‘Eso no es una familia de verdad. Zac dice que necesitas una mamá y un papá para tener una familia de verdad.’

Los niños que están esperando se inquietan, impacientes. El niño de la camiseta de astronauta, todavía con unos mocos enormes colgando de la nariz, empuja con fuerza a un niño más alto y éste cae desde los escalones a la colchoneta de gimnasia que hay debajo, aterrizando con un ruido sordo. Todos los pequeños terroristas hacen un ‘oh-oh’ al unísono, mientras el niño caído empieza a llorar un gemido agudo que atraviesa el cerebro de Jess y le provoca arcadas.

‘Zac dice-’

‘Cállate,’ interrumpe Jess. ‘Si sigues con esta mierda, las feministas empezarán a caer muertas por todo el mundo y ningún aplauso digno de Campanilla las resucitará.’

‘¿Qué es una faminista?’ pregunta la niña de la camiseta de mariposas. Las dos crías han interrumpido su intercambio y ahora la miran con ojos muy abiertos, esperando una respuesta.

‘Alguien a quien le importa un bledo lo que piense un mocoso como Zac’ Jess eructa de nuevo y huele el alcohol rancio en su aliento. ‘A mí me parece que deberías seguir con tu amiga y dejar de lamerle el culo al mocoso de tu novio.’

‘¡Zac no es un mocoso!’ defiende la leal portadora de las mallas rosas.

El niño caído sigue llorando y el resto de los críos han abandonado la espera del trapecio por el nuevo juego de saltar desde los escalones a la colchoneta de abajo, amenazando con estamparle la cabeza.

‘Tú y Zac sentados en un árbol, B-E-S-A-N-D-O-O-S. Primero viene el amor, luego el matrimonio, luego viene su amante más joven cuando te vuelves vieja y gorda. Te pasarás el resto de tus cuarenta siendo una miserable y amargada, antes de irte al Caribe, tirarte a todo lo que te rodea y volver a casa con una gonorrea y clamidia industriales.’ Jess canturrea y después clava su dedo puntiagudo en la cara de la niña de los leggins rosas. ‘Así que sí, escucha a tu colega, princesa. Amigas antes que novios, siempre.’

‘¿Qué demonios crees que estás haciendo?,’ dice una voz adulta detrás de ella.

Jess se da la vuelta y se encuentra con una doble visión rubia de las madres de ambas niñas mirándola fijamente, con manos en las caderas y uñas de quince centímetros listas para arañarla. Finge una agradable sonrisa corporativa. ‘Sólo estoy introduciendo los conceptos de amistad y feminismo. Sus conocimientos son desconcertantemente escasos.’

‘¿Te estás cachondeando?,’ le ladra una de las gemelas.

Quince minutos después, Jess está en el despacho de la nueva supervisora, frente al oscuro escritorio en el que Alex/Adam/lo-recordará-en-cualquier-minuto la había tumbado hacía unos meses. La superficie de madera había estado abarrotada de montones desordenados de papeles que habían volado por los aires como palomas perseguidas por un perro cuando él los había apartado de un manotazo. Sus nalgas desnudas habían dejado dos huellas redondas en el escritorio y Adam/Alex había bromeado diciendo que le pediría a la señora de la limpieza que las dejara para conservarlas como recuerdo.

Pero ahora la superficie brilla con cera para muebles y Jess no cree que la nueva supervisora aprecie la anécdota. La mujer fornida, con un corte de pelo barato y abundante placa amarilla en los dientes, denota que no tiene tiempo para superficialidades ni para cosas básicas como la

higiene personal. No hay posibilidad de que se salte ninguna regla o se deje convencer por una oferta de sexo. Sus pequeños ojos brillantes miran fijamente a Jess.

‘Estás despedida.’ La supervisora ni siquiera pestañea.

Jess no se molesta en vaciar su taquilla, ya que está casi toda llena de paquetes vacíos de patatas fritas y envoltorios de chocolate, así que se limita a sacar su mochila. El siguiente desafortunado puede desprender los múltiples chicles usados que tiene pegados en el interior de la puerta.

Mete en su mochila un montón de calcetines amarillos baratos, pensando que con este alijo no tendrá que comprar ningún par durante al menos tres años. Por último, coge la foto de Emma y ella vestidas como las *Spice Girls* que tiene metida en la puerta y que la ha seguido en sus múltiples trabajos. *Amigas antes que novios, siempre*, piensa con una sonrisa mientras la introduce en el bolsillo delantero y cierra la cremallera.

EMMA - LUNES POR LA MAÑANA

¿POR QUÉ ME MIRAN TODOS?

Once pares de ojos oscuros en torno a la mesa de reuniones de cristal ovalada están dirigidos hacia ella, esperando. Emma no sabe a ciencia cierta a qué, aunque se frota su nariz alargada por si acaso se le ha pegado un poco de espuma de leche de su café.

Había estado fantaseando con ganar el premio literario Costa ‘Primera Novela’ por su romance ‘Cuando el amor se va al cielo’. Estaba en la ceremonia de entrega de premios, posando para las cámaras en la alfombra roja, con la pierna derecha doblada y por delante, en esa pose que hace que sus muslos parezcan más esbeltos. Su vaporoso vestido azul cielo tenía una cola de seda que llevaba colgando delicadamente sobre su brazo, mostrando la intrincada pedrería bordada en el material. Sus rizos castaños caían suavemente por su espalda, sin el habitual encrespamiento que lo hacía parecer de estropajo, y sus dientes se habían enderezado milagrosamente de la noche a la mañana, asemejándose a los impecables ejemplares que aparecían en los programas de telerrealidad que tanto le gustaba ver. Con cada flash, le brillaban los ojos, mientras mostraba una versión diferente y más elegante de su sonrisa, sin encías rosadas y carnosas a la vista. Era una versión mejorada de sí misma, con filtro de belleza y todas las asperezas limadas: una foto de Instagram vivita y coleando.

El lujoso local londinense donde se celebraba la ceremonia estaba abarrotado de caras famosas, y Victoria Beckham acababa de acercarse para saludarla y felicitarla. ¿Por qué los famosos nunca van simplemente caminando? Es como si ese medio de transporte no estuviese a su altura, y solo sirviera para la gente normal y corriente. Mientras, ellos se deslizaban por el espacio y el tiempo, desafiando todas las leyes de la física.

‘Cariño, no podía dejarlo’, exclamaba Victoria, con la piel tensa sobre sus pómulos afilados como cuchillas. ‘Has escrito un libro soberbio, simplemente exquisito.’

Por supuesto, Emma se había reído modestamente, tapándose la boca con sus uñas pintadas de purpurina rosa, mientras se inclinaba para darle dos besos al aire. No quería que nadie pensara que se lo tenía creído, aunque sabía que el libro iba a ser un éxito de ventas cuando lo estaba escribiendo. Una novela romántica a la vieja usanza entre una moribunda y el médico que la trata. Un amor imposible con amantes que se cogen de la mano, se miran a los ojos y se prometen devoción eterna (que se materializa cuando la mujer se convierte en fantasma para poder permanecer al lado de su amante). La gente seguía creyendo en el amor verdadero, dijera lo que dijera Jess, que había sugerido decorar a la protagonista con un vajazzle en el que se leía DEP.

El hombre con sobrepeso al final de la mesa de reuniones se aclara la garganta con un ruido fuerte y flemoso que recuerda a una gaviota intentando robar un bocadillo en el muelle de

Brighton.

‘Emmie, ¿vas a empezar a escribir el acta?’ pregunta el Sr. McGuinness.

Oh, mecachis. ‘Sí, sí, por supuesto. Lo siento.’

Tantea en busca de un bolígrafo y un papel en blanco, golpeando su taza de café en el proceso. Afortunadamente, no se vuelca, pero salpica con algunas gotas la hoja en la que iba a empezar a escribir. En momentos como éste, agradece tener una tez aceitunada, ya que no se nota cuando se ruboriza. Ignora las manchas marrones que crecen sobre la superficie blanca y sujeta obedientemente su bolígrafo azul contra ella, levantando la vista y sonriendo con los labios cerrados al hombre obeso que preside la reunión.

Cuando le preguntan a Emma a qué se dedica, endereza sus hombros y echa su larga melena hacia atrás, antes de anunciar con grandilocuencia que es la encargada de marketing de una importante empresa fabricante de ascensores. Sus ascensores se han instalado en el campo de fútbol del Manchester United y, lo que es más emocionante, en el estudio del programa de televisión ‘*Take Me Out*’. Puede ver sus caras, imaginándosela caminando por el verde campo de fútbol con los jugadores a la hora del saque inicial, o dándole la mano al presentador del programa, Paddy McGuinness, al grito de ‘¡Que la tortilla vea la patata!’ Lamentablemente, la realidad es un poco más sombría. Pero, ¿no lo es siempre?

Como una de dos mujeres de una plantilla de cincuenta personas y la única con una copa de pecho inferior a la talla 90E y que no está casada con el director ejecutivo, Emma es la persona a la que acudir para cualquier cosa que no entre dentro de las responsabilidades de gente más importante y mejor pagada. O de gente menos importante y peor pagada. De hecho, es la persona a la que acudir para cualquier tarea aburrida y en la que haya que ensuciarse las manos. En general, no hay trabajo que se haya inventado que no se le pueda asignar. Esto puede incluir cualquier cosa que caiga bajo la vaga definición de tareas administrativas, preparar cafés siempre que sea necesario, y en una ocasión, incluso marcar las líneas del aparcamiento con conos de tráfico antes de que fueran repintadas.

La llamativa página web, los ingeniosos juegos de palabras en las redes sociales y los folletos profesionales que ven los clientes, son el producto de una empresa de diseño gráfico polaca que nadie conoce. Y las grandes empresas que figuran en su lista de clientes son una pequeña exageración. A cualquiera le costaría encontrar la instalación de *Old Trafford*, el estadio de Manchester, ya que las puertas están bloqueadas por el nuevo puesto de ‘Aquí para ayudarte’, patrocinado por una marca de cerveza. Y es poco probable que Paddy McGuinness suba pronto en el ascensor de ‘*Take Me Out*’, a menos que suela viajar con la vajilla sucia que se envía a la cocina.

Aun así, no debería quejarse. Tiene un alijo secreto de los mejores sobres para la máquina de café (los que hacen los mejores cappuccino), si sobra comida de las reuniones, ella es la primera en la fila para elegir entre los sándwiches antes de que los tiren, y cuando el responsable financiero reformó su despacho, ella se quedó con su vieja silla de cuero con acolchado extra. Un cojín de color crema con el simpático dibujo de un hámster disimulaba perfectamente la quemadura de cigarrillo que había hecho el anterior dueño. Además, el trabajo de marketing sólo le servía para tirar adelante hasta que consiguiera terminar de escribir su primera novela romántica. El primer borrador estaba quedando bastante decente después de ocho años trabajando en él.

‘Gracias, Dan, y bien hecho. Nos aseguraremos de hacer circular el acta entre todos los supervisores para que estén al día de las cifras de ventas. ¿Has tomado nota de eso, Emmie?’

Miércoles. Tendría que conseguir que Dan le pasara un resumen para poder ponerlo en las

notas. Eso significaba tener que hacerle la pelota y mirar veinte fotos de sus gatos persas, Donna y Perignon, con falsa admiración. Las caras aplastadas de los gatos blancos parecían haberse chocado contra un muro de ladrillo y los felinos aún estaban enfadados por ello. Sus miradas siempre le quitaban el apetito a Emma a la hora de comer. Había leído en alguna parte (probablemente en la revista *'Heat'*) que los animales con morros aplanados desaparecerían lentamente porque les costaba respirar, y Emma no podía decir que lo sintiera. No podías fiarte de algo cuyos rasgos faciales se amontonaban en el quince por ciento de su cara, porque nunca sabías qué estaba haciendo con el ochenta y cinco restante.

‘Antes de terminar, esta mañana he recibido una llamada del hospital de Oxford’ dice el señor McGuinness, mirando fijamente alrededor de la mesa y levantando sus pobladas cejas. Incluso desde donde está sentada, Emma puede ver los largos pelos que salen de ellas en distintas direcciones. ‘Esto es una continuación del trabajo que hicimos para entrar en el Acuerdo Marco del Este de Inglaterra, así como la reunión de Dan con ellos el mes pasado.’

‘*Oxford*’ y ‘*Algo del este de Inglaterra*’. Emma escribe las cuatro primeras palabras en el papel en blanco. Las dos líneas parecen un poco solitarias, así que añade ‘Acta de la Reunión Ejecutiva’ encima, y lo subraya dos veces con su rotulador rosa.

‘Les gustaría visitar nuestra fábrica como parte de su proceso de selección antes de decidir a qué empresa otorgar el contrato.’

Los hombres trajeados que rodean la mesa fruncen el ceño y miran a un lado y a otro, con movimientos tan perfectamente armonizados que podrían pasar por un equipo de natación sincronizada para mayores de 50 años con trajes de neopreno azul marino. Entre los murmullos y las voces bajas se oyen repetidamente las mismas palabras y frases. ‘¿Una visita a la fábrica? Pero nadie lo ha solicitado nunca.’ ‘No es buena idea que conozcan a los trabajadores, jeso los desanimaría!’ ‘El lugar es un vertedero, ¿cómo vamos a organizarlo a tiempo?’

El Sr. McGuinness espera a que cesen los murmullos antes de decir, ‘ni que decir tiene que cumpliremos con sus requisitos’. Su voz no invita ningún comentario por parte de los demás asistentes, que permanecen en silencio. ‘No hace falta que os recuerde a todos que éste podría ser un gran proyecto para nosotros, el siguiente paso en nuestro plan de crecimiento. Están considerando un programa de sustitución de quince ascensores al año durante la próxima década, además de todas las instalaciones de su nuevo hospital.’

Su mirada recorre la mesa, mirando a cada hombre por turno y saltándose a Emma. No es que ella lo sienta, por supuesto. Esos pelos en sus cejas podrían dejarle cicatrices en las mejillas.

‘Y sería nuestro primer contrato dentro de este marco de contratación público. Podría ser el siguiente gran paso para el desarrollo del negocio’.

Emma escribe ‘¿marco de contratación?’ Otra vez esas palabras directivas que no entiende, quizá debería comprobar qué significan.

‘Entonces, ¿quién se va a encargar de esto? ¿Dan? Al fin y al cabo, está relacionado con las ventas’. El Sr. McGuinness ha bajado la cabeza de tal modo que le está mirando como si espicara por encima de unas gafas invisibles. Por desgracia, esto no le hace ningún favor, ya que hace que su papada se multiplique.

Dan se retuerce visiblemente bajo su mirada y se muerde nerviosamente su grueso labio inferior. Un pequeño trozo de piel seca se desprende, dejando una llaga roja cubierta de saliva. ‘Er, estoy más que feliz de llevar la negociación cara a cara y cerrar el trato, Sr. McGuinness, pero creo que sus expectativas podrían ser más afines a folletos coloridos y un almuerzo pijo. ¿Puedo sugerir que esta actividad sería más adecuada para la responsable de marketing?’

El muy cabrón. Emma se hunde en su asiento. Este año va a cambiarle su regalo del amigo

invisible por golosinas envenenadas para gatos.

‘Excelente sugerencia. ¿Quién es el responsable de marketing?’ pregunta.

Se hace el silencio y todos los asistentes miran a sus pies a través de la mesa de cristal, evitando su mirada.

‘Yo, señor McGuinness,’ dice Emma con una voz más baja de lo que pretendía. Se aclara la garganta. ‘Yo soy la responsable de marketing’.

El Sr. McGuinness la mira con la misma cara seria que Emma se imagina que utiliza con sus adversarios en sus habituales partidas de póquer de los viernes por la noche (un pequeño detalle que había aprendido de su mujer, Lizzie). Probablemente piensa que es una cara de póquer bastante buena, pero poco sabe que el ensanchamiento inconsciente de sus fosas nasales y el tensar de su mandíbula revelan su asombro ante el hecho de que Emma sea la responsable de marketing. Lizzie dice que pierde más dinero del que gana, y Emma no se sorprende de que sus oponentes se hayan dado cuenta de sus evidentes señales cuando miente y esconde una escalera de color.

El Sr. McGuinness sacude la cabeza y mira sus notas. ‘De acuerdo, Emmie. Tendremos que organizar una presentación sobre nuestra empresa, reseñas de clientes, ese tipo de cosas. Sacar brillo a la fábrica y asegurarnos de que todo está en orden. Evaluaciones de riesgos, carteles de seguridad, pasillos despejados ... todo eso.’

‘Sí, señor McGuinness,’ responde ella, tratando de apuntar sus instrucciones tan rápido como puede mover su mano.

‘Pide un buen almuerzo con algunas de esas empanadas de salchicha y pequeños sándwiches de pepino, sin duda, algunos de los de Oxford serán vegetarianos. También café. Pero, por el amor de Dios, no dejes que hablen con ninguno de los empleados o saldrán corriendo’.

Los hombres alrededor de la mesa se parecen a esos perros de juguete que la gente tiene en los salpicaderos de los coches asintiendo a todo, y particularmente la última afirmación.

‘Todo listo para el viernes por la mañana. ¿Crees que estás preparada para esta responsabilidad?’

Se produce una pausa y todos en la mesa contienen su respiración. A Emma le recuerda al momento previo al anuncio del ganador del Oscar de la mejor película. Una atmósfera llena de electricidad mientras todos observan atentamente a los presentadores, a la espera.

‘Sí, Sr. McGuinness.’

Será mejor que no la lée. Mejor no recordar lo que pasó cuando 'La La Land' fue anunciada ganador del premio.

LAURA - LUNES POR LA TARDE

LAURA ESTÁ segura de que tiene algo del contenido del pañal de Elliot incrustado bajo las uñas mientras las examina, sosteniendo el delicado tallo transparente de la copa de vino. La luz de la lámpara del salón brilla a través de sus cutículas translúcidas, resaltando la mugre negra que hay bajo ellas. Puede que también haya mocos y restos de los nuggets de pollo del almuerzo de hoy. *Bueno*, piensa dando otro trago al vaso sin ninguna delicadeza, *así cimienta mi apariencia de asquerosa*.

Laura parece fuera de lugar en el elegante sofá de cuero, como una okupa que ha tenido un golpe de suerte y ha encontrado una propiedad vacía en un barrio de lujo. No es que le importe su aspecto o sus uñas sucias. Con el pijama manchado de comida, sus delgadas extremidades dobladas debajo de su cuerpo y el pelo rubio y grasiento apilado en lo alto de la cabeza, lleva deseando que este momento se adelante desde que se ha despertado y pretende disfrutarlo.

El día había empezado lleno de optimismo y buenas intenciones, como tantas otras veces. Borrón y cuenta nueva, los errores y acusaciones del día anterior barridos debajo de la alfombra imaginaria de su cerebro. Hoy iba a ser diferente. Se había esforzado mucho por portarse bien, apagando el móvil y sentándose en el suelo para jugar con él. Incluso tenía juguetes nuevos, relucientes y aún en sus envoltorios, con cajas que prometían ‘mejorar el desarrollo y la coordinación de tu hijo’. No importaba que los hubiera encargado a toda prisa la noche anterior, sintiéndose culpable por haberle gritado. Tampoco importaba el desorbitado coste extra para que fueron entregados al día siguiente, que había pagado con sus remordimientos, la divisa más alta que existe. Pero Elliot había concedido a sus ofrendas de paz sólo unos segundos de atención, antes de golpear algunas de ellas entre sí y levantar los brazos gimoteando para que lo cogiera. *Supernanny, menudo timo*, había pensado.

Por supuesto, tampoco había tenido éxito con las tareas domésticas, y la comida se había reducido una vez más a unos cuantos croissants de chocolate y un café instantáneo de mal sabor que le había provocado arcadas. Cada vez que le había dejado en el suelo o salido de la habitación, él la había mirado acusadoramente con sus grandes ojos azules y dado un chillido agudo. Había heredado su necesidad de ser el centro de atención de su padre. Ella lo había levantado a regañadientes y lo abrazado torpemente, mientras él seguía llorando, golpeando y empujando contra ella, a pesar de haber pedido que lo levantaran tres segundos antes. Su naturaleza volátil e inconstante nunca le ha gustado.

‘Le deben estar saliendo los dientes,’ había sugerido su marido Simon por la mañana, cuando salía por la puerta para ir a trabajar. ‘Dale un poco de paracetamol. Quizá le ayude.’ Fue una suerte que la puerta se cerrara tras él antes de que ella respondiera. No había contestado nada agradable.

Ningún analgésico va a ayudar porque Laura sabe que eso no es lo que le pasa a Elliot. Aunque ella misma se drogaria con gusto, sólo para detener el incesante ruido que vibra en sus oídos. No, ella sabe que no es eso, y el pequeño bastardo también lo sabe por cómo la mira. Él puede ver a través de sus falsas sonrisas y de su voz alegre y fingida. ¿No se supone que los niños son criaturas inocentes que ven el mundo tal como es? Cada vez más a menudo, ni siquiera se molesta en fingir y se limita a encender la televisión, dejando que se entretenga solo en el suelo.

‘¿Has pedido al médico que le haga una prueba de alergia?’ ‘¿Y si duermes con el bebé para tranquilizarle?’ ‘Quizá echa de menos la proximidad de la lactancia ahora que no le das el pecho.’ ‘¿Está enfermo o resfriado? Comprueba su temperatura cuando llegues a casa.’ ‘Tengo una amiga cuyo bebé se comportó igual hasta los dos años. Cuando empezó a hablar, resultó que no le pasaba nada. Solo decía que su madre era una zorra.’

Las engreídas madres de clase media que había conocido en su clase prenatal no habían dejado de lanzarle comentarios mientras tomaban sus cafés con leche desnatada y sus magdalenas con mantequilla, mientras Elliot tenía otro de sus berrinches (¿realmente alguien había hecho la última sugerencia? Laura no está segura, no se acuerda). Sabía que no debería haber ido a la quedada de hoy, sus bebés radiantes y perfectos, dignos de anuncio, la ponían de los nervios y la cabreaban. Pero había tenido muchas ganas de salir, aunque solo fuera para escapar de entre las paredes sofocantes y el aire viciado de su casa. Es curioso que no hace mucho se moría de ganas de poseer esas mismas cuatro paredes que ahora sentía como una prisión.

Sintió un flechazo con la casa desde el primer momento que la vio. Simon y ella habían pasado por delante de ella por error, poco después de empezar a salir juntos, cuando se perdieron por la zona de camino a una cena con los compañeros del bufete de Simon. La vivienda unifamiliar de estilo georgiano, recién construida, tenía un aspecto elegante y clásico, con sus ventanas de guillotina blancas, sus aleros detallados y sus líneas rectas. Los suelos de parqué, el vestíbulo de doble altura y la escalera de caracol habían hecho que Laura se sintiera como una heroína de Jane Austen moderna. Su habitación favorita había sido la cocina-comedor, con los accesorios de color azul pastel, la isla central curvada, la mesa de roble y un gran sofá frente a las puertas del patio, con vistas al jardín y a los campos de cultivo. Había sido amor a primera vista, y se había imaginado preparando café italiano todas las mañanas en su cocina, vestida con la camisa blanca de su marido sin rostro.

Sólo dos meses más tarde, Simon había llenado ese mismo comedor con ramos de rosas blancas y le había propuesto matrimonio, no con un anillo, sino con la llave de la casa en una pequeña caja de terciopelo. Un gesto impresionante y ostentoso, típico de Simon. Poco después habían formalizado su unión, una boda primaveral, rápidamente organizada y celebrada en menos de seis meses desde que empezaron a salir.

Un año después de aquel día, aquí estaba, rodeada de montones de ropa sin doblar, indistinguibles entre los de la ropa sucia y limpia, juguetes esparcidos por el parqué y migas de galleta por toda la isla de la cocina. Esta mañana la señora de la limpieza había vuelto a fruncir el ceño con desaprobación y había lanzado sus habituales acusadoras miradas de reojo. Laura nunca había preparado café italiano con una de las camisas de Simon. Lo más probable es que él la reprochara por manchar o arrugar la ropa de la tintorería.

La casa, que le había parecido tan espaciosa y luminosa, se le asemejaba ahora cavernosa mientras los murmullos de su voz resonaban en las paredes. Los gruesos y angulosos radiadores cromados se esforzaban por calentar el gran espacio, y un frío permanente se había instalado en

su cuerpo, calándole hasta los huesos. Sentada durante interminables horas en la cocina, desde el desayuno hasta la cena, había analizado cada grieta en los paneles de yeso, escudriñado todos los desconchones de pintura de los armarios y diseccionado cada marca de las porosas baldosas de piedra crema.

Los gritos de Elliot devuelven a Laura a la realidad. Cada vez son más fuertes y no dan señales de detenerse, así que Laura suspira y se levanta. Mientras se dirige a la puerta, su teléfono suena encima de la mesita y se agacha para mirarlo. Un mensaje de Simon.

Voy a tomar una cerveza con algunos compañeros de la oficina. No me esperes levantada.

Laura coge su vaso de vino y lo vierte en el fregadero de la cocina, dejándolo vacío junto a la cena que se está enfriando en la mesa.

JESS - LUNES POR LA TARDE

BARCELONETA SIEMPRE ESTÁ ABARROTADA entre semana, pero Jess se las arregla para robar dos sillas mientras unas idiotas con americanas lila a juego van juntas al baño. Han dejado sus abrigos en la mesa, como si ese gesto les reservase el sitio. A Emma le da un poco de reparo ocupar los asientos, pero Jess los traslada al fondo del establecimiento poco iluminado, colocando las sillas en una esquina apartada rodeada de olivos de plástico. Las de la americana lila tienen suerte de que Jess les haya dejado la mesa, y eso sólo porque está atornillada al suelo.

No lo menciona cuando ve que las mujeres regresan y empiezan a discutir ebrias con la pareja de aspecto tímido que está cerca, acusándoles de ser los ladrones de sillas. El hombre desgarrado, con brazos débiles que parecen no haber levantado nunca nada más pesado que un paquete de quinoa ecológico, intenta amablemente apaciguarlas. Pero Jess sabe que es una batalla perdida sólo por las cejas fuertemente delineadas de las mujeres. Por suerte, Emma está de espaldas y no ve el intercambio - sólo querría disculparse y devolver las sillas y Jess no está dispuesta a quedarse de pie toda la noche, así que deja que el Sr. Vegano cargue con la culpa.

Jess habría preferido ir a 'Matishe', o incluso a 'El Cisne', para celebrar que no va a volver a pisar el parque de camas elásticas. Le gustan más los antros de mala muerte en callejones, o los pubs de viejos con colecciones de posavasos de cerveza en la pared y precios tan antiguos como la clientela. *Por lo menos, las alfombras meadas tienen un poco de carácter*, piensa mientras mira a su alrededor desde su escondite, donde su pelo se engancha constantemente con las ramas de plástico de los olivos.

La decoración de Barceloneta recuerda a Jess a un adolescente universitario en prácticas de verano. Armado con recortes de brillantes folletos de viajes con pintorescos bungalows blancos bañados por la luz del sol y acogedoras aguas azules de fondo, tiene en su mente una gran visión de un lugar impregnado del sabor Mediterráneo. El resultado, sin embargo, se parece más a una telenovela británica de los años 70 ambientada en el sur de España, con estereotipos casposos. Mosaicos árabes en el suelo, réplicas de carteles taurinos de época, Barbies vestidas de flamenca, letreros horteras en los baños que dicen 'Damas' y 'Caballeros' y algunos sombreros mexicanos por aquí y por allá. Obviamente, el local se considera un lugar de moda y está lleno de oficinistas y aspirantes a ejecutivos que piden bebidas con nombres como 'El Quijote' y 'Don Pitufo', que probablemente ni siquiera existen en la Península Ibérica. Es bastante apropiado que haya acabado aquí, celebrando el final de su trabajo de mierda en el parque de camas elásticas. Ha sustituido un falso parque infantil por otro, aunque espera que en este haya menos fugas de fluidos corporales.

A Emma le encanta el lugar por las mismas razones por las que Jess lo odia: es popular y evoca la idea de vacaciones en tierras lejanas. A Emma siempre le ha gustado ir a los sitios de

moda, formar parte del grupo de gente 'in' después del trabajo, vestida con sus elegantes atuendos de oficina, fingiendo ser una mujer profesional competente. *A mí no me engañas*, piensa Jess con una sonrisa. Aún la recuerda en el instituto con dos mechas moradas enmarcándole la cara, esmalte de uñas con purpurina dorada y zapatillas de deporte blancas con plataforma, creyéndose que era la sexta integrante de las *Spice Girls*.

'No sé, todo esto me da mala espina. ¿Y si descubren que mi experiencia en marketing es una exageración y se dan cuenta de que no sirvo para nada?' Emma mira su copa y la agita enérgicamente, creando un pequeño remolino en la ginebra con tónica. Lleva toda la noche preocupada por un asunto de trabajo.

Jess agita la mano flojamente, quitándole importancia al asunto, y observando cómo el Sr. Vegano cede abatido su asiento y el de su novia a las mujeres borrachas. 'Deja de estresarte tanto. Es sólo una pequeña reunión. Pon café caro, cárgalos de azúcar y aditivos y todo el mundo te adorará'. Mira la bebida de Emma, que ella sigue removiendo. 'Creo que ya está mezclada', dice, dejando firmemente el vaso a su lado en el suelo. 'Ponte un vestido escotado por si acaso,' añade. 'Recuerda, ¡tetas y dientes!'

Emma suspira sonoramente sin sonreír ante su broma. Jess descruza las piernas y se inclina hacia ella. 'Mira, aunque todo salga mal, ¿qué es lo peor que puede pasar? Pierdes un trabajo en el que te ponen a hacer todas las cosas cutres que nadie quiere hacer. ¿Y qué? No pasa nada. Conseguirás otro'.

'No creo que pudiera volver a hablar con Simon si eso pasara. Se avergonzaría de haberme recomendado,' murmura Emma.

Jess pone los ojos en blanco. 'Te consiguió un trabajo de mierda en una fábrica, no es como si estuvieras conociendo famosos todos los días en Londres y te pagaran un sueldo de seis cifras. Simon sobrevivirá y ni siquiera se le descolocará su corbata de diseño'. Al fin y al cabo, para Simon no había sido tanto esfuerzo colocar a Emma y probablemente, algo habría salido ganando él. Emma tenía un título universitario por el amor de Dios, y mucha experiencia en funciones administrativas. Encargarse de marketing no era más que un pequeño esfuerzo añadido, con bonitos colores e imágenes llamativas.

Como Emma no contesta, Jess continúa. 'De todos modos, esto no es más que un intervalo hasta que publiques tus libros, pero hablemos de otra cosa antes de que te frías las neuronas preocupandote'. Mira a su alrededor en busca de inspiración. 'Oye, olvidé decirte que hay un nuevo bar especializado en ginebra que acaba de abrir en la plaza del mercado. Por lo visto, es el sitio de moda...', concluye con una fingida voz cantarina.

'Suená bien,' cede Emma. 'Un sitio diferente al que ir en lugar de los bares de siempre.'

Jess se ríe a carcajadas. 'Quieres decir que quieres evitar Sophbeck después de fracasar ligándote al barman.'

Puede ver que la parte superior de las orejas de Emma se enrojece, el único lugar donde su rubor se hace evidente en su piel oscura, si alguien se preocupara de mirar lo suficientemente cerca.

'En absoluto, él no tiene nada que ver,' responde Emma, hundiéndose ligeramente en su silla.

Jess aprieta los labios, ahogando más risas que salen en forma de resoplidos. 'Lo que tú digas. ¿A qué hora quedamos?'

'¿Alrededor de las siete y media? Así tendré tiempo de sobra para prepararme.' Se levanta de repente. 'En la web de Cosmopolitan hay un tutorial de maquillaje de ojos con oro líquido que quería probar. Iré al centro a por los colores que me faltan el sábado, después de visitar a mis padres.' Emma mira a la multitud con ojos brillantes, sumida en sus pensamientos.

‘Arreglado entonces.’ Jess sonríe, satisfecha de sí misma. ‘Por cierto, salúdalos de mi parte, iré a verlos pronto. ¿Cómo están?’

‘Bien. Papá está haciendo más voluntariado en la asociación de ferrocarriles y mamá está en su ciclo de redecoración que repite cada cuatro años. Ahora mismo está preocupada por qué color de sofá elegir.’ Emma levanta las cejas exageradamente. ‘Le preocupa que si escoge el azul cerúleo que le gusta, se parecerá demasiado al zafiro que tenía hace ocho años.’

‘Dile que recuerdo el azul igual al logo de Facebook de cuando teníamos dieciséis años, y eso la tendrá hiperventilando,’ se ríe Jess. ‘Todavía me sorprende que tu madre consiguiera tenerte a ti y a tu hermano. Debió de acostarse con tu padre con las luces apagadas y hacerlo a través de un agujero en su camión victoriano de encaje blanco.’

‘¡Jess!’ Emma escupe el sorbo de ginebra con tónica, escandalizándose, y algunas gotas se deslizan por su barbilla.

Casi veinte años de amistad y Emma sigue mordiendo el anzuelo con sus bromas. Todavía riendo, se levanta y se dirige a la abarrotada barra para pedir otra copa antes de que acabe el *happy hour*, lo único feliz de Barceloneta en su opinión. Avanza levantando los codos y empujando sin reparos a la gente hacia los lados. Cuando llega adelante, se pone de puntillas para que sus tetas descansen sobre la barra y muestra su mejor sonrisa al personal masculino del bar. Tetas y dientes son la solución a casi todos los problemas en su mundo.

Jess conoce a Emma desde secundaria, cuando ambas participaron juntas en una producción ridícula de ‘Grease’ (Emma por decisión propia, Jess obligada como castigo por beber en el recinto escolar). Jess se había dado cuenta de que un pequeño grupo de chicas señalaba a Emma y se reía, y no tardó en darse cuenta de por qué: Emma llevaba la falda metida dentro de las bragas y su ropa interior de encaje blanco estaba a la vista. Jess no era ninguna santa en el colegio, pero cuando empezaron a empujar a Emma, tuvo que intervenir: tres contra una no era una pelea justa. Desde entonces Jess había protegido a Emma de las chicas crueles, de su propia torpeza y, sobre todo, de su pésimo gusto para los hombres.

La visión optimista del mundo que tenía Emma había fascinado a Jess. Estaba formada por un entorno extraño en el que las comidas familiares de los domingos eran algo habitual, los padres se sentaban por las tardes para ayudar con los deberes y el perro de la casa estaba adiestrado para hacer cosas como sentarse, tumbarse y darse la vuelta. Jess había mentido descaradamente sobre su afición a las canciones de las *Spice Girls*, sólo para echar un vistazo a ese mundo ajeno, pero había acabado adoptándolo como un segundo hogar. Al crecer, la habitación de Emma había sido un refugio adolescente para ambas. Allí se habían depilado las ingles, compartido botellas de alcohol y habían creado sus primeras direcciones de correo electrónico: sexybabi_em69@hotmail.com (Jess para Emma) y jessicafowler84@hotmail.com (Emma para Jess).

Su amistad había sobrevivido la larga distancia durante los años universitarios (para Emma, no Jess), a novios y aventuras de una noche (mucho más de esto último en el caso de Jess), a trabajos (un número considerable por ambas partes) e incluso a extremidades rotas (Jess aún podía conseguir que Emma se sintiera culpable por haberla hecho tropezar cuando estaba borracha de licor de melocotón barato). Casi veinte años después, lo único que había cambiado significativamente era su aspecto exterior. Las mechas moradas de Emma habían desaparecido hacía tiempo y su pelo castaño ondulado le colgaba suelto alrededor de la cara (sólo Jess sabía que había empezado a teñírselo hace porque le habían aparecido más canas de los que podía quitarse con las pinzas). Y la comida basura, el alcohol y la falta de ejercicio estaban afectando lentamente a Jess, haciendo que sus piernas y su trasero se ensancharan. Aunque no es que ella

estuviera demasiado preocupada: seguía atrayendo las miradas del sexo opuesto y no solía tener que pagar sus propias bebidas.

Prueba de ello es que había conseguido sus dos Estrellas (ni siquiera los dueños de Barceloneta podían aguar la cerveza embotellada), antes que el tipo con sobrepeso y peinado hacia atrás que agitaba un billete de diez cuando ella había llegado a la barra. La competencia no había sido muy buena, pero Jess aceptaba los cumplidos vinieran por donde vinieran.

Vuelve a cruzar el bar para sentarse junto a Emma. ‘Oye, ¿quedamos el miércoles después del trabajo? Ahora que soy una mujer de ocio no tengo que cubrir el club escolar de los canguros saltarines,’ pregunta. ‘Puedes contarme cómo te fue en tu cita con el vampiro gótico. Eso si no se bebe toda tu sangre y te mete en el congelador de su cobertizo.’

‘Genial. Voy a estar paranoica toda la noche. Déjame ver...’ Emma rebusca en su bolso hasta encontrar su agenda y hojea las páginas para encontrar el día correcto. ‘Lo siento, no puedo. He quedado con Laura.’

‘¿Laura?’ Jess inclina la cabeza frunciendo el ceño. ‘¿Qué Laura?’

‘La Laura de Simon.’

Jess la mira incrédula. ‘¿Desde cuándo eres su amiga? ¿Y por qué me dejas tirada para salir con esa engreída?’

‘Me envió un mensaje por Facebook preguntándome si quería quedar para tomar algo,’ responde Emma encogiéndose de hombros. ‘Ni siquiera pensé que se hubiese dado cuenta de quien era yo en la boda. Estoy deseando que me dé algunos consejos de moda, siempre parece una modelo de revista.’

‘Sí, una que es estúpida porque no sabe cómo funciona la píldora del día después.’

‘No exageres. ¿Por qué no te unes a nosotras?’

‘Prefiero separar Lacasitos por colores usando palillos.’

‘Eso es un poco radical... Ay Dios, ¿es esa la hora?’ Emma se interrumpe al mirar su teléfono. ‘Tengo que irme. Tengo que estar en el trabajo mañana temprano para empezar a planear lo del viernes.’

‘Sabes que dormir mucho no tiene nada que ver con lo bien que te vaya, ¿verdad?’ Jess hace pucheros e inclina la cabeza hacia abajo. ‘Tómame otra, vamos. Todavía falta mucho para tu sueño reparador.’

‘No, no. Esto es importante. Tengo que tomármelo en serio,’ responde, metiendo todas sus cosas en su enorme bolso de ante rosa. ‘¿Quieres que espere hasta que termines tus cervezas?’

‘Ya soy mayorcita. Puedo beber en un bar yo sola sin mi mami,’ responde Jess, sabiendo que Emma siempre espera fuera si ella es la primera en llegar al bar.

Emma le saca la lengua burlonamente y Jess le corresponde llevándose el pulgar a la nariz y haciendo tururú.

‘Muy graciosa. ¿Te veo el sábado entonces?’ le dice Jess a modo de despedida.

A Emma se le caen primero las llaves, luego el móvil y por último la agenda, antes de meterse el bolso bajo la axila y agacharse para agarrar con fuerza entre las manos todos los objetos caídos. Con el bolso amenazando con resbalar y algunos mechones de pelo sueltos que se le escapan de la coleta (y que no puede recoger debido a que tiene las manos ocupadas), se ve obligada a asentir con la cabeza en dirección a Jess a modo de despedida. Rápidamente desaparece entre la masa cada vez más alborotada de oficinistas, y Jess piensa que los únicos que quedan ahora son los alcohólicos empedernidos o los que acaban de ser despedidos. Ella debería saberlo, ha tenido experiencia con ambas cosas.

Aún no está de humor para irse a casa, así que busca en su lista de contactos y envía

rápídamente un mensaje de texto.

¿Te apetece compañía?

La respuesta es casi inmediata y una pequeña sonrisa se escapa de sus labios al darse cuenta de que la velada no ha hecho más que empezar.

LAURA - MARTES POR LA MAÑANA

EL TREN de las 10.15 a Warwick se retrasa. Laura siente el frío colarse por el hueco de sus mangas mientras espera en el andén de cemento a que llegue. Es un día gris y lluvioso, y los pocos viajeros que la acompañan en la estación están acurrucados bajo sus chubasqueros, con la cabeza gacha, protegiéndose del viento. Resulta apropiado que el tiempo y el paisaje coincidan con su estado de ánimo, ya que va a realizar la visita mensual obligatoria a su madre, aunque Laura no está muy segura de quién la obliga a ir ni de quién inició la tradición de las puntuales audiencias cada cuatro semanas.

Las correas del portabebés se le clavan en los hombros y hacen que le escueza la piel, mientras se remueve incómoda, deseando que el maldito tren se dé prisa. Elliot pesa demasiado para el portabebés, pero es más fácil que intentar bajar el cochecito hasta el andén y subirlo al vagón. Ninguno de los demás pasajeros se ofrece nunca a ayudarla y no puede culparles: ese engendro podría atropellar a alguien como en una película de Stephen King sobre camiones homicidas.

‘No le decepcionará, señora. Los neumáticos son todoterreno; se deslizará por el suelo, por muy irregular que sea’. El vendedor había enumerado con demasiado entusiasmo las características del artilugio como si se hubiera tragado el manual y esnifado cafeína. Olía una venta y estaba cada vez más excitado. Laura se había preguntado si tendría la misma expresión facial cuando eyaculaba.

‘También tiene una cesta lateral extensible, así que hay mucho espacio para guardar cosas. Y el freno de mano es...’

‘Será genial, ya verás. Todos esos preciosos paseos por el campo que podrás dar,’ había dicho Simon, antes de gastarse el mismo dinero que valía un coche de segunda mano en el cacharro mientras el sudoroso vendedor se frotaba las manos.

Ella no había querido llevarle la contraria, ya que había sido el primer artículo para el bebé por el que él se había interesado, y ella no se había molestado en buscar alternativas. Poco después, Simon había intercambiado su coche por un Mercedes nuevo con la excusa de que necesitaba un maletero más grande para meter el cochecito y se había desentendido de cualquier responsabilidad por el resto de las compras para el bebé que aún quedaban por hacer. Laura había tenido que descifrar por su cuenta las ventajas de las cestas de Moisés frente a las cunas extensibles. El nuevo Mercedes con el maletero más grande nunca había transportado al cochecito ni a ella, y el cochecito había acabado siendo un montón inútil de metal y tela que parecía que iba a engullir entero a Elliot cada vez que lo metía en él. Lo cual no ocurría a menudo, ya que no salía mucho.

Una voz femenina anuncia por megafonía la llegada del tren destino Warwick,

interrumpiendo los pensamientos de Laura. Elliot sigue profundamente dormido cuando encuentra su asiento y se agacha con cuidado para no despertarlo. Le viene bien este momento de paz. La mujer cincuentona del otro lado del pasillo le sonríe. Por su portátil, los papeles bien apilados que tiene delante, la elegante ropa negra sin manchas, y el pelo cuidadosamente peinado, al que no ha afectado en absoluto la lluvia, Laura adivina que se dirige a una reunión. Caramba, apenas recuerda el mundo de la moda en la oficina, las presentaciones de PowerPoint y las discusiones sobre a quién le toca hacer la siguiente ronda de café.  Sigue existiendo ese mundo, aunque ella ya no forme parte de él? Debe de hacerlo porque la vida real continúa sin ella en una realidad alternativa. Espera que Elliot no se despierte de mal humor para evitar las miradas acusatorias de esta desconocida. Sabe bien cómo las sonrisas dirigidas a los bebés dormidos se convierten rápidamente en miradas evasivas y ojos en blanco cuando empiezan los llantos.

El zumbido de su teléfono la sobresalta y su cerebro tarda unos segundos en reaccionar. Est  en uno de sus bolsillos y Laura lo busca frenéticamente, esperando que las vibraciones no despierten a Elliot.  Qui n es el idiota que la llama?

  Hola? , dice finalmente.

 Hola. 

 Vaya, por fin das señales de vida.  Su voz est  inmediatamente llena del rencor y el resentimiento que sólo el matrimonio puede lograr.

Simon ignora su respuesta.  S lo quería preguntarte si has visto mi bolsa de tenis. No la he encontrado esta mañana antes de salir y ayer la tenía. 

 Eso puede ser porque bebiste demasiadas cervezas anoche. 

 S lo fueron tres. Pregúntale a las secretarias, si quieres. 

 No, gracias,  responde Laura. Se hace el silencio.

  Y bien?  pregunta Simon después de unos segundos.

  Qu ? 

  Has visto mi bolsa de tenis?  dice impaciente.  Voy a jugar un partido con Jamie después del trabajo. 

 No, no la he visto. 

 S e un encanto y mira a ver si la encuentras por mí. Pasar  a recogerla de camino al club. 

 No estoy en casa. Voy a Warwick a ver a mi madre,  recuerdas? Te lo dije la semana pasada, y ayer.  Laura se enfada de nuevo y frunce el ceño ante el teléfono. El gesto le arruga la piel del entrecejo, donde su madre siempre le dice que le saldrán arrugas que ninguna crema conseguir  eliminar.

 Ah, s . Lo había olvidado.  El espacio entre sus frases está cargado de acusaciones no pronunciadas.  Bueno, supongo que te verá esta noche. Aunque no s  a qué hora acabará el partido. Saluda a tu madre de mi parte,  dice Simon.

 Vale. Adiós. 

Laura cuelga sin esperar su respuesta y vuelve la cabeza hacia la ventanilla. El tren sigue irritantemente parado en el andén, añadiendo aún más tiempo al retraso. Pero la tardanza le permite a una pareja prolongar su agridulce despedida. La joven pelirroja parece angustiada y su pálida piel est  mojada por todas las lágrimas que le caen por la cara. Su novio se la seca con el dorso de la manga mientras le besa la frente. Laura siente un dolor sordo en el pecho al recordar escenas similares hace mucho tiempo. No se iba lejos, sólo pasaba los días de entre semana en la ciudad, formándose en un bufete de abogados. Pero en aquellos tiempos la distancia parecía mayor, más larga, y más seria, y aquel amor había sido más ardiente, dramático y vívido.  No lo

son siempre cuando eres joven y tu corazón está entero y sin cicatrices? Si alguien le hubiera dicho que se casaría con un hombre diferente menos de un año después, se habría reído a carcajadas y le habría dicho que se largara. Pero la vida le había marcado un camino diferente al que ella había planeado.

El tren comienza a alejarse lenta y perezosamente de la estación. Laura apoya la cabeza contra la ventanilla de cristal, bosteza y mantiene la mirada fija en el novio que agita la mano en un adiós sin fuerzas hasta que lo pierde de vista.

‘Disculpe.’

Alguien la sacude y Laura se levanta sobresaltada. La elegante mujer que había estado sentada al otro lado del pasillo se inclina sobre ella. De cerca, Laura puede ver el tenue brillo de la laca en su pelo, lo que explicaría el volumen y la ausencia de encrespamiento a pesar del tiempo.

‘Pensé que querías saber que estamos en Warwick. ¿No es esta tu parada?’

‘Si ... ¡Gracias!’ balbucea Laura, mientras se levanta torpemente de su asiento y corre hacia la puerta tan rápido como se lo permite el bulto de Elliot.

Baja al andén, nerviosa y avergonzada, justo cuando las puertas del tren se cierran tras ella. Se toma unos segundos para alisarse el abrigo, comprobar que tiene su bolso y pasarse los dedos por su pelo, mientras su ritmo cardíaco se ralentiza por el repentino despertar. No parece haber testigos de su salida del tren. Bien.

Laura comienza a dirigirse a la parada de taxis, luchando por subir las escaleras mientras lleva a Elliot, cuyas piernas golpean sus rodillas cada vez que las levanta para subir un escalón. No se ha movido en absoluto durante la conmoción. *Típico, piensa Laura, no me deja dormir por la noche, pero durante el día no se despierta ni con un tren tocando el silbato a su lado. Juraría que lo hace a propósito.*

No había querido molestar a su madre pidiendo que la recogiera en la estación. La tarea se habría añadido con un gran suspiro y clara molestia a su larga lista de cosas inventadas que hacer que la hacían sentirse ocupada e importante. Laura no quería escuchar sus quejidos y tenía demasiado orgullo como para rogar. Por suerte, sólo hay otra persona más en la cola de taxis y después de tan sólo unos minutos puede subirse a la parte trasera de un vehículo. Inclinandose hacia atrás, se quita de los hombros el peso de Elliot y se relaja visiblemente en el espacio cerrado y oculto tras su precipitada salida del tren.

‘¿Hacia dónde vas, cielo?’ pregunta el anciano de pelo blanco y marcado acento de Birmingham.

‘Shipston-on-Stour por favor, cerca del hospital.’

‘Sin problemas. Qué bebe más lindo tienes ahí. ¿Cómo se llama?’

‘Elliot,’ responde Laura, mientras mira a su hijo y sonríe. Disfruta cuando los desconocidos le dicen que tiene un bebé guapo.

‘Recuerdo cuando los míos tenían esa edad. El tiempo pasa demasiado rápido. Ahora ya son mayores y tienen sus propios hijos,’ dice el taxista, mientras mueve sus manos para indicar como aumentaba de tamaño su descendencia.

‘¿Los ves a menudo?,’ pregunta Laura.

‘No lo suficiente. Ahora viven por todas partes. Londres, Newcastle, Brighton...’

Laura se recuesta en el asiento del taxi y se deja llevar por la conversación del conductor, añadiendo algún que otro ‘Mmm’ y ‘Sí’ en el momento oportuno para hacerle creer que está escuchando. Reprime un bostezo cansado.

‘Por aquí está bien, gracias,’ dice Laura, sacando unos billetes del bolsillo trasero para pagar

el viaje.

‘¿Aquí? Bonita casa. Gracias, cielo.’

Laura cierra la puerta del taxi y se vuelve para mirar la casa de su infancia. La primera visión de la misma nunca deja de impresionarla y abrumarla, lo que supone que es exactamente la razón por la que su madre compró la vivienda: las apariencias importan.

Detrás de un par de vallas altas de madera de roble, la casa solariega de piedra gris se alza sobre dos pisos, cubierta de hiedra en su lado izquierdo. Las relucientes ventanas de madera blanca dejan entrever unas pesadas cortinas color crema con un diseño floral rojo en el interior. Un camino empedrado conduce a la entrada y luego se desvía a la derecha, donde hay un garaje doble pintado de verde oscuro. Desde el lateral se divisa un jardín del tamaño de un campo de fútbol. De algún modo, la casa siempre le recordaba a Laura al Manderley encantado de la novela ‘Rebecca’.

Madre e hija se habían mudado aquí poco después de la muerte de su padre, cuando ella tenía ocho años. Su madre había vendido la pequeña cadena familiar de farmacias de su padre, en contra de los deseos de sus abuelos paternos. Laura no había vuelto a verlos ni a hablar con ellos desde entonces, a partir de ese momento, siempre habían sido solo ella y su madre. Ni siquiera habían ido a los funerales de sus abuelos cuando fallecieron unos años después. Lo único que Laura conserva de ellos y de su padre son algunos recuerdos, vagos y confusos: un jersey de cachemir rosa claro con un collar de perlas, unos ojos azules llorosos detrás de unas gafas finas y redondas, el olor a hierba recién cortada y su padre cogiéndola en brazos mientras ella corría hacia él. Se aferra con fuerza a estos recuerdos, son las únicas memorias felices que conserva de su infancia, aunque a veces no sabe muy bien si son reales o un subproducto de la imaginación de una niña solitaria.

Laura se dirige a las grandes puertas de madera y toca el timbre del poste lateral.

‘¿Hola?’

‘Mamá, soy yo.’

Un zumbido furioso y el lento movimiento de las puertas al abrirse responden.

Sube por el empedrado camino hasta la entrada principal y golpea con fuerza la aldaba de plata contra la puerta. Su madre no vendrá a abrirle hasta que oiga el sonido, a pesar de que sabe que ha llegado. ‘*No voy a esperar junto a una puerta abierta con el calor saliendo,*’ era una frase recurrente en su infancia. Tarda unos minutos en acercarse a la entrada y dejar pasar a Laura. Va vestida con su mejor ropa de campo: botas negras de montar, vaqueros ajustados, camisa de flores y chaleco acolchado, y lleva el pelo rubio en su habitual corte desde que era niña, con un flequillo recto y melena corta. Incluso ahora, Laura puede ver lo guapa que es, y que habría sido, cuando su padre la conoció.

‘Hola, mamá.’

‘¿Has tenido buen viaje?’

‘Sí, gracias,’ dice Laura, entrando en la casa y siguiendo el huesudo cuerpo de su madre por el pasillo.

‘¿Por qué no has puesto a Elliot en el cochecito? Habría sido más cómodo,’ le pregunta su madre.

‘Le gusta el portabebés, y es más fácil.’

‘Tiene que acostumbrarse, Laura. No querrás que se convierta en un niño mimado, agarrado a tus faldas.’

Los ojos de Laura se clavan en su nuca. La Bruja del Oeste, así la había bautizado su ex novio. Laura todavía usa ese apodo para ella de vez en cuando, aunque no es lo bastante valiente

como para hacerlo a su cara.

Entran en la amplia cocina de color amarillo limón con armarios rústicos de color crema. Una gran maquina AGA con sus cuatro hornos y cinco platos es la pieza central de la estancia, acaparando la atención de todo el que entra en ella, como una exigente diva. Esta pieza de cocina sería el sueño de cualquier aspirante a chef, pero su madre odia cocinar y trata el acto de alimentarse como una tarea rutinaria, igual que planchar o quitar el polvo de las estanterías. Verla consumir su cena es como pasar por delante de un accidente de coche: te ves obligado a reducir la velocidad y mirar con una fascinación macabra. La madre de Laura come mecánicamente, cortando primero bocados del mismo tamaño y ensamblándolos en el mismo orden. A continuación, mastica cada bocado un número determinado de veces, antes de tragarlo con la ayuda de un poco de agua, como si el mero hecho de dejar que la comida baje por su garganta fuera doloroso. No es de extrañar que Laura fuera siempre una niña delgada.

Se sienta con cuidado en el extremo de la larga mesa de comedor donde solía pasar la mayoría de las tardes haciendo los deberes bajo la atenta mirada de su madre. A un extraño, la escena le habría parecido afectuosa, pero la única preocupación de su madre era asegurarse de que su hija no se volviera tonta, para evitarle la vergüenza.

‘¿Un café?’ pregunta su madre mientras coge unas tazas del armario y enciende la cara cafetera italiana de la encimera.

‘Sí, por favor.’

‘¿Cómo está Simon? ¿Cómo va el bufete?’

‘Todo bien. Hay rumores de que le harán socio el año que viene. Está muy ocupado, trabaja muchas horas y prácticamente vive en la oficina.’

‘Tu padre era así cuando eras niña. Simon sólo necesita un poco de apoyo cuando está esforzándose tanto por ti y por Elliot’, responde su madre mientras le pone delante una taza de café y un plato de galletas. Laura se fija en la vajilla blanca, pintada con delicadas florecillas azules y amarillas unidas por tallos verdes que se arremolinan alrededor de la taza y los platos.

‘No soy yo quien le pide que trabaje duro.’

‘Sólo quiere hacer lo mejor para su familia. Es tu responsabilidad cuidar de él.’

Laura está a punto de replicar cuando Elliot se sacude bruscamente, dejándole las palabras en la boca. Arquea la espalda y estira el brazo derecho hacia arriba como si protestara en sueños. El movimiento le despierta con un sobresalto y mira a Laura con expresión confusa.

‘Buenos días,’ le dice Laura mientras se desabrocha el portabebés. Elliot se frota los ojos y mira a su alrededor, extrañado por el cambio de paisaje desde que se fue a dormir. ‘Saluda a la abuela.’

Se queda mirando inexpresivo a la madre de Laura, más tiempo de lo que resulta cómodo, antes de entornar los ojos y hacer un mohín, quejándose.

‘Dios mío, realmente es un bebé muy llorón,’ dice su madre, sacudiendo la cabeza. ‘Deja que le coja, tiene que acostumbrarse a su abuela.’ Levanta sus brazos y hace ademán de coger a Elliot.

‘Creo que necesita despertarse un poco más,’ responde Laura, queriendo evitar una rabieta.

‘Tonterías, pásamelo.’

En cuanto su madre lo coge, Elliot empieza a llorar a gritos y sacudirse, extendiendo los brazos hacia Laura. Los agudos ruidos resuenan con fuerza por toda la, casi vacía, casa.

‘Ya, ya, no hace falta que te pongas así,’ dice su madre con severidad.

Laura hace un movimiento hacia ellos, pero su madre le da la espalda y se lleva a Elliot al otro lado de la cocina. Laura ve a Elliot buscándola frenéticamente por encima del hombro de su

madre.

'No hay necesidad de todo este alboroto, ¿verdad? Vamos a ponerte en el suelo, a ver si así te calmas. ¿Qué te damos para jugar?', dice su madre mirando a su alrededor. 'Mira, una cuchara de madera. Cógela, tontorrón'.

Elliot ignora la cuchara que le tiende su madre y sigue chillando, su mirada fija en Laura. Su madre puede ver sus pies de puntillas a punto de levantarse. 'Solo llora porque quiere que lo cojas en brazos. Si cedes, le estarás enseñando que puede salirse con la suya.'

Elliot se arrastra hasta Laura y se agarra a sus piernas mientras sus gritos se hacen más fuertes. Arruga la cara y se pone rojo del esfuerzo, mirándola desesperado mientras su madre pasa revista a la escena, desafiándola en silencio. Laura no aguanta más y se agacha para levantarlo. Elliot tira del pelo de Laura mientras grita histéricamente, reprendiéndola por dejar que su madre se lo lleve.

'Te estás creando problemas, su comportamiento empeorará a medida que crezca,' dice su madre.

Laura no responde mientras hace todo lo posible por calmar a Elliot acariciándole el pelo y obligándole a bajar la cabeza hacia el espacio que hay entre su cabeza y su hombro. Su llanto se ralentiza hasta convertirse en un gemido regular. La malvada bruja del Oeste actúa de nuevo.

El timbre del teléfono rompe el silencio y la madre de Laura se dirige al vestíbulo, donde siempre ha estado el fijo sobre la mesilla blanca con adornos dorados.

'Maureen. ¿Cómo estás?,' responde, subiendo el tono unos octavos. Sólo los desconocidos son receptores de su voz sonriente.

'Sí, sí. Lo tengo todo listo. Vendré a dejarlo más tarde. Ahora, están aquí Laura y Elliot.'

'No, no se me parece a Simon en absoluto. Aunque es muy guapo, se parece a mi George, creo. Siempre tuve buen gusto.'

Laura oye esa risa demasiado aguda que su madre siempre utiliza cuando finge modestia.

'Pero yo creía que Ann era la encargada de la decoración,' dice, con un deje de fastidio en la voz. 'Sinceramente, no sé por qué está en el comité. ¿Recuerdas la última feria, cuando se olvidó de avisar a los encargados de los puestos del cambio de hora? Deberíamos plantearnos pedirle que dimita.'

Elliot está tumbado en brazos de Laura, mirándola con la cara húmeda y llorosa, y un reguero de mocos que le llegan hasta el labio superior.

'No me mires así. A mí tampoco me cae muy bien,' dice Laura mientras le entrega el lamentable juguete, la cuchara de madera que le había ofrecido su madre. Coge unos pañuelos de su bolso y le limpia la nariz mientras él empieza a golpear lentamente la cuchara contra la mesa. Una de las pocas cosas buenas, quizá la única, de venir a ver a su madre es que es uno de los pocos momentos en que ella y Elliot están de acuerdo, coincidiendo en su aversión hacia ella – el odio les une más que el amor.

Laura alarga la mano para servirse una de las galletas que su madre le ha servido.

'Sí, ¿no es curioso cómo acaban las cosas? Mucho mejor que ese horrible novio que tenía.'

Laura gira la cabeza hacia la puerta del pasillo por la que entra la voz de su madre, con la galleta a medio morder.

'Ese mismo. ¿Sabes que se presentó aquí un día hace unos meses, gritando y montando un escándalo, exigiendo ver a Laura? Me dio un susto de muerte. Tuve que llamar a la policía.'

¿Ha vuelto? piensa Laura, frunciendo el ceño.

'No, no. No estaba aquí. No lo he vuelto a ver después de eso, gracias a Dios. Siempre supe que sería problemático.'

Nunca te cayó bien, madre. No tenía dinero, ni contactos familiares, nada de lo que pudieras aprovecharte o presumir ante el estúpido comité del pueblo tomando té y pastas, recuerda Laura.

‘Sí, muy bien. En esos momentos me preocupé mucho. Laura es tan ingenua y fácilmente influenciable.’

Si ella supiera. Había sido la única vez que se había sentido viva, despierta, consciente de todos los sentidos de su cuerpo. Vestirse con faldas cortas porque dejaban lucir sus piernas, latidos que hacían palpar todo su cuerpo, consumir copas de más, ponerse pintalabios rojo brillante que acabaría restregado en la boca de él, y volver a casa a las tres de la madrugada, parando en las esquinas porque tenían demasiadas ganas el uno del otro como para esperar a llegar a su piso. Aquellos habían sido buenos días, sus mejores días.

‘Pero Simon es encantador.’

Laura sacude la cabeza de un lado a otro, haciendo que sus pensamientos se rompan y desaparezcan. No importa lo que pasó hace dos años o hace unos meses. Ella tomó su decisión, y esos tiempos han terminado. Se queda mirando a Elliot, golpeando la cuchara contra el suelo con impaciencia.

‘Bien, Maureen, me pasaré más tarde. Adiós.’

La madre de Laura vuelve a entrar en la habitación y mira a Elliot jugando en el suelo, y luego a ella.

‘Estás dejando caer migas al suelo, Laura. Ten más cuidado.’

El resto de la tarde transcurre con interjecciones regulares de su madre: ‘Ya debería tomar sólidos.’ ‘Ponle jabón en el pulgar para que no se lo chupe.’ ‘Métele la camiseta por dentro del pantalón.’ Los constantes comentarios dejan a Laura agotada y mirando insistentemente el gran reloj blanco de la pared.

‘Oh no, mira qué hora es. Deberíamos irnos,’ dice tan pronto como es razonablemente posible. ‘Tengo que estar en casa para preparar la cena y acostar a Elliot a tiempo.’ Laura empieza a recoger sus cosas y a meterlas en el bolso, sin esperar respuesta.

‘Supongo que sí, tienes que cuidar de Simon al fin y al cabo. Estará esperando una buena cena caliente después de un largo día en la oficina.’

Laura ignora los comentarios de su madre. No tiene intención de prepararle la cena a Simon. Él mismo puede arreglarse.

‘Toma, haznos una foto a Elliot y a mí con mi móvil antes de irte. Este fin de semana es la feria del pueblo, así podré enseñársela a los miembros del comité,’ dice entregándole el teléfono a Laura y cogiendo a Elliot sólo por segunda vez en toda la tarde. Elliot se sienta a regañadientes con su abuela, pero al menos esta vez no llora.

‘Sonríe,’ pide Laura mientras pulsa el botón rojo de la pantalla.

‘Déjame echar un vistazo,’ dice su madre, cogiendo el teléfono.

La foto muestra a su madre muy sonriente, una sonrisa que Laura sólo ve dirigida a otras personas, nunca a ella. Le reconforta un poco la cara de póquer de su propio hijo, con la boca ligeramente fruncida.

‘Vaya. Supongo que tendrá que valer,’ suspira su madre, decepcionada.

‘¿Podrías dejarnos en la estación de tren, por favor?’ pregunta, mientras se esfuerza por enganchar a Elliot al portabebés con la bolsa balanceándose sobre su hombro.

‘Lo siento. Le prometí a Maureen que me pasaría por su casa cuando te fueras para dejar algunos adornos. Será mejor que me vaya ahora. Te llamaré un taxi,’ contesta, volviendo al pasillo y al teléfono fijo. Laura oye la voz apagada de su madre hablando con la empresa de taxis y dándoles indicaciones.

‘No te importa si salimos ahora, ¿verdad? Han dicho que estarían aquí en diez minutos y, con suerte, podré alcanzar a Maureen antes de su clase de pintura de los martes. Es inútil explicarle nada a su marido, no entenderá nada.’

‘Supongo,’ murmura Laura, mientras Elliot pateaba alegremente las piernas, emocionado por salir a la calle.

‘Por cierto, recuérdame que la próxima vez que vengas llame a mi peluquero para que te vea. Esas puntas abiertas necesitan atención.’

Unos minutos más tarde, Laura está de pie frente a las grandes puertas de madera, con Elliot en brazos y contemplando de nuevo la casa de su infancia. El cielo gris y lúgubre con nubes de tormenta que han estado amenazando todo el día cumple con su promesa y a medida que comienza la llovizna, los pensamientos de Laura pesan en su cabeza. No le gusta que le recuerden el pasado.

JESS - MARTES A MEDIODÍA

JESS DA vueltas en la cama y se pelea con el edredón hasta que por fin encuentra el teléfono móvil, que de algún modo se ha colado entre el somier y el colchón durante la noche. Suena el mismo tono estándar de fábrica que la despierta desde hace tres años. Ha intentado cambiarlo, pero una melodía diferente la confunde y la hace, si cabe, aún menos madrugadora de lo que ya es.

Sus labios se curvan en una sonrisa cuando recuerda que ya no hay mocosos malcriados (ni sus hijos) a los que complacer y apaga el despertador, lanzando el teléfono hacia el pie de la cama. No apunta bien y oye un ruido sordo al caérsele el móvil al suelo. Se tapa la cabeza con el edredón y se niega a reconocer la luz que entra por las ventanas. El ruido de la cocina le avisa de que su compañera de casa está preparando el desayuno.

Se estira perezosamente, hundiendo la cara bajo el edredón y disfrutando de la sensación de dolor en las pantorrillas y la espalda. Tira más de la manta hasta que le cubre la cabeza y dobla sus piernas para quedar completamente envuelta en un capullo de fibra sintética. Respira hondo, y el olor a humedad y el calor le recuerdan a la noche de ayer.

Le encanta despertarse sola después de una noche de sexo borracho. Sin charlas incómodas, sin tener que buscarle una toalla limpia para la ducha, o sin fingir que ninguno de los dos ve el condón usado al lado de la cama. Ella prefiere reducirlo todo a la cruda biología primaria sin las secuelas. *Puedes saber exactamente de qué color es mi vello púbico y qué cara pongo cuando me corro, pero si me preguntas cuál es mi color favorito, olvídalo.*

Las relaciones duraderas, el romance, las citas ... tendían a quitarle toda la diversión al sexo. La gente se preocupa demasiado por lo que piensa la otra persona de ellos y tiene miedo de dejarse llevar por su instinto y lo que realmente desea. Si a Jess le apetece estar encima, se sube; si quiere que le hagan cosquillas en los pezones, le fuerza las manos; si lo que están haciendo no funciona, los empuja y saca su vibrador morado para terminar ella misma el trabajo.

Lo mismo ocurre con la elección de la pareja, el lugar, la hora y cualquier otra opción relacionada con el sexo. Uno de sus mejores encuentros había tenido lugar en los vestuarios comunes del gimnasio municipal, con un hombre que la había estado observando desde la cristalera de la clase de fitness. No solía frecuentar los gimnasios – para ella, el concepto de ir a un entorno artificial interior para correr en una cinta giratoria sin rumbo era extraño – pero había quedado con una amiga después de que esta acabara su matinal clase de zumba, así que se había tomado una de las tazas de agua sucia que vendían como café en la cafetería. El tipo se acercaba a los sesenta, pero estaba en buena forma y a ella le encantaban los hombres con narices de boxeador robusto. Ni siquiera recordaba si habían intercambiado una sola palabra antes de reconocerse con una mirada y caer juntos en uno de los cubículos. Sus manos callosas habían

rozado ligeramente su piel, haciéndola temblar mientras la penetraba por detrás, y ella le había agarrado la cabeza y tirado de él hacia delante para poder verle la nariz por encima del hombro. Había establecido un nuevo estándar con el que comparar a otros amantes, pero lamentablemente no había vuelto a verlo. Quizá tanto ejercicio a su edad le había matado de un ataque al corazón.

Anoche había quedado con alguien a quien conocía desde hace unos años y que le servía para satisfacer el deseo cuando las opciones eran escasas. No era nada del otro mundo en la cama, le gustaba demasiado la postura del misionero, pero en ocasiones, era agradable tumbarse y no tener que esforzarse demasiado. Además, le pagaba hoteles y le mantenía el baño lleno de jabones elegantes y geles de ducha en miniatura.

Era divertido ver a Emma ruborizarse cuando contaba historias sobre los chicos que había conocido en bares, en Tinder, e incluso en el parque en una ocasión, paseando al perro de un amigo. Emma era bastante mojigata cuando se trataba de sexo, insistiendo en que lo que ocurría entre dos personas era privado y debía permanecer bajo llave y candado.

En una noche de juerga, Jess le había preguntado una vez si se masturbaba, y, aún borracha, Emma se había encogido visiblemente como si quisiera que se la tragara la tierra. En sus novelas románticas sólo había besos y cenas a la luz de las velas, pero hasta el príncipe azul y Blancanieves debían de hacerlo alguna vez. Probablemente, incluso existía un público concreto para una versión erótica con los siete enanos y los animales del bosque.

Las vibraciones del móvil tirado en el suelo la hacen dar un respingo. Son las 12.15. Si se da prisa, aún puede comer un sándwich de beicon en la residencia.

El olor es lo primero que golpea siempre a Jess cuando abre las puertas de cristal doble de la residencia de ancianos. Es como si lo hubieran fabricado especialmente como fragancia en aerosol para el entorno: un toque de miseria, una pizca de instalación institucional y gotas de té recalentado combinadas con un poco de *Eau de urine*. Nada puede cubrirlo; siempre está ahí, acechando debajo de los productos de limpieza y la lejía. Hoy parece haber empeorado por la humedad que traen los zapatos mojados y los chubasqueros. Una llovizna gris y miserable cae desde esta mañana y la hace sentirse afortunada de no estar en el parque de camas elásticas: la lluvia atrae a los padres como los niños gordos a la fábrica de chocolate de Cadbury's.

Mary está de guardia en la entrada y a Jess no le apetece que le haga preguntas sobre novios, trabajo o lo que piensa de la última trama de la telenovela nacional, *East Enders*, así que se limita a saludar rápidamente sin levantar su cabeza mientras escribe su nombre en el libro de visitas. Justo cuando está poniendo el punto sobre las 'i' en 'Jessica Fowler', por el rabillo del ojo ve a Mary mirándola por encima del borde de sus gafas doradas, con un atisbo de reconocimiento. Cuando abre la boca, a punto de comenzar su interrogatorio, Jess le da la espalda rápidamente y se escabulle por el pasillo de la izquierda, escapando. Es peor ser grosero con los ancianos que con los niños: las lágrimas dejan de ser encantadoras cuando tienes más de siete años.

Entra en el comedor y guiña un ojo al friegaplatos antes de coger un sándwich de beicon de las sobras detrás del mostrador. La cocinera es una vieja malhumorada con un lunar peludo en la mejilla, pero sus bocadillos de beicon están entre los mejores que ha probado nunca. Si formaran parte del circuito de visitas, la residencia tendría una lista de espera tan larga como la libreta negra de Jess.

Es la una de la tarde de un martes, lo que significa que su abuelo estará en la sala común, frente al televisor, viendo una reposición de *'Place in the Sun'* después de comer temprano.

Cuando llegó a la residencia, los cuidadores intentaron por todos los medios que participara en alguna de las actividades: bingo, juego de cartas, pintura con acuarelas... pero tras un incidente con la flauta del profesor de música, no tardaron en aceptar que lo único que quería hacer era ver tele basura y lo abandonaron a su suerte.

Jess aprecia perfectamente la ironía de que el veterano de la segunda guerra mundial que solía refunfuñar cuando ella se sentaba los domingos delante del televisor viendo las repeticiones de series adolescentes australianas, ahora se divierte mirando a una rubia bronceada caminando por la costa, mientras parlotea sobre el mercado inmobiliario en Mallorca con voz irritante. ‘Estas tonterías te van a freír el cerebro,’ le solía decir su abuelo. Le había salido el tiro por la culata.

Lamiéndose los últimos restos de grasa de tocino de los dedos, se dirige a la habitación del fondo y asoma la cabeza por la puerta, mirando hacia la gran tele de pantalla panorámica de la esquina. A pesar de las idénticas cabezas blancas, no tarda en identificarlo. Es una persona de costumbres y rutinas y siempre se sienta en una de las sillas verde lima con respaldo alto, cerca de la parte delantera, para oír mejor el sonido. Los muebles de colores ácidos y chillones desentonan con la moqueta de flores beige y las paredes crema, pero a los residentes no parece importarles. La mayoría son medio ciegos y el contraste probablemente les ayuda a encontrar las sillas.

‘Hola, Jim,’ dice Jess, arrastrando un taburete rosa chicle y sentándose a su lado.

‘Hola, amor.’

‘¿Dónde están buscando hoy?,’ dice, señalando con la cabeza el televisor.

‘Riviera Francesa. Aunque no sé por qué alguien querría ir a Francia, es horrible.’

‘¿Quizá les apetece un poco de sol y playa? A mí no me disgustaría,’ responde, ahogando un bostezo.

‘No eres francesa, ¿verdad?’ Jim se da la vuelta para mirarla con desconfianza. ‘Mi padre me advirtió que tuviera cuidado con las francesas que tuvieran la enfermedad.’

‘No, Jim, no soy francesa.’

Se sienta en su silla, satisfecho por su respuesta. ‘Bien.’

No la reconoce desde hace casi diez años y lleva en la residencia algo más de quince. Jess ha visto cómo otras familias visitan a sus parientes y se irritan cuando los ancianos no responden como ellos quieren, o incluso lloran al ver lo frágiles que se han vuelto sus seres queridos. Recuerda a la hija de una señora mayor especialmente glamurosa, que agitó su collar de perlas y le espetó: ‘No importa dónde tienes el pintalabios, esta noche no vas al baile. Vives en una residencia de ancianos de mierda y tienes que ponerte el camisón ahora mismo para acostarte y que yo pueda irme a mi casa.’ Esos son los que poco a poco visitan menos y acaban por no volver nunca: la incontinencia y el mal aliento crónico los van echando poco a poco.

Personalmente, Jess encuentra la compañía de su abuelo más agradable ahora que cuando era niña. Siempre había sido un hombre mezquino y disciplinario, su idea del cuidado de una niña se basaba en las normas del ejército, latas de espaguetis y llevarla a comprar ropa al mercadillo una vez al año. No había habido abrazos en el pequeño adosado de techos amarillentos por el humo de los cigarrillos, ni un ‘*bien hecho*’ cuando traía a casa sus proyectos de pasta artística o conseguía por fin entender las fracciones. Pero el viejo estaba ahora totalmente chiflado y se reía mucho con él. En una ocasión, la llamó canaria gorda varias veces porque llevaba un vestido de verano amarillo. Los últimos meses, andaba convencido de que su compañero de cuarto le robaba la ropa interior, así que había teñido todos sus calzoncillos de color rosa a propósito para disuadirle. Además, si estaba de suerte, a menudo le pasaba un billete de diez libras como

donativo para la iglesia local, pensando que era una afiliada religiosa. Con eso pagaba el pescado y las patatas fritas y una lata de Coca-Cola de camino a casa.

Jess y su abuelo siguen viendo el programa en silencio, sentados uno al lado del otro, mientras una pareja de jubilados de Scarborough duda sobre si es preferible vivir en una comunidad cerrada de nueva construcción constituida exclusivamente por expatriados, lejos de los molestos lugareños, o cumplir el sueño de toda su vida de poseer una propiedad tradicional con una veranda de hierro negro. Como era de esperar, gana la atracción por estar con 'su propia gente'. Para ellos, la ferretería tradicional no compensa a los franceses maleducados.

Cuando empiezan a rodar los créditos y la voz en *off* anuncia el siguiente programa, Jess se vuelve hacia su abuelo. '¿Estás listo para dar un paseo por el jardín?'

'Lo siento, enfermera, pero me han disparado y no puedo andar.' La mira insegura, retorciéndose nerviosamente las venosas y rígidas manos artríticas.

'Tu pierna está mucho mejor, ¿recuerdas? El médico dijo que sería recomendable que hicieras algo de ejercicio,' responde Jess, señalándolo con la cabeza. Las cuidadoras siempre le echan la bronca si no lo saca porque tienen que mover el culo para hacerlo ellas.

Su abuelo se mira las piernas vestidas con pantalones beige de raya y abre los ojos como si le sorprendiera encontrarlas enteras y sin vendajes. Pero, incluso con Alzheimer, su orgullo prevalece y se traga su confusión en lugar de admitirla. 'Tiene razón,' responde antes de levantarse.

Jess pasa su brazo por el suyo para darle más estabilidad mientras se dirigen lentamente hacia las puertas del patio. Siempre le sorprende lo delgadas y frágiles que se sienten sus extremidades cuando le agarra, su cuerpo es una cáscara del hombre severo y estricto que fue la perdición de su juventud. Es una victoria decepcionante, pero ella acepta sus triunfos sobre la autoridad donde puede conseguirlos, aunque esa autoridad sea su propio abuelo.

'Yo era operador de radio al principio de la guerra, ¿lo sabía, señorita?,' dice su abuelo mientras recorren muy despacio la pequeña zona ajardinada con pasos minúsculos. 'Debería haber seguido con esa profesión en lugar de cambiarme a tripulación, pero siempre me he tenido preferencia por los aviones.'

'¿De verdad?'

'El viejo Taffy Jones dijo que no nos aceptarían porque no teníamos estudios de secundaria,' continúa su abuelo, mirándola de reojo para asegurarse de que está escuchando. 'Pero aprobamos el examen de la bicicleta, así que tuvieron que admitirnos.'

'¿Bicicleta?,' pregunta Jess mecánicamente. Se sabe de memoria todas las pautas de la historia que repite con frecuencia.

'El sargento dijo que la prueba de admisión consistía en describir cómo funciona una bicicleta,' se ríe su abuelo, encantado de tener un público atento. 'Pensé que debía de haber algún vínculo astuto entre la radio y las bicicletas, pero el sargento sólo quería hacerse el listo. No se daba cuenta de que la mayoría de los jóvenes de mi barrio conocíamos nuestras bicicletas al dedillo.'

Jess sonríe complacida ante la alegría de su abuelo, mientras sigue caminando a pequeños pasos, moviéndose como un pingüino. Casi han rodeado el lamentable jardín cuando su abuelo se vuelve hacia ella con una expresión de sorpresa en el rostro.

'¿Qué hora es, señorita? Tengo que volver a por mi Margaret o se estará preguntando dónde estoy,' dice arrugando la frente.

'Por supuesto. Te llevaré a tu habitación,' contesta, doblando la esquina y dirigiéndose a la entrada. Es la señal para Jess de que por fin se ha acabado la visita. Si se queda más tiempo, su

abuelo estará cada vez más confuso y agitado. Un cuidador servicial, que hacía raro honor a su cargo, le había sugerido que siguiera un horario regular para sus visitas, aunque su abuelo no la reconociera. Para Jess, tener una rutina fija, aunque fuera tan sencilla, iba en contra de su naturaleza, pero tenía que reconocer que funcionaba y facilitaba las visitas.

Se dirigen lentamente hacia el ascensor y siguen por el pasillo del segundo piso, pasando por idénticas puertas baratas de chapa antes de llegar a su habitación. Dos camas de hospital con mesillas a juego, un armario a cada lado y, en el centro, una mesita con dos sillas, llenan el espacio. Estéril y clínico, carente de personalidad salvo por una fotografía de boda en blanco y negro enmarcada. Su abuelo luce elegante con su uniforme militar, no del todo guapo, pero distinguido de una forma que no se consigue hoy en día con vaqueros y sudaderas. A su lado, su abuela, con su vestido casero de encaje blanco, sonríe ante la cámara.

Su abuelo se conforma con sentarse en su cama con algunos cojines mullidos detrás de él. De momento no tiene compañero de habitación, ya que el último, Ted, murió mientras dormía la semana pasada. La residencia tiene por norma esperar al menos un mes antes de sustituir a los residentes por miedo a parecer insensible con los demás ancianos, como si la muerte sólo tuviera treinta días de memoria. Sin embargo, Jess no puede decir que lamentara la marcha de Ted. Había tenido un grave problema de flatulencias e incontinencia fecal que había hecho que la habitación apestara.

‘Ya está, ¿estás cómodo?,’ le pregunta, después de asegurarse de que las almohadas le sostienen erguido

‘Sí, gracias,’ responde con la mirada vidriosa.

‘Genial. Volveré a verte la semana que viene, ¿vale?’

‘Eso sería estupendo. Mi Margaret habrá horneado algunos pastelitos para entonces, son excelentes. Oh, y por favor tome esto como una donación para la iglesia. Insisto.’

Mientras camina hacia la salida principal, una frágil mujer encorvada con una chaqueta con manchas la detiene. ‘Perdone, ¿ha visto a los canguros? Me han robado las bragas.’

EMMA - MARTES POR LA TARDE

AL SALIR DEL CINE, Emma siente como si sus pies bailan en vez de caminar y su trasero se aligera cinco kilos como mínimo. Balancea enérgicamente los brazos hacia delante y hacia atrás, como una niña de siete años brincando hacia la furgoneta de helados cuya melodía acaba de oír.

Los musicales siempre la ponen de buen humor con su versión onírica de la vida, y cuando combinan el guion con una historia romántica a la vieja usanza, el resultado es, en su opinión, la mejor cura para cualquier dolencia. Más eficaz que el paracetamol, el vino pijo de *Marks & Spencer* o las galletas de chocolate.

Actores que estallan al azar en melodías pegadizas, sin que se vea en la pantalla el esforzado auto tune. Bailes coreografiados, realizados sin ningún esfuerzo obvio con pueblos enteros haciendo piruetas alrededor de la fuente de la plaza central, un santuario pintoresco y con aceras sin chicles pegados. Una lluvia impecable y reluciente que sólo aparece para crear ambiente, nada de esa llovizna gris que arrastra la contaminación atmosférica y deja tras de sí coches y ropa sucia. Incluso los extras están todos en forma y parecen estar tomándose un descanso de una sesión de fotos para la portada de *Vanity Fair*. El acné y los labios superiores sin depilar no existen en esta realidad cinematográfica paralela, han sido erradicados por especímenes modificados genéticamente que carecen de pelo de las cejas para abajo y tienen una piel tersa eternamente juvenil, sin rasgos felinos a consecuencia de los estiramientos faciales. Si no fuera por su floreciente carrera como escritora, Emma habría considerado el teatro musical como alternativa. Después de todo, ya ha tenido experiencia en el colegio con su actuación en la obra maestra *'Grease'*.

‘¿Qué te ha parecido?’, pregunta emocionada a Iago mientras se dirigen a la salida.

Él se encoge de hombros, sin comprometerse. ‘Demasiado artificial y superficial, pero será eficaz como una herramienta de sacarina que gana una fortuna en taquilla. Supongo que no se puede exigir originalidad a una empresa capitalista como Disney.’

‘Es un cuento de hadas clásico,’ responde ella, intentando entender lo que acaba de decir. ‘¿No crees que las historias románticas deberían tener un final feliz? ¿El amor verdadero que lo conquista todo?’

‘¿No habría sido un giro más interesante si, en lugar de remover su máscara de bestia, la princesa se hubiera unido a él y a los objetos domésticos animados en su mundo maldito? Al menos, una licencia artística de ese tipo habría dado a la película un punto de vista más interesante,’ dice agarrándose las manos a su espalda y mirando al suelo. ‘¿Sabías que el cuento original estaba destinado a preparar a jóvenes doncellas para matrimonios concertados en Francia? Supongo que ese punto de vista habría arruinado el ‘felices para siempre’. Iago frunce el ceño, deja de caminar y gira la cabeza para mirarla. ‘Lo siento, no quiero decir que no haya

finales felices. Sólo que, ya sabes, es raro que las cosas sean tan... bonitas.’ La mira brevemente antes de volver la vista al suelo.

Los pies de Emma empiezan a adelantarse, acelerando el paso. Su depilación urgente de piernas e ingles, realizada con optimismo durante el descanso de la comida, iba a ser en vano. *Pero algo bonito es el objetivo*, le grita en su cabeza. *Con toda la miseria y tristeza que hay en el mundo, lo único que una chica puede hacer es aspirar a algo de amor y romance. Las rosas rojas, que te abran las puertas, restaurantes de lujo y paseos a caballo por la playa.* Esta esperanza es lo único que la mantiene en pie, sobre todo después de un día en el trabajo tan horrible como el de hoy.

El comienzo de la preparación de la visita a la fábrica de este viernes no había ido bien. Los empleados no estaban muy por la labor de quitar sus carteles de chicas semi desnudas de la pared. ‘Pero si es una portada vintage de Katie Price,’ habían protestado. Al final, Emma había tenido que prometerles que los devolvería después de la visita y se había encontrado desprendiendo con cuidado el Blu-tac azul y metiendo los posters en un sobre, asegurándose de no arrugar los pechos de Lucy Pinder ni rasgar la entrepierna de Jodie Marsh, dos modelos eróticas británicas de los años 2000.

Curtis, el baboso aprendiz de ingeniero con problemas de acné que insistía en llamarla Becky (y posiblemente el único empleado por debajo de Emma en la jerarquía de la fábrica), la había observado furtivamente desde la puerta entreabierta de la cocina mientras los desprendía. Emma había intentado evitar pensar en quién o qué podría haber tocado los carteles antes de que sus manos desnudas tuvieran que acercarse a la anatomía de papel de las chicas.

También había intentado iniciar la presentación, pero se había dado cuenta de que no sabía gran cosa sobre la fabricación de ascensores. Después de siete años en la fábrica, no tenía ni idea de lo que significaban palabras como ‘contrapeso’, ‘hidráulico’ o ‘chasis’. Como aspirante a escritora, debería estar interesada en ampliar su vocabulario, pero duda que le sirviera de algo en sus novelas románticas. Aunque la búsqueda en internet de ascensores le había dado varias ideas por si alguna vez quería darle a sus historias un toque erótico.

‘Vaya. Parece que sigue lloviendo,’ dice Iago cuando llegan a la salida.

Llover es decir poco, piensa Emma mientras se pasa la mano por el pelo cuidadosamente planchado. La llovizna que ha estado cayendo de forma intermitente durante todo el día se ha intensificado y se ha convertido en un verdadero aguacero, con gotas de agua que caen agresivamente del cielo como si quisieran causar el máximo daño a los cuerpos que se encuentran debajo. Se han formado grandes charcos turbios en la acera y las baldosas de arenisca de la calle peatonal son traicioneramente resbaladizas, amenazando con convertir a cualquiera que camine sobre ellas en un nuevo concursante de patinaje en ‘Bailando sobre hielo’. Cada vez que se abren las puertas automáticas y salen los rezagados, una ráfaga de viento frío y lluvia golpea la cara de Emma, que teme que se le corra el rímel y parezca que ha estado llorando. Se acuerda del carísimo paraguas amarillo girasol que le regaló su madre las pasadas Navidades, el mismo que está apoyado en la esquina del pasillo, junto a la puerta de su casa.

Iago se quita su chaqueta negra de enterrador para cubrirse la cabeza. ‘¿Vamos corriendo a *Turtle Bay*? Tengo un vale para comida entre semana de dos por uno.’

Sin esperar su respuesta, se prepara, da un paso atrás y aprieta los labios antes de cruzar la puerta. Corre de una manera curiosa que le recuerda a Emma un documental sobre pingüinos que vio una vez con un ex novio al que le encantaba todo lo relacionado con la naturaleza. Ella hubiera preferido ver el *reality* de las Kardashians, pero se había sorprendido a sí misma enganchándose al programa sobre las aves marinas que se inclinaban la una ante la otra antes de

aparearse y se mantenían fieles durante toda su vida. Había algo cautivador en los elegantes pingüinos que mantenían su compromiso mutuo a pesar del cruel entorno antártico.

El documental no había inspirado a su ex novio a comprometerse con ella, y tampoco era probable que tuviera ese efecto en Iago. Romántico y cariñoso no eran adjetivos que nadie utilizaría para describirlo, a menos que uno se refiriera a su relación con los cómics o la música electrónica. No era para nada su tipo, pero las opciones se le habían ido agotando en los últimos años, y ¿quién era ella para juzgar los defectos de alguien? Así que había hecho clic en ‘interesada’ en su perfil en la app de citas, ya que no quería tener otra conversación con su madre sobre por qué no había conocido a un buen hombre con el que casarse y empezar una familia. No necesitaba que le recordara por enésima vez que estaba en la treintena y que aún no tenía sus 2,1 hijos y la casa con vallas blancas que le había prometido la sociedad. A este paso, Emma se conformaría con un gato de ojos saltones.

‘¡Emma! ¿Vienes?’ Iago está al otro lado de la acera peatonal, unas puertas más abajo, a la entrada del restaurante protegiéndose de la lluvia.

Emma piensa en irse a casa, ponerse su bonito y suave pijama de vellón de Zara (el que tiene un estampado de unicornios) y comerse un helado de *Ben & Jerrys* con brownie de chocolate directamente del contenedor, mientras ve otro episodio de ‘La Anatomía de Grey’. ‘Lo siento, me voy. Estoy aburrida y tengo cosas mejores que hacer, como lamer la humedad de la ventana del baño,’ diría Jess sin rodeos antes de marcharse. A su mejor amiga nunca le preocupa si ofende a alguien, o, peor aún, que opinen que es una completa zorra.

Pero, ¿y si debajo de ese exterior, Iago es el que hará cumplir su sueño de felicidad doméstica y ella nunca se da la oportunidad de averiguarlo? Ya se ha equivocado antes: el amante de la naturaleza desapareció y cambió de número sin motivo, y el jugador de rugby, con el que incluso había pensado que llegaría a casarse, había balbuceado un decepcionante ‘no eres tú, soy yo’. ¿Quién podía ser sino ella? Tal vez intentar lo contrario, alguien en contra de todos sus instintos, funcionaría mejor. Así que, con una última mirada a la lluvia torrencial, se acurruca bajo su abrigo, antes de hacer su propia graciosa carrerita para reunirse con él. Los charcos de la acera salpican sus nuevas medias de color tostado compradas especialmente para la cita, dejando marcas de barro en sus pantorrillas y tobillos.

Una alegre música pop sale del restaurante de temática caribeña cuando Iago y Emma entran, deslumbrándoles brevemente tras el silencio de la calle. Eligen una de las casetas con paja de plástico que hay a un lado e intentan llamar la atención de los camareros adolescentes vestidos con eclécticas camisas hawaianas. Parecen tan aburridos como las cáscaras de coco falsas que enmarcan la barra.

‘¿Cómo va lo de coleccionar cómics?’ le pregunta a Iago una vez que ha pedido la comida, tras comprobar con el desinteresado camarero qué opciones de dos por uno están disponibles con su cupón de descuento.

Emma no tiene muchas ganas de oír hablar de cómics, pero no sabe qué más preguntar y una conversación aburrida y sin sentido es preferible a un silencio incómodo. También le preocupa un poco que los transeúntes piensen que está en una cita aburrida, aunque sea cierto. No puede esconderse aquí, en un restaurante de planta abierta y junto a una pared de cristal que va desde el suelo al techo con vistas al principal centro comercial de la ciudad. La escena parece un anuncio gigante de match.com, con miradas incómodas tras descubrir que la foto de perfil de tu cita fue tomada hace al menos quince años y con veinte kilos menos, más cinco filtros de belleza diferentes aplicados. Pero al menos si hablan animadamente, aunque sea sobre unos estúpidos cómics, la gente pensará que se lo está pasando bien y puede ella misma empezar a creerlo. Y

quién sabe, quizá Iago la sorprenda con una pasión oculta como por ejemplo, digamos, la Familia Real Británica o la saga Crepúsculo, algo de lo que ambos puedan hablar.

Iago suspira pesadamente. 'No, no, los cómics no. Me interesan las novelas gráficas.'

'Perdón,' dice Emma, arrepintiéndose de la pregunta que ha elegido.

Iago se sube las gafas a la nariz con el dedo corazón y suspira pesadamente por segunda vez, como si ya hubiera explicado esto repetidas veces. 'Las novelas gráficas son mucho más ricas e intrincadas. Al tener que contar una historia completa en un volumen, consigues todo un arco argumental consistente con personajes desarrollados con más profundidad y -'

'Lo siento, ahora vuelvo. Necesito el servicio.'

Se había equivocado. Prefería quedarse sentada en silencio. Podía hacer que diez minutos de esta noche pasaran más rápido sentada en el cubículo e inventarse una excusa para irse antes. Sería capaz de pasar por alto la ropa negra uniforme de pies a cabeza, incluidos los gruesos marcos de gafas y el chaleco, y las interminables referencias a un escritor de terror llamado Lovecraft que él parece idolatrar, si eso significara tener a alguien con quien compartir una pizza frente a la tele los viernes por la noche. Pero el último libro que Emma ha leído es 'El diario de Noa' (su quinta relectura de la novela de Nicholas Sparks) y, de algún modo, no cree que Iago aprecie los logros literarios de las novelas románticas y las adaptaciones cinematográficas con Ryan Gosling.

Simplemente, no tienen nada en común. En absoluto. A Iago le gusta vestirse como un enterrador, el terror y los cómics (*perdón, las novelas gráficas*, se corrige a sí misma). A ella le gusta la ficción romántica, las revistas de cotilleos y las series estadounidenses de máxima audiencia, como 'Nashville' y 'Mujeres desesperadas'. No es que sean polos opuestos, es que ella es la media naranja y él es un rotulador.

Emma suspira con fuerza sentada en el retrete, mirando fijamente un cartel pegado en la parte trasera de la puerta que advierte de los peligros de la clamidia y otras enfermedades de transmisión sexual. Si tuviera una relación, al menos podría preocuparse por esas cosas. Cronometra exactamente diez minutos en su teléfono antes de cerrar los ojos e inspirar profundamente. Puede superarlo, se dice a sí misma, dejando atrás el anuncio que le recuerda que todo el mundo tiene pareja o, al menos, se divierte promiscuamente. *Concéntrate en tu hamburguesa de pollo, siéntate ahí una hora más y di que tienes que irte a casa porque tienes que madrugar*, se dice a sí misma.

'Oye, tú eres la que también tiene un nombre aburrido,' oye por encima de su hombro.

Emma tarda unos segundos en reconocerlo, ya que está fuera de lugar en su memoria y no hay ninguna barra entre ellos. Cuando por fin su cerebro se pone al día y establece la conexión, da un respingo hacia atrás, la reacción retardada una transmisión de *You Tube* que bufera.

Una máquina de teletransporte, piensa. Es lo que necesita ahora mismo, para poder escapar y esconderse en su piso, más vale que la ciencia se dé prisa en inventar una. Como que ahora mismo estaría bien.

'Soy Jack, ¿me recuerdas?'

Emma se alegra de que no haya supuesto que recordaría su nombre, aunque, por supuesto, es completamente innecesario. Le habría sido difícil olvidarlo después de haber hablado finalmente con él en Sophbeck. Pero si a eso le añadimos la vergüenza de cómo había acabado la noche, su nombre se había grabado en su mente aún más, la mortificación tatuada en todos los surcos y pliegues de su cerebro. Aún se estremece al recordarlo, su corazón late un poco más deprisa y su cuerpo siente deseos de dar media vuelta y salir corriendo. Pero la conmoción le clava los pies en el feo y oscuro suelo laminado y le hace mantener una expresión seria, aunque tenga la boca

ligeramente entreabierta.

Había sido hacía dos semanas, un viernes por la noche como tantos otros. Emma llevaba puesto su top de seda rojo, el que le gustaba pensar que complementaba su tono de piel aceitunado y le daba un parecido pasajero con J-Lo (si uno miraba a través de unos prismáticos emborronados y del revés). Las chicas habían hecho la ronda por sus locales de copas habituales antes de acabar en Sophbeck, y en cuanto bajaron las escaleras y entraron en el antro, Emma echó un vistazo hacia el bar.

Se había fijado en él en cuanto apareció por primera vez sirviendo copas hacía un par de meses. Piel bronceada como en los folletos de vacaciones de cinco estrellas en el Caribe, pelo oscuro y en punta recién salido de la cama, barba de cinco días, suficiente para evitar un aspecto infantil en su cara de niño, y hombros anchos de jugador de rugby, coronados con una sonrisa arrogante. Como diría Jess, le gustaba a una escala de ‘ropa interior y sombra de ojos a juego’. Aquella noche sólo había intentado ligar vagamente con él, con algunas sonrisas y comentarios al azar cuando le tocaba comprar una ronda. Nada que la distinguiera de cualquier otra chica estándar de la homogénea multitud de cuerpos a los que él servía whisky con coca-cola durante toda la noche. Emma culpa al alcohol y a la falsa confianza que la cantidad de tiempo invertido en su maquillaje le había dado aquella noche.

‘Tres tequilas. Si te apetece, sirve otro para ti,’ había dicho en un tono que esperaba que pareciera amistoso y abierto. Había visto a Jess utilizar esa misma frase con otros camareros, aunque Emma nunca lo había hecho. Él se había detenido a mirarla de arriba abajo y le había dedicado una sonrisa ladeada, antes de dejar cuatro vasos sobre la barra. Debía de haber despertar su interés, o tal vez sólo quería un chupito gratis, porque le había preguntado su nombre.

‘Emma.’

‘Encantado de conocerte, Emma. Soy Jack,’ había dicho, tendiendo la mano con fingida formalidad. ‘Tu nombre es tan aburrido como el mío. Ambos tenemos padres sin imaginación, ya tenemos algo en común.’

Ella se había reído más de lo necesario con el chiste malo y habían mantenido una conversación trivial durante el resto de la noche. La mayor parte había consistido en declaraciones inocuas y anodinas por parte de ella como ‘Esta noche tienes mucho trabajo, ¿verdad?’ y ‘No me convence la música que está poniendo el DJ,’ pero a Jack no parecía importarle y le había devuelto la conversación con bromas cursis de toc-toc. (*Toc, toc, ¿quién es?, talandas, ¿qué talandas?, ¡yo muy bien, pero tú necesitas otra copa!*).

Exactamente a las 6 de la mañana, el DJ había apagado sin contemplaciones el equipo de sonido a mitad de una canción y encendido las luces blancas de la discoteca. Durante unos segundos, todo el mundo había seguido bailando bajo la brillante luz, antes de aterrizar de golpe en una desordenada realidad de rímel corrido y cuerpos sudorosos. Las mesas estaban llenas de bebidas turbias, abandonadas a diferentes niveles de volumen, junto a paquetes de cigarrillos vacíos. Abrigos y chaquetas caros yacían descuidadamente abandonados en los sofás a un lado de la pista de baile, revueltos y huérfanos. La gente parpadeaba rápidamente mientras sus pupilas se contraían para adaptarse a la nueva luz, y empezaba a caminar confusamente hacia la salida, con movimientos lentos y torpes, extendiendo los brazos para apoyarse en las paredes o sujetarse a la barandilla de la escalera.

Emma había estado en el bar en ese momento, tratando de encontrar otra excusa para hablar con Jack antes del abrupto cambio.

‘Huevos,’ había dicho de repente, ‘fritos.’

‘¿Perdona?’ Emma se había preguntado si había perdido el hilo de la conversación con todos las ginebras y tónicas que se había tomado.

‘Para desayunar. Eso es lo que me gusta,’ había explicado Jack.

‘No te sigo.’ Deseó que volvieran a apagar las luces para poder seguir fingiendo. Empezaba a dolerle la cabeza y estaba segura de que se le había corrido el maquillaje.

‘Me llevas a tu casa, ¿no?’ La había mirado fijamente con ojos contrastadamente sobrios, inclinándose en la barra hacia ella.

‘¿Perdón?’ Al darse cuenta repentinamente de lo que estaba diciendo, Emma deseó que se le ocurriera una respuesta más inteligente.

‘Has estado flirteando conmigo toda la noche.’ Lo había dicho como una verdad tan obvia y directa que Emma se había sentido inmediatamente avergonzada y encogido físicamente al enfrentarse a ella. ¿Tan evidente había sido? Bien podría llevar un cartel que apuntara a su vagina y dijera: ‘Hazme un bebé’.

‘Creo que te has llevado una impresión equivocada. Solo estaba siendo amable,’ había mentido.

‘Claro. Vuelve cuando hayas cambiado de opinión,’ se había reído Jack abiertamente y sin disculparse.

Emma se había dado la vuelta y alejado tan rápido como le habían permitido sus doloridos pies, avergonzada de que él supusiera tan fácilmente lo que deseaba, aunque fuera cierto.

Unas semanas más tarde, su orgullo seguía herido por aquel encuentro y, desde entonces, no se había atrevido a flirtear con nadie más. Hasta ahora. *Tranquilízate, no muestres que te molesta o que le reconoces, se dice a sí misma. Por lo menos, llevas medias nuevas y vas depilada.*

‘Hola,’ responde Emma, con una pequeña sonrisa de boca cerrada. Se apoya despreocupadamente en la pared y se pasa la mano por el pelo. ‘No estoy muy segura, tengo un vago recuerdo.’

Jack suelta una sonora carcajada, burlándose de su farol, y Emma piensa que podría deslizarse por la pared y caer al suelo hecha un montón pegajoso y desordenado.

‘Vago recuerdo, ¿eh?’ se lleva el dedo a la boca pensativo. ‘Dime, ¿qué haces aquí?’

Se le entrevé un pequeño hoyuelo en la mejilla derecha cuando sonrío. Emma lucha contra el impulso de agarrarle la cara y besarle los labios.

‘Estoy... en una cita.’ *Sí, eso está bien. Pareces no estar disponible, como si muchos otros hombres te quisieran.*

‘¿Una cita? Estupendo. Déjame echar un vistazo,’ dice Jack, levantando las cejas. ‘A ver si adivino quién es el afortunado.’

Antes de que Emma pueda detenerlo, Jack asoma la cabeza desde el pasillo a la zona del restaurante, mirando de un lado a otro. Desde este ángulo, Emma puede ver que sus vaqueros azules apretados siguen perfectamente la curva de su trasero y que su camiseta negra se estira sobre unos músculos de espalda que parecen un árbol de Navidad. Emma cierra la mano en un puño y la sujeta firmemente junto a su muslo. *Dios mío. Mira ese trasero, es perfectamente redondo como un melocotón maduro. ¿Puedo tocarlo? Y esa espalda. Sólo quiero acariciarla.*

‘Sólo hay tres opciones, a menos que estés en una cita con un grupo de adolescentes que intentan que les sirvan cerveza...,’ dice por encima del hombro, concentrándose en su búsqueda para adivinar con quién está en el restaurante.

Emma niega con la cabeza, sin confiar en que su voz no delate su emoción si abre la boca.

‘Bien. Si no, me preocuparía que fueras una loca.’ Le guiña un ojo, mostrando de nuevo su hoyuelo.

Ella se sonroja furiosamente y agradece la poca luz para que no pueda ver su turbación. Se concentra en el borde de un tatuaje oscuro que asoma por debajo de la curva del cuello de su camiseta, cerca de la nuca. Quiere rasgar la camiseta hacia abajo para descubrir el dibujo y ver de qué se trata.

‘La primera opción es el tipo grande sentado cerca de la puerta con la calva en la coronilla. A juzgar por el hecho de que está bebiendo un cóctel con un paraguas, no creo que sea él. Una chica que bebe chupitos de tequila no lo miraría dos veces. ¿Correcto?’ Vuelve a mirar a Emma, comprobando que está en lo cierto.

Ella se mueve para colocarse a su lado, nerviosa por estar tan cerca suyo. Se le pone la piel de gallina y el estómago no se le llena tanto de mariposas, como de ranas saltarinas que amenazan con estallar a través de sus músculos abdominales. Huele a una mezcla de salitre y musgo, una combinación que le recuerda cuando enterraba los pies en la arena caliente mientras tomaba el sol en sus vacaciones en el extranjero.

Siguiendo su ejemplo, Emma asoma la cabeza al restaurante, emocionada por haber sido invitada a participar en el tonto juego de Jack, como compañera temporal de equipo. Identifica rápidamente al hombre de la calva que Jack ha mencionado. ‘Correcto,’ confirma. ‘No es él’.

Jack asiente una vez, con expresión satisfecha. ‘El siguiente, opción dos. El tipo con vaqueros ajustados cerca de la cabaña. Se parece a Russell Brand, si es que eso es posible. Tampoco, creo que sea él, no me parecen que los metrosexuales sean tu tipo.’

‘Una vez más, correcto,’ sonríe. ‘Se te da bien esto.’

‘Sí, sin embargo, sólo nos queda la tercera opción. El tipo pálido con ropa negra gótica...’ Se vuelve para mirarla con una ceja levantada. ‘Si no hubiera sido por mi muy científico proceso de eliminación, tampoco habría dicho que es él.’

Rápido, Emma. No querrás que piense que sales con perdedores. ‘Es muy inteligente. Gran personalidad,’ miente rápidamente, las palabras se le escapan de la boca. ‘Es sólo nuestra primera cita,’ añade.

‘Es una cita por internet, ¿verdad?’ dice Jack, con su risa contagiosa y volviendo a ver a través de ella como si su piel fuera invisible.

¿Cómo lo hace? ¿Cómo sabe siempre lo que estoy pensando? Emma se enfadaría si no fuera porque se siente orgullosa de ser la fuente de su risa y la causa de su diversión.

‘Creo que deberías dejarle y venir a tomar algo conmigo.’ Cruza los brazos sobre su pecho haciendo que sus músculos salten en una visión tridimensional.

‘No puedo,’ responde ella, negando con la cabeza.

‘¿Por qué no? ¿Te lo estas pasando bien?’

‘Yo... bueno... no del todo pero...’

‘¿Lo ves? Entonces déjale plantado. Seré más divertido.’ Se señala el pecho con el pulgar para enfatizar su argumento.

‘Pero es maleducado.’

‘No, es no darle importancia a lo que piense la gente y hacer lo que uno quiere. La vida es demasiado corta,’ dice. ‘Deja que te enseñe.’

Jack sale del pasillo y se dirige a la mesa donde está sentado Iago. Emma intenta agarrar a su camiseta (‘¡No, espera!’), pero la tela brillante se le escapa de las manos y lo observa serpentear con elegancia entre las mesas hasta detenerse frente a su modesto acompañante.

‘¿Todo bien, colega? Lo siento, pero tu amiga no se encuentra muy bien. Acabo de encontrarla enferma en los baños. Voy a meterla en un taxi para que pueda irse a casa, ¿vale?’

Iago parece estupefacto ante la súbita aparición de este desconocido llevándose a su cita, y

Emma no puede culparle. Sus ojos se agrandan tras las gafas negras y su boca se queda ligeramente abierta mientras mira inquisitivamente a Jack, antes de inclinarse hacia un lado para observarle a ella. Emma se apoya rápidamente contra la pared y pone su mejor cara de indisposición, que consiste en ladear la cabeza para que el pelo le caiga sobre la cara y soltar algunos gemidos suaves mientras se agarra el abdomen. Las clases de teatro que tomó en el colegio con Jess le están viniendo muy bien. *Jennifer Lawrence, compite con esto.*

‘Pero debería ser yo quien la ayudara,’ murmura Iago mientras se levanta de su asiento.

‘No, no, no te preocupes. Yo lo arreglaré.’ Jack le pone una mano firme en el hombro y le obliga a volver a sentarse. ‘Disfruta de la comida. Me iba de todas formas y la parada de taxis está justo ahí. Me pilló de camino, no es molestia, lo que sea por ayudar a un colega.’

Iago vuelve a sentarse y juega con su servilleta antes de volver a mirar a Jack. Emma no está segura de si es la mención de la comida lo que cierra el trato, ya que, después de todo, tendrá que pagarla tanto si se la comen como si no. Tal vez piensa que no pierda nada por aprovechar la amable oferta de este extraño. ‘¿Te parece bien, Emma?’ pregunta mirando de nuevo hacia ella.

‘Sí, lo siento,’ contesta, todavía sujetándose el estómago. ‘Deben haber sido los caramelos del cine.’

‘Te dije que era probable que estuvieran contaminados. No hay suficiente gente que se lave las manos hoy en día. Mándame un mensaje cuando llegues a casa, por favor.’

‘Claro, nos vemos, Iago.’ Y con eso, se despide rápidamente y sale por la puerta principal con Jack agarrándola del brazo en una falsa muestra de preocupación.

En cuanto doblan la esquina, él le pasa el brazo por los hombros y le dice, ‘¿Ves? Muy fácil. Ahora, ¿adónde quieres ir, nena?’

LAURA - MIÉRCOLES POR LA MAÑANA

DESDE LUEGO, sabía encontrar los momentos más oportunos, otro rasgo heredado de su padre. Laura había tardado casi cuatro meses en armarse de valor para ponerse en contacto con Emma y preguntarle si quería quedar. Ahora sentía estar en el día de la marmota, mirando nerviosa la pantalla del teléfono, igual que hace unas semanas. Sus manos se humedecen y su pulso se acelera mientras intenta serenarse lo suficiente para llamar y cancelar la cita.

Contrólate, Laura, se dice a sí misma, mordiéndose el labio inferior.

No sabe por qué esta tan aprensiva. Lo más probable es que Emma esté encantada de no tener que quedar con ella y hacer de doncella de compañía para la esposa solitaria. Pero Laura ansia pasar cinco minutos con alguien que no le exija nada, o con quien la conversación no esté cargada de resentimiento y amargura como con Simon. En los dieciocho meses que llevaba en esta maldita ciudad, no ha hecho ni una sola amiga. La mayoría de las semanas, las únicas conversaciones que mantiene son con un bebé de ocho meses, e incluso él parece sentirse insatisfecho con ella.

Por supuesto, también estaban las madres de las clases prenatales con las que de vez en cuando se juntaba para tomar un café. Pero no hablaban más de que las ventajas de los purés ecológicos frente a la comida preparada, de cómo las clases sensoriales estimulaban el desarrollo cerebral de Ella o de cómo al pequeño Johnny le iba fantásticamente bien en las clases de lenguaje de signos y ahora tenía quince palabras en su vocabulario. Laura asentía mecánicamente mientras Ella y Johnny se sentaban en el suelo, ajenos a la conversación, intentando comerse una mosca muerta y sacarse el pito de los pantalones, respectivamente. Laura no había intentado impedírselo a ninguno de los dos niños, mientras sus madres hablaban distraídas tomando café descafeinado sin azúcar, sin grasa, sin alegría y sin una gota de nada remotamente interesante.

De las personas que ha conocido hasta ahora en esta ciudad, Emma era la persona obvia con la que ponerse en contacto, difícil de no caerle bien a nadie con su afán de agradar, similar al de un cachorro. Ella y Simon eran una extraña pareja de amigos, aunque últimamente se reducían más bien a conocidos, ya que Simon estaba demasiado ocupado para cualquier otra cosa que no fuera su trabajo (o cualquier persona que condujera un coche de menos de 35.000 libras).

Su marido era muy diferente ahora de sus días de universidad, cuando según Simon, habían formado lazos con Emma tomando chupitos de Goldschälger y charlando de su misma ciudad natal. Simon había sentido la necesidad de indicar que nunca se habían acostado porque Emma no era su tipo. '*Demasiado agradable*', había comentado, como si fuera un insulto y olvidando lo que eso insinuaba sobre su mujer. Laura sabía que su descripción era un adorno de una verdad que él no quería admitir: Emma nunca habría sabido hacerse la difícil, demasiado ansiosa e ingenua para ocultar lo que sentía, lo que significaba que Simon no ha habría sentido

como un trofeo a su lado.

Pero este mismo rasgo había hecho que, cuando Laura estaba ante el altar, la sonrisa de Emma sobresaliera como la única sincera, aunque pequeña, entre un mar de labios rectos suspicaces, todos cuestionándose cuánto duraría la relación. Aún recuerda cómo una mujer con una melena pelirroja de raíces oscuras, una de las amigas de Emma, la había mirado fijamente y había levantado su nariz al aire como si percibiera un olor podrido al conocerla. Después de aquello, Laura había cuidado su vestido con esmero, pensando que la mujer era capaz de tropezar a propósito y derramar vino tinto sobre ella cuando le diera la espalda, tal era el rencor que contenía su mirada.

Hacía un par de semanas, un día en que Elliott había estado particularmente difícil, llorando sin parar por haberle pelado el plátano de la manera equivocada, por fin se había atrevido y había enviado el mensaje que llevaba semanas considerando. Emma había respondido simpática y habían quedado en verse. Laura se había sentido estúpidamente satisfecha, como si por fin tuviera alguien con quien sentarse a comer en el comedor del colegio, y por eso no le había dicho nada a Simon. No quería que el único momento fugaz de felicidad que había tenido en los últimos meses se echara a perder por un comentario cruel o por preguntas sobre por qué estaba contactando con sus amigos a sus espaldas.

Pero ya no tenía por qué preocuparse, la cita no iba a suceder porque Elliot había elegido ese preciso día para ponerse enfermo. Había intentado enviar un mensaje de texto a Simon para preguntarle si podía volver pronto a casa con la excusa de que necesitaba un descanso, pero, por supuesto, había una reunión muy importante en la que tenía que masajear el ego de un cliente para asegurarse de que cerraran algún trato esencial. Ni siquiera se había preocupado porque su hijo estuviera enfermo, o no lo suficiente como para cancelar su partido de tenis después del trabajo. Incluso había tenido la desfachatez de preguntarle si podía buscar su bolsa de tenis otra vez, como si ella no tuviera suficiente con ocuparse de un niño con fiebre. Se había ido a trabajar antes de que ella se despertara.

Bueno, no tiene sentido retrasarlo más. Allá vamos, piensa, inclinándose hacia delante y frotándose la barbilla mientras pulsa el botón de llamada.

‘¿Hola?’ Emma contesta el teléfono después de tres timbres.

‘¿Emma?’

‘¿Sí? ¿Quién es?’

‘Es Laura.’

‘¿Laura?’

‘¿La mujer de Simon?’ Siente cómo le arden las mejillas y la nuca mientras se cubre la cara con la mano. Se alegra de que Emma no pueda verla.

‘¡Oh, Laura! Lo siento, no he reconocido tu voz. No tengo guardado tu número en mi móvil.’

Empieza a desear haberle mandado un mensaje en vez de llamarla, pero no puede colgar.

‘Sin problemas. ¿Cómo estás?’

‘Ocupada con el trabajo, pero voy tirando’.

Se hace un silencio incómodo. Laura se pasa los dedos por el pelo y se frota el cuero cabelludo.

‘¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?’ pregunta Emma.

‘Sí, lo siento. Me he desconcentrado unos segundos, ja, ja. Mira, lo siento, pero Elliot está enfermo.’

‘Oh no, siento oír eso. Pobrecito.’

Otro silencio incómodo.

‘¿Hay algo que quieras que haga? No soy enfermera ni nada, pero mi madre podría saber...’

‘No, no.’ Laura se aclara la garganta. ‘Lo siento, sólo quería decir que no podré salir a tomar algo esta noche’.

‘¿Esta noche? Teníamos que... ¡Oh! Dios, no me había dado cuenta de que ya era miércoles. Para serte sincera, se me había olvidado que había quedado, así que no pasa nada,’ responde Emma.

‘Ah, pues supongo que entonces no es ningún inconveniente.’ Laura se oye a sí misma poniendo una voz falsamente alegre.

‘Espero que Elliot se mejore pronto.’

Laura cuelga y deja caer el teléfono del sofá como si fuera un trozo de carbón abrasador que le quema la mano. Emma había olvidado que habían quedado para verse y apenas recordaba quién era. Soy *una maldita estúpida*, piensa Laura, mientras se pellizca el puente de la nariz con fuerza, dejándose una marca roja. *Seguro que va a salir con sus amigas a algún bar de moda.*

Aún recuerda cuando las vio juntas en la boda, una mancha borrosa de lentejuelas y colores chillones, riendo y pasándose bien en la pista de baile. Habían alternado entre la barra y la pista de baile, bebiendo chupitos de tequila y pidiendo canciones cursis al DJ, tirando de la manga de Simon, interrumpiendo sin pudor sus conversaciones con peticiones para bailar o tomar otra copa. Parecían felices, como se supone que debe ser en tales ocasiones.

Había deseado tanto que la hubieran invitado a unirse a ellas: ignorar el vestido blanco de encaje, las relaciones familiares que no le importaban lo más mínimo, el feto que crecía en su interior... y limitarse a tomar copas, bailar al ritmo de la música hortera y reír con alguien, cualquiera, como si ella perteneciera en su propia boda.

Pero en lugar de unirse sin ser invitada, había sonreído y sólo había tomado una copa de champán con el brindis para evitar dar a los invitados más motivos para criticarla. Había pasado el día sonriendo cortésmente, siendo educada y agradeciendo a todo el mundo su presencia, mientras todos le daban la mano, la abrazaban y la felicitaban. Pero no era estúpida, sabía que todos pensaban que había atrapado a Simon con un hijo no deseado. Podía verlo en sus ojos inquietos, en las miradas de reojo cuando creían que no miraba, en sus dedos invisibles que se retorcían como ramas nudosas y le perforaban el vientre, se lo desgarraban y le sacaban sangre. Aún sin nacer, Elliot le había robado el protagonismo a la novia el día de la boda y era él la estrella del espectáculo.

Simon era un buen partido: un abogado de éxito con dinero en el banco, trajes caros y aspecto atractivo. Ella no era más que una doña nadie, una chica guapa que había salido de la nada, que había abandonado sus prácticas de abogada y ahora trabajaba en una categoría inferior como secretaria jurídica. Incluso su madre se había sentado con aire de autosatisfacción al frente de la iglesia, una gata lamiendo nata y comiendo caviar ante la idea de que su hija se casara. Por fin podría lavarse las manos de ella como siempre había querido. Qué oportuno que alguien hubiera incluido crisantemos blancos, flores funerarias, como parte de los arreglos. Laura se había preguntado si se trataba de un divertido accidente o de una broma de mal gusto.

Aprieta la mandíbula para no sumirse en la autocompasión ‘Tengo que salir de aquí,’ se dice a sí misma, levantándose del sofá.

Entra en la habitación de su hijo y camina lentamente hacia la cuna, que está situada en el rincón más alejado. La estancia está casi a oscuras y sus pupilas tardan unos segundos en adaptarse para distinguir el contorno de los muebles blancos y los globos aerostáticos pintados en la pared. Elliot está tumbado boca abajo, con la cabeza girada hacia un lado y una mano cubriéndole la cara. Lleva casi toda la mañana durmiendo, no se ha despertado siquiera para

comer, atontado por el paracetamol.

‘Mamá va a salir un rato. Vuelvo pronto,’ le susurra. Elliot no se inmuta, solo su espalda se mueve, subiendo y bajando con cada respiración.

Laura baja las escaleras, se calza las zapatillas y cierra la puerta tras de sí.

‘¿Qué toma?’

‘Un rosado grande, por favor. *Pinot Grigio*, si tiene.’

Unas profundas arrugas enmarcan las comisuras de los pequeños ojos grises de la camarera. Tiene las manos ásperas y callosas por los años sirviendo pintas y atendiendo a clientes borrachos. Su peinado juvenil, corto y teñido de un rubio oxigenado artificial con las raíces negras, contrasta con un pecho enorme y caído, que acentúa con un top de licra elástica. Tiene una mirada sólida e inquebrantable que hace que Laura se sienta como si la estuviera examinando con un microscopio, sin ningún escondrijo donde esconderse.

Nunca había estado en su pub local, una cervecería que intenta atraer a la población de clase media de la zona decorando las mesas con jarrones de cristal y flores amarillas de plástico, sirviendo comida como paté y camembert al horno, y entreteniéndolos a los niños con un gran barco pirata de madera, para que sus padres puedan embriagarse en paz. La reforma familiar, sin embargo, no parece haberse extendido al personal.

‘Gracias,’ le dice a la camarera mientras le sirve la bebida con demasiada firmeza, golpeando el vaso contra la barra.

La cámara conectada a su móvil muestra a Elliot durmiendo en su cuna. Sólo lo ha dejado solo un par de veces y siempre mientras duerme, pero nunca puede librarse del sentimiento de culpa, sabiendo que está haciendo algo que no debería. Si las madres de la clase prenatal lo supieran, les daría un ataque y llamarían a los Servicios Sociales.

Laura levanta la cabeza y ve a la casera mirándola. Pone su pantalla boca abajo para ocultar la imagen. ‘Está muy tranquilo, ¿verdad?’

La casera la mira como si fuera tonta. ‘Estamos a mitad de semana’, dice antes de coger un trapo y empezar a limpiar bruscamente las superficies ya limpias.

Una vez terminada su corta conversación, Laura se gira en el taburete y observa a la gente mientras bebe su vino a sorbos. El alcohol frío que se desliza por su garganta ya empieza a tener el efecto deseado y hace el día más llevadero.

Un anciano está sentado fuera en el jardín ante una mesa redonda de madera, a pesar de la gélida brisa que mueve de vez en cuando los pocos mechones de pelo que le quedan en la cabeza. Fuma un cigarrillo mientras sujeta con fuerza su pinta de Guinness casi vacía. Laura piensa que le vendría bien unirse a las dos señoras mayores sentadas dentro del bar para no estar tan solo. Aunque con sus chaquetas de punto azul cielo a juego y sus tazas de té, puede que no tengan nada en común con el extraño hombre, aparte de su respuesta a la pregunta demográfica sobre el rango de edad en una encuesta.

Las únicas otras personas en el bar son una pareja joven con un niño pequeño sentado en una trona en el extremo opuesto del restaurante. La madre, a pesar del cansancio obvio en su cara, se ha intentado esforzar con su peinado, haciéndose una trenza lateral, pero los mechones encrespados y la cinta verde lima delatan que se ha arreglado con prisas mientras su hijo le arañaba los tobillos. El hombre viste un traje barato de poliéster y su corbata tiene una mancha húmeda de cerveza. Hablan en susurros forzados cada vez más fuertes y, por los gestos bruscos y

amplios de sus manos, se avecina una discusión.

Laura se gira a medias hacia ellos y oculta parcialmente su cara tras su pelo para poder mirarlos disimuladamente. Las peleas de otras parejas tienen que ser más interesantes que las de ella y Simon. Se esfuerza por oír la conversación, pero sólo puede captar fragmentos.

'...en. Estoy haciendo la casa, él...propio'

'... duro también... dinero'

'... tan fácil... intercambiar lugares...'

El niño se mueve incómodo en la silla, gimiendo por salir, así que la madre lo levanta impaciente y lo pone en el suelo mientras sigue murmurando entre dientes a su pareja.

'... seas ridículo...'

'¿Por qué no? Mi madre...'

'No me importa lo que tu madre tenga que decir... no ganarás tanto...'

Un lamento agudo rompe el silencio en el bar vacío y el pequeño grupo de clientes se vuelve hacia ellos. El niño ha volcado una de las sillas del comedor mientras los padres no miraban. La pareja se mira brevemente, antes de que la madre ceda y levante al niño lloroso.

'La gente que no puede cuidar de sus hijos no debería tenerlos.' La voz cercana de la camarera, apareciendo de la nada, le hace pegar un sobresalto a Laura. Se gira y ve que está a su lado, incómodamente cerca, mirando a la familia con sus ojos duros y fríos. 'Si no puedes molestarte en prestarles atención, no deberías ser padre,' dice sin apartar la mirada de la familia.

Laura levanta su copa para beber el último sorbo de vino. 'Completamente de acuerdo,' le responde.

¿Los bebés dejan de llorar alguna vez? piensa Laura mientras empieza a perder la poca paciencia que le queda.

Cuarenta y cinco minutos después de salir de casa, había vuelto corriendo del pub al ver que Elliot empezaba a revolverse en su cuna. Sin aliento y el sudor pegado a la nuca, había recorrido la distancia de un kilómetro y medio en ocho minutos y había cruzado la puerta justo a tiempo para oírle empezar a llorar en el piso de arriba. Ha estado cerca, pero no ha pasado nada y mamá se siente mucho mejor después de beber un vino y tomar el aire.

Pero la sensación de respiro no ha durado mucho y ahora está intentando acariciar la espalda de Elliot para calmarlo y que cese el constante llanto. Lo que debería ser un gesto tranquilizador se está convirtiendo en una batalla, ya que Elliot se agarra a las barandillas y se levanta mientras Laura intenta tumbarlo de nuevo.

'Vamos, sé que estás enfermo, pero esto no ayuda,' dice apretando los dientes.

Elliot vuelve a ponerse de pie, mirándola con las mejillas manchadas de lágrimas. Finalmente, Laura cede y lo saca de la cuna, subiendo y bajándolo en sus brazos en otro intento inútil de calmarlo. Pero el movimiento, demasiado enérgico, vuelve a alterarle y reanuda su llanto.

'Vamos a cambiarte el pañal. A ver si un culito seco te ayuda.' Lo tumba en el suelo, sin preocuparse por el cambiador, y le quita el pañal mojado. Él se remueve, y se da la vuelta, con el trasero al aire, alejándose de ella burlonamente. Mira hacia atrás y se asegura de que ella no lo alcanza, antes de volver a sentarse.

'Elliot, ven aquí.' Le agita un pañal nuevo y le hace señas para que se acerque. 'Ellioooottt, Elliot, ven aquí ahora. ELLIOT, ¡NO!'

El inconfundible sonido de agua corriendo ha hecho que ambos miren: ella horrorizada, él confuso, y a medida que el charco se hace más grande, Elliot mete las manos en él, intentando jugar y salpicar con su orina.

‘¿En serio?,’ sus ojos sobresalen mientras levanta las manos. Se levanta gruñendo y, con impaciencia, saca un body limpio del armario y cierra la puerta del mueble de un portazo. Lo tira en el suelo delante de ella y empieza a cambiarle con movimientos ariscos.

‘Te visto, te doy de comer, te baño, te compro juguetes, te levanto, te bajo.... ¿Quién hace eso por mí? ¿QUIÉN hace NADA por mí?’ Laura se arrodilla con las manos en las caderas, y se inclina, dirigiendo sus preguntas a Elliot. Él la mira con sus grandes ojos azules, y su labio inferior se curva hacia abajo, gimoteando.

‘¿Qué quieres? ¿QUÉ QUIERES?’, dice, con las fosas nasales encendidas y un tono elevado.

El llanto de Elliot continúa durante unos segundos antes de que ella se resigna a la situación y lo levante. Empieza a buscar apresuradamente en la estantería, tal vez pueda entretenerlo con un libro de cartón mientras ella bebe otro vaso de vino.

Ojea descuidadamente los lomos y algunos de los libros amontonados se caen, desordenando el suelo con libros de bolsillo baratos. Laura respira hondo mientras mira los volúmenes y hace una pausa. Al menos el ruido ha detenido los lloros de Elliot, que se inclina sobre sus brazos para mirar los libros caídos.

Laura mueve la pila con el pie, sin dejar de buscar. La esquina de una tarjeta, que asoma de entre las páginas de ‘Via Revolucionaria’ de Richard Yates, le llama la atención. No necesita mirarla para saber de qué se trata. Simon le había regalado ese libro la primera Navidad que habían celebrado en esta casa. Después de leerlo, ella se preguntó si se habría molestado en leer la sinopsis de la contraportada antes de comprárselo.

Laura había elegido específicamente este libro para guardar la postal porque sabía que nunca volvería a leerlo, ya que la trama de la rutina suburbana y los sueños fallidos le resultaba demasiado cercana. Cuando había recibido la postal, poco después de Año Nuevo, le había parecido apropiado guardarla entre sus páginas.

Recuerda perfectamente la tarjeta incluso antes de abrir el libro y contemplar la bonita escena de playa con dos personas sentadas en tumbonas mirando al mar de espaldas a la cámara. Sólo se ve la parte superior de sus cabezas, pero es obvio que se trata de una mujer y un hombre de avanzada edad. El mensaje del reverso es breve y está escrito en letras negras grandes y llamativas.

‘El tiempo está aquí, desearía que fueras agradable. Te quiero.’

Está dirigida a la dirección de su madre. Laura mira a Elliot y se sienta, pensando en cosas que deseaba olvidar.

EMMA - MIÉRCOLES POR LA TARDE

QUÉ VERGÜENZA, piensa Emma, rechinando los dientes.

Es una pena que no sea una de esas personas ingeniosas que siempre tienen la respuesta perfecta para todo a mano, como si hubieran memorizado un repertorio oculto de respuestas adecuadas para cada interacción social, un Wikipedia de la etiqueta y los buenos modales. En lugar de eso, su respuesta instintiva es quedarse mirando boquiabierto como si estuviera cazando moscas con la boca.

Había cogido el teléfono con las manos temblorosas y el estómago revuelto deseando que fuera Jack. Le había pedido su número, así que sólo era cuestión de tiempo que la llamara. Pero, decepcionantemente, la voz suave al otro lado era de una mujer que no había reconocido. Emma había sido maleducada hasta que se había dado cuenta de quién era. Había olvidado por completo que había quedado con Laura para tomar algo, estaba enterrado en lo más profundo de su mente, junto a las memorias de aquella vez que Jess la convenció de fumar un porro, Pigpen Patrick intentó tocarle las tetas en los arbustos detrás de la escuela, y la capital de Bolivia.

Solo la había visto en un puñado de ocasiones, y ninguna desde que había nacido Elliot, pero la perfecta, guapa e inteligente Laura había hecho imposible no sentirse inadecuada a su lado. Incluso su inesperada relación e imprevista boda con Simon le habían salido bien - las cosas siempre acababan así para la gente con aspecto como ella, con piernas largas y ojos de niña pequeña. Después de casarse con Simon, tenía más dinero para gastar en ropa de diseño, bolsos y zapatos Jimmy Choo.

Emma reconoce que aun la sorprende que Simon hubiera elegido atarse. En la universidad, su afición a la fiesta y a intercambiar mujeres como si fueran calzoncillos Calvin Klein, había sido el material del que estaban hechas las leyendas. Pero ser responsable de un bebé debía cambiar las prioridades de la gente. Era imposible no enamorarse de Elliot, con sus grandes ojos azules y sus mejillas regordetas y pellizcables, aunque Emma sólo lo hubiera visto una vez al dejarle su regalo de nacimiento.

Me pregunto cómo sería mi bebé con Jack. Emma se imagina a un niño con un hoyuelo en la mejilla izquierda y pelo castaño oscuro y ondulado. Jack estaría aún más guapo con un recién nacido en brazos. Podrían hacer una de esas sesiones de fotos en blanco y negro con luz tenue que tan de moda están. El papá con el torso desnudo acunando a su retoño cariñosamente. El pequeño tamaño y la vulnerabilidad de su adorable hijo harían resaltar los músculos de Jack, su fuerza protegiendo a su indefenso hijo.

Un chillido agudo viene del otro lado de la oficina.

‘... y luego le dije que mis ojos estaban más arriba y que si quería podía hacer una foto, ¡ya que tardaría menos!’ Lizzie se ríe a carcajadas, con la boca tan abierta que Emma puede ver su

plateado empaste en la muela inferior derecha. Está jugueteando con el cable en espiral del teléfono fijo mientras sujeta el auricular; ya han aparecido varios enredos que serán la causa de muchos gemidos más tarde cuando intente quitarlos.

Emma exhala un fuerte suspiro, echando todo el aire de sus pulmones. Por mucho que quiera seguir soñando despierta con sus futuros hijos con Jack, o averiguar qué le había pasado al desgraciado que se había atrevido a mirarle los pechos a Lizzie, tiene que bajar al taller y no puede aplazarlo más. Con pies pesados y reacios, empuja la puerta metálica que conduce a la escalera y sigue el pasillo de hormigón, recorriendo el ilógico patrón de estanterías altas y grises mientras esquivaba cajas, herramientas e incluso una bicicleta, intentando encontrar al supervisor.

Cuando empezó a trabajar aquí, solía fingir que era Fleur Delacour en la saga de Harry Potter recorriendo el laberinto del torneo de los tres magos. Extendiendo su mano con una varita de mentira, giraba y se agachaba para esquivar los distintos objetos que amenazaban con hacerla tropezar o caer desde arriba. Siempre se sentía victoriosa cuando lograba sobrevivir el traicionero camino y alcanzaba el espacio abierto de las mesas de taller. Pero la novedad ya se le había pasado, y ahora se limitaba a esquivar rápidamente cualquier obstáculo, buscando las voces de los hombres, un premio pobre por resolver el laberinto.

‘Escucha esto. Una mujer demanda a su amante veinte años más joven por estafarle 100.000 libras diciendo que pensaba que era amor verdadero’, dice uno de los chicos en voz alta. ‘Fíjate que pintas tiene.’ No necesita repetirse dos veces y todos los demás se acercan para mirar la pequeña pantalla del móvil que lleva en la mano, formando un círculo de petos de trabajo azules.

‘Joder. El tío se merece una medalla sólo por tirársela.’

‘Se ha ganado las 100 mil libras, diría yo.’

Le siguen varias risitas y bufidos concordantes mientras Emma se para detrás de ellos, con las puntas de las orejas enrojecidas, esperando a que acaben.

‘Er... ¿perdón?’

Todos se sobresaltan al oír la voz de un extraño, pero se relajan enseguida al ver que no es nadie importante.

‘¿Qué haces aquí?’

Gaz, el cabecilla, el rey de esta pequeña jungla hecha de piezas de recambio de motores, tornillos y desengrasante, cruza los brazos e hincha el pecho, de pie en medio del grupo. En sus delgados antebrazos sobresalen venas azuladas, pero a pesar de sus miembros enjutos y su baja estatura (la parte superior de su cabeza apenas llega al hombro de Emma), la confianza y la seguridad con las que se desenvuelve le convierten en el auténtico jefe oficioso de la fábrica. El sonido de una tos persistente es la banda sonora constante que siempre le acompaña, causada por todos los cigarrillos de liar que fuma varias veces al día. Sus manos tienen la piel áspera y callosa y varias cicatrices, lo que da peso a los rumores de que solía pelear a puño limpio sólo por diversión.

‘Hay algunas cajas en los pasillos que hay que recoger, si no os importa’ pide mordiéndose el labio inferior.

La miran en silencio, una mezcla de cuerpos y caras con la misma expresión sin humor, en marcado contraste con la camaradería mostrada hace menos de dos minutos. Emma sabe que ella es la causa de este repentino cambio de humor, su ropa más elegante y sus manos limpias la identifican como ‘uno de los trabajadores finos de la oficina’.

‘¿Por favor?’

‘Esas cajas están ahí porque necesitamos los materiales cerca de los puestos de trabajo,’ contesta Gaz, con los brazos cruzados y sus ojos saltones y rosados fijos en ella. ‘Nos ahorra

tener que subir hasta las estanterías. Estamos demasiado ocupados para correr arriba y abajo por cada tornillo.’

Emma mira a los hombres que están a su alrededor. Uno ha vuelto a examinar la pantalla del móvil, otro se toma un café y un tercero utiliza un destornillador ociosamente mientras mueve las caderas al son del éxito latino ‘Despacito’ que se oye en la radio.

‘Claro,’ responde parpadeando rápidamente. ‘¿Podrías dejar allí una o dos con las cosas más esenciales y ordenar el resto? ¿Al menos hasta la semana que viene?’

‘No,’ responde secamente. Emma oye una risita a su lado.

‘Claro. Vale’, repite. ‘Bueno, gracias.’

Se da la vuelta, concentrándose en mantener su espalda recta para no darles la satisfacción de ver lo dominada que se siente. El efecto se estropea un poco al chocar directamente con Curtis, que se ha escondido entre unas estanterías cercanas.

‘Mier ... miércoles.’ Emma da un sobresalto y se lleva la mano al pecho.

‘Lo siento.’ Curtis se pone rojo y mira al suelo. ‘No quería asustarte, Becky.’

‘No pasa nada, no te preocupes.’ Emma se da cuenta de que a Curtis le han aparecido más granos en el cuello, que se suman a los de la cara, y el principio de un herpes asoma en su labio superior.

‘Siéntate, ¿te traigo algo de beber?,’ le dice él. ‘¿Quizá algo de comer, una galleta, patatas fritas?’ Se vuelve para coger una silla cercana, pero con las prisas, se vuelca, y la pata de metal golpea la espinilla de Emma y después cae estrepitosamente sobre el suelo de cemento. Emma se sujeta la pierna, tratando de frotarse el punto donde le duele, mientras salta sobre la otra.

‘Oh no, no. Lo siento, deja que te ayude.’ Le intenta coger el brazo para equilibrarla, pero le golpea el hombro.

‘Ay,’ se queja Emma apretando los dientes. ‘No te molestes, estoy bien.’

Curtis se pone rojo y gira sobre sí mismo. ‘¿Quieres que llame al de los primeros auxilios? Puede que tengas la pierna cortada, rota o ...’

‘Estoy bien,’ dice con demasiada brusquedad, antes de apartarlo y correr de vuelta a la oficina. Siente varios pares de ojos clavándose en su nuca mientras intenta minimizar su cojera, lo que no es fácil en sus tacones. Reza para que no hayan visto su trasero y sus bragas negras de encaje mientras saltaba con su vestido.

Cuando cierra la pesada puerta metálica tras de sí y entra en el remanso de la oficina de administración, se da la vuelta y se encuentra a Lizzie, la esposa neumática del Sr. McGuinness, con sus protuberantes pechos casi tocándole el cuerpo. La caricatura de Anna Nicole Smith lleva un vestido rosa de tirantes más propio para una discoteca que una oficina. Apenas contiene la carne de su cuerpo blando y regordete y empuja sus grandes pechos hacia arriba y hacia fuera, aplastándolos incómodamente. Lleva el móvil, cubierto de diamantes, entre la cabeza y el hombro, en lugar del teléfono fijo con el que hablaba cuando Emma se había marchado. Es sorprendente que no tenga una hendidura en forma de teléfono moldeada en el lateral de la cabeza con el tiempo que se pasa hablando por él.

‘Emma, aquí estás,’ dice Lizzie. ‘Sé un cielo y prepara el café para los directores. Están en su reunión, debe ser importante porque llevan ahí más de tres horas.’

Emma suspira y se pregunta por qué, si Lizzie está tan preocupada por su bienestar, no puede preparar ella misma las bebidas. La conversación que está manteniendo debe de ser más importante que la hidratación de los encargados.

‘Y, por favor, asegúrate que mi Nigelboo no eche azúcar en el café,’ añade volviendo a su mesa. ‘El médico le ha puesto una dieta especial para que pierda peso. Le dije a ese joven que no

necesitaba adelgazar y que simplemente tenía los huesos grandes. Le viene de familia, sus hermanos y él se parecen a su padre. Pero el médico insistió en que sería bueno para su salud.'

Y con eso, vuelve a coger el teléfono que tiene en la mano y reanuda la conversación que estaba manteniendo antes de que llegara Emma.

'Ya estoy de vuelta, Sharon' dice, dirigiéndose a su mesa. 'Sí, sé que han estado hablando de mí. Jackie, de la tienda de cortinas, me lo dijo. Todas las mujeres y novias me echan la culpa de que sus maridos miren, pero no puedo evitarlo.' Los cojines de su regordeta silla de oficina silban cuando se sienta en ellos como si exhalaran su último aliento. 'No es culpa mía tener este físico, ¿verdad? Algunas incluso les han dicho a sus maridos que no pueden ir al bar después de jugar al golf.'

Emma prepara los cafés con la máquina, escuchando la charla de Lizzie con la sufrida Sharon como ruido de fondo. Los balancea precariamente en la única bandeja lo bastante grande para transportarlos, antes de empujar con el trasero las puertas dobles de la sala de reuniones. Las tazas se tambalean y resbalan sobre la brillante superficie de la bandeja, derramando parte del contenido y, no por primera vez, se propone dedicar más tiempo a su escritura, para poder dejar atrás el mundo del marketing (y también regalarse una de esas bandejas antideslizantes que ha visto anunciadas en el canal de compras QVC).

'Por fin. Llevamos media hora pidiendo a gritos un café,' dice Dan, arreglándose la corbata e inclinándose con impaciencia hacia la bandeja.

Emma pone los ojos en blanco, pero sabe que no es prudente remarcar como la Sra. McGuinness, quien no ha hecho absolutamente nada en los tres años que lleva trabajando en la fábrica, podría haber preparado perfectamente las bebidas en los últimos treinta minutos. De la misma manera que todos saben que nadie puede llamar Nigelboo al Sr. McGuinness, nadie puede tampoco criticar a la Sra. McGuinness.

'Emmie, ¿cómo van los preparativos para el viernes?' le pregunta el señor McGuinness, poniendo tres cucharadas de azúcar en su café, ignorando los consejos de su médico. '¿Está todo más ordenado? Puede que eche un vistazo más tarde para-.'

'Yo no me molestaría hasta la visita, señor McGuinness. Me he centrado en la presentación y los empleados van a recoger todo a fondo el jueves,' responde Emma, dándole la espalda y fingiendo reponer el azúcar.

'Bien, bien. ¿Podría tener la presentación para el jue...?'

La canción de '*Baby Got Back*' de *Sir Mix-a-lot* interrumpe la pregunta del Sr. McGuinness.

Me gustan los culos grandes y no puedo mentir,

Vosotros mis hermanos no podéis negar

Todos los hombres de la sala de juntas se giran para mirar a Emma, la aparente fuente de la melodía hip-hop sobre mujeres con traseros enormes. Algunos fruncen el ceño con desaprobación, mientras Emma permanece inmóvil intentando comprender de dónde procede ese extraño sonido.

Que cuando una chica con una cintura pequeñita entra

Y pone una cosa redonda en tu cara

Sus ojos se abren de par en par y deja caer el azucarero, haciéndolo chocar contra la mesa de cristal y esparciendo pegajosos gránulos por la superficie. Tantea para alcanzar su teléfono, buscando el bolsillo entre los pliegues de su falda, sus manos torpes por la urgencia.

Te dan un aviso, quieres empujar duro

Porque te das cuenta que ese culo está relleno

'Lo siento, lo siento. Es el catering del viernes,' grita, silenciando el tono de llamada y

saliendo corriendo del cuarto, dejando detrás de ella a un montón de hombres desaprobadores.

‘Jess, ¿has cambiado mi tono de llamada?,’ susurra al teléfono.

Lizzie mira hacia ella, aún con el móvil de diamantes en la mano, pero acalla su charla para fisgar lo que sucede. Emma se tapa la boca con la mano para dificultarle la tarea mientras atraviesa el despacho y sale al rellano exterior.

‘Sí, ¿te gusta? Es mi tono personal para que sepas que soy yo cuando te llamo,’ se ríe al otro lado del teléfono. Emma oye el ruido de la calle y el tráfico de fondo. ‘Pensé que me pegaba, ya sabes lo mucho que me gusta tu culo.’

‘Me vas a meter en problemas, ha sonado en medio de una reunión.’

‘¿En serio? Genial, me habría encantado verlo. ¿Se han puesto todos a bailar?’

‘¡No!’

‘Pues menuda oportunidad malgastada’.

Emma pone los ojos en blanco en lugar de contestar.

‘Jolines, relájate mujer, no te pueden despedir por una llamada. Al menos, no creo’. La voz de Jess hace una pausa como si estuviera considerando la opción. ‘Va, olvídalo. Solo te llamaba para preguntarte cómo te fue en tu súper cita con el Sr. Gotico. Estás viva, así que no te ha matado.’

‘¿Quién?’

‘¿Cuántos góticos conoces? ¿Estás dormida? El tipo con el que quedaste anoche.’

Ah, sí. Emma había olvidado por completo que la mejor cita de su vida había empezado con otra persona al otro lado de la mesa - la parte de Iago borrada por Jack, su sonrisa, su cuerpo, sus bromas. Iago y Jack eran tan diferentes como los perros y los gatos. O si Emma utilizaba su comida preferida como símil, suponía que Iago, en la caja de galletas, era el barquillo rosa que todo el mundo dejaba para el final, mientras que Jack era la galleta de chocolate envuelta en papel de oro por el que todo el mundo se pelea.

Había sido tan fácil hablar con él, y Jack había actuado como si conversar con ella fuera la actividad más interesante que pudiera estar haciendo esa noche. Parecía realmente interesado en lo que tenía que decir y le había prestado toda su atención, sin que nada en el bar le pareciera tan importante o fascinante como ella. Incluso le había impresionado oír hablar de la novela que estaba escribiendo y le había parecido muy ingenioso que la historia de amor continuara en el más allá cuando el protagonista moría y se convertía en fantasma.

‘Suenan diferente,’ había elogiado generosamente.

De Barceloneta a Yates, y terminando en el *Knight and Garter* cada barra había revelado más detalles sobre él y una sedienta Emma se los había bebido todos como si fueran chocolate líquido y ella una niña gorda en una escapada de un campamento de verano para adelgazar. La infancia idílica en una casa de campo en el Devon rural con sus padres profesores y su hermano mayor, los veranos que pasó aprendiendo a hacer surf en la larga playa de Staunton Sands con sus amigos del colegio (‘el océano es tan inmenso que te hace sentir libre’), dando clases de principiante a los niños mimados de los veraneantes adinerados, hasta que hace un par de años se mudó al centro de Inglaterra para escapar del creciente aburrimiento y su inquietud. (‘El pueblo era demasiado pequeño para desarrollar todo mi potencial. Estoy hecho para cosas más grandes’).

‘Acaba de pasar seis meses en Australia, pero tuvo que volver por culpa de su visa. Dormía junto a la playa para poder surfear al amanecer. ¿No es increíble?’ le cuenta Emma entusiasmada a Jess. ‘Como él dice, sólo se vive una vez, así que hay que aprovecharlo al máximo’. No se oye nada al otro lado del teléfono y Emma comprueba si la llamada sigue conectada. ‘Jess, ¿estás

ahí? ¿Hola?’

‘Sí, lo siento, sólo estoy asimilándolo todo. ¿Y dices que es ese camarero?’

‘Sí, el de Sophbeck que me hizo pasar un mal rato. Aunque probablemente fue culpa mía por estar demasiado borracha.’

‘Me alegro por ti,’ el tono de Jess suena monótono, ‘que hayas pasado tan buena noche, digo.’

‘¿Quedamos para tomar algo después del trabajo?’

‘Claro.’

‘¿Podríamos ir a tomar una copa a Sophbeck?’

‘Nunca vamos a Sophbeck entre semana. Es un club, no un bar. ¿Abre tan temprano?’

‘A las 8. Jack trabaja esta noche y quería pasarme casualmente a saludarle.’

‘No es casual si te ha dicho que está trabajando.’ Emma casi puede oír el ceño fruncido de Jess. ‘No quiero una colgada, puedes ir por tu cuenta cuando me haya ido.’

‘Ah, venga, yo lo haría por ti.’

‘Pero no haría falta. Si me gusta alguien, se lo digo, no ando rondando por su lugar de trabajo.’

Emma mira el teléfono. ‘¿Pasa algo? Sabes que puedes hablar conmigo.’

Un fuerte suspiro se traduce en un crujido en el receptor. ‘Vaaaleeee, iré contigo. Pero más te vale invitarme a una copa.’

Emma suelta un aullido y da un pequeño saltito. ‘Trato hecho. Gracias, *Spice Girl* Pelirroja.’

‘Cualquier cosa por ti, *Posh*.’

Cuando Emma vuelve a entrar en la oficina, los directivos acaban de salir de la sala de reuniones, y mira al suelo para evitar sus miradas tras el tono de llamada sobre mujeres culonas y hombres que se quieren acostar con ellas. Lizzie. o bien ha terminado su conversación de dos horas con Sharon, o su móvil se ha rendido tras escuchar interminables comentarios sobre la irresistible atracción que sienten los hombres por ella. Sea cual sea el motivo, ahora está ocupada mostrando su mejor sonrisa a cada uno de los hombres que pasan por delante de su mesa.

‘Buenas tardes, Dan. ¿Te gusta el nuevo pintalabios que me he comprado?,’ le pregunta, frunciendo los labios como un bacalao para que él los aprecie mejor.

‘Precioso,’ responde Dan tras inclinarse para inspeccionar la boca que le ofrece. ‘Ese color te sienta de maravilla,’ la halaga. Lizzie emite una risita, nada que ver con las carcajadas que suelta cuando habla con Sharon.

Emma suspira e, impaciente, se acerca a su mesa, ignorándoles, y enciende de nuevo el ordenador, que suena con el fuerte zumbido de cien ventiladores. No le sorprendería encontrar algún día un hámster corriendo en una rueda dentro de él, con sus patitas trabajando duro para mantener en marcha el vetusto aparato. Incluso tiene instalados el solitario y el buscaminas, reliquias de sus años adolescentes, aunque a estas alturas probablemente vuelvan a considerarse retro y guays. Se mira distraídamente el vestido, preguntándose si es lo bastante bonito para ver a Jack o si debería ir a casa a cambiarse antes de quedar con Jess.

‘¿Está lista la presentación, Emma?’

Se asoma por encima de su gran monitor y ve a Dan apoyado en el escritorio de Lizzie mirando hacia ella. Emma puede ver las caras aplastadas de sus gatos entre sus dedos, mirándola fijamente desde el salvapantallas de su teléfono. Sus malvadas pupilas negras resaltan entre un montón de pelo blanco de algodón de azúcar.

‘Trabajando en ello,’ responde con un tono de falsete chirriante.

‘No trabajes demasiado. Las ondas cerebrales de tu cabecita podrían encresparte el pelo.’ Se ríe de su propia broma. ‘De todos modos, todo se reducirá a la conversación de ventas, y la

clavaré.’

‘Eres muy bueno en cerrar los tratos, Dan. Nigelboo siempre te está elogiando,’ dice Lizzie, asintiendo con la cabeza y mirándole. ‘La junta incluso está hablando de nombrarte director comercial.’

‘Bueno, alguien tiene que traer el dinero a la empresa. El marketing está muy bien, pero al fin y al cabo no son más que imágenes bonitas y colorines, no trabajo de verdad. No nos hace ganar dinero,’ responde, agitando la mano desdeñosamente. Se pone de pie y endereza su chaqueta antes de dirigirse a la puerta. ‘Estoy deseando ver la presentación. Seguro que ya has incluido la información sobre los nuevos ascensores y su mecanismo de frenado multinivel, ¿verdad?’

Y con eso sale de la habitación, levantando la mano a modo de despedida.

JESS - MIÉRCOLES POR LA TARDE

VAYA, vaya. Esto me lo esperaba, piensa Jess.

Recuerda bastante bien al barman de Sophbeck, pues le había visto desde que había empezado a trabajar allí, sonriendo, coqueteando y mirando escotes con cada propietaria de una vagina que bajaba las escaleras. Él era la razón por la que habían inventado el dicho ‘como un niño en una tienda de golosinas’: los sábados por la noche sus ojos se movían tan rápidamente entre las mujeres que Jess no se sorprendería si empezara a echar espuma por la boca y a agitarse violentamente.

Sabe que ella no puede hablar, porque no tiene una moral muy alta. Según su último recuento, se ha acostado con más de 200 personas, y no se ha molestado en seguir su lista desde que llegó a esa cifra. En parte porque no sabe todos los nombres y en parte porque uno de sus polvos había encontrado la lista en el cajón de la mesilla de noche y se había marchado enfadado a mitad del polvo (en serio, ¿cómo de grande era su ego para pensar que un polvo rápido de cinco minutos era algo especial?)

Algunos habían llorado al correrse, otras le habían quitado el tampón con los dientes, y algunas incluso habían enviado mensajes de texto a su cónyuge mientras estaban dentro de ella diciendo que iban a llegar tarde. Pero fuera quien fuera la otra persona, ella nunca había hecho falsas promesas, ni había pedido su número, ni preguntado si estaban libre el viernes por la noche para ir al cine. Jess tiene la decencia de no permitir que nadie se enamore de ella, ni de hacer que se preocupen cuando no contacta con ellos. A diferencia de Jack-ilipollas y lo que está haciendo con Emma. El tipo es un completo impresentable: la usará y la dejará, sólo haciendo una pausa para rascarse un pelo enquistado en sus bolas.

Emma necesita a alguien que la adore, la trate como a una diosa y la ponga en un pedestal. El tipo de persona que insistirá en pagarle el taxi a casa después de cenar, le comprará una rosa roja cada mes en el aniversario de su primera cita y le pedirá permiso a su padre para casarse con ella. Tiene que ser la protagonista de una comedia romántica de los 90 protagonizada por Meg Ryan, cuando era buena actriz y no tenía labios de trucha. Sólo se merece lo mejor.

A lo largo de los años, Jess ya ha tenido que advertir a algunos pretendientes inapropiados, como el fanático de la naturaleza y el jugador de rugby aficionado. La amenaza de contaminar un hábitat de polillas había bastado para que el hippie verde huyera por las colinas. El jugador de rugby había sido más persistente, pero ni siquiera su atracción por Emma había sido suficiente para soportar que Jess apareciera en cada partido gritando cosas como: ‘Ten cuidado, cariño, aún te estás recuperando de tu operación de prolapso’ y ‘Árbitro, ¿está seguro de que tiene permitido el contacto con menores de edad?’ Al final, incluso él había cedido y eso demostraba que no se merecía a Emma; si hubiera sido amor, habría podido superar un poco de vergüenza para ser

felices para siempre. Emma había estado un poco deprimida después de que rompiera con ella, insegura de la razón, pero era lo mejor. Todo el mundo sabía lo que pasaba en los partidos de rugby fuera de casa y ella nunca habría podido confiar en él, así que no era el adecuado para ella.

Este idiota Jack tampoco lo es. Sólo quiere una noche en la cama con cualquier cosa que tenga un agujero entre las piernas. Jess conoce bien a esos tipos: se ha llevado unos cuantos a casa, jugando con ellos a su propio juego. Algunos de ellos incluso se habían enfadado cuando había rehusado darles su número de teléfono, negándoles el poder de ser ellos quien la plantaran, los imbéciles pretenciosos.

Un tipo así, un tipo como Jack, le rompería el corazón a Emma. Siempre se preguntaría si su tono de voz había sido demasiado agudo, si sus ingles no estaban perfectamente depiladas o si su celulitis era demasiado marcada, mientras miraba su pantalla esperando un mensaje de texto que nunca llegaría. Le tocaría a Jess recoger los pedazos, como siempre. A Emma le había costado medio kilo de galletas de chocolate, siete botellas de ginebra de lujo y cien libras en peluquería superar su última relación fallida (nada que ver con Jess aquella vez, el chico había roto él solo antes de que ella tuviera la oportunidad de intervenir). Incluso un bollo de crema barato de supermercado sería un desperdicio gastado en Jack.

No, tendría que ir esta noche y advertirle para asegurarse de que supiera que no debía meterse con Emma o tendría que vérselas con ella. Actuar como la zorra loca protectora de su mejor amiga. Que después de todo, es lo que siempre ha sido.

JESS - MIÉRCOLES POR LA TARDE

LA ESTRECHA CALLE está inusualmente tranquila y solitaria. O al menos, es inusual para Jess, que está acostumbrada a verla los sábados por la noche con paquetes de cigarrillos vacíos y vasos de plástico desechados esparcidos por la calzada. No suenan bocinas de taxis enfadados ni hay conductores maldiciéndose por intentar dar la vuelta en una carretera demasiado estrecha. No hay gente tambaleándose que se dirige a la entrada de Sophbeck como si fuera un agujero negro que absorbiera a todo ser vivo en sus proximidades. Jess no está segura de haber pasado nunca por esta calle a mitad de semana y eso que ha vivido en la misma ciudad toda su vida. Añade ‘malgastar mi tarde’ a la lista de razones por las que odia a Jack, después de ‘nombre poco original’, ‘beber sidra de sabores frutales’ y ‘decir Carpe Diem’. Va por la razón 27 y ha empezado la lista esta mañana, después de su llamada telefónica con Emma.

Desde entonces está de mal humor, las pocas imágenes que tiene de Jack le dan vueltas en la cabeza, y con cada recuerdo su aversión crece hasta convertirse en odio al rojo vivo. Su constante sonrisa innecesaria, el peinado engominado que nadie mayor de 20 años debería llevar, las miradas vanidosas de reojo para observarse en el espejo de detrás de la barra cuando cree que nadie está mirando y, sobre todo, los ojos codiciosos de lobo feroz que engullen a todas las mujeres que bajan las escaleras del bar. Pero Emma no será su próxima víctima. Esta caperucita roja será salvada por un cazador con una maxi compresa calzando botines.

Lo único bueno de venir a Sophbeck esta noche es que encontrarse cara a cara con Jack-ilipollas le permitirá ser útil actuando como su saco de boxeo. Lleva toda la noche intentando controlar su estado de ánimo y Emma ha sido objeto de más comentarios bruscos de lo habitual, caminando por la cuerda floja de lo que es hiriente en lugar de sardónico. Pero con Jack puede ponerse en modo zorra total, utilizándole mientras intenta ahuyentarlo de Emma. *Spice Girls* - 1, Jack-ilipollas - 0.

Emma está demasiado emocionada por volver a verle como para haberse percatado del mal humor de Jess. De todos modos, después de tantos años, sabe que no debe entrometerse cuando esta así, ya que Jess sólo responde con un aluvión de insultos. Emma ha intentado recompensarla por haber aceptado venir esta noche con un par de ron y colas en el Weatherspoons local, un sórdido antro en el que normalmente no la pillarían ni muerto. Incluso le ha pagado unas jugadas en las máquinas tragaperras. En un momento dado, la generosidad de Emma ha hecho pensar a Jess que tal vez había cambiado de opinión respecto a venir a Sophbeck, que se había dado cuenta de que era una mala idea y que iban a pasar una noche de chicas. Pero, por supuesto, todo era un señuelo.

‘¿Qué tal estoy? ¿Tengo pintalabios en los dientes?’

Están en la entrada de Sophbeck cuando Emma se detiene y se inclina hacia ella.

‘Dios, ¿estás intentando arrancarme las cejas?’ responde Jess, protegiendo sus ojos de la boca de Emma. ‘Déjame ver. Todo está en orden.’

Emma se da la vuelta y agacha la cabeza hacia adelante, sacudiéndose el pelo con las manos para que gane volumen y echándose rápidamente otra vez hacia atrás, con un gesto que Jess la ha visto hacer mil veces desde que eran adolescentes: una Emma de diecisiete años borracha de licor de melocotón a la salida de la discoteca, Emma con el traje de graduación antes de ponerse el birrete, en la playa de Marbella antes de ir a mojar sus pies en la orilla. Siempre el mismo movimiento hacia arriba desde la nuca hasta la parte superior de su cabeza, y luego las manos colocadas justo por encima de las orejas para agitar los lados, su largo cabello oscuro ondulado cayendo suavemente y la luz atrapando mechones, haciéndolos brillar con tonos dorados. Emma envejecía y el escenario cambiaba en los recuerdos de Jess, pero el movimiento permanecía igual.

Jess aprieta con fuerza la mandíbula y, con el whisky como acicate, sigue a su mejor amiga escaleras abajo hacia Sophbeck. Emma saca la lengua entre los dientes delanteros, mientras baja cada escalón, manteniendo el equilibrio sobre sus altos tacones, con los nudillos blancos de agarrar demasiado fuerte el pasamanos. Normalmente, saldría directamente del trabajo con su ropa de oficina, pero debe de haber pasado por casa para cambiarse y ha hecho un esfuerzo por arreglarse para Jack. La excusa de entrar casualmente a tomar una copa parece aún más ridícula ahora, con el pintalabios rosa brillante y las cejas recién depiladas. Jess debería ofenderse de que Emma no se esfuerce tanto cuando queda solo con ella, pero sus propios vaqueros están manchados con salpicaduras ketchup que se han caído de su bocadillo de beicon al mediodía.

Al llegar a los últimos peldaños de la escalera que baja al club, Emma se detiene, haciendo que Jess tropiece al intentar evitar chocar con ella. Maldice en dirección a Emma, pero su amiga está demasiado ocupada respirando hondo y sacando pecho. Antes de que Jess pueda decir nada más, Emma se dirige hacia el bar.

‘Debe de ser muy cansado pasar todo el tiempo posando para una cámara invisible,’ piensa Jess con desdén cuando lo ve.

Jack está de pie bajo uno de los focos del antro oscuro, apoyado estudiadamente en las estanterías con una pierna doblada contra el frigorífico de cerveza. Sus vaqueros azules cuelgan peligrosamente bajos, mostrando la cintura de sus calzoncillos de marca (Ralph Lauren) a pesar de llevar un cinturón de cuero marrón alrededor del pantalón. Debe de estar esperando a que aparezca el próximo cliente y lo encuentre en esta pose de revista artificialmente orquestada. Lo único que le falta es una burbuja de discurso andante con una cita vital edificante para convertirse en un meme viviente.

‘Eh, mira quién está aquí,’ dice, sonriendo sólo con un lado de su boca.

Jess puede imaginárselo practicando múltiples expresiones diferentes frente al espejo antes de decidir que ésta es la más seductora. ¿Alguna mujer ha caído alguna vez en su trampa? Pero Emma responde a la pregunta retórica pasando junto a ella, radiante, para sentarse en uno de los taburetes de la barra.

‘Hola, me alegro de verte. Había olvidado que trabajabas esta noche,’ miente.

La voz de David Attenborough en un documental de naturaleza resuena en la cabeza de Jess: *‘El ritual de apareamiento humano es uno de los más sofisticados de todas las especies. Animada por la necesidad desesperada de no estar sola, la mayor de las hembras solteras da el primer paso. Esperanzada, se acerca para atacar, pero la inexperiencia juega en su contra. Tendrá que medir bien sus pasos si quiere asegurar la supervivencia de su línea familiar.’*

‘Mi amiga quería tomar algo aquí.’ Emma hace un gesto hacia Jess, que no dice nada, pero

toma el taburete de al lado. Ve que Jack mira hacia ella y la evalúa rápidamente, antes de decidir que Emma es el anzuelo más atractivo de las dos amigas.

‘Jack,’ dice, extendiendo la mano sobre la barra y esbozando su mejor sonrisa falsa.

‘Jess,’ responde ella, con las manos firmemente apoyadas en el regazo.

‘¿Qué hacéis esta noche?’ pregunta Jack, después de recuperar rápidamente la compostura por el desaire de Jess.

‘Oh, ya sabes, sólo tomar una copa y ponernos al día,’ responde Emma, agitando la mano, como si salir a mitad de semana a un club nocturno completamente maquillada fuera su costumbre habitual de un miércoles por la noche, en lugar de ver reposiciones de las Kardashian en E! como Jess sabe que suele hacer.

‘Podría unirme a vosotros para ambas cosas, si estáis dispuesta a aceptar a una humilde sirvienta entre semejantes reinas.’ Se inclina exageradamente y Emma suelta una risita de colegiala de catorce años. Jess pone los ojos en blanco, temiendo desarrollar diabetes en la próxima hora si continúa con este nivel de conversación sacarina.

‘Eso sería genial, ¿no Jess?’

‘Lo más,’ responde en tono inexpresivo.

Durante los quince minutos siguientes, escucha cómo Emma y Jack entablan una conversación superficial, dando vueltas el uno alrededor del otro como dos animales cortejándose. *‘La inexperta hembra gana confianza a medida que el macho responde a sus señales de apareamiento. Sin señales de retirada, el ritual se intensifica mientras los miembros de la familia esperan cerca el desenlace’*, continúa Attenborough en la cabeza de Jess.

‘Me han pedido que organice un evento en el trabajo para una oportunidad comercial importante.’ Emma se detiene al ver que Jack niega con la cabeza. ‘¿Qué?’

‘Me estás recordando que no puedo esperar a dejar todo esto atrás’.

‘¿Qué quieres decir?’

‘La carrera de ratas de 9 a 5 no es para mí, nena. Está bien si eres feliz con una vida normal y aburrida, pero a mí me gusta vivir fuera de esa caja.’

Oh sí, porque eres tan superior al resto de nosotros, los plebeyos. Trabajas en un bar y tienes más de treinta años, imbécil. Jess piensa que sus ojos podrían tocar la parte posterior de su cráneo con todo lo que los está poniendo en blanco inadvertidamente.

‘No te entiendo,’ Emma hace un mohín.

‘Australia. Vuelvo dentro de tres semanas, ¿no te lo he dicho? No puedo esperar a estar de vuelta en la playa, surfando. El sol, la arena caliente... Ya puedo sentirlo.’ Cierra los ojos imaginándose.

Que te vaya bien, me has puesto el trabajo fácil. Jess ni siquiera intenta disimular su satisfacción, pero ni Emma ni Jack la miran.

‘Nena, no pensabas que me quedaría aquí mucho por tiempo, ¿verdad?’ le dice Jack a Emma, cuyo mohín se ha congelado en una mueca. ‘Me siento halagado de que me vayas a echar de menos, pero mira a tu alrededor. Aspiro a algo más que una ciudad gris en el centro de Inglaterra. Sólo se vive una vez, aprovéchalo y diviértete.’ Como Emma no responde, añade, ‘deberías venir a ver por ti misma cómo es, entonces te darás cuenta de lo que quiero decir.’

Sí, los mismos problemas, con cáncer de piel añadido, piensa Jess, pero Emma parece estar considerando seriamente la invitación de improviso, su mohín se ha convertido en labios fruncidos, concentrada.

‘Quizá lo haga,’ responde al cabo de un rato. ‘Gracias.’

‘Oye, ¿te importa vigilar el bar un momento? Necesito ir al baño, normalmente cerraría la

puerta, pero sé que puedo confiar en ti.' Le guiña un ojo a Emma, que sigue sumida en sus pensamientos.

'Por supuesto.'

En cuanto Jack desaparece hacia los lavabos, Emma se da la vuelta hablando a toda velocidad. '¿Has oído lo que ha dicho? Una invitación a Australia para ir a verlo. Quiero decir, para empezar una relación no es ideal que se vaya tan lejos, pero hay posibilidades de que regrese y, mientras tanto, me vendría bien un poco de sol'. Las manos de Emma se mueven rápidamente mientras luchan por mantener el ritmo de las palabras que salen de su boca. 'Tengo mis ahorros, aunque mamá insistió en que eran para mi boda. Podría ir a la agencia de viajes mañana-'

'No creo que lo dijera con ese sentido,' interrumpe Jess.

'¿Qué otra cosa puede significar?' Emma frunce el ceño. 'Tú lo has oído. *'Deberías venir a verme a Australia.'*'

'No es exacta-'

'Es una invitación, ¿no? Shh, que vuelve.' Emma se da la vuelta rápidamente cuando la figura de Jack reaparece.

'Has hecho un trabajo brillante, nena, el bar sigue en pie.' Le levanta el pulgar.' Serías una gran camarera, los clientes no te quitarían los ojos de encima.'

Emma se ríe tímidamente y Jess fulmina a Jack con la mirada.

Cabrón. Eres mejor en esto de lo que pensaba. Voy a tener que jugar sucio.

LAURA - JUEVES POR LA MAÑANA

LAURA SE ESFUERZA por abrir los ojos, resacosa y mareada por la falta de sueño. La cabeza empieza a dolerle en cuanto ve las copas vacías en la mesilla de noche, recordándole el vino consumido la noche anterior con el estómago vacío. Debería haber comido algo, pero no se había molestado en cocinar en su afán de olvidarse de todo lo ocurrido. La única energía que le quedaba, después de limpiar los vómitos de Elliot y cambiar tres veces las sábanas de la cuna, la había gastado en abrir una botella de Rioja. Casi ni se había molestado con el vaso.

Encontrar la postal la había inquietado. Por mucho que había intentado hundir sus recuerdos, éstos insistían en salir a la superficie, como una botella de plástico que se niega a hundirse. La habían llevado de vuelta a la época en que él la rodeaba con sus brazos, y ella apoyaba la cabeza en su pecho, sintiéndose segura, amada y deseada. Sus dedos solían acariciar suavemente la ligera manta de vello oscuro que cubría su pecho y aspiraba su olor sinónimo, una combinación de sudor salado y desodorante. No quería pensar en lo que podría haber sido: el dolor sordo e intermitente era preferible a que le desgarraran las tripas. Ya tenía suficiente castigo con el recordatorio diario de lo que había hecho.

No había ayudado que la fiebre de Elliot volviera a subir a media tarde y persistiera hasta pasada la medianoche. Cuando por fin el paracetamol y el ibuprofeno le hicieron efecto, había sucumbido a un sueño profundo, agotado por las lágrimas y los gemidos incesantes.

Laura todavía puede oír el llanto incesante zumbando en sus oídos ahora, provocándole el comienzo de un dolor de cabeza justo detrás de las cuencas de los ojos.

Espera, ¿eso no es...? piensa, confusa, girando la cabeza, con el pelo enredado en la almohada.

El ruido familiar procedente de la habitación contigua debe de haber sido lo que la ha despertado. La brillante pantalla de su móvil la ciega temporalmente antes de que pueda abrir los ojos lo suficiente para ver la hora: las 4:36 de la madrugada.

Por el amor de Dios, ¿dónde diablos está Simon? Ah, sí. Durmiendo en la habitación de invitados desde que Elliot tiene dos meses para poder ‘descansar’.

Laura tira el edredón a un lado de mala gana y sale torpemente de la cama, tropezando con sus propios pies antes de ponerse las zapatillas en la oscuridad. *Quizá si le doy un poco de leche se duerma un par de horas más*, piensa con más esperanza que optimismo mientras baja a la cocina. Merece la pena intentarlo.

En la oscuridad, se queda mirando el biberón de leche que da vueltas en el microondas, hipnotizada por los movimientos circulares y el brillo amarillo. El fuerte pitido resuena en la cocina y el vacío amortigua los gritos lejanos del bebé. Vuelve a subir las escaleras y entra en su habitación, donde Elliot se ha despertado del todo y está a cuatro patas meciéndose hacia delante.

y hacia atrás.

Sí, yo diría que se ha recuperado de estar enfermo, piensa cínica.

Laura lo levanta de la cuna y su carita se ilumina cuando ve el biberón. Lo agarra con fuerza y las esperanzas de Laura aumentan. Mientras ella se acomoda en la gran silla que hay en un rincón de la habitación, otro recordatorio constante de su fracaso como madre con su inútil intento de lactancia materna, Elliot engulle la leche, sin apenas detenerse a respirar.

Dios, cualquiera pensaría que ha pasado por una hambruna, piensa.

Pero lo ha hecho, ¿verdad? le responde una vocecita. Una punzada de culpabilidad la golpea mientras lo observa.

Las comadronas y las asistentes sanitarias habían visitado la casa con regularidad tras la llegada de Elliot. Un constante ajeteo de mujeres extrañas, todas hablando sobre ella, pero nunca a ella. Cogían al bebé y manipulaban sus pechos, intentando que se alimentara. Puede recordar que se sentía acalorada, acosada y deseosa de que la dejaran en paz mientras veía cómo su bebé, día tras día, rechazaba su cuerpo y se marchitaba lentamente hasta convertirse en un saco de huesos diminutos. Susurraban constantemente en voz baja, la miraban furtivamente, y la trataban como si fuera una niña y no la madre adulta.

Cuando hablaron de volver a ingresarlo en el hospital, una estudiante de enfermería había hecho por fin lo que nadie se había atrevido a hacer: darle un biberón de leche de fórmula. El alimento del diablo a todas luces, si se atenían a lo que habían dicho en sus clases prenatales. Elliot se lo había bebido vorazmente (y había repetido inmediatamente) mientras los pechos de Laura, inútiles, goteaban leche en su camisón. Desde luego, Elliot había demostrado que no la necesitaba, pero al menos las visitas irritantes de las enfermeras habían cesado después de aquello. No soportaba sus voces condescendientes ni sus consejos inútiles.

Elliot se incorpora y deja caer la botella al suelo. Intenta ponerse en pie y se acerca a su hombro derecho, apretando la boca contra él.

‘¡Arghh!’ Laura grita asustada mientras golpea a Elliot en la espalda más fuerte de lo que pretendía. Elliot se queda mirándola, momentáneamente aturdido, antes de soltar una risita e intentar bajarse de la silla lanzándose de cabeza.

‘Vale, de acuerdo. Vamos,’ dice cansada, sacudiendo la cabeza. Ya debería saber que no puede esperar otra cosa.

Laura coge a Elliot y lo lleva abajo, colocándolo en medio del salón con algunos objetos de la caja de juguetes. A continuación, se dirige a la isla de la cocina para poner el agua a hervir y coge el café instantáneo del armario.

A las 6.45 se oyen los pasos de Simon en el piso de arriba. Espera que baje a ver cómo están, pero va directamente al cuarto de baño y enciende la ducha. Veinte minutos más tarde, entra en la cocina, recién afeitado y vestido con uno de sus trajes de trabajo azul marino, camisa de rayas y corbata rosa.

‘Buenos días, ¿café?,’ le pregunta su marido mientras saca una taza del armario.

‘No, gracias. Me duele la cabeza y ya me he tomado tres,’ responde Laura.

‘¿Has madrugado?’

‘Más bien me he despertado en medio de la noche. Llevamos aquí desde las cuatro.’

‘Buf,’ Simon hace un gesto de dolor.

Siguen desayunando (él) y jugando en silencio (Elliot y ella) durante unos minutos hasta que Simon hace ademán de levantarse del taburete de la cocina.

‘Me voy, necesito llegar temprano a la oficina.’

‘Espera, iba a pedirte que lo vigilaras mientras me ducho,’ protesta Laura.

‘Lo siento, tengo un poco de prisa. Tengo que revisar los documentos para la reunión de fusión de las empresas,’ responde Simon mientras recoge su maletín y sus llaves sin mirarla siquiera.

‘Sólo diez minutos, por favor,’ suplica Laura.

‘Lo siento, cariño, tengo que irme.’

Se inclina y presiona con sus labios la parte superior de la cabeza de Elliot, antes de plantar otro beso en la mejilla no ofrecida de Laura. Ella le da la espalda mientras él sale de la habitación y oye cómo se cierra la puerta. Poco después, se oye el rugido del Mercedes de Simon llevándole al mundo exterior.

Genial. Laura arruga las cejas, le gustaría que las cosas no fueran así.

Elliot la mira brevemente antes de volver a golpear dos tazas apilables.

‘Elliot, mamá necesita una ducha,’ dice levantándole del suelo y cogiéndolo en brazos para dirigirse al baño de arriba.

‘¿Cómo vamos a hacer esto si el estúpido de tu padre no quiere ayudar?,’ dice, mirando alrededor del cuarto en busca de inspiración.

Elliot acaba de empezar a gatear y Laura ya no puede fiarse de que se quede quieto en un sitio. Las barreras para las escaleras que encargó por Internet hace cuatro semanas siguen sin abrir en el garaje, a la espera de que Simon las instale. Desde hace una semana, solo ha podido ducharse después de acostarlo, o no lo ha hecho en absoluto, pero siente como su piel está pegajosa y el pelo grasiento, con todo el cuerpo cubierto por una fina capa de suciedad. Necesita volver a sentirse humana.

Ve la caja de la cuna de viaje asomando por debajo del armario de Elliot en el cuarto del niño y se le ocurre una idea. Tarda unos minutos en forcejear con los barrotes metálicos que se niegan a encajar, pero después de un pequeño esfuerzo, la cuna de tela está erguida en medio del cuarto de baño con Elliot y algunos juguetes dentro. Perfecto.

Laura se coloca bajo el chorro de agua caliente, disfrutando de la presión que ejerce sobre sus músculos, haciendo fluir el cansancio y la suciedad por el desagüe. Empieza a lavarse el pelo y, después de quitarse el champú, corre la cortina para comprobar que Elliot está bien. Está jugando con ese estúpido elefante musical que les regalaron los amigos de Simon, un animal azul chillón, con unos ojos desproporcionadamente grandes que le hacen parecer un drogadicto. Grita frases aleatorias como ‘Los elefantes son grandes’, ‘tengo hambre’ y ‘¿quieres ser mi amigo?’ cada una de ellas recalcada por un barrido de trompa. Por suerte, le quitó las pilas hace unas semanas, porque no tiene interruptor para apagarlo.

Corre otra vez la cortina de la ducha y se aplica un poco de la mascarilla capilar carísima que no ha tocado desde que nació Elliot y que solía ser habitual en su rutina de belleza antes de que él llegara. Había olvidado lo bien que olía, y sus hombros se relajan visiblemente al masajearse el cuero cabelludo. Quizá si deja a Elliott en la cuna de viaje un poco más pueda pintarse las uñas de los pies, aún tiene un poco de esmalte sin abrir que no ha tenido ocasión de probar.

Laura vuelve a correr la cortina para ver cómo va y comprueba que está tranquilamente sentado, sin jugar ya con el tonto elefante. Frunce el ceño: su boca parece moverse, masticando algo, y atisba una goma morada a través de los labios de Elliot.

Laura salta de la ducha, resbalando con el fondo de la bañera y se golpea dolorosamente la espinilla contra el panel lateral. Recupera el equilibrio rápidamente, apoyándose en la cuna de viaje y le mete el dedo en la boca, luchando contra él mientras se agita y gira la cabeza, hasta que por fin consigue quitárselo.

¿Qué es eso? Parece un condón viejo de sabores. Oh, no. ¿De dónde ha salido? Laura tiene

un vago recuerdo de Elliot jugando con un globo que Simon había traído de una fiesta de cumpleaños de la oficina un par de semanas atrás. Simon parecía tan estúpidamente orgulloso de sí mismo por haberle regalado el globo a Elliot, como si fuera una posesión preciada, y ahora casi se le había atragantado. Para ser un abogado de tan altos vuelos, era un padre despistado y a menudo incompetente.

Se gira y se ve en el espejo de cuerpo entero apoyado en la pared del cuarto de baño. La clavícula y los pómulos sobresalen, resaltando el peso que ha perdido en los últimos meses. Las mujeres se gastan pequeñas fortunas en productos dietéticos y píldoras milagrosas cuando el mismo resultado podría conseguirse pariendo un bebé y no teniendo tiempo suficiente para comer. Sin embargo, los resultados no se parecen en nada a las fotos del ‘después’ que aparecen en las revistas. En lugar de un aspecto glamuroso, con la piel bronceada y las suaves curvas, su físico es demacrado y cansado, con ojeras moradas bajo los ojos. El agua resbala por sus pálidas piernas, donde el vello oscuro sin depilar contrasta con la piel casi translúcida que ahora tiene venas azul verdoso formando tenues telarañas en sus muslos. Largas estrías plateadas surcan los músculos flácidos de su vientre, y sus pequeños pechos cuelgan más bajos que antes, los días en que pasaba la prueba del lápiz ya pasados. La crema para el pelo gotea lentamente hasta el suelo, y ella sabe que será un fastidio limpiarla más tarde.

Elliot, con la ropa mojada mientras ella lo sostiene en brazos, chupa alegremente su pelo, disfrutando del sabor de la cara mascarilla capilar.

Simon puede ser un padre inútil, pero ella conoce la razón de su falta de instinto paternal. ¿Cuál es la suya?

EMMA - JUEVES POR LA MAÑANA

EMMA dobla otra esquina entre el laberinto gris de estanterías metálicas, cajas de cartón y luces fluorescentes amarillas. Se ha convertido en algo natural orientarse entre la colección de piezas metálicas aparentemente aleatorias, tornillos de distintos tamaños y chalecos de alta visibilidad desechados, y sus pies se mueven y cambian de dirección sin pensar. Al principio no era así, hace tres años, se perdía con frecuencia y tardaba más de diez minutos en encontrar el almacén de basura o la puerta de la pequeña cocina donde los trabajadores solían merodear evitando a los encargados. Ahora, tarda menos de 20 segundos en encontrar los productos de limpieza.

Ha perdido toda esperanza de conseguir ayuda para despejar y limpiar el espacio, y busca entre los frascos de aerosoles y coge una de las grandes escobas que rara vez se usan, con el mango de madera negro de aceite. Sabe que sus intentos de limpieza serán completamente inútiles: como censurar el vídeo porno casero de Kim Kardashian pixelando su oreja izquierda. Pero intentándolo, evitará al menos pensar en el inminente desastre que la espera el viernes y le dará tiempo para soñar despierta con Jack.

Enterarse de que vuelve a Australia ha sido un revés decepcionante. Por fin encuentra su media naranja, sólo para que él se mude lo más lejos posible de ella. Aun así, está decidida a ser positiva. Después de todo, vivir en países diferentes no había impedido que George y Amal o Harry y Meghan comenzaran una relación. Los romances intercontinentales son positivamente exóticos estos días: la cuenta atrás para volver a verse, la sensación agri dulce de verse por Skype, pero sin poder tocarse físicamente, y todas esas fotos de Instagram de sus encuentros viajeros conjuntos en lugares a medio camino como Hong Kong o Dubái.

Puede utilizar su experiencia como material de inspiración para una nueva novela, dando a la historia un toque moderno, narrándola en forma de mensajes de WhatsApp. O convertirse en una influencer de viajes haciéndoles fotos en lugares emblemáticos. Ya ha comprobado que sus ahorros de boda son suficientes para dos billetes de avión de ida y vuelta, y si se lo propone, con su sueldo puede ahorrar lo suficiente para otros dos en seis meses, visitando a Jack cuatro veces el primer año que pase fuera. Después, si todo va bien, pueden hablar de llevar su relación al siguiente nivel y vivir juntos. No quiere precipitarse y agobiarse sacando el tema demasiado pronto.

'.. no quiero seguir haciendo esto.'

Unos susurros en voz baja proceden del pasillo de al lado y Emma se agacha, ligeramente escondida entre los artículos de limpieza, esforzándose por oír.

'Sólo faltan uno o dos años para que puedas subir arriba.'

'¿Un año o dos? ¿Sabes cuánto tiempo es eso, trabajando con estos tipos? Algunos huelen mal.'

'Tu padre cree que te permitirá aprender el negocio desde abajo.'

'¿Y qué pasa con lo que yo quiero?'

'Ya basta, Curtis. Tu padre sabe mejor tú que es lo correcto.'

Emma se asoma por las estanterías justo a tiempo para vislumbrar las extensiones de pelo rubio de Lizzie desapareciendo por la esquina. Un Curtis de aspecto derrotado levanta la cabeza y Emma se agacha rápidamente, golpeándose la frente contra una barra metálica tratando de ocultarse.

'Au.'

Curtis mira a través de la estantería, con los ojos entrecerrados.

'¡Becky! ¿Cuánto has oído?'

'Lo siento, no estaba escuchando a escondidas, de verdad,' se apresura a decir.

Los ojos de Curtis vuelven a mirarla por encima de unos botes de pintura, antes de que su rostro desaparezca. Emma sigue sus pasos hasta doblar la esquina del pasillo mientras camina para llegar a su lado. Lo mira de arriba abajo y puede ver que a sus granos se ha unido finalmente un herpes labial, la ampolla roja hinchada y dolorosa. Se queda inquieto en el sitio, frotándose los dedos contra las palmas de las manos.

'¿El Sr. McGuinness es tu padre?' pregunta Emma con una mirada lastimera. 'Y Lizzie, tu madre,' añade, intentando reprimir un escalofrío.

'Yo... eh...' Los hombros de Curtis se hunden aún más, pillado in fraganti. 'Sí, lo son. Supongo que puedes suponer por qué no se lo he dicho a nadie, ¿eh?'

'Sí,' Emma hace una mueca, 'lo siento.'

No se le ocurre palabra alguna para consolarle. Lo mismo que cuando se agotan las galletas de chocolate en la tienda cuando necesitas una dosis de azúcar, o cuando descubres que tu nuevo corte de pelo te hace la cara más gorda, a veces la vida no es justa.

'Ya es bastante duro trabajar aquí,' dice Curtis. 'Todos los chicos me vacilan porque no voy al bar a tomar cervezas después del trabajo y no tengo novia. No necesito que sepan también que el jefe es mi padre.'

'Tu secreto está a salvo conmigo.' Emma simula cerrar su boca.

'Gracias.' Los ojos de Curtis se mueven rápidamente, mirando a su alrededor. '¿Qué haces aquí? ¿Necesitas que te eche una mano? Lo que sea para librarme unos minutos más de trabajar con esos bestias.'

'No mucho, sólo estoy cogiendo algunas cosas para intentar limpiar algo. No es que vaya a conseguir que haya mucha diferencia, pero al menos puedo intentarlo. Necesito este trabajo.'

'Lo entiendo.' Curtis arrastra los pies mientras Emma busca un spray limpiador en la estantería. 'Solo tienes que darles algo que quieran,' comenta.

'¿Qué quieres decir?' Emma detiene su búsqueda para mirarle.

'Bueno, en realidad es bastante sencillo. Ponles algo brillante delante y te ayudarán.' Curtis tira del dobladillo de su camiseta verde. '¿Cómo crees que consigo que me dejen en paz? Compró bolsas de patatas fritas todos los viernes.'

Emma frunce la nariz y reflexiona sobre este dato. 'Pero, ¿qué puedo darles yo que ellos quieran?'

'Seguro que se te ocurre algo.' Curtis se encoge de hombros. 'Papel y bolígrafos gratis?'

'Lo pensaré. Gracias.'

Curtis mira a su alrededor y sus ojos pasan inquietos de una caja a otra. 'Nos vemos, Becky,' dice dando media vuelta.

'Me llamo Emma,' dice sin pensar.

‘¿En serio?’ Curtis la mira frunciendo el ceño ‘¿Por qué no lo has dicho antes?’

‘No lo sé,’ responde ella, sacudiendo la cabeza y dedicándole una media sonrisa.

‘Bueno, pues adiós, Emma,’ y con un saludo tembloroso, camina por el pasillo y se va.

Algo que quieran, se dice. ¿Qué podría ser? Sólo parecen interesados en las chicas semi desnudas de los periódicos amarillos, los cigarrillos y el alcohol, y es poco probable que ella pueda conseguirles algo de eso a corto plazo y a un precio razonable. Y mucho menos antes del viernes. Sacude la cabeza. No es tan descabellado pedirles que despejen su espacio de trabajo, sobre todo para una visita comercial, ¿verdad? No son niños con los que haya que negociar. Tal vez sólo necesita un poco más de autoridad en su petición, un tono de voz más fuerte.

Con determinación, se dirige a la cocina, el lugar de sus (muy) frecuentes descansos para tomar algo, y allí encuentra a Gaz, removiendo su cucharilla en una taza de té recién hecha. No levanta la vista cuando entra, totalmente indiferente a la interrupción.

‘Necesito que tú y los hombres me ayudéis a recoger el taller para la visita de mañana,’ dice con toda la firmeza que le permite su voz.

Gaz sigue removiendo su taza de té, concentrado en el movimiento del líquido. ‘¿Y qué sacamos nosotros de esto?’

Así que sí queréis algo a cambio, Curtis tenía razón, piensa triunfante. ‘La empresa conseguirá un buen contrato y vosotros tendréis más trabajo.’ Es sólo después de decirlo que Emma se da cuenta de que eso no es un aliciente para ellos, ya que la mayor parte de su jornada laboral la pasan evitando cualquier forma de actividad extenuante. La expresión de Gaz le dice que coincide plenamente con sus pensamientos. ‘Le diré al Sr. McGuiness que reinstaure la barra libre en la fiesta de Navidad,’ improvisa rápidamente, antes de perder su efímera confianza.

Gaz levanta la mirada y se frota la barbilla mientras valora el ofrecimiento. ‘Supongo que eso puede merecer la pena, pero, ¿cómo sé que lo cumplirás?’

Buena pregunta. El alcohol ilimitado se había cancelado hace tres Navidades para consternación de todos los trabajadores, especialmente los del taller. Normalmente habían bebido hasta dejar seco el bar, la única ocasión del año en la que su droga preferida se servía gratis y en cantidades ilimitadas.

La fiesta de Navidad había sido el origen del empleo de Emma en la fábrica. El director comercial había dejado su puesto descontento y se había llevado algunos clientes a una empresa de la competencia, solo porque un empleado borracho le había tirado una bota a la cabeza durante la última fiesta con temática de cowboys, y un grupo de baile country.

Simon había entrado volando como un héroe, con sus trajes azul marino cosidos a medida, la eterna corbata rosa chicle y el pelo rubio engominado hacia atrás, y había salvado el día, querellando contra la competencia hasta llegar a un acuerdo. El Sr. McGuiness desde aquel día adoraba a Simon, devolviéndole el favor dándole un trabajo a su amiga Emma, sin importarle sus limitados credenciales. Y el alcohol ilimitado en las fiestas de Navidad se había cancelado de inmediato debido a los problemas que había causado.

Emma sabe que ofrecer el restablecimiento de la barra libre puede ser demasiado, pero ha oído a Lizzie quejarse con frecuencia de ello y si consigue que hable con el señor McGuiness, quizá tenga alguna posibilidad. Lizzie no querría desperdiciar la oportunidad de comprarse un vestido tres tallas más pequeño y desfilarse entre los trabajadores, acariciándoles despreocupadamente los brazos y frotándose contra sus espaldas. Si consigue ponerla de su parte, quizás pueda convencer al Sr. McGuiness.

‘Si no consigo que la restituyan, la pagaré yo misma,’ cede Emma. No hay otra solución. Le sostiene la mirada y espera su veredicto.

'De acuerdo, te ayudaremos.' Se levanta de la silla con su té. 'Les diré que empiecen esta tarde, pero será mejor que cumplas tu parte del trato.' Y con la amenaza velada, desaparece hacia las mesas del taller.

Emma está demasiado contenta para hacer caso de la intimidación de Gaz. Ha conseguido arreglar lo del taller, ahora sólo le queda terminar, o más bien empezar, la estúpida presentación y quizá pueda salvar aún la reunión del viernes y su trabajo. Necesita el sueldo para pagar sus viajes a Australia si quiere tener alguna posibilidad de tener una relación con Jack.

Con renovada determinación, vuelve a la oficina para ocuparse de PowerPoint. Puede copiar parte de la propaganda de los folletos que hizo la empresa de marketing polaca, sólo tendrá que corregir sus faltas de ortografía. Y está segura de que podrá encontrar fotos antiguas de la instalación del ascensor de la Universidad de Cambridge. Un logotipo ampliado puede cubrir el fondo y ocultar a los tipos que trabajan sin chalecos reflectivos ni botas de seguridad.

Mientras espera a que el PC se inicie, su móvil empieza a sonar y lo coge distraída mientras busca copias de los folletos en su cajón.

'Hola, Emma. Te llamaba para ver si te sentías mejor.'

La voz la hace estremecerse y se golpea la rodilla contra la esquina del cajón abierto. 'Hola. Hola. Sí. Sí. Mucho mejor, gracias. Debe haber sido un virus estomacal de 24 horas.;

'Deberías quejarte a la dirección del cine por la higiene de sus caramelos, siempre debería haber palas disponibles,' dice Iago, 'aunque supongo que también podría ser por cuántas te comiste. ¿Sabías que algunos científicos piensan que el azúcar es tan adictivo como el alcohol y la cocaína?'

'Interesante,' responde Emma mientras teclea su nombre de usuario y su contraseña, nada interesada.

'Es un veneno moderno,' afirma Iago. 'De todos modos, te llamaba para preguntarte si te gustaría acompañarme a una exposición en el Centro de Arte el viernes por la noche. Regalaban entradas. El artista expuesto utiliza cubiertos de plástico desechados para hacer retratos de héroes modernos. Es la inauguración y hay una consumición gratis incluida.'

Emma tiene una visión de Madonna, su pelo sustituido por pajitas de plástico y trozos rotos de cuchillos de sierra que le dan una sonrisa de hombre lobo, una burbuja que sale de su boca de animal diciendo 'cómeme'. 'Lo siento, Iago. Tengo planes con mi amiga Jess.'

'Bueno, seguro que podemos usarlos otra noche, aunque nos perdamos la consumición gratuita. ¿Qué te parece el sábado?'

Se llama no dar importancia a lo que piense la gente y hacer lo que uno quiere. La vida es demasiado corta. Las palabras de Jack suenan claramente en los oídos de Emma. Da golpecitos con los pies en el suelo, ¿la castigará el karma añadiendo calorías a la lechuga sólo porque deje de ser educada y amable con todo el mundo o diga que no de vez en cuando? ¿Tan malo sería arriesgarse a ofender a Iago?

Emma respira hondo. 'En realidad, Iago, lo siento, pero no creo que lo nuestro vaya a funcionar,' dice, apresurándose a pronunciar las palabras. 'Eres un buen tipo, pero somos demasiado diferentes.'

'Entiendo,' responde en voz baja. No dice nada más.

'Disfruta de la exposición, parece fascinante.' Emma cuelga rápidamente y sonrío tímidamente para sus adentros. *Esto de hacer lo que quieres es muy liberador.*

'Ooohhh, rompiendo corazones, ¿verdad? Ve a por ellos, chica. ¿Llevaba vaqueros de supermercado? ¿O conduce un Fiat Punto de segunda mano?' Lizzie estira el cuello para mirar a Emma por encima de la pantalla del ordenador como una jirafa desafiada.

‘No, simplemente, no tenemos nada en común.’ Emma se encoge de hombros.

Lizzie se levanta de la mesa y se tambalea por la oficina, a la caza de un jugoso chisme, con los tacones golpeando la alfombra. ‘Bah, esa excusa es una tontería,’ responde agitando la mano. ‘Yo no tengo nada en común con el Príncipe Felipe. Aún así, no le diría que no, ¡con todo ese dinero! Tienes que ser más astuta, querida.’ Se inclina hacia ella y baja la voz. ‘Te contaré un secreto. Para encontrar al hombre adecuado, tienes que comprobar su corte de pelo y su cartera.’

‘¿Corte de pelo y cartera?’

‘Eso es. Una cartera cara, pero un corte de pelo barato, ese es el pez que quieres pescar.’ Lizzie sienta su generoso trasero en el escritorio de Emma. ‘Un hombre con dinero siempre comprará una cartera de cuero cara. Un hombre sin mujer sólo se hará un corte de pelo estándar de 10 libras. Combina las dos cosas y ¡voilà!’ Da una palmada para enfatizar su argumento. ‘Tienes un hombre soltero con dinero que no sabe cómo gastarlo.’

‘Vale,’ responde Emma enarcando las cejas. ‘Lo tendré en cuenta.’

‘Ya verás. Empieza a seguir ese mantra y las cosas irán mucho me- No, no, no.’ Lizzie se asoma a la pantalla de Emma, sus consejos amorosos interrumpidos. ‘Todo eso está mal. El motor acciona la polea, no el coche directamente. Y también has omitido el contrapeso en ese diagrama.’

‘¿Sabes sobre ascensores?’ Emma abre ligeramente la boca.

‘Nigelboo habla tanto de ellos que es imposible no hacerlo. Vive, duerme y come en este lugar.’ Coge su silla de oficina y la acerca. ‘Vamos a ver.’ Empieza a mover el ratón de Emma. ‘¿Por qué has añadido un emoticono de risa al lado de ‘sube y baja’?’

Durante la siguiente media hora, Lizzie borra, añade e intercambia términos y frases incomprensibles a una velocidad vertiginosa, mientras murmura para sí misma palabras como ‘tracción’, ‘fricción’ e ‘hidráulico’. Arruga la nariz, concentrada en la pantalla, y de vez en cuando hace una pausa para inclinarse hacia delante y mirar algo más de cerca, mordiéndose la lengua entre los dientes delanteros. Es la vez que más tiempo ha estado callada en los tres años que Emma lleva trabajando en la empresa.

‘Ya está, creo que está todo bien.’

Emma da un respingo ante las repentinas palabras, antes de inclinarse hacia delante para echar un vistazo. La presentación, de unas quince diapositivas, es nítida, con viñetas sencillas y poco texto. Lizzie también ha añadido dos diagramas, mejores que los que ella había elegido, con etiquetas que señalan los principales componentes de los ascensores. Las definiciones son sencillas y fácilmente comprensibles, incluso para Emma.

‘Muchas gracias,’ dice hipnotizada.

‘Sin problemas, las compañeras de trabajo tenemos que ayudarnos entre nosotras, ¿verdad?’

‘Claro, *girl power*.’ Emma estaría encantada de adoptar a Lizzie como hermana, madre, hija o cualquier otro miembro de su familia fácilmente reemplazable ahora mismo.

‘Y recuerda lo que te dije sobre la cartera y el pelo,’ bromea mientras vuelve a colocar su silla detrás de su escritorio, con el trasero balanceándose de un lado a otro mientras se inclina sobre ella.

Emma suspira feliz, los hombros ya no le pesan por el miedo a lo que pasará mañana. Se siente como en el primer día de rebajas, cuando los vaqueros que le quedan perfectos están en su talla y con un descuento del 80%. Acaba de coger uno de los sobres de chocolate caliente para la máquina de café (los de caramelo salado que reserva para ocasiones especiales) cuando su móvil emite un pitido con un mensaje de un número que no reconoce.

‘Toc Toc’.

El día no podía ir mejor. Un hormigueo recorre sus manos mientras se muerde el labio inferior, sonriendo. Sabe que tiene que hacerle esperar, pero está demasiado eufórica por lo bien que le están saliendo las cosas, y responde de inmediato.

‘¿Quién es?’

La respuesta de Jack es tan rápida como la suya. ‘Siete.’

‘Que siete?’

‘Siete, la hora que vengo a tu casa? X’

Por su mente pasan imágenes de Jack en su piso, una comedia romántica con luz tenue y música pop cursi, sentados en el sofá con una copa de vino, riéndose de una historia divertida que acaba de contar, la mano de él acercándose para recogerle algunos mechones detrás de la oreja, su cara acercándose a la suya antes de inclinarse para besarla y deslizarle el tirante del sujetador por el hombro... Se muerde el pulgar mientras responde.

‘Claro. Pero tendrás que volver a llamar a la puerta cuando llegues.’

‘Nena, tengo todo un repertorio de chistes toc-toc preparados x’

Sonriendo como el gato Cheshire de ‘Alicia en el País de las Maravillas’, Emma le envía su dirección. El reloj de la oficina marca las tres en punto, dos largas horas hasta que pueda salir corriendo por la puerta para tenerlo todo listo antes de la llegada de Jack. Intenta hacer una lista en su cabeza de todo lo que tiene que hacer antes de las siete para estar en condiciones de recibirle.

- Depilar labio superior
- Lavar a mano la lencería de seda
- Recoger la casa (o al menos vaciar la papelera para que no vea los envoltorios de galletas y chocolate).
- Comprar y cocinar la cena (algo sencillo pero impresionante. ¿Quiche?)
- Quitar con pinzar los pelos de los pezones
- Comprar vino caro (algo de más de £8)
- Decolorar el pelo de los brazos (y el del ombligo si hay tiempo)
- Preservativos

Emma frunce el ceño: no va a poder hacer todo a tiempo y ninguna de las tareas es lo suficientemente despreciable como para tacharla. Si existe la posibilidad de que Jack la vea desnuda, no quiere correr ningún riesgo. Necesita completar todo el proceso de acicalamiento para fingir que ella es así en su día a día.

Emma vuelve a mirar el reloj, cada minuto es dolorosamente más lento que el anterior, y está segura de que los segundos normalmente se mueven más rápidos. Quizá el señor McGuinness manipula el mecanismo para que el personal trabaje más.

A las 15.30, sus ojos están fijos en el reloj y se muerde las uñas, una costumbre desagradable por la que su madre siempre la regaña. Decide ganar tiempo empezando a prepararse in situ y se inclina bajo el escritorio, lejos de los ojos de la Sra. McGuinness. Se pega cinta adhesiva al labio superior, estirando la piel. Sólo consigue irritarla y dejarla pegajosa, sin eliminar ningún vello.

Es inútil. Aunque tal vez hoy pueda tentar un poco más a la suerte.

‘Lizzie, los del catering me acaban de mandar un mensaje sobre lo de mañana. Hay un problema con los rollos de salchicha, no están disponibles.’

Lizzie levanta la vista de su pantalla, donde ha estado absorta leyendo un artículo del *Daily Mail* sobre una mujer con un quiste ovárico igual al peso de ocho bebés. Desde su escritorio,

Emma puede ver la fotografía que ilustra la historia: un vientre grande y dolorosamente distendido, surcado de furiosas estrías.

‘Oh no. Nigelboo se enfadará. Le encantan las salchichas de ese sitio.’

‘Lo sé y odio decepcionarlo,’ contesta Emma. ‘¿Te importa si voy a verlos, a ver si puedo resolverlo? Estoy segura de que es un simple malentendido.’

‘Asegúrate de que al menos nos den los huevos escoceses en miniatura. Nigelboo necesita mantener su ingesta de proteínas o se pone anémico.’

Emma asiente. ‘Por supuesto,’ responde, levantándose y cogiendo su abrigo. ‘Cuando llegue, serán más de las cuatro, así que no podré volver a la oficina. Nos vemos mañana temprano.’

El teléfono de Lizzie empieza a sonar. ‘Vale, no te preocupes,’ dice, agitando una mano distraída en su dirección. ‘¡Sharon! ¿Dónde te habías metido? Te he estado llamando toda la tarde.’

Emma se apresura a salir por la puerta como una ladrona nerviosa con el bolso lleno de golosinas, traspasando el umbral de las puertas de salida sin que nadie la detenga, y mirando por encima del hombro para asegurarse de que está a salvo. No puede creer que haya funcionado. Siempre ha tenido demasiado miedo de incluso fingir que está enferma, pensando que con su suerte se encontraría con el Sr. McGuinness mientras estaba de compras con un frappuccino de caramelo en la mano. Sin embargo, aquí está, saliendo de la fábrica a las 15.30 y con toda la tarde a su disposición para prepararse para la llegada de Jack. Siente un subidón de adrenalina bombeando con fuerza por su corazón y sus arterias.

Mientras cruza el lúgubre aparcamiento asfaltado en dirección a su pequeño Vauxhall azul, el gélido viento le refresca el cuello y le despeina y enreda el pelo. Normalmente, esto la habría llevado a esconderse dentro de su abrigo, pero hoy no. Hoy es la estrella de un vídeo musical de la MTV frente a la máquina del viento y se siente en la cima del mundo. Más vale que Jack esté preparado para esta diosa.

JESS - JUEVES MEDIODÍA

EMMA DICE que ya ha mirado, pero no es tan paciente ni tan minuciosa como Jess. Tampoco tiene una vena mentirosa, perfeccionada tras años de engañar a su abuelo sobre adónde iba o cómo había comprado su vestido nuevo. Esta capacidad de mentir sin sentirse culpable significa que Jess tiene algo más que Emma no tiene: el apellido de Jack y su antigua dirección. No había sido difícil de conseguir, el idiota se había dejado la cartera junto a la caja registradora en Sophbeck la noche anterior. La cartera estaba llamando a Jess, y un pequeño vistazo a su carné de conducir cuando estaba cerrando el garito y distraído hablando con Emma, era lo único que le había hecho falta. El billete de 20 libras había sido un extra, el pago por tener que aguantarle toda la noche. Dios sabe que se lo merecía.

El odio era un gran motivador para el trabajo duro y la persistencia, más que los celos o la curiosidad que normalmente llevaban a la gente a fisgar por Internet. Exnovias despampanantes, coqueteos en comentarios de fotos, y estados de ‘es complicado’ eran todo señas que habían convertido a seres humanos perfectamente razonables en locos que hervían conejitos, enorgulleciendo a Glenn Close. Por suerte, a Jess le importan un bledo las pasadas relaciones de Jack, su aspecto en bañador o las fotos artísticas de sus cenas en restaurantes. Su búsqueda es para algo muy diferente, y ninguna cantidad de fotos de novias con filtros de belleza la distraerá.

‘Así que Jack Booth de Devon, déjame encontrar lo que necesito,’ murmura, conectándose al ordenador. El hombre, sentado en el escritorio contiguo al suyo en la biblioteca municipal, frunce el ceño en su dirección. Tiene la cara roja, y Jess piensa que seguramente padece estreñimiento. Pequeñas gotas de saliva motean su barbilla y su barriga se desborda por encima de un cinturón de cuero demasiado apretado, impidiéndole acercarse todo lo que quisiera a la pantalla, donde una mujer con un arnés de cuero camina hacia un hombre agachado a cuatro patas en medio de una alfombra con estampado de tigre. Una pandilla de adolescentes está sentada frente a la pared de cristal de la biblioteca, también mirando el ordenador del hombre desde el exterior, riendo y señalando. El equipo informático del ayuntamiento tiene que mejorar su sistema cortafuego.

Jess ignora a todos - al hombre, a los adolescentes y a la mujer del arnés - con sus ojos fijos en la información que tiene delante y sin apenas mover el cuerpo, salvo por la mano que se desplaza y pulsa el ratón. Más de diez años de sábados por la noche en bares charlando, incontables horas deslizando el dedo a la izquierda en Tinder y más de doscientos polvos de una noche, significan que es buena leyendo a la gente. Muy buena. Su truco en fiestas, para gran regocijo de sus amigos, consiste en descifrar información sobre un desconocido, como una versión femenina de Benedict Cumberbatch en Sherlock Holmes. ‘Este hombre juega al hockey sobre hierba todos los viernes por la tarde, fue abandonado por su novia hace siete meses y

volvería con ella, a pesar de que le engañó con su primo hermano, le gusta que le pongan morritos y tiene un carlino negro con un ojo torcido llamado Dolly. Muchas gracias.' Nunca se ha equivocado y no se equivoca ahora: Jack esconde algo y ella tiene que descubrirlo para que Emma no salga herida.

Las búsquedas habituales en Instagram, Facebook y Twitter no han dado ningún resultado, así que a pesar de todas sus frases superficiales inspiradas por memes, Jack no está en ningún canal de las redes sociales donde pueda difundir sus discursos narcisistas. Un tipo como él se nutre de la admiración, de ser el centro de atención y de ser considerado especial, no uno más del montón. Internet es el hábitat perfecto de estas criaturas, el ecosistema ideal donde florecen, alimentándose de *likes* y seguidores. Entonces, ¿por qué Jack no lo utiliza?

También está su dudosa historia: ¿por qué iba un surfista a dejar la playa para vivir en una jungla gris de cemento en el centro de Inglaterra? Con sus grandes planes, ¿por qué no Londres o una de las grandes ciudades como Manchester o Leeds? Hay algo que le no cuadra y va a descubrir qué es.

Jess sigue haciendo clic metódicamente en las páginas de resultados, comprobando diferentes enlaces y buscando, siempre buscando con ojos avizores. No es hasta que ve un pequeño artículo en uno de los periódicos locales de Devon que se detiene. Anota un número de teléfono y va fuera a hacer una llamada.

LAURA - JUEVES POR LA TARDE

EL ABRUPTO sonido de su móvil sobresalta a Laura y corre hacia la bolsa del cochecito antes de que despierte a Elliot. '¿Hola?', pregunta sin aliento.

'Estás sin aliento, parece que acabas de correr por el teléfono,' dice Simon.

'Eso es porque lo he hecho. Elliot está dormido.'

'¿Cómo está?'

'Igual que siempre.'

'Entonces esto te alegrará el día. He invitado a Jamie y su mujer a cenar esta noche,' dice Simon.

'¿Qué has hecho qué?', pregunta Laura, insegura de haber oído bien.

'He invitado a Jamie y su mujer a cenar esta noche,' repite Simon.

'Vale.'

'¿Qué pasa? Estábamos hablando después de la reunión y mencionó que su mujer y él habían estado trabajando sin parar, así que lo he sugerido. Supondrá un descanso para ellos no tener que cocinar y a mí me da la oportunidad de quedar bien con él. Al fin y al cabo, es uno de los socios.'

'Ya lo sé, no se me ha olvidado con quién trabajo. Estoy de baja por maternidad, no soy tonta,' responde Laura.

'No he dicho que lo fueras.'

'Pues eso parece.'

'No empecemos hoy, cariño, ¿vale?', suspira.

'Como quieras.'

'Mira, les he pedido que vengan para las ocho, después de la hora de acostarse de Elliot. Prepara cualquier cosa, mientras haya una buena botella de vino a nadie le importará,' sugiere Simon.

'Vale,' vuelve a decir Laura. Sacude la cabeza. 'Ni siquiera sabía que planeabas estar en casa para cenar. No has vuelto antes de las nueve toda la semana.'

'Bueno, pues hoy lo estoy.' Es el turno de Simon de estallar esta vez. 'Tengo que irme. He quedado con un cliente dentro de una hora y tengo que revisar unos documentos. Nos vemos esta noche.' Laura oye como Simon respira profundamente. '¿Por cierto, has encontrado ya mi bolsa de tenis? Sigo sin encontrarla.'

'No.'

'Tiene que estar en alguna parte. Adiós.' Simón cuelga el teléfono antes de que Laura pueda responder. Se queda mirando la pantalla del móvil con el nombre de Simon escrito; la conversación ha durado un minuto y 47 segundos y él ni siquiera le ha preguntado qué tal está.

‘Vale, ya estás dentro.’ Elliot, atado al carrito de la compra y con las piernecitas colgando por las aberturas metálicas, la mira sin comprender. ‘No importa. Vamos.’

Laura se dirige hacia las puertas correderas de cristal de la tienda de Marks & Spencer. Le ha costado horrores conseguir cambiar a Elliot, después de que, de alguna manera, se las arreglara para tirarse encima una taza olvidada de café frío. Ha estado casi una hora persiguiéndolo a cuatro patas por el salón y luchando para ponerle los zapatos en los pies correctos, pero por fin está aquí: en el supermercado para comprar algo de comida para la inesperada, y no deseada, cena de esta noche.

Las luces blancas del interior de la tienda la deslumbran brevemente, haciéndola entrecerrar los ojos hasta que se acostumbra a la brillante escena artificial que tiene delante. Baldosas perfectamente pulidas en el suelo, ropa de colores chillones colgadas en maniquíes de piel jaspeada, música pop alegre que se pierde entre el murmullo de compradores, y estanterías llenas de artículos que se entrecruzan en el espacio disponible, sin un camino claro hacia la sección de alimentación. Solía ir a comprar ropa nueva casi todas las semanas, pero ahora se siente como una turista desubicada en un país extranjero: una mezcla de piel quemada por el sol, calcetines y sandalias, y demasiados cócteles, deambulando despistada y perdida en territorio desconocido.

Laura respira hondo y, se fuerza a poner una cara decidida, empujando el carrito hacia delante. Tras unos cuantos giros en falso entre las estanterías llenas de ropa rebajada, ve unos puestos promocionales con cajas de bombones y champán, y divisa tras ellos los pasillos de comida. Ha triunfado en el laberinto de objetos y ha encontrado el premio: los frigoríficos de las comidas preparadas.

‘¿Qué crees que deberíamos comprar?,’ le pregunta a Elliot. ‘¿Un pastel de carne?’ Elliot frunce ligeramente el ceño mientras mira la caja de cartón beige que Laura le ofrece. ‘No, tienes razón, demasiado simple. Necesito algo más impresionante. Aunque no sé por qué te lo pregunto a ti, no es que vayas a...’.

‘¿Laura?’ dice una voz detrás de ella.

Gira la cabeza y da un respingo cuando ve a Emma a su lado. Tarda unos segundos en sonreír, tratando de superar su tambaleo inicial, mientras piensa en su pelo despeinado, la sudadera gris nicotina que antes era blanca, y en si se ha molestado siquiera en ponerse desodorante. ‘¡Ey!’

‘¡Me ha parecido que eras tú! ¿Cómo estás?’ Emma la mira con una expresión abierta y amistosa mientras se inclina hacia ella y Laura puede ver como sus ojos miran rápidamente a su alrededor y parpadeando a menudo. El efecto es el de un niño la mañana de Navidad o una joven viuda a la que acaban de comunicar que su marido millonario de ochenta años acaba de morir. Su energía hace que Laura se sienta en comparación más apagada y gris.

‘Yo bien, gracias. Sólo estoy comprando algo preparado para cenar para no tener que cocinar. Estoy vaga, ja, ja.’

‘No, no, para eso se inventaron los microondas. Deja que la tienda cocine por ti. ¡Y mira a este niño! No lo he visto desde que nació. Ha crecido mucho.’ Emma sonríe a Elliot que, ante la incredulidad de Laura, le devuelve la sonrisa.

‘¿Qué tal estas tu? ¿Cómo te van las cosas?,’ pregunta Laura, intentando detener las sonrisas que intercambian Emma y Elliot.

‘Muy bien. He conocido a alguien,’ le ofrece una amplia sonrisa, llevándose una mano a la boca como si no pudiera contener sus palabras.

'Oh. Wow. ¿Va bien todo con él, entonces?'

'Llevamos poco tiempo, pero tengo un buen presentimiento,' balbucea Emma.

'Me alegro por ti.' Laura se encoge ligeramente.

'Oye, deberías salir conmigo y con Jess este sábado. Ven a conocerle trabaja en uno de los clubs de la ciudad.'

Debe querer presumir de él si me invita a salir con ellas, piensa Laura. O a lo mejor es solo que está muy contenta, ¿recuerdas esa sensación?

'Gracias por la invitación. Probablemente no pueda ir, el bebé y todo eso.' Hace un gesto vago hacia Elliot.

'Bueno, la oferta está ahí. No puedes dejar que solo Simon se divierta,' dice Emma, bromeando y señalándola con el dedo.

'Ja, ja.' Laura mueve los pies incómoda.

'Te dejo que sigas con tus compras. Nos vemos pronto. Adiós, guapo.' Emma le lanza un beso a Elliot, antes de levantar la mano para despedirse. Con media pirueta, desaparece entre los pasillos, dejando tras de sí una bocanada de florido perfume de amor.

Elliot se estira hacia delante en su asiento metálico intentando mirar detrás de Laura para poder seguirla con la mirada.

'Traidor,' murmura Laura en voz baja. Espera unos minutos para asegurarse de que es seguro salir sin chocar de nuevo con Emma y se dirige de nuevo al pasillo de las comidas preparadas.

Me alegra que sea feliz. Mas le vale disfrutarlo porque no durará mucho. Ella ya ha aprendido esa lección.

EMMA - JUEVES POR LA NOCHE

VENDRÁ A LAS SIETE, eso ha dicho. No cambiará de opinión, ni decidirá que tiene mejores planes con otra persona en un lugar diferente. Alguien con el pelo rubio, oxidado por el sol californiano, y un culo más pequeño, que trabaja en relaciones internacionales y acumula millas aéreas para viajar a lugares exóticos como Barcelona o Gibraltar. Él no haría eso, ¿verdad? No, Jack es uno de los buenos. Ella le gusta tal y como es. Ya le ha dicho que si estuviera buscando novia, ella sería la candidata perfecta. Y también le ha invitado a visitarle en Australia, 'deberías venir para ver por ti misma cómo es.' Él no invitaría a cualquiera. No, él aparecerá. Ella le gusta, vendrá a las siete.

Estos pensamientos pasan en bucle por la cabeza de Emma mientras corre de un lado para otro en su pequeño piso, mullendo almohadas, escondiendo sus revistas del corazón debajo de los sofás, y alisando fotos, mientras lleva crema decolorante en los brazos y una espesa mascarilla facial de aguacate de color verde.

Tienes una gran personalidad, se dice a sí misma mientras se depila con pinzas los pelos oscuros de un lunar ovalado en la parte superior del brazo izquierdo. Continúa con sus pezones, pero cuantos más se arranca, más pelos ve al examinar de cerca su vientre, los dedos de sus pies e incluso la parte exterior de su nariz, y se pregunta por qué la evolución no avanzada lo suficiente y se ha puesto al día con la necesidad de tener el cuerpo libre de vello en el siglo XXI. Si sumara el tiempo que ha dedicado a depilarse a lo largo de su vida, Emma cree que podría haberse convertido en una experta del violín en la mitad de tiempo. O, como mínimo, podría haber terminado el primer borrador de su novela y estar más cerca de llegar a la lista de los más vendidos del *New York Times*.

Escoge del armario su conjunto preferido, sexy pero informal: unos vaqueros grises ajustados que hacen que sus piernas parezcan delgadas de las rodillas para abajo, y un jersey naranja ancho que oculta el resto. Su pelo cae suelto y ondulado sobre un hombro, mientras aspira a parecerse a una de esas novatas de películas americanas despreocupadamente atractivas, como '*Pitch Perfect*' o '*Legalmente rubia*', aunque tenga casi diez años de más para ello.

Le empiezan a picar los brazos y Emma se da cuenta demasiado tarde de que se ha puesto el jersey encima de la crema decolorante. Intenta quitárselo con cuidado, deslizando los brazos hacia fuera mientras le arde la piel. Resulta inútil: el interior de las mangas está cubierto de rayas blancas y parte del pringue se ha incrustado en las gruesas costuras de lana. Pasa el interior de las mangas bajo un grifo caliente y deja el jersey colgado sobre el radiador, con la esperanza de que se seque a tiempo.

Un intenso ardor le recuerda a Emma que aún tiene puesta la crema decolorante y que han pasado muchos más de los diez minutos recomendados. La crema no sólo le ha aclarado el pelo,

sino también la piel y ahora tiene un bronceado inverso al de una camiseta: hombros oscuros y antebrazos blancos. Parece que ha tomado el sol con unos manguitos largos sin dedos. Recuerda que tiene velas de Navidad guardadas en el fondo del armario de la cocina y se apresura a colocarlas por el salón. Su luz tenue debería ocultar su inesperado caso de vitíligo. Emma busca un mechero o cerillas en el cajón del pasillo, removiendo entre viejas pilas de varios tamaños, monedas extranjeras y folletos de comida para llevar de restaurantes como *McDonner Kebabs* y *Caca-Ping Noodle Bar*.

Su pequeño cajón donde guarda cachivaches no da resultado, así que camina pasillo abajo y llama a la puerta de su vecino del piso 3A. No sabe mucho sobre él, aparte de que se llama Andy y le gusta fumar porros por la noche, a juzgar por el olor que a menudo inunda el rellano. Pero al menos este hábito ilegal significa que tendrá un mechero.

Emma golpea fuerte su puerta y una nube de humo de marihuana se escapa por la pequeña abertura cuando aparece.

‘Hola, Andy. ¿Tienes un mechero o cerillas que me puedas prestar, por favor?’

Andy agarra a la puerta, sin abrirla del todo, y arruga la nariz, mirándola.

‘Sólo quiero encender unas velas,’ explica ella, preguntándose por qué la mira como si tuviera un mono bailando encima del hombro. Quizá haya fumado demasiado y ya no entienda inglés, o el babuino que lleva en el hombro le está saludando.

Algo debe haber penetrado su cerebro drogado, ya que desaparece brevemente antes de regresar con un paquete de cerillas. ‘Quédatelos.’

‘Muchas gracias,’ contesta Emma efusivamente.

Andy asoma su cuerpo por la puerta para seguirla con la mirada y ella le hace un breve gesto de despedida antes de entrar en su piso. Es sólo cuando se mira en el espejo del pasillo que se da cuenta que aún lleva puesta la mascarilla de aguacate que venía como regalo con la edición de este mes de la revista *Marie Claire*. Se le ha secado en la cara y han aparecido profundas grietas en su frente y mejillas, donde ha movido los músculos de la cara. Varios trozos se han desprendido y han caído sobre su top negro y parece una zombi disfrazada, lista para pedir caramelos en Halloween.

Mientras se frota las comisuras de la nariz con una toalla húmeda para quitarse la máscara de aguacate que se ha incrustado en cada pliegue de su piel, suena la alarma de humo y Emma se golpea la frente con el grifo. Se le caen más trozos verdes y secos y pasa a ser una zombi con la cara derretida.

Sale humo gris del horno de la cocina. La tartaleta de remolacha y queso de cabra que estaba cocinando se ha caramelizado del todo y la masa de hojaldre se ha convertido en carbón puro. Su intento de cocinar no recibiría ningún halago en un concurso de cocina de la tele. Tendrá que limitarse a pedir una pizza e intentar hacer una gracia sobre lo ocurrido con alguna broma tonta sobre ser una diosa no doméstica. Por lo menos ha comprado vino y cerveza, el alcohol tendrá que compensar la falta de comida.

Tira la tartaleta a la basura y enciende una de sus velas navideñas para disimular el olor. La canela y la nuez moscada combinadas con la comida carbonizada le recuerdan a Emma a rosquillas quemadas.

Las manecillas del reloj marcan que sólo faltan un par de minutos para su llegada. Mira alrededor del piso, intentando juzgarlo con ojos de extraña, como si nunca lo hubiera visto antes. El espacio es apenas mayor que el de un garaje doble, pero su sueldo no le permite nada más grande. El pequeño sofá de dos plazas que compró en la tienda de caridad ocupa la mitad del salón. Su madre le había cosido una funda nueva a rayas blancas y azules con cojines azul cielo a

juego. No es la elección más sensata para un sofá y a Emma siempre le preocupa mancharlo. La mesita de cristal descansa sobre una alfombra blanca mullida y la tele de pantalla panorámica (gratis con un contrato nuevo de móvil hace unos años) cubre el otro extremo de la pared. Tres marcos blancos de fotos descansan sobre una estrecha estantería: una foto de grupo en una noche de fiesta, ella y Jess en su época de instituto disfrazadas de *Posh* y *Ginger Spice Girls*, y un viaje a la playa de Skegness con sus padres. Ella sostiene un helado que se está derritiendo, lo cual es sorprendente, ya que no sólo parece que hace un frío horrible a juzgar por sus gruesas chaquetas de punto y su pelo levantado por el viento, sino que normalmente es demasiado rápida comiéndolos para que lleguen a derretirse.

Ha hecho todo lo posible para que su vivienda sea acogedora, pero no puede ocultar que su piso y ella misma están probablemente a dos años y siete malas citas de convertirse en una ermitaña, dueña de cien gatos. Cuando suena la alarma de su teléfono marcando las siete de la tarde, se apresura corriendo al baño para coger su jersey del radiador. Los brazos aún están un poco húmedos por dentro, pero por fuera no se nota. Otro toque de pintalabios para refrescar el tono ‘caramelo miel’ de su boca y ya está lista.

A las siete y diez minutos ya se ha cansado de pasarse los dedos por el pelo para asegurarse de que las ondas aun cuelgan sueltas sobre su hombro. Ha mirado el móvil más de ocho veces para asegurarse de que no hay mensajes de Jack avisando que llega tarde. Para evitar que sus dedos nerviosos le envíen un mensaje de texto por voluntad propia, escribe a Jess.

Todavía no ha llegado.

xDios, son sólo 10 minutos. Relájate.

Jess tiene razón. Al fin y al cabo, llegar tarde está de moda. Sólo la gente sin nada más que hacer y con horarios aburridos y organizados llega a tiempo. Probablemente se ha retrasado en alguna parte, el trabajo o por el tráfico.

Puede que esté de moda llegar tarde, pero es de muy mala educación, piensa Emma a las ocho menos cuarto. Una cosa es no agobiar a alguien para que se quede con ganas, pero otra cosa es ignorarles por completo. A pesar de todos sus estúpidos dichos sobre *carpe diem* y vivir como una quiera, Jack no ha extendido su modo de vida hippie a los buenos modales y la cortesía hacia los demás.

Todavía no está aquí.

Hay partido de fútbol esta noche. Podría estar atascado en un atasco.

A las ocho, Emma abre la botella de vino blanco y se sirve una copa grande. Por enésima vez esta semana, intenta encontrarlo en las redes sociales, pero no lo consigue. Frustrantemente, esta falta de información sólo lo hace más atractivo: ¿qué tipo de vida es tan emocionante que ni siquiera tiene tiempo para perseguir *likes* en Facebook o preocuparse por sus seguidores en Instagram? Sophbeck debería obligar a sus empleados a estar en Internet, para que puedan promocionar el club y sus eventos. ¿Cómo es posible permanecer invisible en el apogeo de las redes sociales?

A las ocho y media pide una pizza a domicilio por una aplicación del móvil y sigue su trayecto desde el establecimiento, pasando por la preparación, el horno y la entrega. No tiene cambios y no le apetece dejar propina, así que coge la pizza y le da con la puerta en las narices al repartidor adolescente sin decir una sola palabra. Va a servirse otro vaso de vino, pero se sorprende al ver que la botella ya está vacía.

Debe ser el atasco del siglo.

Esta vez, ni siquiera Jess contesta, probablemente aburrida de ella y haciendo algo más emocionante, como beber cócteles en el *happy hour* de Barceloneta.

A las nueve y media se está quedando dormida en el sofá, con los dedos grasientos por el queso de la pizza y los labios como un mosaico seco de carmín, cuando un ruido la despierta sobresaltada. El timbre de la puerta principal suena por todo el piso, el estridente tono resonando contra las paredes de pladur barato. Se levanta a duras penas, tropezando somnolienta con sus propios pies mientras sus piernas luchan por incorporarse.

‘¿Hola?’ contesta, conteniendo la respiración contra el telefonillo.

‘Toc Toc,’ responde la voz de Jack.

Llega dos horas y media tarde. Debería decirle que se vaya a la mierda, que ella se merece ser tratada mejor. *Ahora vete, sal por la puerta*, canta su Gloria Gaynor interior. Además, su jersey tiene manchas de grasa, lleva la bragueta abierta y tiene el estómago hinchado después de devorar la pizza tamaño familiar. ‘¿Quién es?’ responde en su lugar.

‘Hecor.’

‘¿Qué Hecor?’

‘He corrido hasta aquí para decirte que eres preciosa, ¿me dejas entrar?’

Podría haber llegado cuatro horas tarde y ella aun le habría abierto la puerta. Le gusta demasiado: es el primer chico decente y normal que conoce desde hace tiempo, que no huele a sudor rancio ni critica el tamaño de sus muslos. Pulsa el timbre y corre al baño para lavarse las manos y echarse agua en la cara antes de oír a Jack llamando a la puerta (esta vez de verdad). No tiene tiempo de cambiarse a algo más holgado, así que se quita el jersey naranja manchado e intenta respirar medio kilo de pizza hacia dentro.

Está apoyado en el umbral de la puerta cuando ella abre, con el pelo revuelto y en pincho, en ángulos extraños. No es el estilo al que ella está acostumbrada.

‘Hoooooolllllaaaa, Emma con el nombre abuuuuurriiiiidoooo.’ Sus palabras son más lentas de lo normal y el olor a cerveza emana de su cuerpo. ‘Lo siento mucho. Ha venido un viejo amigo al bar, con ganas de hablar sobre los viejos tiempos.’ Jack pone los ojos en blanco y suelta una carcajada. ‘Un bla, bla, bla constante, ¿sabes?’

‘¿Por qué no me has mandado un mensaje?’ Emma pregunta sin poder evitarlo.

‘Batería. Mueerrrtaaaaa’. Se esfuerza por meter la mano en el bolsillo para sacar el móvil. Después de forcejear, pulsa los botones para mostrarle la pantalla apagada. ‘Hubiera preferisho estar aquí contiiiiigooo,’ dice mirándola a los ojos.

Incluso con los párpados pesados por la borrachera, Emma puede ver pequeños flecos de verde en torno a sus pupilas que reflejan la iluminación fluorescente de su piso. Abre la puerta del todo y se hace a un lado.

Jack mira a su alrededor perezosamente. ‘Huele a donuts. ¿Tienes algo para beber?’

Emma va a la cocina y coge algunas cervezas de la nevera. Sólo hay dos, así que espera que Jack se haya saciado casi de alcohol. Agradece que ella no haya estado tan desesperada por beber algo que le sabe a orina con gas. Apaga algunas velas navideñas para atenuar el olor empalagoso.

‘Toma,’ le dice, entregándole la botella.

Jack ya se ha acomodado en el sofá. Ocupa todo el espacio, con las piernas abiertas y los pies apoyados en el brazo opuesto. Emma se sienta en la mullida alfombra junto a él.

‘Salud, nena’, dice estirando los brazos ‘¿Podrías hacerme un sándwich, porfaaaaa? Me muero de hambre.’

JESS - JUEVES POR LA TARDE

LA FALDA rosa de la chica es tan corta que le queda justo a la altura del pliegue entre sus muslos y trasero, rozándole las nalgas y mostrando su redondez de melocotón, aún no afectada por la celulitis, demasiadas noches en vela e incontables horas sentada en una silla gris de oficina. Para colmo de males, Jess puede ver que lleva unas bragas de color amarillo chillón, que se habrían camuflado perfectamente en el parque de camas elásticas entre los trozos de espuma rosa y amarilla. La enterrarían allí y nadie la encontraría hasta la limpieza a fondo anual, cuando descubrirían su cadáver, pútrido y acre, el mal olor achacado a los pañales sucios y a los niños mugrientos y pegajosos. La única forma de reconocerla sería su elección de colores para su ropa, una combinación tan extraña para un adulto que se había convertido en algo tan único como los registros dentales utilizados para identificar a las víctimas. ‘A mi princesita siempre le ha gustado destacar,’ diría su madre. ‘Cuando la policía me dijo lo que llevaba puesto, supe que era ella.’

Pero la horrible mezcla de rosa neón y amarillo que hace sangrar sus ojos no parece molestar a Jack, a juzgar por cómo le manosea el trasero. Pueda que sea daltónico, pero está infatuado con ella. Su entrepierna presiona insistentemente su delgado muslo derecho, el tipo de muslo que te haría salir hambriento de KFC, quejándote de que la comida ya no es lo que era. No le sorprendería a Jess que se le rompiera a la chica por la presión que está ejerciendo Jack, como un palo partido por la mitad por un perro juguetero demasiado ansioso.

Sophbeck está vacío, salvo por lo que Jess supone son las amigas de Barbie Malibú, otras dos muñecas de plástico borrachas que cacarean en un rincón, animando a su amiga. Piensa en Emma en su piso y una aversión irracional crece hacia las chicas, especialmente hacia Barbie. Parecen carne de universidad, su maquillaje contorneado, su ropa de Asos y su actitud arrogante las traicionan. Sophbeck no es un bar de estudiantes, pero los jueves es la noche universal de los universitarios. Es la última noche barata antes de que llegue el fin de semana, cuando salen los adultos adinerados, que exigen gastar sus sueldos en copas a buen precio, sin que los cuerpos más jóvenes y en mejor forma, todavía lo bastante inocentes como para tener sueños, les hagan sentirse inadecuados. Como estas chicas, que creen que mola haberse ligado al camarero, un trabajo glamuroso porque implica alcohol, trabajar cuando cae el sol y música a todo volumen. Dentro de tres años, les horrorizará tener que trabajar detrás de esa misma barra con una deuda de 30.000 libras por su reluciente título inútil, un cuadro carísimo que sólo servirá para decorar el salón de sus padres y añadir un par de líneas a sus desesperados perfiles de LinkedIn.

Jess piensa en Emma, esperando a Jack con expectación, dando vueltas por su pequeño piso, limpio y ordenado hasta brillar, preocupada por qué no ha aparecido. Llevará el pelo en suaves ondas y los ojos delineados con rímel, con su ropa favorita, informal pero elegante del jersey

naranja holgado que compró en *French Connection* a pesar de su alto precio porque le encantaba. El mundo de Emma está compuesto por historias de amor technicolor de Disney, anillos de diamantes de Tiffany y perfectas vallas blancas. Su felizlandia se vendría abajo si Jack la engañara con una versión de carne y hueso de una muñeca rubia de Mattel y supiera que su amor eterno de 'La Princesa Prometida', Westley, no es más que otra rata de alcantarilla, indistinguible de las demás.

Jess camina con paso firme hacia el dúo que charla en la esquina y adopta su mirada más preocupada. 'Normalmente no haría esto. No es asunto mío, pero me arrepentiría si no dijera algo.' Se lleva la mano a la boca como si luchara consigo misma para que no le salgan las palabras.

'¿Qué?', pregunta una de las chicas con el extremo del labio levantado, como si sintiera asco por un adulto al que se le ha pasado el arroz. La otra da un paso atrás, probablemente preocupada porque la edad y las arrugas sean contagiosas.

Jess ignora sus miradas lastimeras y continúa su teatro, echando miradas a su alrededor, fingiendo que no quiere que nadie más oiga. 'Puede que quieras avisar a tu amiga: ese idiota le contagió la clamidia a mi compañera el mes pasado. Todavía le pica como si tuviera un nido de hormigas ahí abajo.'

A las chicas se les cae la boca, con los labios húmedos por el alcohol, y dejan escapar un pequeño gritito de sorpresa. Es imposible saber cuál de ellas lo ha emitido, sus rasgos uniformes se funden en uno solo, como suele ocurrir en los grupos de chicas jóvenes que siguen obsesionadas por encajar.

'Sí, el médico dijo que era el peor caso que había visto. Le arde el clítoris cada vez que mea,' Jess asiente lentamente con la cabeza mientras fuerza sus ojos para que sobresalgan.

Una de las chicas tartamudea mientras la otra mira de Jess a su amiga, que ha empezado a besar a Jack en una fea y desordenada exhibición de lenguas desbocadas. La cara de póquer de Jessica debe convencer a las chicas, que se abalanzan sobre Barbie Malibú. Le agarran la mano con fuerza y la arrastran mientras su confundida amiga se tambalea hacia atrás sorprendida. Suben las escaleras, las dos amigas luchando por levantar a su reacia amiga y sujetar todas sus chaquetas, bolsos y teléfonos. Jess oye un '¡Gracias!'

'¡Sin problemas!' grita hacia arriba.

Jack empieza a acercarse enojado hacia ella, con la boca rosada por el carmín que se le ha corrido. 'Oh, eres tú,' termina cuando ella se da la vuelta.

'Hola, me alegro de verte aquí.' Empieza a caminar hacia él, con movimientos exagerados. '¿No tienes que estar en otro sitio esta noche? No sé, ¿en una cita en casa de otra chica?' Se lleva el dedo a la boca.

Levanta las manos apaciguando, con su personalidad encantadora encendida. 'Escucha, yo...

'¿O quizás has decidido que no es tu tipo? Porque, no sé... ¿no está lo bastante deprimida?' Jess se tapa la boca con la mano, mirando a un lado y a otro, haciéndole juego a un público invisible.

Jack deja de caminar hacia ella y frunce el ceño, mirándola sospechoso con los ojos entrecerrados. No responde a su pregunta, pero Jess puede verle frotarse los dedos contra las palmas de las manos, intentando decidir nervioso si se está refiriendo a lo que piensa. Esas manos que parecen de mujer, con las uñas cortadas y los dedos largos y finos son las que estaban agarrando el carnoso trasero de Malibú Barbie hace menos de cinco minutos. Las mismas sobre las que Emma había hablado emocionada que la habían abrazado el martes por la noche cuando fingió estar enferma y Jack la había rodeado con sus brazos. Los que Jack había esperado poner

por todo el cuerpo de Emma antes de desecharla a un lado como una botella de cerveza vacía.

‘Oh, lo siento, se supone que es un secreto, ¿no? Qué tonta soy, ¿he abierto la caja de Pandora? ¿O debería decir, la caja de Valium?’ Es un juego de palabras poco imaginativo, pero efectivo.

Jack cierra los ojos brevemente y aprieta la mandíbula respirando con dificultad. ‘¿Cómo te has enterado?’

‘Oh, ya sabes, la gente. Debería hacer una reverencia. No todos los días se conoce a un rey de la droga.’ El flirteo con Emma y los cumplidos que le hizo, todas mentiras para conseguir lo que quería. Cuanto más piensa en ello, más disfruta jugando con él, como colgar un pez dorado delante de un gato.

‘¿Gente?’ Sus fosas nasales se ensanchan, delatando su irritación por su juego, su ademán de chico encantador desaparecida.

‘Bueno, en realidad debería darme algo de crédito.’ Jess se quita un poco de polvo inexistente del hombro. ‘Me enteré de tu condena yo sola. En el artículo sólo aparecen tus iniciales, no te preocupes. Tuviste suerte de librarte sólo con trabajos comunitarios: 150 horas limpiando grafitis y pintando bancos de parques por 750 pastillas no está nada mal. Apuesto a que saliste bien parado del juicio y parecías un pobre chiquillo indefenso con raya al lado’. Pone cara triste y se frota los ojos con los puños imitando a un niño que llora.

‘Cometí un error, nadie es perfecto,’ responde Jack desafiante.

‘Cierto, pero parece que tú no aprendes de los tuyos. Oh, Jackie, te gusta ser malo,’ le pincha.

Se acerca a ella. ‘Nunca he vuelto a traficar.’ Baja la voz y mira disimuladamente al camarero de la barra, de espaldas a ellos, que apila cervezas en filas ordenadas en los frigoríficos bajo el mostrador. Se asegura meticulosamente de que todas las etiquetas apunten hacia delante exactamente al mismo ángulo, girándolas lentamente para que la marca se muestre completamente hacia los clientes imaginarios del bar vacío. Es la tarea perfecta para disimular el fisgoneo, pero es imposible saber si es eso lo que está haciendo.

‘Mmmmeecckkkkk. Respuesta incorrecta, ¿quieres probar de nuevo?’ Jess le da un golpe en el pecho. ‘Tu jefe de la escuela de surf se moría por hablar conmigo cuando fingí ser un empresario preocupado que pedía referencias. Parece ser que tenías una buena operación, vendiendo antidepresivos a todas las madres y desesperadas.’

Jack abre la boca para decir algo, duda y vuelve a intentarlo, antes de rendirse y quedarse callado.

‘Por suerte para ti, su preocupación por la mala publicidad te dejó marcharte tranquilamente. Supongo que los padres no se quedarían muy contentos cuando se dieran cuenta de que había contratado a alguien sin comprobar sus antecedentes.’ Jess sacude la cabeza. ‘Menuda escapada, aunque eso significara que no conseguirías otro trabajo de profesor de surf por allí. Necesito un poco del trébol de cuatro hojas, pata de conejo o cualquier amuleto de la suerte que tengas.’

Jack la mira fijamente, mordiendo con fuerza hasta que se le contraen los músculos de la mandíbula. ‘¿Qué quieres?’, le suelta.

‘Bien, veo que nos vamos entendiendo.’ Jess endereza la cabeza y su tono se vuelve serio. ‘Quiero que dejes a Emma en paz. No más citas, mensajes o incluso mirarla si viene a este lugar.’

Los ojos de Jack escrutan su rostro como si tratara de encontrar un atisbo de fanfarronería, un signo de debilidad en esta persona que sabe demasiado. Debe de haber llegado a una conclusión cuando levanta los labios en una mueca arrogante y se endereza para parecer más grande. ‘No acepto órdenes de niñas pequeñas,’ dice.

Jess suspira, exasperada por su actitud estereotípica: esperaba un poco más de imaginación que ese recurso a la fuerza física. Las mujeres se habían vuelto más ingeniosas, inventando todo tipo de coacciones que no requerían fuerza bruta y que eran infinitamente peores. Amy en *'Gone Girl'* tenía la idea correcta: fingir tu secuestro e inculpar a tu marido era una genialidad. Las venganzas de los hombres, en comparación, siempre parecían ordinarias.

‘¿No recibes órdenes?’ Baja la voz. ‘Verás, creo que piensas que lo único que haría sería decírselo a tus jefes para que te despidieran, pero no, puedo hacer cosas mucho peores.’ Jess se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca la esquina de una bolsa de plástico que contiene decenas de bandejas de pastillas.

‘Todo lo que se necesitaría es una llamada anónima a la policía de un ciudadano preocupado. Sería fácil plantar esto en algún lugar del club, y cuando empiecen a buscar, será a ti a quien encuentren’. Mira a Jack. ‘Supongo que así es como has financiado tus pequeños viajes a Australia. ¿Mudarte aquí, a una pequeña ciudad sin pretensiones con menos competencia, y traer tu pequeña operación contigo?’

‘Zorra,’ le gruñe Jack, perdiendo por fin la compostura.

No se había dado cuenta antes, pero tiene una fea vena a un lado de la frente que resalta el sutil comienzo de sus entradas. Ha intentado disimularlo con un peinado engominado, pero pronto el tiempo y la calvicie le ganarán la partida. Jess le sonríe con condescendencia. ‘Despídete del país de los koalas con una condena de cárcel, colega. Tus grandes sueños de escapar de estas grises y aburridas tierras esfumados, puf’.

Jack ignora sus manos imitando polvo que desaparece, e irradia ira, dirigiéndola directamente con sus ojos hacia su cabeza. Todo su cuerpo parece temblar por el esfuerzo de intentar hacerle daño con su mirada.

‘Entonces, ¿qué va a ser?’, se burla de él.

‘De acuerdo,’ dice finalmente, frotándose la cara con fuerza. ‘No es una gran pérdida.’

Jess siente que una oleada de rabia roja le sube del pecho a la cara, sonrojándole el cuello y las mejillas. Pero antes de que le llegue a la cabeza, sus pensamientos razonan con ella que su estrategia para deshacerse de él ha funcionado. ‘Bueno, ya veo que era tu Julieta, Bonnie y la princesa Buttercup, todo en uno.’ Decide acabar rápido ahora que ha accedido a lo que quiere. ‘Vale, Jackilipollas, Emma está en su piso esperándote ahora mismo. Hagámoslo fácil. Acércate, sé amable con ella y rompe con ella con cuidado’.

‘¿Por qué tengo que ir?’ pregunta con el ceño fruncido.

‘Porque si no, herirás sus sentimientos, idiota. Dile que es increíble pero que tienes demasiado miedo de enamorarte antes de irte a Australia y que sería mejor si no os volvéis a ver’.

‘¿Cómo sé que no harás nada antes de que me vaya?’ pregunta con los ojos entrecerrados.

‘No lo sabes, pero tienes garantizado lo que si haré. ¿Cuál prefieres?’

Jack la fulmina con la mirada y se vuelve enfadado hacia la barra. ‘Dos tequilas,’ le dice al camarero. Se los toma rápidamente antes de mirar a Jess y responder a su pregunta. ‘Estaré allí en media hora.’

Sonríe al subir las escaleras mientras oye a Jack ladrar pidiendo más chupitos. Ver caer su fachada es tan satisfactorio como conseguir lo que quiere. Cuando sale al aire libre, se palpa el bolsillo de la chaqueta. Debe acordarse de devolver al botiquín las pastillas para las alergias del perro de su compañero de piso antes de mañana. Si no las toma con regularidad, le salen mocos y babas por todas partes.

LAURA - JUEVES POR LA TARDE

‘¿TODO LISTO?’ pregunta Simon al entrar en la cocina comedor a las siete y media.

Laura se apresura con un montón de ropa sucia en los brazos, mientras empuja con los pies unos juguetes de plástico hacia un rincón de la habitación. ‘No, no lo está. Podrías haber intentado venir a casa temprano para ayudarme,’ dice, esforzándose por ver por encima del montón de pantalones, camisetas, ropa interior y calcetines aún por lavar.

‘Ha surgido un imprevisto en la oficina. ¿Con qué quieres que te eche una mano?’

Laura quiere gritarle que no es su trabajo decirle lo que tiene que hacer, que es un maldito adulto con ojos y puede ver lo que está por acabar. Que prepare él la cena y entretenga el mismo a sus amigos, ya que ese quien les ha invitado, mientras ella se va a la cama temprano con una copa de vino. Pero en vez de eso, aprieta la mandíbula y respira profundo. ‘Pon la mesa y comprueba la comida del horno.’

Laura corre de un lado a otro, limpiando migas y polvo de superficies varias, mullendo cojines y ordenando libros y revistas. ¿Por qué se molestan en contratar a una mujer de la limpieza si la casa vuelve siempre al mismo desorden en cuanto cierra la puerta?

Quince minutos más tarde, suena el timbre de la puerta principal. Llegan diez minutos pronto. ‘Aún no he tenido tiempo de cambiarme,’ chilla estresada.

‘Estás bien, saben que estás de baja por maternidad, no te preocupes,’ dice Simon mientras bebe su vino.

Pero Laura no puede dejar que uno de los socios, uno de sus jefes en la oficina, la vea así: con sus vaqueros premamá, mugrientos de babas y restos de la comida de Elliot pegados y un top holgado que tiene un pequeño agujero de polilla. Se apresura a buscar en su armario algo limpio y decente que ponerse. Echa un rápido vistazo a las perchas, pero nada le parece adecuado: demasiado formal, demasiado profesional, no combina con nada... Al final, elige un vestido a rayas blancas y negras. Hace falta plancharlo, pero al menos no tiene manchas de vómitos. Las medias negras esconden sus piernas sin depilar, con indicios de varices de embarazo que aún no han desaparecido. *¿Desaparecerán algún día? Por favor, di que sí,* piensa ella. Se aplica un poco de brillo de labios con el dedo antes de bajar las escaleras de dos en dos.

Jaime y Soraya están de pie junto a la isla de la cocina, sosteniendo unos martinis recién hechos. Soraya, que parece una estrella de cine exótico, lleva un mono azul marino que resalta su piel pálida de granito y un pintalabios rojo brillante contrastante. Sería el epítome de una esposa trofeo si no fuera porque es la doctora encargada de Urgencias del hospital local. A su lado está Jamie, un poco mayor que ella, pero extremadamente atractivo, con su pelo sal y pimienta y uno de esos bronceados que recuerdan a los folletos de vacaciones con yates en San Tropez. Es uno de los socios fundadores del bufete, que empezó invirtiendo el dinero de su padre cuando tenía

menos de 30 años. Lo había convertido en el negocio que era hoy a base de trabajo duro, determinación y, sobre todo, contactos familiares. Era difícil saber quién era el trofeo de quién con Jamie y Soraya.

‘Hola, Laura,’ dice Soraya al verla de pie junto a la puerta.

Todos se vuelven para mirarla y se siente escrutada de arriba abajo: examinan cada arruga de su vestido, cada mechón de pelo encrespado, sus manos sin manicura. No tienen que decirle lo que piensan, porque ella ya lo sabe. *Se ha echado a perder.*

‘Hola, qué alegría veros a los dos,’ dice sonriendo como si quisiera enseñar todos los dientes a la vez. Tanto Jaime como Soraya la cogen de los brazos mientras le dan un beso en cada mejilla, como es costumbre en el continente. *Demasiados viajes a Europa*, piensa Laura.

‘Tienes muy buen aspecto, la maternidad te sienta bien,’ dice Jamie, con las cejas demasiado levantadas para parecer sincero. ‘Debes estar disfrutando de todo este tiempo libre con el niño.’ Es obvio que no se acuerda del nombre de Elliot.

‘Sí, es maravilloso,’ responde Laura, pasándose una mano por el pelo, con la esperanza de que sirva como el cepillo que ha olvidado usar.

‘Simon nos ha enseñado unas fotos. Tiene un aspecto encantador, se parece a ti,’ bromea Soraya.

‘Puede tener el aspecto de Laura mientras tenga mi cerebro,’ replica Simon por encima del hombro mientras saca otra botella de vino de la nevera. Laura le mira fijamente. ‘Sin ánimo de ofender, cariño,’ añade.

‘Sentémonos a la mesa,’ dice Laura, intentando ignorar el comentario de Simon.

La comida comprada ese mismo día desaparece lentamente entre los elogios de Jamie y Soraya por sus esfuerzos. Laura no revela que todo está precocinado, y ha salido de unas bandejas de plástico negro y cajas de cartón. En lugar de eso, acepta los elogios, son una rareza que no puede permitirse el lujo de despreciar. El vino fluye libremente y, afortunadamente, ha sido precavida y ha comprado dos botellas más por si Simon estaba en uno de sus humores generosos y charlatanes.

Después de las once de la noche, su rostro empieza a parecer aún más cansado y envejecido. Disimula varios bostezos ahogados con la mandíbula apretada y tiene los ojos enrojecidos, aunque evita frotárselos. Laura intenta calcular cuántas horas podrá dormir antes de que Elliot se despierte.

‘Sí, las cosas son bastante frenéticas, pero es mejor estar ocupados. Solo tenemos que mantener contentos a los clientes y, con suerte, eso se traducirá en más negocio para el bufete,’ dice Simon.

‘Efectivamente,’ coincide Jamie, asintiendo satisfecho a los comentarios de Simon.

‘A veces solo nos queda remangarnos y ponerse manos a la obra,’ dice Soraya, tomando otro sorbo de vino. ‘¿Tienes ganas de volver, Laura?’

Laura oye su nombre y gira la cabeza. Se había desentendido de la conversación de trabajo, que la aburría por completo, y había dejado pasar las palabras por encima de su cabeza, mientras se concentraba en no quedarse dormida sobre el postre. El vino y la luz tenue no le están ayudando. Sonríe amablemente, intentando pensar que puede decir.

‘Oh, todavía no estamos seguros de lo que vamos a hacer,’ interviene Simon, respondiendo a la pregunta que Laura no ha oído.

‘¿Sobre qué?,’ pregunta Laura, mirando de Simon a Soraya.

‘Trabajo. Volver.’ Su marido ralentiza su respuesta como si hablara a un niño pequeño.

‘¿Vuelves? ¿Mañana?’ Laura frunce el ceño, confusa.

‘Yo no, tú. Despierta, mujer.’ Pone los ojos en blanco, ha bebido demasiado, lo que significa que su actitud chulesca y arrogante empieza a salir a la luz.

‘Bueno, supongo que siempre es difícil después de tener un bebé. Lo veo en otras mujeres del trabajo: medio dormidas, días libres cuando el niño está enfermo, llegando tarde...’ Soraya comenta.

‘Exacto. No hay necesidad de que Laura trabaje, así que ¿por qué someternos al estrés?’ Simon no le dirige la mirada, ni siquiera han tenido esta discusión entre ellos antes de hoy.

‘Bueno, me gustaría...’ empieza Laura titubeando.

‘Tiene sentido,’ dice Jamie, cogiendo otro trozo de tarta de fresa con el tenedor. ‘Facilitaría las cosas en el trabajo no tener que hacer malabarismos con una empleada a cargo de un niño, aunque solo sea en el equipo de administración.’ Se lleva el tenedor a la boca y, de repente, parece recordar que Laura está allí. ‘No es que no te vayamos a echar en falta, por supuesto.’

‘Estará haciendo un trabajo mucho más duro e importante,’ dice Soraya, enarcando una ceja hacia Jamie. Los tres se vuelven para mirarla y sonríen.

Laura tiene náuseas y una sensación de vacío en el estómago. Les devuelve la sonrisa débilmente. ‘Disculparme, voy al baño.’

Casi echa a correr por el pasillo, hasta que cierra la puerta tras de sí. Se apoya en ella y se hunde hacia el suelo. Puede oír la conversación distante de Simon, Jamie y Soraya en el comedor. Cierra los ojos, le cuesta respirar y se concentra en subir y bajar el pecho, sintiendo cómo se inflan y desinflan sus pulmones y contando las respiraciones. UNO, DOS, TRES, CUATRO... La sangre le late en la cabeza al mismo ritmo de su corazón. Intenta concentrarse más en su respiración para no pensar en ello. UNO, DOS, TRES, CUATRO... Se ahoga lentamente, se asfixia y se queda atrapada en esta casa como una Alicia adulta en el País de las Maravillas cayendo por la madriguera del conejo. UNO, DOS, TRES CUATRO, ... estará encerrada aquí, sin vía de escape, cada día igual que el anterior. UNO, DOS, TRES, CUATRO, UNO, DOS, TRES, CUATRO, UNO, DOS...

Unos minutos después, Laura se levanta, se lava la cara con agua fría y se alisa el pelo con las manos. Ensaya su sonrisa en el espejo antes de salir por la puerta y dirigirse de nuevo al comedor.

JESS - VIERNES POR LA MAÑANA

EL OLOR salado del beicon en el grill inunda la casa, las gotas de grasa se derriten y evaporan, viajando por el aire con el único propósito de golpear sus fosas nasales y hacerle la boca agua hasta que puede sentir la carne crujiente entre sus dientes y las calorías asentándose en sus tobillos. Su compañera de piso debe de haber abandonado su último intento de veganismo. Por suerte, esta vez ha sido breve, sólo ha durado dos documentales de la BBC y una conversación sobre el cambio climático. La primera vez, dos semanas de olor a incienso pachulí habían provocado arcadas continuas a Jess.

Siguiendo el rastro de la carne recién hecha, se levanta de la cama, enredándosele el pie en el tirante de un sujetador gris que ya no le sirve. Se lo quita de encima en medio del pasillo y lo deja junto al rollo de papel higiénico que aún no ha guardado en el baño, antes de bajar las escaleras arrastrando los pies. Un desayuno grasiento la llama, una celebración por haberse librado de Jack y recuperado a Emma: un comienzo perfecto para un día perfecto.

‘¿Queda algo?’

‘Eran mish ulshimas lonshas,’ responde su compañera de piso con la boca llena mientras zapea por los canales con un plato en el regazo y su chuchito del centro de rescate a los pies.

‘Joder,’ se queja Jess. Se ha comido todo el paquete de una sentada, los sentimientos de Peppa Pig definitivamente dejados de lado.

‘Persheon.’

Jess rebusca en el frigorífico, esperanzada de haya algo, lo que sea, que merezca la pena comer. Se conformaría con unos huevos revueltos o incluso una tostada con queso, pero lo único que encuentra es una caja de cereales rancia y un cartón a medio llenar de yogur griego con moho verde en la superficie. Apetecible, no lo es. Se hunde decepcionada en el otro sofá del salón, un mueble de pana marrón con manchas sin identificar que un inquilino anterior había intentado reutilizar de forma barata y sin talento cubriéndolo con una manta de lana de tartán roja. Busca en su teléfono la aplicación de *Deliveroo*. Aunque tenga que esperar más, al menos no tendrá que cocinar ni limpiar, piensa, animándose. *No hay mal, que por bien no venga*. Un desayuno a domicilio es un capricho caro dada su reciente situación de desempleada, pero al fin y al cabo tiene algo que celebrar.

Nunca ha utilizado un servicio de entrega de comida a domicilio tan temprano, pero supone que deben hacer tanto desayunos como cenas, ya que hay muchos estudiantes huérfanos de madre en esta ciudad que ni siquiera saben encender un horno. Se imagina a todos los ciclistas de *Deliveroo* esperando, encerrados en un pequeño armario, listos para correr por la ciudad en cuanto llegue su pedido. Debería poder tener un sándwich de beico delante de sí antes de que acabe el programa matutino, y podrá pillar la entrevista con el granjero que ha ganado algún tipo

de campeonato de esquila en Yorkshire. Jess tiene una fantasía recurrente sobre un hombre con jersey de lana y botas de agua que la inclina a cuatro patas en un granero cubierto de heno.

Echa un vistazo rápido a las opciones, pero la mayoría de los bares y sitios de comida rápida requieren un pedido previo: ¿qué tipo de persona vive su vida previendo que querrá un bocadillo de beicon a la mañana siguiente? Eso es como programar cuándo vas ir a mear o intentar predecir el tiempo del mes siguiente.

Hurra. Por fin, una cafetería que le permite pedir un sándwich ahora, los únicos dueños de un negocio de comida razonables en esta ciudad. Hay 50 minutos de espera, pero aún así, mejor que nada. *Demonios.* ¿4 libras por el envío a domicilio de un sándwich de beicon de 1,80 libras? *Podría tener un plan de pago para mi propia moto de reparto con estos precios.*

El beicon de su compañera de piso está empapado en salsa marrón y dentro de un bollo de pan blanco y esponjoso. Puede oír la carne crujendo en su boca y el pan chocando contra su lengua al desprenderse de su paladar. Mira por encima del hombro hacia la encimera de la cocina, donde está la caja blanca y roja de *Special K* rancio, y vuelve a mirar la aplicación de *Deliveroo*. ¿Quizá si raspa el moho verde del yogur y lo mezcla los cereales rancios no sabrá tan mal? Entonces recuerda que es un día especial y que se merece algo mejor. ‘Vuelvo en cinco minutos,’ dice, calzándose sus botas falsas UGG y poniéndose el abrigo por encima del pijama.

Mierda, qué frío hace fuera. Se sube la capucha y envuelve la cara con el ribete de piel sintética, agachando la cabeza para protegerse del frío mientras camina deprisa hacia el supermercado. Piensa en su lugar calentito en el sofá frente a la tele, comiendo su sándwich de tocino, el doble de grande que el de su compañera de piso, y viendo al granjero haciendo una demostración de esquila en directo, con sus fuertes manos sujetando a la oveja entre sus piernas. Cuando acabe el programa y se haya hecho una paja, puede llamar a Emma para compadecerse con ella de lo que ha ocurrido con Jack. Va a disfrutar de unos días libres antes de ponerse manos a la obra para encontrar trabajo. Con los ojos brillantes, acelera cuando aparece la vasta extensión de asfalto del aparcamiento.

Con el cerebro todavía pesado por el sueño, navega perezosamente por la tienda para recoger el beicon, los panecillos blancos y la salsa marrón, apilándolos en su cesta metálica y sonriendo para sí misma, sabiendo que con el pijama y las compras parece una borracha que sufre resaca. Probablemente mañana haga el mismo recorrido, sólo que entonces sí que tendrá resaca después de una noche celebrando que Jackilipollas es historia.

Añade Coca-Cola Cero a su botín, y con las asas metálicas de la cesta clavándose en su brazo por el peso, se dirige a las cajas registradoras, pasando por delante de la sección de revistas. Las caras retocadas de las modelos y actrices en la portada miran su cesta con avidez y ella les saca la lengua a sus rostros artificialmente lisos, imaginando el olor a enfermo que las rodea debido a los constantes vómitos.

Es entonces cuando se da cuenta de que tanto ‘Elle’ como ‘Red’ tienen obsequios con la edición de este mes. A Emma le encantan las muestras de regalo: hidratantes en tamaño de viaje, mini brillos de labios y máscaras de pestañas del tamaño de un dedo meñique que le hacen comprar cualquier revista con un regalo extra, aunque sea un esmalte de uñas color verde moco que podría haber comprado en un todo a cien. Le encanta coleccionar los frascos en miniatura y se emociona probándolos, optimista por descubrir un nuevo producto milagroso que la haga parecer diez años más joven, dos kilos más ligera y candidata a Miss Universo, sin importar cuántas veces Jess le diga que está más guapa sin maquillaje.

Jess mira hacia arriba y hacia abajo del pasillo. Sólo hay otros dos compradores, una pareja con fulares de estampado de lobo a juego, ocupados discutiendo sobre qué tarjeta de flores

comprarle a su madre por su octogésimo cumpleaños. Jess finge hojear las revistas mientras la mujer protesta por el precio de 3,50 libras y, tras echar otro rápido vistazo, rompe los precintos de plástico y se mete en el bolsillo un kit de viaje en miniatura de acondicionador y pedicura.

Sonriendo, va directamente a las cajas, evitando las máquinas de autoservicio con sus incesantes pitidos e instrucciones erróneas: si hay algún indicio de que los científicos aún están lejos de lograr una IA exitosa, es la incapacidad de esta tecnología para detectar que, efectivamente, ha metido sus artículos en la zona de embolsado.

Tras ser atendida por una simpática cajera humana llamada Carole, y con su desayuno en una bolsa de la compra y el regalo de Emma en el bolsillo, se dirige hacia la salida cuando oye una voz detrás de ella.

‘¿Puede venir conmigo?’

El guardia de seguridad la mira con la boca recta, los labios apenas visibles en su poblada barba castaña, el vello áspero y parecido al del pubis. Es de su misma estatura, pero su complexión fornida y prominente barriga le hacen doblar su tamaño, y el tejido de poliéster barato de su uniforme azul marino se tensa por contener su cuerpo.

Jess ve a la pareja de mediana edad que había estado discutiendo por la tarjeta de cumpleaños junto al mostrador de seguridad, mirándola disimuladamente y susurrando furiosamente. Los malditos chivatos deben de haberla delatado. Les hace un gesto maleducado con el dedo mientras el guardia de seguridad la sujeta del brazo y comienza a arrastrarla de vuelta al interior. Otros compradores pausan para mirar y cuchichear a su paso. Jess les saluda con la mano y rápidamente bajan la mirada.

El guardia de seguridad se meter por una puerta lateral, cerca de los aseos, y suben unas escaleras hasta un pasillo con vistas al supermercado. Pasan junto a una serie de oficinas, mientras abajo la gente sigue haciendo sus compras, ajena a lo que ocurre justo encima de sus cabezas. Jess se pregunta cuántos de los empleados de la tienda pasan aquí la hora de comer, observando la muchedumbre y quejándose de los clientes.

Se abre una puerta y un hombre con raya a un lado en su pelo negro y aceitoso y la piel pálida como si nunca hubiera estado de vacaciones empieza a caminar hacia ellos. ‘¿Has cogido otro, Barry?’ pregunta al pasar junto a ellos. ‘Buen hombre.’

El guardia de seguridad (Barry, como Jess sabe ahora) hincha el pecho y asiente una sola vez con una sonrisa de autosatisfacción. Continúa su marcha, aferrando aún más a Jess del brazo, hasta que llegan a una puerta de aspecto desaliñado. Tiene marcas negras en la parte inferior, donde la aspiradora de la limpieza la ha golpeado, y la pintura está desconchada en las esquinas. Una hoja de papel arrancada y pegada con cinta adhesiva en el centro dice ‘Seguridad’ con letras de rotulador negro. Barry la abre bruscamente y mete a Jess con él.

La oficina es pequeña y escasa, con un escritorio y una silla a cada lado. Sobre la mesa hay un único teléfono y un viejo ordenador que necesita que le quiten el polvo. No hay objetos personales que revelen información alguna sobre Barry. Ni fotos de sus hijos, ni post-its que le recuerden que tiene que comprar comida para el perro, ni su taza favorita con un estúpido eslogan como ‘#1 Segurata’. O es un hombre reservado o su vida está tan vacía como la habitación, Jess no está segura de cuál.

Barry se acomoda en la silla acolchada de cuero negro, dejando a Jess sentada en la de metal duro que hace que le empiecen a doler los huesos en cuanto le toca el culo.

‘Vacíese los bolsillos, por favor,’ dice con voz grave y pectoral.

‘¿Y si digo que no?’

‘Lo haré por usted, señorita.’

Algo en su actitud hace pensar a Jess en un oso pardo, de pelo enmarañado y largas garras dispuesto a gruñirle. Probablemente sea un ex militar. No tiene sentido esconderse, así que hace lo que él le dice y coloca el mini acondicionador y el kit de pedicura sobre la superficie vacía. Le parecen ridículos, diminutos e insignificantes en el gran escritorio, pero Barry parece el tipo de hombre que se toma su trabajo en serio: no distingue entre robar regalos de revistas o robar perfumes caros. Debería haber cogido una botella de vodka *Grey Goose*, al menos habría merecido la pena que la pillaran por eso

‘¿Y de dónde los ha sacado?’ pregunta.

‘Revistas para mujeres. No creo que seas su cliente estándar, pero a veces regalan cosas. Así que no he hecho nada malo, ya que las dan gratis.’

‘Buen intento,’ responde.

‘Vale,’ Jess cede, poniendo los ojos en blanco. ‘Pagaré las estúpidas revistas. Llévalas a la caja y...’

‘Lo siento, pero eso no va a funcionar,’ interrumpe. ‘Si dejo que se salgas con la suya intentando robar algo y luego paga por ello cuando le pillas, ¿qué va a impedir que alguien más haga lo mismo? Antes de que se dé cuenta, se correrá la voz de que esta tienda es un blanco fácil y tendremos cientos de robos cada día. Madres, padres, niños, ancianitas... todo el mundo estará en ello. Se desatará el caos y habrá disturbios fuera de la tienda.’

‘Creo que estas ex-’

‘Exactamente,’ dice animadamente, con los ojos desorbitados. ‘Las cosas van a explotar.’

Vaaaaaleeee.’ Jess frunce el ceño, preguntándose si su servicio militar le ha causado a Barry un trastorno de estrés postraumático no diagnosticado y si este hombre debería trabajar con el público.

‘La única forma de resolver esto es llamando a la policía y asegurándome de que le tratan con la misma severidad que el delito. Eso significa tiempo en prisión’.

‘De acuerdo,’ repite Jess, sin palabras.

Barry coge el teléfono que tiene delante y empieza a pulsar los botones.

‘Espera,’ Jess le interrumpe. ‘¿No se me permite una llamada? Ya sabes, como en los programas de televisión.’

Barry la mira con confusión en el rostro. Parece como si luchara consigo mismo sobre si ella tiene razón o no, inseguro de los matices de la ley respecto a los pequeños ladrones.

‘Si me llevan a juicio y descubren que no me dejaste hacer una llamada, lo anularán. Dirán que me has retenido ilegalmente contra mi voluntad y que no has respetado mis derechos.’ Jess continúa, aprovechando su confusión y recurriendo a sus muchas horas viendo ‘Ley y Orden’, esperando aumentar su incertidumbre. ‘Entonces todo esto habrá sido en vano. Volveré a estar en la calle sin ningún castigo,’ subraya.

Barry se estremece con cada sílaba. ‘Muy bien,’ dice finalmente a regañadientes.

‘En privado, por favor.’

Barry resopla, pero se levanta de la silla. ‘Cinco minutos. Y no intente nada raro, jovencita. Estaré en la oficina de al lado.’

En cuanto se cierra la puerta, Jess empieza a pensar a quién puede llamar. Es inútil contactar con Emma, entrará en pánico y no sabrá qué hacer. ¿Su compañera de piso? No, ella tampoco tendría ni idea.

A Jess no le preocupa tener antecedentes, sino la molestia que le supondrá a la hora de buscar trabajo: tendrá que declararlo en cada solicitud de empleo que haga antes de que envíen su formulario al Servicio de Confidencialidad y Restricción, por no hablar de que limitará el tipo de

trabajos que puede solicitar. Se acabo el lidiar con niños o ancianos - en otras circunstancias lo agradecería pues los dos suelen apestar, pero es otro obstáculo en su búsqueda de empleo del que prefiere prescindir.

Suspira con fuerza y se aparta el pelo de la cara. Sólo tiene una opción, la que sabía que tomaría desde el momento en que mencionó llamar a alguien. No le apetece, pero no le queda otra, piensa, y busca en Google el número de teléfono a regañadientes.

‘McArthur Solicitors. ¿En qué puedo ayudarle?,’ le saluda la alegre voz al otro lado de la línea.

‘Necesito hablar con Simon Grahame.’

‘Me temo que está en una reunión en estos momentos. ¿Podría...?’

‘Es urgente. Por favor, dígame que es un asunto de familia,’ interrumpe Jess, brusca.

‘Por supuesto. Le paso,’ dice la voz, sin perder su alegría a pesar de la descortesía de Jess. La pobre chica debe estar acostumbrada.

Jess espera dos interminables minutos.

‘¿Hola?’ pregunta vacilante la voz de Simon.

‘Soy yo. Necesito tu ayuda, he estado-’

‘¿Jess?’ Simon susurra con pánico en su voz. ‘Te dije que sólo llamas al móvil.’

‘Necesitaba hablar contigo urgentemente,’ repite impaciente. ‘Me han pillado robando algo del supermercado y el segurata va a llamar a la policía. ¿Puedes venir a hablar con él? ¿Darle una parrafada de rollo legal para que me dejen ir?’

‘Estoy en medio de una reunión crucial. No puedo irme porque has estado robando como una colegiala,’ dice Simon en voz baja y enfadado.

‘¿Pequeña colegiala? Qué extraño, no recuerdo que me llamasas así cuando te la estaba chupando el lunes.’

‘No te portes como una niñata. Dales mi nombre y la dirección de la oficina para que envíen una factura por lo que te has llevado,’ dice impaciente.

Jess oye que alguien le llama por su nombre.

‘Tengo que irme.’

Barry debe de haber oído la conversación, porque vuelve a la habitación en cuanto Jess deja de hablar. ‘¿Ha terminado?’

Jess mira a su alrededor pensando con rapidez, tratando de utilizar sus habilidades para leer a la gente. Barry es el tipo de hombre para el que lo más importante es seguir las normas y asegurarse de que hace su trabajo al más alto nivel. Suplicar no la ayudará, ya que él considera que es su deber asegurarse de que se cumpla la ley. *Piensa, Jessica, piensa.*

‘¿Puede llamar al gerente del supermercado, por favor?’ decide finalmente.

‘¿Por qué? Puedo asegurarle que tengo la plena aprobación de la dirección para actuar.’

‘Por supuesto, lo sé. Un hombre de tu nivel, de tu calibre, ya habrá recibido numerosos premios y evaluaciones positivas por tu dedicación a su trabajo.’

Barry la mira con desconfianza, pero no le interrumpe y Jess lo ve como una señal para continuar. ‘Sinceramente, me sorprende verte trabajando en la planta. Yo esperaría que fueras jefe de seguridad, que dirigieras a todos tus colegas y reforzaras las medidas de esta tienda para garantizar que cualquiera que intente robar algo pueda ser atrapado. Con tú al mando, este establecimiento sería el más eficaz del país atrapando a meros delincuentes como yo.’

Barry se endereza y se ajusta el cinturón.

‘Si pudiera decirle al encargado lo bien que me has tratado, lo justo que has sido, seguro que lo tendrá en cuenta cuando sea la temporada de los ascensos. Y después de hablar con él, por

supuesto, puedes llamar a la policía para que me procesen como es debido.’

Barry la mira frunciendo los labios. Jess le sonríe con los ojos muy abiertos, su rostro inocente, sin rastro de cualquier engaño.

‘Iré a buscarlo.’

Vuelve enseguida con, como Jess sospechaba, el hombre de aspecto grasiento con el que se habían cruzado en el pasillo. El encargado de la tienda la mira nervioso, no parece ser el tipo de jefe que se mezcla con clientes conflictivos ni se ensucia las manos. ‘¿En qué puedo ayudarle?’ pregunta.

‘Señor...’

‘Brown,’ termina.

‘Sr. Brown. Siento tener que decirte esto, pero su guardia de seguridad acaba de ofrecerse a dejarme ir si yo... bueno, ya sabes... si le hago un favor.’ Jess agacha los hombros y abraza su cuerpo, tratando de hacerse lo más pequeña posible. Con la cabeza baja y ocultando la cara con el pelo, le tiembla la voz.

‘¿Favor?’ pregunta confuso el Sr. Brown.

‘Ya sabe... ese tipo de favor.’ Jess finge mirar avergonzada al suelo, apartando su mirada de la de él.

Los ojos de Barry se desorbitan de repente, al darse cuenta de lo que está diciendo. ‘¿Qué tontería es esta? Yo no he dicho nada parecido.’ Mira a Jess y al encargado de la tienda, que ha empezado a sudar profusamente. ‘Señor Brown, llevo más de cinco años trabajando en este supermercado, nunca he estado de baja por enfermedad ni un solo día, he trabajado todos los días festivos y he capturado a 319 ladrones. No puede dar crédito a lo que está diciendo.’

El gerente se frota los ojos y se pasa la mano por el pelo. ‘No puedo desestimar una acusación de esta naturaleza. Si se corriera la voz de que no me lo he tomado en serio, estaría acabado.’

La piel de Barry está pasando lentamente por todos los tonos de rosa posibles y llega ahora al rojo remolacha. ‘¡No es posible que piense que hay algo de verosimilitud en su acusación!’

‘Tendré que seguir los pasos adecuados y actuar acorde al procedimiento.’ Se pellizca la frente con nerviosismo. ‘Mantener la buena imagen pública de la cadena es lo más importante.’

‘Pero-’ Barry empieza.

‘Por supuesto,’ interrumpe Jess la conversación de los hombres, ‘si me dejaran pagar los artículos que me he llevado, me iría de su supermercado sin llevar esto más lejos.’

Ambos hombres se giran para mirarla con cara de perplejidad. Barry es el más rápido en comprenderla. ‘¿Lo ve? Está mintiendo.’

Jess le ignora y se dirige al Sr. Brown. ‘Déjame pagar las dos revistas, es un precio pequeño por no esparcir la propuesta, de tu guardia de seguridad, francamente inmoral, por todo Facebook y Twitter.’

Las gotas de sudor de la frente del gatear amenazan con empezar a gotear en sus ojos.

‘Sr. Brown, a esta señora la han pillado robando y dañando las existencias de la empresa. Hay que castigarla como corresponde.’ Barry parece uno de esos dibujos animados a los que les sale vapor por las orejas.

El encargado de la tienda continúa pasándose las manos sudorosas por el pelo grasiento: la combinación casi provoca arcadas a Jess.

‘El valor es irrelevante,’ protesta Barry.

‘¿Dos revistas?’ repite el gerente en voz más alta.

‘Sí, pero...’

‘De acuerdo,’ responde. ‘Barry, por favor, acompaña a la señora a la caja’.

‘Pero, pero...’

‘¡BARRY! No me arriesgaré a que el jefe de área venga a señalarme con el dedo por diez libras.’

Jess se levanta de la silla de plástico duro que le ha entumecido el trasero. ‘Gracias, Sr. Brown. Estoy segura de que cuanto antes dejemos atrás este terrible incidente, mejor para todos’. Abre la puerta y mira a Barry. ‘¿Nos vamos?’

Barry aprieta los puños mientras sus fosas nasales se ensanchan y su cabeza amenaza con explotar, salpicando materia cerebral por todas las paredes. Se da la vuelta rápidamente y sale por la puerta, con los pies golpeando el suelo y recordando a Jess a los niños pequeños del parque de las camas elásticas que tiran berrinches cuando sus padres no les compran un granizado. Hace ademán de seguirle, pero se detiene de repente para dirigirse de nuevo al encargado de la tienda.

‘Oye, ¿tenéis alguna oferta de empleo disponible?’

EMMA - VIERNES POR LA MAÑANA

A LAS 7.30, la luz que irradia Emma contrasta con la sombría mañana. El cielo aún está oscuro y el aire está cargado de lluvia a punto de caer. No hay coches en la fábrica a esta hora, probablemente todos los demás empleados están ahora mismo cubriéndose la cabeza con el edredón y pulsando los botones de su alarma, pidiendo cinco minutos más hasta que tengan que enfrentarse al frío de la calle. Emma esconde su barbilla para protegerse la cara del frío glacial y sonríe dentro de la bufanda, su felicidad brillando en sus ojos cuando piensa en la noche anterior. Sus pies se mueven ligeros y rápidos por el asfalto gris, sin los habituales arrastres cuando la cafeína aún no ha hecho efecto.

Nada podría hacer que esta mañana fuera mejor o más perfecta. Ni el anuncio de una tienda online de Primark, ni encontrar el par ideal de vaqueros, ni que Chris Hemsworth se divorciara de su mujer y la siguiera a ella en Twitter. La noche anterior con Jack había sido todo lo que había imaginado y más.

Después de dejarle entrar en casa y, una vez se hubieran acabado las cervezas, servir un poco de vino caliente navideño que le había sobrado (él no había notado la diferencia con un tinto normal), habían hablado durante casi media hora sobre su día. Una conversación normal de pareja sobre el trabajo (ella) y las ganas que tenía él de largarse de aquí (él). El tipo de cosas que un marido y su mujer harían cada día después de una larga jornada, compartiendo opiniones y puntos de vista. Tan mundano y común (conversaciones como ésta tenían lugar por todo el país en aquel momento), y sin embargo aquella familiaridad tan extraordinariamente especial y parte del pegamento que mantenía unidas las relaciones. Había sentido como si conociera a Jack desde hacía años y que una conexión cómoda, fácil y especial con alguien podría estar por fin a su alcance. Podía imaginarse con él, haciendo esto todos los días, en su propio piso, en su propio sofá, muy pronto.

Cuando ella le estaba contando la presentación en PowerPoint que Lizzie le había preparado (*‘y la polea levanta la caja mientras el contrapeso baja, ¿no te parece fascinante?’*), él se había inclinado hacia ella y le había dicho, ‘¿Sabes qué más puede subir y bajar?’, y empezado a besarla. Fue agradable, aunque un poco más apresurado de lo que a ella le hubiera gustado y pesar de que tuviera que limpiarse discretamente la barbilla con frecuencia cuando su saliva y barba de empezaron a humedecer e irritarle la piel. Jack había tirado los cojines del sofá al suelo con un gran gesto dramático y le había empujado los hombros hacia abajo. Era evidente que se diferenciaba de todos los demás hombres por el cuidado que había puesto en colocar cojines en el suelo para que ella pudiera arrodillarse cómodamente. Después, había suspirado satisfecho y relajado en el sofá.

Se hubiera dormido si Emma no le hubiera propinado un codazo, y al final se había levantado

a regañadientes y la seguido hasta el dormitorio. Camisetas, vaqueros y ropa interior habían sido desordenadamente arrojados al suelo antes de que Emma pudiera confirmar que Jack tenía el mejor cuerpo que jamás había visto en un hombre de carne y hueso. Tanto surf se había traducido en un cuerpo que no desentonaría en una película de Baywatch, y Emma le había acariciado la piel con los dedos, casi temerosa de tocarlo por si sus manos normales y corrientes borrraban a aquel Adonis. Había determinado probar el surf cuando lo visitara en Australia para ver si tendría el mismo efecto en sus blandos músculos.

‘Es una L. Una L de... *love*,’ había susurrado Jack cuando le preguntó por el tatuaje en la base del cuello. ‘Ya sabes, porque el amor lo es todo.’

‘Eso es cierto,’ le había respondido suavemente al oído, mientras le pasaba los dedos por la piel entintada, con el corazón derritiéndose ante la idea de que un hombre pudiera expresar la importancia del amor tan abierta y desvergonzadamente.

Jack se había dormido rápidamente antes de que se presentara la oportunidad de que ocurriera nada más, pero a ella no le había importado. Estaba en las nubes sólo por tenerlo en su cama y se había acurrucado a su espalda, disfrutando de la sensación de su cálida piel contra la suya y enterrando la cara en su pelo.

Esta mañana no se ha movido ni cuando ha sonado el despertador, ni cuando Emma ha intentado darle un abrazo para despedirse, ni cuando le ha besado la frente antes de irse. Un desayuno de cruasanes, mermelada y zumo de naranja recién exprimido le esperan en la mesita del salon con su mejor taza (una de Zara con un perrito salchicha verde azulado y amarillo mostaza, regalo de su madre). Emma se ha levantado quince minutos antes de lo previsto y ha andado a la tienda de la esquina con el abrigo puesto sobre el pijama para comprar la bollería recién horneada. Le ha dejado un post-it en la taza con un beso marcado con una ‘X’.

No quería irse y dejarle, pero tenía que llegar temprano al trabajo para asegurarse de que todo estuviera perfecto para la visita a la fábrica y la consecuente reunión. Ahora era más importante que nunca conservar su empleo para poder ahorrar para viajar a Australia y ver a Jack. El dinero que tenía actualmente en su cuenta sólo cubriría un par de vuelos y no estaba segura de cuánto tiempo mantendrían una relación a distancia. Los billetes de avión y las clases de surf eran sorprendentemente caros.

La fábrica está inquietantemente silenciosa cuando abre la puerta principal con la gran llave plateada que le habían dado el primer día, pero nunca ha utilizado en los tres años que lleva allí. En la oscuridad, extiende las manos para no tropezar con nada y se acerca a la pared, tanteando para encontrar el interruptor de la luz. Sus dedos rozan el papel pintado hasta que chocan con algo duro y liso.

‘Dios mío,’ exclama cuando enciende las luces. Pasa corriendo junto al mostrador de recepción y abre las puertas con pequeñas ventanas circulares que ofrecen una vista restringida de la fábrica. Se detiene en seco y se queda con la boca abierta.

Los pasillos entre las estanterías están libres de residuos y el suelo de hormigón parece recién pulido bajo la luz fluorescente. En las estanterías, las cajas están ordenadas y organizadas con carteles A4 que indican su contenido. De las paredes cuelgan nuevos y relucientes pósters laminados sobre la seguridad en el trabajo, en los que se insta a los empleados a llevar chalecos de alta visibilidad y se les informa de quién es su responsable de primeros auxilios. Incluso puede ver dos tabloncillos de anuncios con copias de los folletos de marketing de la empresa. Emma ni siquiera sabía que los tabloncillos existían, ya que la zona siembre estaba desbordada por palés rotos.

Se tambalea entre las estanterías, patosa por su sorpresa y moviéndose lentamente entre los

artículos organizados y las existencias clasificadas, mirando asombrada a su alrededor. Cuando llega a las mesas de herramientas, el corazón le da otro vuelco.

Madre del amor hermoso. Han ordenado todos sus instrumentos en cajitas de colores y los cables están todos enrollados y atados con gomas elásticas. Parece el espacio de trabajo de un metódico artista. Asoma la cabeza por su cafetería y confirma que, incluso allí, han guardado las tazas, vaciado la papelería y fregado las superficies.

Toda la fábrica parece tan... reluciente. Los hombres deben haber tardado horas y han debido contribuir todos, de lo contrario no hay forma humanamente posible de que hayan podido ordenar y limpiar todo. Emma ha subestimado la atracción de su recompensa (la barra libre en la fiesta de Navidad) y la fuerza de un abastecimiento ilimitado de alcohol. ¿Qué habrían aceptado hacer si les hubiera ofrecido entradas para un encuentro VIP con la modelo erótica, Katie Price? Emma almacena la información en su cerebro como una posible opción para el futuro, por si alguna vez tiene que pedir otro favor.

'Vaya, supongo que debes haber encontrado algo que quieren, ¿eh?'

El repentino sonido hace que el corazón casi se le salga del pecho y logre la primera misión en solitario a Marte. Se da la vuelta y se encuentra a Curtis mirando asombrado a su alrededor. Unos vaqueros holgados cuelgan de sus escuálidas caderas, mostrando la goma de unos bóxers marca supermercado, y un gran logotipo en medio de su pecho anuncia un videojuego llamado '*Call of Duty: Modern Warfare*'. Sostiene una caja de cartón gigante de bolsas de patatas fritas bajo el brazo izquierdo.

'¿Intentas matarme?' Le mira fijamente mientras se agarra el pecho.

'¿Qué? Oh, Lo siento.' Arrastra los pies. 'Pero tiene buena pinta, ¿verdad?'

'¿Han hecho ellos todo esto?'

'Sí, ayer trabajamos en ello casi todo el día. Yo tuve que irme temprano, pero todavía estaban acabando cuando me fui. Gaz dio un gran discurso para motivarles, diciendo que era una oportunidad para ganar más dinero y también de tener una borrachera pagada a costa de la empresa en Navidad.' Frunce el ceño. 'No les prometiste una visita gratis a un club de striptease, ¿verdad?'

'No.'

'Ya me pensé que podría ser sólo un rumor.' Vuelve a mirar a su alrededor con una sonrisa de satisfacción. 'Bueno, será mejor que deje las patatas fritas en la cocina y me cambie,' dice, haciendo un gesto con la cabeza hacia la caja que sostiene bajo el brazo y volviéndose hacia los vestuarios.

'¿Cómo es que has venido tan pronto?', pregunta Emma antes de que desaparezca.

'Oh, no me gusta salir de casa con mis padres. Da pie a que la gente sospeche, ¿sabes?'

Emma asiente a medias, admirando la dedicación de Curtis por mantener su filiación en secreto. Aunque en su caso, probablemente sea más una cuestión de supervivencia: sus compañeros nunca le dejarían en pasa si lo supieran.

A media mañana, justo una hora antes de que lleguen los visitantes, Emma endereza las cucharillas en la sala de reuniones. Tres filas perfectamente simétricas, con cinco tazas blancas cada una, sus asas apuntando hacia las tres en punto están alineadas sobre la mesa. Puede ver su reflejo distorsionado y al revés en el metal pulido mientras juega con los detalles, contando nerviosamente los minutos. Ha distribuido las galletas en una bandeja central, alternando las de chocolate y las normales, y a cada visitante le espera un pequeño paquete con una selección de folletos publicitarios de la empresa frente a su asiento. El almuerzo está en la nevera, una selección de sándwiches de carne y vegetarianos, acompañados por diferentes ensaladas, así

como los rollitos de salchicha que el Sr. McGuiness ha pedido expresamente. En la mesa auxiliar hay una pequeña pila de platos con una servilleta de papel doblada en triángulo entre medio de cada uno. Emma se pregunta si debería intentar hacer algún arreglo con ellas, tipo origami elegante, como un cisne, una flor, o incluso un ascensor.

‘¿Todo listo, Emmie?’

Emma se sobresalta por segunda vez ese día, y piensa que lo de intentar matarla por un fallo cardíaco debe de ser cosa de familia, cuando ve al Sr. McGuiness entrar en la habitación, seguido de cerca por Dan. ‘Eso creo, Sr. McGuiness.’

‘¿Puedes cargar la presentación en el ordenador? Estaría bien que estuviera el logotipo de nuestra empresa en la pantalla al entrar.’

‘Por supuesto, sin problema.’ Echa un último vistazo a la mesa y se siente satisfecha con las filas de objetos organizados. *No está mal, Emma, no está nada mal*, se dice a sí misma, y se le escapa una sonrisa mientras se dirige a su escritorio. Se pregunta emocionada si Jack estará ya levantado y le habrá impresionado su desayuno sorpresa. No ha oído de él, pero Emma espera que su resaca no sea demasiado fuerte y le envíe un mensaje en breve.

El ordenador tarda en cargarse y da golpecitos impacientes con los dedos en la mesa laminada hasta que aparece el escritorio. Mira la pantalla mientras busca la presentación de PowerPoint de Lizzie. Una vez. Dos veces. No aparece. Sus ojos se mueven rápidamente arriba y abajo, buscando repetidamente entre los cerca de 20 iconos, como si al mirar fijamente fuera a surgir por arte de magia. Comprueba las otras carpetas de archivos por si su memoria está equivocada y la guardó en otro sitio, pero en el fondo, no duda de sí misma, sabe que la guardó ahí. *Lo sabe*.

‘¿Te falta algo?’

Dan la mira, apoyado en el marco de la puerta. Lleva un impecable traje azul marino con solapas resplandecientes que acentúan su húmedo labio inferior; el parecido con un bacalao exhibido sobre el hielo blanco en una pescadería es asombroso.

‘Estaba aquí. No sé qué ha pasado,’ gime, buscando en la carpeta de la papelería, todavía con esperanzas.

‘Deberías tener más cuidado. Tener una contraseña tan fácil de adivinar es un riesgo para nuestra seguridad informática. Debería denunciarte a recursos humanos.’

Emma se vuelve para mirar a Dan, confusa. Él se examina las uñas con desprecio, desinteresado.

‘Y supongo que tampoco hiciste una copia de seguridad.’

‘Bueno, no, pero no había necesidad...’

‘Qué pena,’ interrumpe. ‘Por suerte, creo que tengo algo preparado. El equipo comercial salva el día.’

Lanza un lápiz de memoria USB al aire y lo vuelve a coger con la otra mano, haciendo malabares. ‘Por cierto, necesitamos rollo de papel azul. He derramado un poco de café sobre la mesa. Te puedes encargar de eso ¿verdad?’

Emma lo mira irse, sus mejillas enrojeciéndose y su corazón acelerándose. Menudo cabrón. ¿Cómo pudo hacerle esto? ¿Por qué se lo hace? Debería ir directa al Sr. McGuiness y decirle que Dan estaba intentando sabotear la reunión, sabotear su trabajo. Él la escucharía, la... *No, no lo hará*, piensa sombríamente. Nunca creará a ‘Emmie’ en lugar de a su empleado estrella: Dan, el Director Comercial por ascender, con su pelo engominado y boca de pez viscoso, con sus constantes cumplidos a Lizzie (‘esa sombra de ojos azul te realza los ojos’) y sus gatos persas con las caras aplastadas.

Emma está sentada en su silla de la oficina, sintiendo cómo la ira se desprende de ella en una nube de vapor blanco. Envenenaría a sus gatos, le escupiría en el café, le rayaría el BMW y le perforaría el labio gordo, cualquier cosa con tal de humillarlo al máximo, de hacerle tanto daño como le ha hecho a ella. Quiere salir corriendo del edificio y no volver jamás, pero sólo falta una hora para que lleguen los visitantes y aún tiene que recibirles y acompañarlos.

Respira hondo y se dirige al baño para limpiarse la cara con agua fría, teniendo cuidado con el rímel. Se concentra en imágenes de playas arenosas, viendo surfear a Jack, bebiendo ginebras con tónica en terrazas soleadas, llevando sus gafas de sol de marca mientras pasean cogidos de la mano... El espejo refleja su expresión hosca, con algunas gotas de agua pegadas a su cuello. Aprieta la mandíbula con determinación y se alisa la blusa antes de salir.

‘¿Qué pasa?’

‘Tienes que dejar de acercarte a hurtadillas,’ responde ella entre dientes.

Curtis parpadea rápidamente, sorprendido por el tono de su respuesta.

‘Lo siento, estoy teniendo un mal día.’ Emma cede antes de forzar una sonrisa.

‘¿Puedo ayudarte?’

‘No, a menos que seas un experto informático que pueda recuperar archivos borrados. Pero no pasa nada, no te preocupes.’ Emma levanta la mano para despedirse y pasa bruscamente a su lado.

‘Pero lo soy,’ le oye decir detrás de ella.

‘¿Eres qué?’ Emma se da la vuelta para mirarle.

‘Soy bueno con los ordenadores,’ dice Curtis, encogiéndose de hombros. ‘¿Quieres que eche un vistazo?’

‘Er... claro.’ Menea la cabeza. ‘¿Por qué no? No puedes empeorar mas las cosas.’

Curtis la sigue hasta su escritorio y se sienta. ‘Entonces, ¿qué has perdido?’

‘La presentación para la visita de hoy.’

Él levanta las cejas, pero Emma agradece que no la interroge más.

‘Supongo que ya lo habrás probado, pero por si acaso...,’ murmura, mirando la carpeta de la papelería de reciclaje. ‘La mayoría de la gente cree que una vez que se borra de la papelería, desaparece para siempre, pero puedes utilizar un software de recuperación de datos para recuperarlo.’ Curtis hace clic rápidamente mientras aparecen diferentes ventanas en la pantalla. ‘Es un poco más complicado y lleva más tiempo, pero es posible.’ Una barra azul de descarga aparece y avanza lentamente, creando un silencio mientras ambos la observan.

‘¿Por qué me estas ayudando?’, pregunta Emma.

Curtis se encoge de hombros. ‘Me gustan la informática. Y tú nunca te has reído de mí,’ responde. ‘Y no me gusta Dan. Porque fue él, ¿verdad?’

Emma se le queda mirando, inexpresiva, antes de asentir.

‘Siempre me habla como si no fuera nada. Si supiera que soy el hijo del Sr. McGuinness, pronto cambiaría de actitud. ¡Ajá! Hecho.’ El clic del ratón vuelve a sonar mientras Curtis se concentra en la pantalla. Emma mira a su alrededor sin saber cómo o si debería intentar ayudarlo.

‘Ya está. Lo he puesto en tu escritorio y he hecho una copia de seguridad en la nube y en un USB.’

Emma mira la pantalla y puede ver la presentación que Lizzie había preparado concienzudamente el día anterior. Se inclina para echarle un vistazo y asegurarse de que está todo - la presentación de la empresa, los ejemplos de proyectos con coloridas fotografías y los diagramas con etiquetas de nombres. ‘Muchas gracias,’ dice estupefacta.

‘Toma, no pierdas esto,’ le responde, entregándole el lápiz de memoria, ‘y luego me cuentas

qué cara pone Dan cuando la vea, ¿vale?’

Emma observa a Curtis mientras se marcha. Está mucho más guapo cuando no tiene los hombros encorvados y sonríe.

Se apresura a entrar en la sala de reuniones. ‘Lo siento, Sr. McGuiness, me he entretenido pegando unos carteles en el taller. Ahora cargo la presentación.’

‘¿Emmie? Dan ha dicho que estabas teniendo algún probl-’

‘Nada que no tenga solución,’ bromea Emma, conectando el USB al ordenador y encendiendo el proyector. La primera diapositiva de la presentación, con una imagen de la fábrica y los datos de la empresa, aparece en la pantalla panorámica blanca. ‘Ya está listo.’

Dan la mira desde detrás del Sr. McGuiness, su plan para convertirse en el héroe del día fracasado. Su habitual expresión babosa ha sido sustituida por unos ojos entrecerrados y puños apretados y Emma siente que su mirada la sigue mientras endereza sillas, sirve agua en los vasos y alinea nuevamente los folletos de información.

Unas horas más tarde, Emma rebosa orgullosa mientras sigue al contingente de personas por la fábrica. Puede ver cómo sus compañeros miran incrédulos el espacio reluciente y ordenado, y no puede culparles. Probablemente ni siquiera estuviera tan impoluto cuando se inauguró el edificio. Dan es el único que no lo elogia, pero incluso él no puede evitar que sus ojos se ensanchen con sorpresa cuando entra por primera vez, antes de lanzar una mano desdeñosa al aire.

El grupo de Oxford está dirigido por una mujer bajita con unos zapatos de ante fucsia - Emma se muere por preguntarle dónde los ha comprado. El llamativo color destaca entre el mar de trajes azul marino, mientras todos sus compañeros la siguen como escolares en una excursión. Emma admira a la mujer desde lejos. No es tonta y está demostrando tanta inteligencia como sentido de la moda con una retahíla de preguntas rápidas e implacables. Por lo que Emma puede entender, entre el Sr. McGuiness y Dan se las están arreglando para responder a la mayor parte del interrogatorio, aunque le ha agradado ver a Dan tartamudear en una ocasión, teniendo que comprobar algo con el Sr. McGuiness.

‘Creo que ya hemos visto lo suficiente, gracias,’ le dice la mujer de los zapatos rosas al Sr. McGuiness, tendiéndole la mano. ‘Esperaremos a que llegue la propuesta definitiva a finales de la semana que viene.’

‘Por supuesto. Les llegará antes que eso, no se preocupen,’ interviene Dan, repartiendo su tarjeta de negocios al grupo mientras los escolta fuera del edificio.

Emma sigue a los hombres de vuelta a la sala de juntas, con un sentimiento de orgullo que le calienta el pecho, y no puede evitar sonreírse a sí misma por un trabajo bien hecho. Se ha sacado el as de la manga, lo cual no es algo que pueda decir a menudo. ¿Qué pasaría si aplicara este esfuerzo, este ímpetu, a otras áreas de su vida? ¿Sustituyendo la dilación y las dudas por la acción? Tal vez incluso pueda decirle a Jack lo que siente y que desea, más que nada, estar con él el resto de su vida, que a pesar de haberle conocido hace poco tiempo, se siente como si fueran almas gemelas, vagando perdidas hasta encontrarse.

‘Ha sido una visita excelente. Buen trabajo a todos por el esfuerzo,’ dice el Sr. McGuiness, extendiendo su mano para estrechar la de Dan.

Un fuerte suspiro colectivo llena la sala. Que se sepa, el Sr. McGuiness nunca da la mano a nadie del personal. Los cumplidos son raros, sólo se pronuncian en ocasiones especiales, pero los apretones de mano suben aún más el listón, un billete dorado a la fábrica de chocolate (o un codiciado asiento en la sala de juntas de los directores). Dan tiene un aspecto especialmente repugnante cuando coge su mano tendida, manteniéndola entre las suyas durante un instante

demasiado largo y mirando a su alrededor para asegurarse de que todo el mundo está presenciando el momento. Se endereza e hincha el pecho cuando termina el apretón de manos, como un gallo paseándose por el gallinero.

Y entonces, ocurre lo impensable - El Sr. McGuiness se vuelve hacia Emma y le sonríe. A Emma se le acelera el corazón y el estómago le da un vuelco en su interior: ¿Puede ser? ¿Recibirá ella también un cumplido o, incluso, un apretón de manos? Tal vez le ofrezca un ascenso ahora mismo por el buen trabajo que ha hecho. El Sr. McGuiness camina hacia ella, con el rostro cálido como un día de verano, y Emma no puede evitar sonreír a su vez. Pero, de repente, sus dedos chocan con algo suave y frío.

‘Emmie, ¿podrías limpiar la vajilla y la comida de la sala de juntas? Tenemos que sentarnos a discutir nuestra propuesta,’ dice antes de volverse de nuevo hacia Dan.

Su taza de café. El Sr. McGuiness le ha puesto en la mano su taza de café usada y sucia. Queda un poco de líquido marrón oscuro y puede ver el azúcar sin disolver pegado al fondo. No hay felicitaciones ni un ‘bien hecho, Emma’ para ella. Una semana de duro trabajo, negociando con Gaz, superando los intentos de Dan de boicotearla, aprendiendo todo sobre la ingeniería de ascensores y haciendo más que cualquiera de los otros idiotas de esta sala por que hoy fuera un éxito, y esto es lo que el Sr. McGuiness cree que se merece: una taza de café usada y sucia.

‘Me llamo Emma.’

‘¿Disculpa?’ El Sr. McGuiness se vuelve para mirarla de nuevo con las cejas levantadas.

‘Emma, no Emmie.’

‘Sí, vale. Emma’, responde él, sin prestar atención a su tono airado y levantando una mano con desdén.

‘¿Sabes siquiera lo que he hecho para que hoy sea un éxito?’ La voz de Emma se hace más fuerte. ‘Conseguí que Gaz y sus compinches recogieran toda la fábrica, quité carteles de tetas de las paredes con mis propias manos y aguanté el intento de boicot de este idiota,’ dice señalando a Dan.

El Sr. McGuiness frunce el ceño ante la muestra de emoción.

‘Si no hubiera sido por tu hijo, ni siquiera habrías tenido una presentación. Llevo tres años en esta empresa y ni siquiera sabes mi nombre. He aprendido polaco hablando con el equipo de marketing, he perdido la cuenta de los cientos de nóminas que he grapado, he aguantado a tipos que intentaban tocarme el culo cuando entraba en la fábrica e incluso le he comprado perfume a tu mujer por su cumpleaños.’

‘Escucha, Emmie, ahora no es...

‘¡MI NOMBRE ES EMMA! Y renuncio. A la mierda tu trabajo’. Y sin más, se da la vuelta y sale por la puerta.

LAURA - VIERNES POR LA MAÑANA

MIRANDO a Elliot jugar en el suelo, Laura se hunde aún más en el sofá, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia atrás. Jamie y Soraya no se habían marchado hasta bien pasada la medianoche, animados a quedarse por la generosa y constante mano libre de Simon con el vino. Laura había luchado por mantener los ojos abiertos, con los párpados cada vez más pesados a medida que avanzaba el reloj, hasta que, tras cerrarlos demasiado tiempo, Soraya había dado un discreto codazo a Jamie y habían pedido un taxi.

Aquella mañana, una espesa niebla resacosa había reinado sobre la mesa del desayuno. Incluso el atuendo habitualmente pulido de Simon se había visto empañado por unas bolsas moradas bajo sus ojos y una mirada enrojecida y acuosa. Habían bebido café fuerte en silencio, sin esforzarse por intercambiar conversación alguna, el cansancio poniendo fin a sus habituales pretensiones de un matrimonio normal. Simon había salido hacia el trabajo con pasos pesados y arrastrando los pies, mirando con deseo el apetecible sofá mullido, y al contrario de su habitual urgencia por salir por la puerta.

Ese mismo lugar deseado es donde Laura ha estado tumbada desde entonces, el teatro de la noche anterior agotándola. Espera que Elliot se comporte hoy para poder disfrutar de un poco de televisión diurna superficial. La noche fue exactamente eso: una representación, un acto escenificado para sus invitados con la intención de mostrar cómo habían llegado a su felizlandia con su nueva vida, cómo Simon no se había equivocado al casarse con ella, y cuánto apreciaban y amaban a su hijo sorpresa.

A Laura no le caen exactamente mal Jamie y Soraya, aunque tampoco le caen especialmente bien. En realidad, debería estar agradecida a Jamie, pues fue él quien le dio trabajo cuando lo necesitaba desesperadamente. Se preguntaba hasta qué punto Simon había confiado en él y le había contado la triste historia de su aventura de una noche con la joven rubia novata que había acabado con consecuencias mayores.

Pasar de ser abogada en prácticas en un bufete a ser secretaria jurídica en otro le había parecido degradante a Laura. Ella tenía demasiada experiencia y aptitud para el puesto, pero el bufete de Simon no tenía otra plaza de prácticas disponible. Lo que necesitaban era una secretaria y Laura necesitaba rápidamente un trabajo en la ciudad para solucionar las cosas con Simon antes de que el feto se desarrollara y la historia saliera a la luz. Por supuesto, Jamie no era tonto, era un hombre de negocios experimentado, ¿dónde más iba a encontrar a alguien con una licenciatura en Derecho dispuesta a trabajar de mera secretaria por un sueldo mínimo? Laura sólo podía culparse a sí misma del lío en el que se había metido.

Quizá debería ver 'Juez Judy', piensa Laura. Es más entretenido que todas las asignaturas que estudié en Derecho juntas.

Coge el mando de la tele y pone los pies sobre el reposapiés, pero uno de ellos se engancha con la correa de un bolso que sobresale por debajo. La coge distraídamente con su zapatilla y tira, preguntándose qué será.

La bolsa de tenis de Simon. La reconocería en cualquier sitio, ya que había tenido que esperar tres meses para hacerse con el bulto de cuero italiano porque había una lista de espera para él, y, por supuesto, había querido personalizarlo con sus iniciales grabadas en la parte delantera, para que quedara claro que tenía dinero. Siempre tan pretencioso. Normalmente era demasiado cuidadoso con ella como para perderla, pero Elliot ha debido meterla debajo del mueble junto con las llaves de la caseta del jardín, una pera medio comida y un libro de números que Laura también encuentra ahí debajo.

Tiene que evitar que Elliot se coma la pera enmohecida. ‘Me lo agradecerás, confía en mí,’ le dice cuando frunce el ceño.

Laura suspira y se levanta para poner la bolsa de tenis en la isla de la cocina, para que Simón pueda verla cuando llegue a casa. Duda que le dé las gracias por haberla encontrado. *Pues a mí no me gusta nada*, piensa. Un pequeño golpe al dejarla en la encimera le hace advertir un pequeño bulto en el lateral. Abre la cremallera y ve un teléfono móvil, de modelo básico, del tipo que tenían los adolescentes en los 90, cuando podías jugar al juego de la serpiente y las únicas funcionalidades eran enviar mensajes y realizar llamadas. Lo coge, lo gira y mira el plástico barato y los botones plateados. Laura ni siquiera sabía que aún se fabricaban así, deben de estar considerados retro ahora. Lo enciende y la anticuada pantalla gris se ilumina al recibir nuevas alertas de mensajes de texto. Elliot se agarra a sus piernas intentando levantarse, su atención atraída por los sonidos y la luz del teléfono.

‘Me alegro de haberte visto anoche, siempre aprecio una llamada de última hora si implica sexo ;-) Avísame cuando la fea de tu mujer te aburra otra vez.’

Una repentina oleada de náuseas golpea el estómago de Laura y respira con dificultad, agarrándose el abdomen con la mano. Es consciente del fuerte martilleo de su corazón en el pecho. Elliot empieza a gemir, reclamando su atención, y se agarra a sus vaqueros con más insistencia para alcanzar el móvil iluminado.

Cabrón. El maldito cabrón. Un flashback de diferentes momentos pasa por la cabeza de Laura tan rápido que parece imposible que tenga tiempo de procesarlos, pero todos ellos aumentan su claridad y su comprensión. Los madrugones para ir a la oficina, los trajes más elegantes de lo habitual, la falta de sexo después de que naciera Elliot. Ella lo sabía, claro que lo sabía. La sensación había sido como una pequeña picadura que le picaba en mitad de la espalda, que no podía rascarse y que no desaparecía. Sabe que no ha mostrado mucho afecto hacia Simon en los últimos... bueno, nunca. La suya nunca fue una relación de amor apasionada, pero aun así... Es su marido. *¿Y si es más guapa que yo?* piensa. *Más joven, más rubia, con un vientre plano y tenso, sin hijos, y un trasero todavía firme, en lugar de lleno de celulitis y estrías. ¿Flea? La maldita zorra.* Se le calientan las, se siente humillada.

Elliot empieza a llorar a sus pies y Laura se inclina para levantarlo. Hace ademán de coger el teléfono, pero ella lo mantiene a distancia mientras busca. No hay más mensajes, ni registros de llamadas, ni más contactos guardados que este marcado con una ‘X’. Elliot le agarra el brazo con insistencia, intentando alcanzarlo.

‘Ten, ten. Tu padre es un cabrón, ¿me oyes? Un cabrón.’ Elliot la ignora y juega con el móvil, girándolo entre sus manos rechonchas y pulsando los botones.

Una voccecita en la cabeza de Laura la aguijonea. *¿Y si Simon sabe lo que has hecho? No puede ser, nadie lo sabe. Tal vez esto es justo lo que te mereces.*

Sacude la cabeza y aparta esos pensamientos. Tal vez debería llamar a esta 'X', hacerse pasar por Simon, o al menos ver si reconoce la voz. *Sí. Es una buena idea.*

'Mamá necesita que le devuelvas el teléfono,' le dice a Elliot, arrancándoselo de las manos. A Elliot no le hace ninguna gracia haber perdido su nuevo juguete y empieza a chillar.

'Toma, galletas.' Laura coge unas galletas de la isla de la cocina y pone a Elliot en el suelo. Elliot chilla de alegría, agita los brazos y empieza a comer alegremente, recogiendo los trozos rotos y las migas del suelo.

Laura duda, mirando fijamente a la pantalla. ¿Y si la conoce? ¿Debería decir algo? Podría fingir que es una desconocida que ha encontrado el teléfono en la calle, ponerse en contacto con la interlocutora y quedar con ella para devolvérselo. La idea de ver cómo esta mujer es diferente a ella, mejor que ella, la domina. Sin pensarlo, pulsa el botón de llamada y lo mantiene alejado de ella, retrocediendo, como si estuviera a punto de explotar. Los ruidos del timbre suenan débiles y distantes, comparados con los entusiastas ruidos de comer y el parloteo agudo de Elliot.

Alguien contesta. '¿Ya te arrepientes? Siento decírtelo, pero te lo advertí.'

Se hace el silencio y Laura se da cuenta de que no puede hablar.

'Hola. ¿Ho-la-aaaa?'

Laura pulsa un botón plateado y deja caer el teléfono al suelo mientras se aleja de un salto. El estruendo sobresalta a Elliot, que se da la vuelta para ver lo que ocurre y se cubre la boca, la mejilla y la ropa con restos de galletas.

Joven, sonaba joven. Y divertida y feliz y sexy y una completa zorra traicionera. ¿Qué pasó con la hermandad femenina?

Tiene que saber que lo he encontrado. Me iré. Que vuelva a casa y encuentre la casa vacía con sólo la bolsa de tenis en la mesa del comedor y el teléfono al lado. Sí, eso será dramático, un gran gesto, devolverle lo que se merece.

'Vamos, pequeño, nos vamos de aventura.' Laura coge a Elliot en brazos y sube las escaleras. Saca su maleta morada con el lema 'Recién casados' bordado, que no ha vuelto a usar desde la luna de miel en las Maldivas que les compraron los padres de Simon.

Empieza a meter ropa del armario: calzoncillos, camisetas, pantalones... ¿ha metido calcetines? No se acuerda, pero no importa. Puede comprar lo que quiera con la tarjeta de crédito de la cuenta común. También gastará su dinero, el imbécil se lo merece. Se dirige al dormitorio de Elliot y mete algunas cosas más en la maleta. En un mundo ideal, se iría sola, pero no sabe a qué hora volverá Simon a casa e incluso ella sabe que unas cuantas escapadas de media hora no son lo mismo que dejar a Elliot solo en casa sin ningún plan para volver.

Cierra la tapa de la maleta, pero está demasiado llena y los dos lados ni se tocan, así que se arrodilla encima mientras tira de la cremallera. El tirador metálico se le resbala de la mano, lo coge y vuelve a intentarlo, con las puntas de los dedos enrojecidas por el esfuerzo. La cremallera se ha quedado a medio camino, enganchada en una tela del interior, y su sujetador negro de encaje cuelga por la parte superior de la maleta. Elliot se queda en silencio por una vez, presenciando sus frenéticas actividades.

Laura mira alrededor de la habitación, analizando la escena que verá Simon cuando vuelva a casa. La imponente cama extragrande con marco de madera clara está hecha, con todos los cojines lilas y rosa pálido que siempre ha odiado encima, mullidos y dispuestos en tamaños decrecientes. Hay prendas de ropa desparramadas por el suelo, creando un rastro desde el armario hasta la esquina de la habitación donde ha preparado la maleta.

Una fotografía en la mesilla de noche le llama la atención. La coge con las dos manos y se la lleva a la cara para mirarla fijamente antes de golpearla con fuerza contra la superficie de

madera. El cristal se hace añicos, pero no se rompe. Vuelve a colocar el cuadro en su sitio. *Ya está. Mucho mejor*, piensa. Las grietas atraviesan el cristal, impidiendo ver la cara sonriente de Simon y rompiendo su vestido de novia en miles de pedacitos.

De pie ante las puertas de madera, pulsando el timbre del poste lateral, sabe que su madre se sorprenderá al verla. No le gustan las visitas imprevistas, y menos de la hija a la que está acostumbrada a ver sólo una vez al mes. La suya no es el tipo de familia en la cual se visita sin avisar para tomar una taza de té y charlar sobre las actividades cotidianas. Las discusiones sobre el último giro argumental de la telenovela de moda, o sobre cómo Ann, la cajera de la tienda local, se ha teñido el pelo de cobrizo y no le sienta bien, no son el tipo de conversaciones que mantienen. No, la suya es una relación construida a base de citas cuidadosamente organizadas y controladas: lo suficientemente regulares como para que no se sientan avergonzados por su falta de contacto, pero no tan a menudo como para eliminar la frialdad y la incomodidad de su relación.

Laura vuelve a pulsar el timbre y, al cabo de unos segundos, repite la acción por tercera vez, clavando con fuerza el pulgar en el botón y poniéndosele blanca la uña. ‘Vamos, sé que estás dentro,’ dice apretando los dientes. Es viernes, el jardinero viene los viernes y su madre no confía en ninguno de los trabajadores lo suficiente como para dejarlos solos. Tiene miedo de que se tomen libertades y se atrevan a servirse una taza de café o a sentarse cinco minutos en su sofá de flores color crema, manchándolos con el barro de sus pesadas botas y la suciedad incrustada en las arrugas de sus manos de obreros.

La voz de su madre, confusa, se oye por fin a través del interfono.

‘Mamá, abre. Soy yo.’

‘¿Laura? ¿Qué demonios estás haciendo aquí?’

‘Ahora te lo explico. Déjame entrar.’

‘¿Se suponía que ibas a venir?’

‘No, abre la verja,’ dice bruscamente, su paciencia agotada.

‘Pero... sí, sí, por supuesto.’

Laura carga el cochecito por el camino de entrada, respirando agitadamente por el esfuerzo. Las ruedas hacen crujir las piedras angulosas a su paso. Se ha resignado a llevar consigo el monstruoso aparato, pues sabe que no puede cargar con Elliot y su maleta al mismo tiempo. Al menos una ventaja de tener un cochecito del tamaño de un Land Rover mini es el espacio extra. Ese debería haber sido uno de los puntos del vendedor. ‘... y señora, cuando finalmente decida dejar a su marido, tendrá suficiente espacio en la cesta inferior para llevarse una maleta entera. No tendrá que dejar atrás su ropa interior sexy y sus tacones altos, tendrá todo lo que necesita para su nueva vida sin el gilipollas a su lado’. Sí, eso sin duda lo habría vendido más.

La madre de Laura la espera junto a la puerta principal, abierta de par en par, en lugar de su costumbre de hacer que Laura llame a la segunda entrada antes de venir a recibirla.

Debo de haberla sorprendido, piensa Laura, con una sonrisa de satisfacción, contenta por este pequeño triunfo en un día tan miserable.

Atraviesa la puerta abierta, pasando junto a su madre sin decir palabra y dejándola boquiabierta tras de sí. Los profundos neumáticos del cochecito dejan marcas en las alfombras de su madre al rodar por el largo pasillo, perturbando la imagen ordenada de la idílica vida en el campo. Aparca el cochecito junto a la entrada de la cocina y deja a Elliot observando el entorno y

los objetos desconocidos. La maleta pesa mucho y hace un estruendo al golpear los escalones cuando la sube al dormitorio de su infancia.

Su madre no había perdido el tiempo decorando la habitación en cuanto se había ido a vivir con Simon. Nada de sentimentalismos ni nostalgias para ella cuando tiró a la basura la colección de fotografías enmarcadas de puestas de sol de Laura, vació sus cajones de conchas marinas recogidas en distintas playas de Gran Bretaña y desechó los libros de viajes que había comprado. Los decoradores habían revestido las paredes a un tono rosa primavera con una alfombra a juego. Una nueva cama blanca con estructura metálica, barandillas curvadas y remates intrincados, fundas de florales con un estampado de rosas rojas antiguas y una alfombra de lana color crema completaban el aspecto kitsch de ‘nadie de menos de 75 años vive aquí’. Era lo más alejado posible del gusto moderno y minimalista de Laura. Cuando terminaron, era como si nunca hubiera vivido allí y todo rastro de que esa casa había sido su hogar había desaparecido.

Tendré que cambiar algunas cosas y tal vez redecorarla, pero de momento servirá, piensa, examinando la habitación antes de dejar la maleta en el suelo. Y, por supuesto, tendría que resignarse a compartir habitación con Elliot por el momento. Su madre nunca les cedería dos habitaciones de invitados.

Mira la hora en su móvil: dentro de unas tres horas, Simon llegará a casa y la encontrará vacía. Espera con impaciencia su reacción y camina de un lado a otro de la habitación. Incapaz de quedarse quieta, vuelve a bajar las escaleras. Su madre está de pie junto al cochecito de Elliot, con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando oye los pasos de Laura, levanta la cabeza.

‘¿Te importaría explicarme de qué va todo esto?,’ dice su madre, frunciendo los labios hasta dejarlos casi inexistentes.

‘He dejado a Simon,’ responde Laura secamente, bajando las escaleras y deteniéndose frente a ella.

‘¿Por qué?’

‘Me engaña con otra mujer.’

Las finas y translúcidas cejas de su madre se alzan en dos semicírculos perfectos, arrugando su frente y haciendo más profundas sus arrugas. ‘¿Eso es todo?’

‘¿Cómo que si eso es todo? ¿No es suficiente?’ responde Laura irritada.

Su madre abre la boca para contestar, pero se lo piensa mejor y la cierra rápidamente antes de decir nada.

‘El perfecto Simon no es tan perfecto como crees. Qué decepción para ti, ¿verdad?’, se burla de ella, inclinándose hacia delante.

‘Todos los matrimonios tienen defectos, pero Simon y Elliot son ahora tu hogar y tu familia. Ese es tu sitio,’ responde su madre, clavando los ojos en ella.

‘¿Con un marido infiel? ¿Con un mentiroso que se tira a otra?’

Su madre da un respingo al oír sus bruscas palabras. ‘Eres su mujer. Estos escarceos ocasionales no significan nada para los hombres.’

Laura la mira fijamente y frunce el ceño. No está segura de querer oír lo que viene a continuación.

‘¿No crees que tu padre también tuvo sus aventuras? Tampoco era perfecto. Llegaba tarde a casa, con el olor del perfume de otra en la camisa y recibos de restaurantes en los que nunca habíamos estado en su cartera.’ Su madre parece disfrutar contándole esta información, con la cara contorsionada en una mueca malvada. ‘Eras una niña ingenua y sigues siendo una mujer ingenua. Vas a volver a tu casa, desharás las maletas y no le darás a Simon ningún motivo para necesitar nada fuera de su hogar,’ dice con la mandíbula desencajada.

Laura da un paso atrás, con los ojos muy abiertos. ‘¿Y qué? ¿Lo aguanto? ¿Ignoro? ¿Como si nunca hubiera pasado?’

‘¿Dónde irías? ¿Qué harías? Tienes un hogar cómodo, una buena vida. Simon cuida de ti y de Elliot. Piensa, por el amor de Dios.’

‘Pensé que podría quedarme aquí contigo por un tiempo. Terminar mis estudios, conseguir otro trabajo...’ Sus palabras se entrecortan cuando se pone rígida al darse cuenta de lo que está pasando.

‘No puedes vivir aquí. Vete a casa y arregla esto, sin airear tus trapos sucios en público’, dice su madre, señalando hacia la puerta.

Laura está fija en el sitio, con la boca ligeramente entreabierta.

‘Siempre has tenido un don para lo dramático,’ suspira su madre.

‘¿Qué significa eso?’ responde Laura frunciendo el ceño.

‘Nunca te paras a pensar en las consecuencias. Recuerda ese chico con el que estabas, toda esa charla ridícula de mudarte al otro lado del mundo con él. Nunca pensaste en lo que significaría para tu futuro.’ Su madre entrecierra los ojos. ‘No me tomes por tonta, Laura, sé que Elliot no se parece en nada a Simon.’ Su madre se repite. ‘Tienes que irte a casa’.

‘Pero esta es mi casa,’ susurra Laura.

‘Oh, cariño, ya no.’

EMMA - VIERNES POR LA TARDE

SU PISO resuena con el eco de la puerta y Emma sabe instintivamente que Jack ya se ha ido. El espacio aparenta demasiado silencioso y vacío para que haya otra persona respirando en él. Sabía que era improbable que siguiera esperándola a las tres de la tarde, pero eso no le había impedido tener esperanzas.

Las botellas tintinean contra las baldosas de la cocina cuando deja la bolsa del supermercado en el suelo. La ginebra Bombay Sapphire es algo cara cuando una no sabe cuándo ni de dónde vendrá su próximo sueldo, pero la vida es demasiado corta para beber alcohol barato. Y ella no es el mismo tipo de desempleada que esos indeseables sin afeitar, con vaqueros arrugados y forros polares de Primark, que beben cerveza en lata en la puerta de la oficina de empleo. No, puede que se esté sirviendo una ginebra y tónica sin quitarse el abrigo, pero aún mantiene la dignidad suficiente para acordarse de los cubitos de hielo, el agitador y la rodaja de limón. Además, ella en verdad es escritora, y los trabajos administrativos que ha estado haciendo hasta ahora eran sólo para tener un sueldo fijo y pagar sus facturas, hasta que triunfe en el mundo de la literatura romántica.

Se deja caer pesadamente en el sofá y bebe otro trago grande antes de dejar caer su cabeza hacia atrás. Con la mirada perdida en el techo, todo lo que ha pasado esta mañana le pasa por la cabeza. No es que se arrepienta exactamente de su arrebato, Dios sabe que el señor McGuinness y su triple barbilla se lo tenían merecido. Es sólo que le hubiera gustado pensarse más como proceder, o al menos, haber actuado con un poco más de estilo. Su voz había sonado como el chillido de un guacamayo apareándose cuando había gritado. Un elegante movimiento de su pelo y un adiós agitando su mano sobre su hombre habrían sido más... refinados.

Emma ve la nota cuando se levanta para prepararse otra copa. El garabato apenas legible dice 'gracias' escrito sobre un trozo de revista rota en letras mayúsculas inconsistentes e infantiles. Jack ha comido un cruasán, ignorando la mermelada y el café tan cuidadosamente preparados. A juzgar por el rastro de migas pegajosas, lo ha cogido y ha echado a correr, una cura para su resaca mientras intentaba salir lo antes posible de su piso.

Emma piensa que tal vez debería haber optado por las espirales de canela, con sus jugosas pasas y su dulce aroma. Frunce el ceño unos segundos y aprieta los labios, antes de darse cuenta de que no importa. Nunca sabrá cuál es su bollo favorito desayunar ahora que tiene que utilizar sus ahorros para pagar el alquiler en lugar de los vuelos a Australia. Ha tardado más de un año en volver a encontrar a alguien que le ilusionara, y la relación con Jack se ha acabado antes de empezar. Vuelve a estar la casilla de salida en el tablero de juego, sin saber si alguna vez estará con alguien. Jack probablemente acabará siendo 'el hombre que se le escapó', de quien se acordará cuando termine sus días en una residencia de ancianos, imaginando lo que podría haber

sido y susurrando su nombre a pesar de la demencia.

Con el ánimo cada vez más sombrío y los sentimientos depresivos instalándose en ella, Emma busca su teléfono para llamar a Jess. Al menos sabe que siempre puede contar con su mejor amiga.

JESS - VIERNES POR LA TARDE

DEBERÍA HABER SABIDO cuando empezó que no acabaría bien: las historias estilo ‘Pretty Woman’ están muy bien, son muy bonitas, pero en la vida real, Julia Roberts habría vuelto rápidamente a las calles para hacer mamadas por veinte libras. Los tipos de buena familia y con dinero como Simon están muy bien, pero nunca quieren ensuciarse las manos: les preocupa demasiado que ser de clase obrera sea contagioso, como la clamidia o el gusto por las botas UGG.

Hubo un tiempo en el que ella había esperado más de él: paseos por el campo los fines de semana, emborrachándose en los pubs por el camino, comer sándwiches de beicon chorreando ketchup durante un partido de rugby, picnics con un vestido de flores con volantes, conocer a sus padres y fingir ser una señorita con las piernas cruzadas por los tobillos mientras le metía mano por debajo de la mesa. Pero, en realidad, ¿a quién quería engañar?

‘Mamá, papá, esta es Jess. No sabe quién es su padre porque su madre era una zorra alcohólica que la abandonó de niña. Dejó la escuela a los dieciséis años y ha ido cambiando de trabajo de mierda a trabajo de mierda, así que no tiene ninguna carrera o talento especial, aparte de ser fabulosa en la cama porque se ha acostado con más de 200 personas. Ah, y pertenece a una minoría exótica porque es bisexual.’ La aburrida y pija de Laura era más su tipo.

Su relación había empezado hacía unos años, como la mayoría de las relaciones de Jess: juntos en la cama después de una borrachera nocturna. Emma se había alegrado mucho de toparse con Simon en el centro cuando todos habían salido de marcha, porque su traje y sus amigos les habían dado acceso a las zonas VIP de los clubes. Sus amigos abogados también habían estado encantados, una compañía femenina atractiva, fácil a la vista, con la que no habían tenido que esforzarse mucho para ligar. Chupito a chupito, todos habían sucumbido a un estupor ebrio, y a viajes en Uber a casa, hasta que Simon y ella fueron los únicos que quedaban. El final obvio de la noche se había cumplido como en tantas otras noches de Jess.

La mayoría de los amantes la llamaban después, queriendo repetir la experiencia, y ella normalmente los ignoraba, pero Simon había sido caballeroso, con modales aprendidos en una costosa escuela privada. El tipo de hombre que abría puertas, compraba flores y ofrecía su abrigo cuando tenías frío. Jess no estaba acostumbrada a ser tratada con amabilidad, así que estos pequeños detalles de Simon habían derrumbado poco a poco los muros de ladrillo que rodeaban su corazón.

Aunque no había tardado en volver a construirlo con cemento reforzado cuando se comprometió con Laura. Siempre había sospechado que había otras mujeres, pero, aun así, no había nada como la realidad de enfrentarse a una barriga preñada vestida de encaje blanco como para caerte de bruces contra la realidad.

Sin embargo, la boda no le había impedido a Simon volver a llamarla. En un raro momento

de conciencia ética por su parte, Jess se había planteado si debería ver a un hombre casado, pero al final, la atracción de sentir que le importaba a alguien había sido demasiado fuerte. Aunque sólo fuera invitándola a una copa, preguntándole cómo le había ido la semana o dejándola ducharse primero, Simon mostraba más interés que la mayoría de personas con las que se acostaba. Además, puede que fuera superficial, pero en una vida carente de lujos como la suya, se apreciaban unos huevos benedictinos en la cama, entregados por un botones del servicio del hotel con un elegante uniforme.

Emma nunca lo había sabido porque Jess se había mostrado recelosa de admitir, incluso a sí misma, que podía estar sintiendo algo por alguien, aunque no estuviera muy segura de qué. Y después, no se atrevía a ser la causa de la decepción de Emma cuando se diera cuenta de que la pareja dorada formada por Simon y Laura que ella había puesto en un altar hecho de amor eterno, anillos de diamantes, algodón de azúcar y polvo de unicornio, era falsa.

Para Emma siempre ha sido más fácil creer en el amor. Había crecido con sus padres llamándola preocupados cuando llegaba tarde a casa, su hermano chinchándola por su gusto por la música pop y sus abuelos alimentándola en exceso con madalenas caseras. Pero Jess sabe la verdad: no habría ningún caballero con un Mercedes por caballo o una corbata rosa en lugar de una espada para rescatarle a ella. No era Julia Roberts. Dejaría que Simon se pudriera en su mansión practicando sexo una vez al año con su aburrida esposa en la postura del misionero. Con un poco de suerte, su próxima fulana le haría fotos secretas y le chantajearía.

Vuelve a oír vibrar su teléfono y está a punto de ignorarlo cuando ve *'Posh Spice'* en la pantalla. Es Emma, la primera cosa buena que le ha pasado hoy. Su amiga es la única persona en la que puede confiar.

EMMA - VIERNES POR LA NOCHE

‘PIENSA que por lo menos no tendrás que volver a ver su babosa boca de trucha. ¿Te imaginas unos labios así entre tus piernas? Su saliva esparciría por todas partes’.

‘Urgh, no quiero pensar en eso en absoluto.’

‘Dan, Dan, por favor no pares, me corro, me corro...’

Emma golpea a Jess con uno de los cojines del sofá. ‘Seguro que también me metería pelos de gatos en casa,’ reflexiona, pensando en las caras de los animales, aplastadas contra el salvapantallas de su móvil.

‘Apuesto a que esos gatos son unos pervertidos a los que les gusta mirar cuando lo hace. Los tendrías observándote en un rincón de la habitación, examinando tu vagina mientras él se tumba encima de ti,’ continúa Jess.

Emma coge su ginebra con tónica de la mesa, cuya superficie está llena de vasos vacíos, pajitas desechadas, migas naranjas de Doritos y anillos de agua de diferentes tamaños, los últimos formando un patrón casi delicado entre todo el desorden.

‘Lo que más voy a echar de menos es el sueldo. Es imposible que vuelva a encontrar un trabajo tan bien pagado,’ suspira.

‘*Posh*, ellos se lo pierden. Olvídate de actuar como un felpudo y agradecer hasta los sándwiches rancios que han sobrado de las reuniones. Lo que ha pasado hoy es una buena noticia, ya surgirá algo mejor.’

Emma asiente lentamente, no muy convencida. ‘Simon no volverá a hacerme otro favor.’

Jess frunce el ceño. ‘No necesitas que él te consiga un trabajo, ni ninguna otra cosa. No es más que un gilipollas rico y arrogante que compra su entrada a los sitios guais y su salida de los agujeros de mierda.’

La dura afirmación hace que Emma enarque las cejas y mire a Jess interrogante, pero su amiga la ignora y cambia de tema.

‘Oye, en tu próxima vida podrías ser asistente personal de un famoso, viajar al extranjero e ir a todos esos eventos internacionales. Alfombras rojas, vestidos de marca ... todo el periplo.’

‘No conozco a ningún famoso, ni tengo experiencia de asistenta personal.’

‘¿Qué te parece una azafata que recorre el mundo, vestida con uno de esos conjuntos de falda y chaqueta a juego con pañuelo al cuello?’

‘Mejor.’ Emma arruga la frente, considerando la opción. ‘Aunque probablemente acabe de cajera en el supermercado con una de esas horribles camisas verdes que engordarían hasta a una modelo de la talla 34.’

‘Tú lo lucirías, un par de rotos aquí y allá y marcarías tendencia. No creo que cumpla con su política de uniformes, pero ¿a quién demonios le importa?’ Jess se levanta del sofá y hace un

gesto hacia Emma. 'Vamos, no te pongas de bajón. El mundo está lleno de oportunidades y todas están esperándote,' dice abriendo los brazos.

'Hablas igual que Jack.'

Jess se mete los dedos en la boca y finge vomitar. 'Por favor. No me compares con ese monigote *carpe diem* de nueva generación con un peinado estúpido.'

'Es majo. Y guapo,' protesta Emma.

Jess vuelve a sentarse, más cerca aun de Emma. 'Mira, sé que estabas muy ilusionada con él, pero quizá esto sea lo mejor. Se irá a Australia dentro de unas semanas y no volverás a verlo.' Jess mira fijamente a Emma a los ojos como siempre hace cuando quiere que la escuche. 'Probablemente no habría acabado bien de todos modos, al menos así tienes buenos recuerdos y nada de la típica mierda que viene con las relaciones largas.'

'Pero yo quería las tonterías. Las peleas sobre a quién le toca fregar los platos, o quién se ha bebido la última botella de vino, y las quejas por dejar la tapa del váter levantada. Estoy harta de ver solo un cepillo de dientes en mi cuarto de baño,' suspira.

'Créeme, las relaciones son muy bonitas hasta que tú estás en una, por eso no tengo ninguna. Olvídate de él, olvídate de ese trabajo de mierda y sigue para adelante. En unos meses, te habrás olvidado hasta del color de sus ojos.'

Emma cruza sus brazos y piensa en lo que ha dicho Jess. La idea de pasar página y dejarse convertir en un simple recuerdo para Jack, una muesca en la cabecera de su cama, es deprimente. Su relación, si podía llamarse así, había significado más que eso y no quería verse reducida a la chica con un nombre aburrido que conoció una vez en un bar. Y eso si se acordaba aun de ella el año que viene, pero...

'Sabes que tengo razón,' dice Jess de espaldas, sirviéndose más Doritos.

'Pero...'

'¿Pero qué?'

'¿Y si lo vuelvo a ver?'

'¿Qué quieres decir?' responde Jess, girándose.

'Bueno, tú misma lo has dicho, el mundo está lleno de oportunidades. Aquí no hay nada para mí, ¿por qué no Australia?'

'No te sigo.'

'Irme a Australia. Con Jack. Podría viajar con él, conseguir un trabajo allí y ver si hay algo más entre nosotros.'

Jess enarca las cejas, con cara de asombro.

'Jack me invitó a ir de visita, así que podría ir con él desde el principio, usar mis ahorros para comprar un vuelo y mantenerme durante un par de meses si tengo cuidado.' Emma continúa, sus palabras ganando velocidad. 'No viviríamos juntos, al menos al principio, porque no querría agobiarle, pero después podríamos encontrar un sitio barato, cerca de una playa para que él haga surf y yo conseguir un trabajillo de camarera en una cafetería frente al mar. Sería suficiente para empezar antes de buscar un bu...'

'Frena, frena. Para. Piensa,' interrumpe Jess, levantando las manos. '¿Qué pasa con tu piso? ¿Tus padres?'

'Notificare a la agencia inmobiliaria que me voy, solo tengo que decírselo con un mes de antelación. Y mamá lleva años insistiéndome en que conozca a alguien y siente la cabeza. Saldrá a comprar un sombrero para la boda antes de que pueda despedirme.'

'¿Pero ... y tu vida aquí?'

'¿Qué pasa con ella? Estoy dando tumbos entre trabajos, esperando que pase algo, sólo que

no estoy segura qué. Necesito un cambio y Jack es eso. Puedo sentirlo.'

'Ese tipo no es 'eso', no es una epifanía enviada por los dioses para salvarte. No puedes dejarlo todo por alguien que conoces desde hace cinco segundos.'

‘¿Por qué no? Pamela Anderson y Tommy Lee se casaron 4 días después de conocerse.'

‘No es el mejor ejemplo,’ señala Jess.

‘¿Qué tienes contra él? Desde el principio no te ha caído bien.'

'Simplemente no creo que sea el tipo adecuado para ti.'

'Pero no hay ningún hombre más, al menos no uno bueno. El último me dejó con la excusa de que tenía que concentrarse en entrenar su estúpido rugby.' Emma sacude la cabeza. '¿No lo entiendes? Tengo treinta y tantos años, vivo sola en un piso de alquiler cutre y no tengo una carrera. Mi novela no va a ninguna parte. No soy feliz acostándome por ahí como tú, quiero a alguien que me traiga sopa de pollo cuando esté enferma, vea 'Anatomía de Grey' conmigo y vaya a Ikea los domingos a elegir muebles para decorar nuestra casa juntos'.

'Te estoy diciendo que Jack no es esa persona', insiste Jess.

‘Pues yo creo que sí, y si tengo que ir a Australia para averiguarlo, que así sea. Prefiero haber hecho algo al respecto que tirarme el resto de mi vida preguntándome que podría haber sido.'

'Estás cometiendo un error'.

'Se está haciendo tarde y tendré que empezar a organizarlo todo mañana. Me voy a la cama. Vete cuando estés lista, o duerme en el sofá, ¿vale? Buenas noches.'

Y por segunda vez en ese día, Emma sale de una habitación con alguien mirándola con incredulidad.

LAURA - VIERNES POR LA TARDE

POCO DESPUÉS DE las seis y media de la tarde, Laura y Elliot están sentados en el suelo de la cocina, jugando a apilar cubos de colores. Los cortos brazos del niño suben y bajan torpemente, mientras chilla de alegría al oír el ruido que hacen al caerse los juguetes contra las baldosas. Simon abre la puerta justo cuando suena el último estruendo.

‘Hola, ¿qué tal ha ido el día?’ pregunta Laura mientras Simon deja su maletín sobre el mostrador.

‘Bien, supongo. ¿Y tú?’

‘Jugar, siesta, comida... ya sabes, lo normal. He encontrado tu bolsa de tenis.’ Laura señala el objeto que hay encima de la isla de la cocina y Simon se vuelve para mirarlo con las cejas levantadas. ‘Creo que Elliot lo metió debajo del sofá. Si tienes cuidado y lo mantienes lejos de su alcance, no volverás a perderlo.’

‘Gracias,’ murmura, recogiendo rápidamente.

‘Estaba pensando que podríamos ver una película esta noche con una botella de vino’, pregunta Laura. ‘Ya sabes, ¿después de que Elliot se haya acostado?’

Simon no puede evitar abrir ligeramente su boca. ‘Sí, sí, me parece bien,’ dice, recuperando la compostura. ‘Ahora vuelvo, voy a quitarme el traje.’ Sale rápidamente de la cocina con la bolsa de tenis y sube las escaleras a toda velocidad. Unos minutos después, su voz llega desde el segundo piso. ‘¿Qué ha pasado con la foto de boda de la mesilla de noche?’

‘Se me ha caído por accidente, ya sabes lo torpe que soy. Mañana compraré un marco nuevo,’ le grita mientras edifica otra torre para Elliot con los bloques, con la mirada fija en la tambaleante construcción. El niño vuelve a derribarla, riendo a carcajadas, mientras la boca de Laura forma una línea recta.

Esa noche, ella y Simon se sientan mirando la televisión, incómodos durante las dos horas que dura la película, una superproducción de acción, sangrienta, con muchos disparos y escenas gráficas de asesinatos. Se dirigen menos de diez palabras, los dos han olvidado como entablar cualquier tipo de conversación a menos que se trate de actividades domésticas mundanas. La pantalla es la única luz en la oscura habitación al mismo tiempo que las víctimas gritan, iluminando los rostros inexpresivos de Laura y Simon.

Más tarde, por primera vez en meses, hacen el amor, la actividad iniciada casi a regañadientes por Simon, que aprieta su cuerpo contra la espalda de Laura. Cada uno se quita su propia ropa, olvidados los días en que se seducían desnudándose mutuamente. Mientras él está tumbado encima de ella, embistiéndola a un ritmo regular, Laura le rodea el cuerpo con sus piernas y le rasca una costra de la espalda. Por el raballo del ojo, ve la maleta vacía junto al armario.

EMMA - SÁBADO POR LA MAÑANA

DE: Emma Fernandes (emma_fernandesprincess87@hotmail.com)

Para: Inmobiliaria Keyes (info@keyes.com)

Asunto: Rescisión de Piso

Estimado Señor o Señora,

Le envío un correo electrónico para notificarle formalmente que deseo rescindir mi contrato de alquiler del piso 3 del 315 de Hamelin Road el 31 de marzo.

Le agradecería que me comunicara qué día le gustaría llevar a cabo una inspección de la propiedad para poder devolverme la fianza lo antes posible.

Atentamente,

Emma Pascual

Las yemas de los dedos de Emma se ciernen sobre el teclado del portátil, llenas de electricidad y emoción, con el corazón latiéndole fuerte y el estómago revoloteándole. Se siente como si hasta ahora todo en su vida ha sido de un tono magnolia apagado, y la llegada de Jack la ha introducido a una nueva entera gama de colores: rojos fresa, verdes navideños y azules celestes.

Está harta de lo fácil y lo cómodo: caminar a diario por las mismas calles, evitar el familiar hoyo frente a la tienda de la esquina donde siembre se forma un charco después de que haya llovido, arreglarse cada sábado por la noche intentando igualar su *eyeliner*, comprar en las tiendas de segunda mano el siguiente mueble barato que pueda retapizar para construir un hogar en el que sólo ella vive.

Se acabaron las primeras citas incómodas en restaurantes baratos, evitando pedir espaguetis por si la salsa de tomate le salpica la cara. Hombres rubios, espeluznantes, tatuados, trajeados, desnudos... conversaciones embarazosas, primeros besos en los que se abofeteaban las mejillas, sin encajar del todo el uno en el otro, esperando llamadas que nunca llegan. Y se acabó la búsqueda de esa conexión, de ese 'clic' místico del que todo el mundo habla, pero nadie sabe explicar qué significaba. Ella ya lo ha encontrado y puede unirse al club secreto con Jack, la persona a la que conoce desde hacía cuatro días, pero que hace que ese tiempo pareciera toda una vida. Su apuesto Jack con el pelo negro azabache alborotado, motas verdes en sus ojos marrón chocolate, su cuerpo musculoso por cabalgar en las olas, oliendo a vacaciones de verano al sol, y sus bromas tontas.

El único inconveniente ha sido la reacción de Jess. Emma había esperado que se emocionara, que saltara sobre el sofá y que prácticamente la empujara hacia el avión. *‘A qué esperas? El amor verdadero está a tu alcance,’* había querido oír. Al fin y al cabo, Jess siempre es la que hace las cosas primero y piensa en las consecuencias más tarde. *‘Es mejor pedir perdón, que permiso,’* es su mantra. Eso y *‘a la mierda lo que piensen.’* Tal vez simplemente no entiende lo que es el amor verdadero, después de todo, Jess nunca ha sentido la necesidad de encontrarlo - su felizlandia consiste en sándwiches de beicon y aventuras de una noche sin compromisos. Pero con las personas que están destinadas a estar juntas, no importa cómo han empezado o cuánto tiempo hace que se conocen. Como Simon y Laura, Jack y ella lo descubrirán también, y Jess acabará aceptando la idea.

Emma vuelve a levantar la vista y se queda mirando el correo electrónico en la pantalla durante unos segundos más antes de pulsar el botón de enviar y oír los fuegos artificiales dentro de su cabeza.

JESS - SÁBADO POR LA MAÑANA

JESS CUELGA el teléfono automáticamente cuando vibra a su lado, su dedo presionando con fuerza la pantalla y encontrando el círculo rojo sin mirar. Se niega a hablar con él, pero Simon ha estado llamándola una y otra vez desde esta mañana y el enfado de Jess aumenta con cada intento que hace de contactar con ella. Entre Simon y Jack-ilipollas esta semana está a punto de llevar unas tijeras a las partes íntimas de todo aquel que pertenezca al sexo opuesto. Cuando el teléfono empieza a sonar de nuevo, se gira para colgar una vez más y un dolor agudo bajo su omóplato izquierdo le hace encogerse.

Tiene todos los huesos de la espalda destrozados después de pasar la noche intentando dormir en el sofá de Emma. Se ha revolcado en el mueble y dado vueltas caminando por el pequeño salón, intentando aguantar hasta que la mañana hiciera entrar en razón a su amiga. Pero después de estar allí tumbada con los ojos abiertos como platos hasta las cinco de la mañana, se ha dado por vencida y se ha marchado a casa. Si Jack acostándose con ella y desapareciendo sin decir palabra no la desanimaba, nada lo haría.

¿Por qué ese mierdecilla no había cumplido su parte del trato? Todo lo que tenía que hacer era pronunciar un par de frases educadas, el estribillo de ‘no eres tú, soy yo’ repetido miles de veces. Pero Emma parecía más dispuesta que nunca a dejarlo todo por él. Mudarse al otro lado del mundo por una oportunidad de ser su novia, todo ello sin Jess a su lado. Debería estar acostumbrada a ser la segunda opción a estas alturas: la segunda por detrás del imbécil de Jack, la segunda por detrás de la necesidad de Simon de mantener las apariencias, y por supuesto, la segunda después de la bebida en el corazón de su madre.

Su teléfono vuelve a vibrar y Jess grita. ‘Escucha cabrón, no puedes dejarme cuando...’

‘¿Jessica? ¿Jessica Fowler?’ La suave voz femenina al otro lado del teléfono interrumpe su diatriba.

‘¿Sí?’ Jess responde bruscamente, apenas conteniendo su rabia.

‘Soy Mary, de la residencia Glenmoor. Es sobre tu abuelo.’

‘¿Qué pasa con él?’

‘Me temo que hemos tenido que llamar a la ambulancia,’ dice Mary. ‘Lo han encontrado inconsciente en su habitación.’

LAURA - SÁBADO POR LA MAÑANA

LAURA ACABA de entrar en la cocina cuando ve a Simon inclinado sobre la encimera, de espaldas a la puerta. Los restos de los cereales del desayuno siguen pegados a la trona, y el cuenco sucio y la cuchara de color naranja brillante están en el suelo, donde Elliot los ha tirado hace menos de veinte minutos.

Laura sabe que está intentando contactar con ella, la misteriosa 'X'. ¿Cómo pudo ser tan ignorante cuando era tan obvio, tan descarado? Entrecierra los ojos, sintiendo una oleada de rabia. Recuerda lo que su madre le ha dicho el día anterior. *'No le des a Simon ninguna razón para necesitar algo fuera de su casa. ¿Adónde irías? ¿Qué harías? Tienes un buen hogar, una buena vida. Simon cuida de Elliot y de ti.'*

Simon se da la vuelta y pega un brinco al ver a Laura de pie junto al mostrador con Elliot en brazos. 'No te había visto,' dice nervioso. 'Voy a salir esta noche a tomar unas copas con algunos amigos, ¿vale?'

'¿Oh?' responde Laura, alzando las cejas. '¿Y supongo que piensas que yo me quedaré en casa?'

El puente de su nariz se arruga en señal de confusión.

'No estaría mal que me preguntaras si me importa que salgas esta noche. O consultarme si me parece bien cuidar de Elliot mientras tú sales.'

'Pero siempre lo cuidas tú,' responde, con evidente desconcierto.

Laura le mira en silencio.

'¿Y bien? No tienes planes, ¿verdad?'

Dos pueden jugar a este juego, piensa, su corazón acelerándose. *¿Esposa fea? Te voy a enseñar.* Se toma unos segundos para responder antes de decidirse. 'Pues sí los tengo, voy a salir con Emma,' dice levantando la barbilla.

'¿Emma? ¿Emma, mi compañera de universidad?' La perplejidad en su cara aumenta aún más, y sus cejas alcanzan casi la parte superior de su frente.

'Es hora de que haga algunas amigas aquí.'

'Sí, pero no esperaba...', se le corta la voz y ladea la cabeza, reacio a terminar la frase.

'¿Qué? ¿Que yo pueda tener una vida propia? Te sentará bien quedarte tú en casa con Elliot un sábado por la noche para variar'. Alza el dedo y lo mantiene firme y recto, apuntando hacia él, todo su resentimiento dirigido a hacia su pecho. 'Ah, y tengo que irme dentro de 45 minutos. Tengo hora en la peluquería y para hacerme las uñas, lo típico.' Echa la cabeza hacia atrás. 'Así que toma,' dice, pasándole a Elliot. 'Voy a darme una ducha.'

'Pero, pero...', balbucea.

'¿Qué?' Laura le mira, desafiándole a que la detenga.

‘Nada.’

‘Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?’ La recepcionista de la peluquería no parece lo bastante mayor para trabajar allí. Su frente, increíblemente lisa, su ingenioso maquillaje de ojos y su brillo despreocupado dejan entrever una vida sin penas y una esperanza aun juvenil por el futuro. Al menos, eso es lo que Laura imagina cuando pierde brevemente la concentración, cegada por la radiante sonrisa blanca con dientes simétricos imposiblemente perfectos.

‘Me gustaría cortarme el pelo, por favor,’ contesta entre dientes.

‘¿Tiene cita?’

‘No, lo siento.’

‘Me temo que los sábados estamos muy ocupados. No creo que...’ se interrumpe mientras baja la cabeza para mirar la pantalla. ‘Está de suerte. Nuestro Director Creativo de Estilismo ha tenido una cancelación. ¿Le gustaría que le pusiera con él?’ Vuelve a sonreír, expectante.

‘Eh... sí, de acuerdo.’ Sabe que un peluquero con el título de ‘Director’ debe cobrar una pequeña fortuna, pero por eso ha sido prevenida y cogido la tarjeta de crédito de la cartera de Simon. Si va a desempeñar el papel de esposa y madre sumisa, va a reclamar la compensación que se merece por ello.

‘Estupendo. ¿Quiere que coja su chaqueta y le traiga algo de beber?’

Diez minutos después, Laura está sentada frente a un espejo agitando una cucharilla en un capuchino y esperando a que aparezca el grandilocuente ‘Director Creativo’. Trata de evitar mirar la imagen que le devuelve el espejo, pero desafortunadamente, es una de esas monstruosidades ovaladas enormes que van del suelo al techo enmarcados con brillantes luces blancas. Todos los defectos, manchas e imperfecciones se magnifican y Laura puede ver todos los años que ha vivido, las incontables noches en vela y cada mala decisión tomada. Especialmente esa.

Debería haber sabido en la cita prenatal de los tres meses que no iba a vivir la versión rosa de la felicidad doméstica que había imaginado. Nada de excursiones en familia a la playa y fotos en Facebook de su adorable hijo comiendo helado de chocolate en la arena con papá, los dos con las caras sucias, sonriendo a la cámara. Nada de visitas para ver a Papá Noel, todos con jerséis ridículos a juego y escogiendo un regalo para poner debajo del árbol de Navidad.

En su lugar, tuvo la hueca y perturbadora indiferencia que había sentido el primer día que puso sus ojos en él. Habían entrado un poco nerviosos en la sala poco iluminada, manteniendo una rápida conversación ociosa sobre nada en particular, algo que todavía podían hacer en aquellos primeros días. La ecografista, con un marcado acento italiano, les había saludado con una cálida sonrisa y explicado lo que ocurriría durante la exploración con esa voz tranquilizadora que sólo los profesionales sanitarios dominan. Laura se había preguntado si les enseñarían a hablar así en la facultad de medicina, un taller de conversación especial con el tema de ‘habla despacio, sin ser condescendiente con los pobres idiotas.’

Las frías sábanas de la camilla le habían puesto la piel de gallina en la espalda cuando se había levantado la camiseta, con el vientre aún plano, que no dejaba entrever la hinchazón que se produciría en los últimos meses de embarazo. Cuando el feto cabezón con aspecto de renacuajo había aparecido en la pantalla, la silueta blanca familiar que aparece en tantos libros de ciencia, ambos se quedaron callados, mirando la imagen. Laura oyó los latidos del corazón de Simon y vio cómo se le encrespaba la piel de la nuca, a pesar de la cálida temperatura de la habitación. El

feto se movió ligeramente y levantó sus cortos brazos.

‘Parece que os está saludando,’ dijo alegremente la ecografista.

Ninguno de los dos había respondido, aunque Laura consiguió forzar una falsa sonrisa de labios cerrados. No se había creído que hubiera un bebé ahí dentro, no había querido imaginarlo. Aunque llamar bebé a la grotesca criatura de cabeza desproporcionada le parecía exagerado. Era más bien un organismo alienígena que se había refugiado en su útero, a pesar de lo que ella quisiera y era incapaz de impedir que se arraigara en ella.

Cuando salieron de la habitación, aferrados a las imágenes en blanco y negro que les había entregado el ecografista, la ignorancia ingenua y los ojos vendados de los últimos dos meses habían muerto y sido sustituidos por una bofetada en la cara y la realidad de lo que iba a suceder. En los meses siguientes habían hecho lo que se suponía que debían hacer todas las parejas y lo que la gente esperaba de ellos: la casa, el anillo, la boda, el nacimiento... todo sonriendo mecánicamente, como dos artistas de circo en un espectáculo ambulante.

Laura oye el zumbido de su teléfono y rebusca en su bolso. Dos llamadas perdidas y tres mensajes de Simon, con veinte minutos de diferencia.

‘Elliot está llorando y no puedo pararlo’.

‘¿Qué le doy de comer?’

‘¿Ya estás de camino a casa?’

No ve al peluquero deslizándose por las baldosas hacia ella hasta que está justo detrás.

‘Hola, hola. Siento haberte hecho esperar. Soy Keith, el Director Creativo de Estilismo. ¿Qué puedo hacer hoy por ti?’ El imitador barato de Richard Branson, con vaqueros, camisa blanca y perilla oscura, le pasa los dedos por el pelo rubio grasiento.

‘Cualquier cosa mientras sea algo diferente por favor.’ Le sonríe mientras guarda el teléfono.

La brisa le golpea la oreja y el cuello de forma extraña ahora que están expuestos y desnudos, se le pone la piel de gallina, no está acostumbrada a sentir el aire en esa parte de su piel. El corte de pelo asimétrico, rapado por un lado y corto por el otro, le da un aspecto tribal y feroz, de guerrera preparada para una batalla o de veinteañera que va a un concierto de punk rock. En cualquier caso, está contenta con el resultado. Laura mantiene ya su cuerpo más erguido, con los hombros hacia atrás y el pecho hacia delante, y el siguiente paso le parece más fácil, casi ridículo que se hubiera preocupado por ello.

‘¿Hola?’

‘Hola, Emma. Soy Laura, la mujer de Simon,’ contesta. Esta vez no se arriesga a que no la reconozca.

‘Laura, ¿cómo estás?,’ responde Emma, su sorpresa evidente.

‘Bien, gracias. Quería preguntarte si la invitación para salir esta noche sigue en pie. Si es así, me encantaría venir.’ A Laura se le revuelve un poco el estómago, pero consigue mantener la voz tranquila. No tiene otro plan si no puede unirse a Emma, pero no se va a quedar en casa con el rabo entre las piernas, avergonzada y rechazada. Aunque tenga que reservar un hotel para pasar la noche, no va a pasarla en casa.

‘Por supuesto. Sólo salimos los dos, ya sabes, Jess y yo, pero aun así será divertido.’

‘Estupendo. ¿Dónde y cuándo habéis quedado?,’ responde Laura, luchando por evitar que se le escape un suspiro de alivio.

‘Vamos a probar el bar de ginebra nuevo a las 7. Está al lado del Hotel Bridge, en la Calle

Mayor, ¿sabes a dónde me refiero?’

‘Lo encontraré. Allí nos vemos.’ Cuelga antes de que su corazón acelerado la delate. Sabe que se siente más segura de sí misma, pero su nueva coraza aun es delicada como una cáscara de huevo y un ligero golpe podría romperla fácilmente.

Había deseado desesperadamente que Simon y ella funcionaran, que fueran uno de esos matrimonios de éxito a los que la gente mira con envidia, preguntándose cuál es el secreto. Esas parejas que viven en un felizlandia constante y afirman: ‘Nunca discutimos, no merece la pena’. Ella quería que fueran diferentes, no otra estadística más en las tasas de divorcio. Pero una relación construida sobre una mentira tenía unos cimientos agrietados que, con el tiempo, harían que se hundiera. Ella no podía retractar lo que había hecho, igual que Simon no podía hacer desaparecer su engaño, pero podían seguir siendo una pareja que funcionara, copropietarios de la empresa que era su vida en común, dejando al margen sentimientos y sentimientos.

Simon podía mantener las apariencias con su familia y sus negocios, y tener una bonita esposa trofeo que sonreiría en las necesarias ocasiones en que la sacaran a relucir, haciendo de ama de casa y madre obediente. Se encargaría de las cenas para los abogados del bufete, de la guardería y los grupos de juego para Elliot, e incluso de las visitas mensuales para ver a su madre, la Bruja Malvada del Oeste. También podría aparecer otro niño, para que Elliot tuviera alguien con quien jugar cuando fuera mayor y ella no se viera obligada a participar cada vez que él quisiera dar patadas a una pelota. Como pago, conservaría su parte de la casa y las tarjetas de crédito, las cosas superficiales que su madre siempre había querido para ella. En cuanto a una transacción comercial se refiere, podría haber negocios peores. Y nadie tenía que saber nunca que todo era una mentira.

JESS - SÁBADO POR LA TARDE

JESS CAMINA RÁPIDAMENTE por los pasillos del hospital, intentando seguir los innumerables carteles que apuntan en diferentes direcciones a los mismos lugares. Todos los pasillos le parecen iguales y están decorados de la misma forma, sin ningún rasgo distintivo. Acrónimos cuyo significado desconoce adornan los mapas con nombres indescifrables como MLU, CCU y SCBU. *¿He estado ya aquí? Ese desgarrón en el suelo de linóleo y el cubo metálico que recoge las goteras son familiares.* Al final, para a un portero que empuja a un aburrido adolescente en silla de ruedas.

‘Por ese pasillo, la tercera ala a la izquierda,’ responde sin detenerse. Debe de estar acostumbrado a que las personas perdidas le pregunten constantemente por donde ir.

Jess toca el timbre de la planta y la dejan pasar sin hacer preguntas. La recepción es un pequeño mostrador en medio de un largo pasillo, con puertas dobles que dan a los cuartos laterales, separando a los enfermos de los sanos. Una auxiliar sanitaria cansada, con su típico uniforme lila y bolsas oscuras bajo los ojos, está sentada detrás del mostrador hablando por teléfono.

‘No, la muestra de sangre ya debería haber llegado al laboratorio. Me da igual que se haya estropeado la furgoneta del transportista, ¿es que nadie está intentando solucionarlo? Necesitábamos los resultados ayer.’ Cuelga derrotada, demasiado agotada para sentir una emoción tan fuerte como la ira. ‘¿Puedo ayudarte?’

‘Jim - quiero decir, James Fowler, por favor.’ Espera mientras la mujer mira en una pila de papeles.

‘Sala C, cama 4. ¿Eres su pariente más cercano?’

‘Sí.’

‘Le pediré al médico que venga a hablar contigo cuando esté libre.’

La cama de su abuelo está rodeada por una de esas cortinas azules, finas como el papel, que dan a los pacientes la pretensión de privacidad. Pero detrás de ellas, cada tos, carraspeo y conversación pueden ser oídos por todos los visitantes y el personal del hospital. Jess observa la respiración agitada de su abuelo incluso antes de apartar la cortina, y si no fuera por el subir y bajar de su pecho, no habría estado segura de si seguía con vida. Una versión fantasmal y encogida de la severa figura que presidió su infancia y adolescencia yace en la cama, más cerca de la muerte de lo que ella haya visto jamás.

‘¿Eres la hija del Sr. Fowler?,’ oye una voz detrás de ella.

‘Nieta,’ responde Jess. La falta de sueño debe de haberle añadido años a las arrugas de su cara.

‘Disculpas,’ contesta la médico con cara de pocos amigos. De su maltrecho clip cuelga un

bolígrafo mordisqueado que se balancea de un lado a otro mientras mira el papeleo. ‘Tu abuelo está teniendo dificultades para respirar y se queja de que le duele el pecho. Hemos recibido los resultados de la analítica y las radiografías y nos ha dado pie a pedir más pruebas. He organizado una tomografía computarizada y una biopsia para los próximos...’.

‘Dame la versión corta,’ le interrumpe Jess.

La médico levanta la cabeza de sus papeles y mira a Jess. Suspira pesadamente y sus hombros se hunden mientras deja caer el clip a un lado, con el bolígrafo colgado golpeándole el tobillo. ‘El especialista sospecha que se trata de un cáncer de pulmón en fase avanzada. La biopsia y el escáner son un mero trámite para comprobar exactamente como de avanzado.’

Jess asiente una vez con la cabeza, sin mostrar ninguna emoción. El olor a nicotina que era el fondo permanente de los recuerdos de su infancia llena su mente. Su abuelo siempre con un cigarrillo de liar en la mano, los dedos manchados de amarillo con las uñas agrietadas, llevándoselo y sacándoselo de la boca una y otra vez. A menudo, se lo llevaba a un lado de los labios mientras la reprendía, con los ojos ocultos tras la nube de humo. Sólo había dejado de fumar cuando había entrado en la residencia de ancianos, obligado por unos cuidadores demasiado ocupados para sacarle fuera a fumar.

‘Una vez que estén los resultados de las pruebas adicionales, el especialista oncológico podrá darte más información sobre el tratamiento a seguir’, dice la médico, antes de correr la cortina de papel azul y dejarla con la noticia.

Jess observa su fornida espalda mientras desaparece, el uniforme de nailon mal ajustado tirándole de las axilas, y se pregunta cuántas veces a la semana dicta sentencias de muerte a desconocidos, informándoles de que han dejado de vivir: que sus sueños, esperanzas y deseos pronto desaparecerán, su músculo cardíaco dejará de bombear sangre, y sus cuerpos putrefactos serán enterrados a dos metros bajo tierra en cuestión de semanas. Los pobres afortunados se convertirán en un recuerdo del que hablarán las familias en las ocasiones especiales. Los desafortunados desaparecerán como si nunca hubieran existido.

Los ojos de su abuelo están cerrados y Jess examina cuidadosamente cada arruga, hueco y mella que marca su rostro, tratando de recordarlos, de construir una imagen precisa para cuando ya no esté aquí. Aspira su olor, haciendo ondear su escaso pelo blanco, y le coge las manos, sintiendo su cálido pulso a través de ellas.

‘Jessica, ¿eres tú?’ No se ha dado cuenta de que se había despertado. Su abuelo la mira atentamente, con el ceño fruncido, como si no se fiara del atisbo de reconocimiento que ha cruzado su mente, la primera vez que recuerda quién es en casi diez años. ‘Mi querida niña, cómo has cambiado.’ Le aprieta la mano con una fuerza que la coge por sorpresa.

‘Hola, abuelo,’ responde Jess en voz baja, intentando contener el nudo que amenaza con escapársele de la garganta.

‘Espero que no sea por mí por quien estás triste, pequeña.’

Siempre funcional, clínico, asegurándose de que estuviera alimentada, vestida, se hubiera lavado los dientes, pero carente de calidez y contacto físico. Probablemente no sabía mostrar afecto, pues procedía de una generación en la que el cuidado de los hijos era responsabilidad de la mujer.

Su abuelo parpadea y mira a su alrededor. ‘Siempre he despreciado los hospitales, me hacen pensar en la guerra. A veces era mejor no salir vivo. Vi a mi amigo Taffy Jones, el futbolista con más talento que jamás he conocido, pisar una mina; tuvieron que cortarle las piernas sin anestesia, hubiera sido mejor que muriera.’ Cierra los ojos el tiempo suficiente para que Jess se pregunte si ha vuelto a dormirse. ‘No sé por qué me perdonó la vida, ¿por qué ellos y no yo?’

murmura, con los ojos cerrados.

‘Shh, abuelo, duerme un poco, tienes que descansar,’ le dice Jess acariciándole la mano, sin saber que más decir.

Su abuelo le agarra la mano con más fuerza y gira la cabeza para mirarla. ‘Eras una cosita testaruda creciendo, siempre intentando hacerte la fuerte después de que tu madre se fuera. No seas tonta como yo, Jessica.’

‘Por supuesto.’ Asiente mecánicamente y sin querer, pero al menos su respuesta lo relaja visiblemente y él se hunde en la cama, cerrando de nuevo los ojos.

‘Estoy deseando ver a mi Margaret, pero te echaré de menos a ti, pequeña.’ Le da un ataque de tos y ella le acerca un vaso de agua a los labios resecos.

Su abuelo vuelve a mirarla. ‘Enfermera, me duele la pierna por el disparo.’

EMMA - SÁBADO POR LA NOCHE

EMMA SE MIRA en el espejo, le tiembla la mano mientras se tensa el párpado izquierdo y se pinta una línea negra desde fuera hacia la nariz. Siempre se equivoca en el centro, va demasiado por encima de las pestañas, y, dependiendo del tamaño del error, tiene que corregirlo con algodón y desmaquillante o intentar igualarlo engrosando el otro ojo. En el primer caso, acabará con un punto blanco en medio del párpado, donde la sombra de ojos retocada lo hará brillar como un pez tuerto, y en el segundo, se parecerá a un mimo con una expresión de sorpresa fija. Ninguna de las dos cosas es ideal, y siempre recurre a la baja iluminación de las discotecas para ocultar sus insuficiencias como maquilladora.

Pero esta noche, cuando vuelve a mirar su reflejo, se sorprende al ver que ha conseguido dos alas de eyeliner simétricas, de líneas suaves e intensamente negras, perfectamente curvadas en los bordes. Cierra cada ojo a su vez, examinándolos desde distintos ángulos y, al ver que no tienen fallo alguno, sus labios se curvan en una lenta sonrisa al darse cuenta de que es una señal de lo que está por venir. Un presagio en forma de dos suaves tildes sobre sus ojos que le indican que hoy va a ser la diana elegida por la flecha de Cupido, el día que rompe el huevo con la doble yema, o encuentra piedra de ámbar con una mosca llena de ADN de dinosaurio.

Esta noche será una de esas ocasiones en las que todo sucede como debería, una fantasía en technicolor remasterizada y llevada a la vida real sin perder ninguno de los efectos especiales. Va a sonar la canción adecuada en el momento justo y en el escenario perfecto y ella encontrará las palabras idóneas para contarle a Jack lo de emigrar con él. Su elección sería *'Crazy in Love'* de Beyoncé, justo cuando él le aparta un mechón de pelo, con la cara aún perfectamente maquillada y de pie en un rincón imposiblemente tranquilo de un club concurrido. Emma le dará la noticia con una broma chorra: 'Tok Tok, Soy la Sra MemudocontigoaAustralia.'

Será el momento hacia el que se ha dirigido toda su vida, la cima de la montaña formada a base de manos intentando tocarle por debajo de la falda, citas a ciegas incómodas, hombres sorbiendo sopa ruidosamente y mentiras de 'no eres tú, soy yo.' Jack la estrechará entre sus brazos y le dirá que es justo lo que siempre ha querido, perfecta en todos los sentidos, y que lo único que desea es compartir esta aventura con ella. Por fin podrá dejar de escribir novelas románticas y empezar a vivir una.

LAURA - SÁBADO POR LA NOCHE

LOS TRES CONJUNTOS están colocados sobre la cama y Laura los mira con el dedo en la boca, mordiéndose la punta de la uña. Las prendas son lisas, brillantes y huelen a las bolsas de plástico en las que estaban empaquetadas. Todavía tienen las etiquetas con el precio colgadas, y las siluetas destacan sobre el edredón blanco de la cama como los contornos marcados con cinta blanca en las escenas de asesinatos.

¿Prueba con el look rockero de falda de cuero negra y la camiseta gris de un grupo de música desconocido? ¿El vestido bandeau verde de escote exagerado que le exprime el cuerpo? ¿O los pantalones negros de harén y el top rojo de tirantes de seda que le dan un aire glamuroso y sofisticado? De pie, en ropa interior, en medio de la habitación, con la piel pálida y sus extremidades angulosas a la vista, se pregunta qué imagen quiere dar, insegura de quién es. Los últimos meses han borrado las páginas de su vida, llenas de amargura y resentimiento. Ahora sólo hay una hoja en blanco que pide a gritos ser rellenada y Laura duda sobre qué palabras escribir.

El sonido de los fuertes gemidos de Simón en el piso de abajo se filtra por el suelo y Laura frunce el ceño. Ha vuelto a una casa caótica, con juguetes, utensilios de cocina, ropa e incluso pañales sucios esparcidos por todas las superficies, y sobre todo el suelo. Simón sentado en el sofá, apoyaba su cabeza en la mano, mientras Elliot dormía plácidamente en el suelo, acurrucado en la mullida alfombra color crema.

‘¿Por qué no me has cogido el teléfono?’ le ha preguntado antes de que cerrara la puerta. ‘Oh,’ ha sido lo siguiente que se le ha escapado al ver el nuevo aspecto de su mujer, y su boca se ha aflojado hasta quedarse abierta, cazando moscas.

‘Estaba ocupada,’ ha respondido Laura encogiéndose de hombros, pasando por encima de Elliot para subir las escaleras, con los brazos cargados de bolsas. Simón se ha quedado clavado en el sitio, moviendo sólo la cabeza para seguir la figura de la desconocida que salía de la habitación.

Todavía está examinando la ropa cuando suena el teléfono de casa. Lo descuelga distraídamente en la habitación, pensando aún en qué conjunto escoger.

‘¿Hola?’

‘¿Laura?’ Escucha la voz de su madre y Laura ya sabe lo que se avecina. ‘Simon me ha llamado.’

Por supuesto. No es capaz de cuidar de Elliot ni un solo día sin que su mujer sumisa esté en casa.

‘¿Qué estás haciendo? Pensé que habíamos acordado que no le darías a Simon ninguna razón para ser infeliz’.

La acusación y el reproche en su tono son claros. Laura casi puede sentir el dedo que la señala a través del auricular. Pone los ojos en blanco y se sienta en la cama, esperando que la conversación sea breve. 'No hemos acordado nada, pero no te preocupes, no voy a dejarlo.'

'¿Entonces, que es todo esto? ¿Salir de noche, abandonar a Elliot...?'

'¿Es eso lo que te ha contado? Dios, mamá, ¿dejar a Elliot con su padre es abandonarlo?' Levanta su mano libre hacia el aire, exasperada.

'Los hombres son diferentes, sé consciente. Necesita poder contar contigo, no sabe qué hacer con un niño.'

Laura se levanta y camina hacia la mesilla donde está la conexión del teléfono. 'Mira, tengo que irme, he de arreglarme. Hablaremos pronto.'

'No te ... '

Laura cuelga antes de que su madre pueda decir nada más. *Que ella lo aguantara no significa que yo tenga que hacerlo*, piensa, dándose la vuelta y volviendo a mirar los conjuntos. Coge la falda corta de cuero negro y el top de seda rojo de tirantes. La tela suelta disimula hábilmente sus pequeños pechos, mientras cuelga delicadamente de sus hombros redondos y delgados. Sus largas piernas quedan a la vista, sin parecer la falda demasiado vulgar, y su nuevo corte de pelo le da un toque atrevido al conjunto. Coge un pintalabios de una bolsa y se pinta la boca de un rojo intenso.

'Perfecta,' se dice sonriendo al reflejo.

JESS - SÁBADO POR LA NOCHE

EL AUTOBÚS numero 54 es una mezcla de lentejuelas y chalecos naranja de alta visibilidad, con fiesteros que se dirigen a la ciudad y trabajadores que acaban de terminar sus turnos en el polígono industrial de las afueras de la ciudad, donde comienza la ruta del autobús. Estos últimos miran a los juerguistas con envidia y lástima. Les gustaría unirse a la fiesta, tomarse unas copas y olvidar a sus hijos chillones, a sus indiferentes parejas y las insípidas cenas de microondas en bandejas de plástico negro que les esperan en casa, pero detestan la idea de gastar el dinero que tanto les ha costado ganar en algo tan trivial. El salario por una hora de trabajo engullido en dos pintas de cerveza tibia que sabe igual que el contenido de un retrete. Es más barato y más cómodo sentarse en el sofá y ver cualquier programa que presenten los últimos famosos de moda, con la noche del sábado medida en franjas de quince minutos, de anuncio en anuncio, mientras un tipo de estupor diferente adormece sus mentes.

Jess está sentada, ajena a todo, mirando fijamente por la ventana, sorda al ruido que la rodea, con su reflejo turbado devolviéndole la mirada. Su rodilla rebota nerviosa mientras se muerde el interior de la mejilla, saboreando el amargo sabor a hierro que hay en su sangre. Mañana tendrá el comienzo de una maldita úlcera bucal.

Primero Simon, luego Emma, y ahora su abuelo. Las pocas constantes de su vida desaparecen lentamente en orden inverso de longevidad, como una broma de mal gusto. Simon podría haberlo predicho, la naturaleza voluble de su relación basada en el sexo, el engaño y las sábanas de seda egipcia. Había sido una estúpida al pensar que se extendería a la ayuda, a imaginar que sería algo más que un intercambio de fluidos corporales llenando la cama sudorosa. Ahora veía con claridad que había sido un error estar con él, continuar su aventura a pesar de su mujer, los albornoces caros y los jacuzzis de hotel. Había desdibujado los límites y distorsionado la realidad con una fingida conexión emocional, cuando la verdadera esencia de su relación no era más que el impulso biológico de follar con otra persona (y ni siquiera muy bien, en el caso de Simon). Era mejor que Jess siguiera con sus aventuras de una noche, sabía exactamente lo que podía esperar de ellas. Pero no estaba segura de qué pensar sobre Emma y su abuelo. Se suponían que eran diferentes, habían prometido amarla y estar a su lado, así que ¿por qué habían decidido desaparecer de su vida?

En cuanto el autobús dobla la esquina, junto a la antigua tienda de apuestas, ahora cerrada y con las ventanas tapiadas con madera laminada barata, Jess se levanta para pulsar el timbre amarillo. El grupo de borrachos en la parte de adelante del autobús la piropean y ella, con sus pesadas botas marrones, pisa intencionadamente a uno de ellos en la punta de los pies. Jess oye sus gemidos y el grito de 'Zorra' mientras se baja y se lo toma como un cumplido.

Las calles de esta zona le son tan familiares como sus propias manos, con sus casas adosadas

e hileras de cubos de basura, y sus aceras con chicles pegados (algunos de los cuales eran suyos). Los planes de regeneración de la ciudad nunca llegaban a esta zona, los fondos destinados a áreas donde viven las clases medias más exigentes, y el paso del tiempo ha ido envejeciendo poco a poco las casas, con el cemento desmoronado, las ventanas de PVC ennegrecidas y la pintura descascarillada en las puertas de los callejones. Pero al igual que una familia siente cariño por su fiel perro que acaba medio ciego y haciendo sus necesidades en la alfombra, Jess siente debilidad por las familiares calles, a pesar de su exterior decaído.

Sus botas chapotean al pisar grises charcos, y el sonido la sigue hasta que llega a un oxidado y plateado número 19, fijado a una pared de ladrillo. La última vez que estuvo fuera de esta casa sin llave para entrar fue hace más de veinte años, pero lo recuerda como si fuera ayer.

Un forro polar rosa con mugre en los puños le engullía el cuerpo, cubriéndole las manos casi hasta la punta de los dedos, mientras intentaba impacientemente recogerse el pelo detrás de las orejas, con los mechones delanteros escapándose constantemente de su melena demasiado corta. Llevaba dos bolsas negras con toda su ropa arrugada dentro. No eran de plástico grueso y brillante, como las de las películas americanas cuando echaban a alguien de casa, sino unas finas con asas amarillas que hacían que pareciera que iba a echar la basura. Las cuerdas de plástico se le clavaban en las palmas de las manos, haciéndole daño, mientras su madre murmuraba a su lado. ‘Abre la puerta, viejo imbécil.’

Jess nunca había visto a su abuelo antes de aquel día, pero reconoció el perfil familiar a través de la rendija, con la nariz grande y puntiaguda y la barbilla larga. Los mismos rasgos que se le habían asemejado demasiado grandes para la cara de su madre, le quedaban bien a este anciano.

Su madre la había empujado al otro lado del umbral antes de saludarle. ‘Tiene que quedarse aquí unos días.’

Por dentro, la casa tenía el aspecto deteriorado que suelen tener las casas de las personas mayores: una mezcla de modas anticuadas, una escasa pensión, y, en el caso de su abuelo, un abrumador olor a nicotina que empeoraba por tener la calefacción demasiado alta. El pequeño aparato de televisión brillaba frente a un maltrecho sillón con un rasgón en el brazo. Un programa sobre el campo con una suave voz en *off* que no conseguía enmascarar del todo el ruido de su madre y su abuelo discutiendo en la puerta principal. Finalmente, su abuelo había vuelto a entrar y señalado hacia las escaleras. ‘Puedes quedarte en la habitación del fondo.’

Jess se había vuelto para mirar detrás de él y se había dado cuenta de que la puerta principal ya estaba cerrada. Su madre se había marchado sin despedirse, sin darle un último abrazo, ni hacerle ningún comentario que demostrara que ella le importaba un bledo, como un ‘cuídate’, ‘asegúrate de lavarte los dientes’ o ‘compra siempre tampones con aplicador.’ Sólo la puerta cerrada a cal y canto tras ella.

Era la misma puerta ante la que se encontraba ahora, con los dos escalones de hormigón, donde se había caído y a causa de la cual le había salido la cicatriz en forma de luna en la rodilla izquierda. La madera todavía estaba pintada de un verde navideño en una casa donde apenas se celebraba la festividad, y las cortinillas bordadas no mostraban ningún indicio de lo que había sucedido hace más de veinte años.

Su madre no se lo había pensado dos veces a la hora de dejarla atrás, y aquella noche marcó una brillante línea divisoria en su infancia, un crudo antes y después. No le habían mostrado mucho afecto entre aquellas cuatro paredes, pero había sido por primera vez un lugar seguro, consistente, donde siempre había una comida caliente, pijamas limpios y, si tenía suerte, media hora de dibujos animados los domingos por la mañana. Pero también le había enseñado que en la

vida se puede contar con muy pocas personas, si es que se puede contar con alguien: era mejor disfrutar del día a día, amar superficialmente, para que nunca hubiera decepciones ni dolor.

Emma había sido la excepción. La adolescente aspirante a *Posh Spice Girl*, con mechas moradas enmarcando su rostro, que aún deseaba que las sirenas fueran reales, muy lejos de las bofetadas borrachas de su madre, el pan mohoso y las noches solitarias que Jess había vivido hasta entonces. ¿Cómo cuidaría Jess de Emma cuando estuviera al otro lado del mundo? ¿Y qué era ella sin esa responsabilidad? Estaba muy bien que su abuelo senil le dijera tonterías sobre no ser como él, pero ella no podía obligar a Emma a que permaneciera a su lado, por mucho que quisiera. Vuelve a mirar hacia la puerta y piensa que ni siquiera había sido capaz de hacer que su propia madre le diera un beso de despedida.

Jess da un traspies en la acera justo en la entrada del bar, no eleva el pie lo suficiente para alcanzar el bordillo. Tropieza, pero recupera el equilibrio justo a tiempo para sonreír a los porteros que la miran atentamente mientras se dirige a la puerta. Las botas pesadas están muy bien para romper los dedos de los pies de los idiotas condescendientes en el autobús, pero no resultan tan prácticas para caminar todo el día y luego continuar con una noche de fiesta. Se le cansan las piernas, que no están en forma, y le pesan los tobillos, pero al menos ha tenido la precaución de no llevar sus zapatillas rojas con una mancha de lejía en la parte delantera: el seguro no la habría dejado con ellas, por muchas historias que pudieran contar esas zapatillas.

Ha pasado demasiado tiempo en el hospital y en su autocomplaciente viaje por la calle de los recuerdos, y se ha quedado sin tiempo para volver a casa y ponerse algo que Emma llamaría 'look fiesta.' Sus vaqueros azules, sus botas marrones y su top verde parecen fuera de lugar entre los bonitos vestidos y las camisas planchadas, pero al menos los pantalones están rasgados, por aquella vez que se quedó encerrada fuera de casa y tuvo que escalar la valla trasera de los vecinos. Además, tiene cosas más importantes de las que preocuparse que lo que piensen de ella los desconocidos, como la cantidad de alcohol que puede ingerir esta noche y a quien ligarse para llevarse a la cama.

El bar está lleno de idiotas pretenciosos apuntándose a la nueva moda de las ginebras de marca. Jess recuerda todas las tendencias pasadas, desde los *Bacardi Breezers*, los vodka red bulls, los cócteles de frutas y las cervezas artesanas: diferentes formas de vestir lo que es básicamente etanol. Esta noche, le gustaría que prescindieran de la fanfarria y le dieran directamente el líquido transparente cien por cien.

Comprueba primero los sofás de cuero del lado izquierdo y su instinto le da la razón cuando ve a Emma sentada en el tercer asiento. Le encanta la sección VIP de un bar de moda. Está hablando con una rubia desgarbada, probablemente explicándole que esa mesa ya está ocupada. Jess se acerca para ayudar a echar a la desconocida cuando siente un atisbo de reconocimiento. La única vez que había visto a esta mujer tenía el pelo largo y ondulado, llevaba un vestido blanco con cola y tenía la expresión de un felpudo, pero está segura de que es ella. Jess se fija en el corte de pelo moderno de Laura, la ropa sexy más corta y el pintalabios rojo y se da cuenta inmediatamente de lo que ha pasado: lo sabe. Sabe que Simon se ha estado acostando con otra.

LAURA - SÁBADO NOCHE

UNA MEZCLA RANCIA DE PERFUME, laca y nicotina, le llega al abrir la puerta. Los lavabos están abarrotados de mujeres que intentan retocar su maquillaje en los minúsculos espejos, que esperan para ir al baño o charlan en medio del espacio, ajenas a la gente impaciente que intenta pasar al lado suyo. El ruido y las carcajadas llenan el pequeño espacio mientras Laura se abre paso a codazos hasta uno de los cubículos.

De momento no iba mal la noche. Había recibido algunas miradas raras de Jess y no podía decir que hubiera contribuido demasiado a la conversación, pero había podido predecir ambas cosas. Con las referencias a personas y lugares que no conocía, Laura no podía seguir el ritmo de su charla, así que había dejado que la mayor parte entrara por sus oídos sin asimilar las palabras, feliz tan solo de estar sentada con ellas y formar parte del ambiente. La charla de las Emma y Jess era un constante intercambio de palabras y bromas, el torrente interrumpido sólo por los viajes a la barra, con Laura esforzándose por seguir su ritmo. Estas chicas bebían como peces de colores en una pecera de cristal llena de ginebra y tónica.

En el váter, aprovecha para sentarse unos minutos, descalzarse los tacones unos segundos -ya le empiezan a doler los pies- y mirar el móvil. Simon ya le ha enviado tres mensajes, el último hace solo veinte minutos.

No le gusta el pollo que has dejado, ¿qué más puede comer?

¿Dónde está la bañera de bebés?

Se niega a dormir. ¿Qué puedo hacer?

Había intentado convencerla de que retrasara su salida hasta que Elliot se hubiera ido a dormir, pero ella se había mantenido firme. Sabía que para cuando finalmente Elliot hubiera sucumbido al sueño, estaría agotada y sólo querría una copa de vino, su pijama y un sitio cómodo en el sofá. Además, Simon debería ver con lo que tenía que lidiar ella cada noche cuando él llegaba tarde de la oficina, o mejor dicho, de acostarse con su otra mujer. *¿Dónde está tu amante ahora, ¿eh? Apuesto a que no vendrá a ayudarte con Elliot*, piensa con desdeñosa.

Laura ha evocado una visión de una chica de veintiún años, con una melena corta negra y piel pálida. Un par de ojos azules pequeños, malvados, y demasiado juntos, como el villano ruso con mal acento de una película de serie Z hecha para la televisión. ¿La persiguió Simon o fue ella tras él? Por alguna razón, le parece importante saberlo. Será delgada y bien vestida, por supuesto, con la típica blusa blanca entallada que podría llevar una recepcionista de otro bufete, o una administrativa de una de las oficinas de sus clientes. Y llevará una falda corta, ya que a Simon le encantan las piernas largas, ella debería saberlo, así es como consiguió llamar su atención en primer lugar.

Se pregunta si Simon se acuesta con ella en la misma posición del misionero: cinco minutos

de preliminares básicos, en los que él le masajea los pechos bruscamente como si amasara pan, con el cuello de ella incómodamente doblado contra el cabecero mientras él aporrea, dejándola tumbada en el parche húmedo de la cama quince minutos después de empezar. Incluso desde el principio, había sido decepcionante, pero sigue siendo extraño pensar en su marido dentro de otra mujer. A pesar de su mala relación se siente posesiva de él, no como lo haría con una joya querida, admirada y atesorada, sino como con un objeto cotidiano en el que nunca te fijas hasta que desaparece, como el rallador de queso.

Vuelve a meter el móvil en el bolso, ignora los mensajes de Simon y abre la puerta del cubículo para encontrarse con la nuca de Emma frente a ella. Se está volviendo a aplicar el pintalabios rosa, con la boca en un perfecto mohín de muñeca hinchable mientras se delinea lentamente los labios. Comprueba si se ha dejado algún resto en los dientes y luego echa la cabeza hacia delante, pasándose las manos por el pelo para dar más volumen a sus rizos. Cuando se endereza de nuevo, ve a Laura y sonríe. '¿Te lo estás pasando bien?'

'Sí, gracias por invitarme. Es agradable salir a hacer algo que no implique el llanto de un bebé,' responde.

'Debe ser duro cuidar de un niño, pero al menos tienes muchas visitas para entretenerte. Si Simon es como en la universidad, tu casa seguro que está siempre llena de gente.'

Laura baja los párpados, sin mirar a Emma. 'Simon trabaja muchas horas y luego sale, pero yo siempre estoy en casa con Elliot.'

'Es normal, ser madre debe cambiar tus prioridades.'

'No ha cambiado las de Simon. Es curioso, pensé que seríamos una familia feliz, pero no ha sido así. Tener un bebé ha hecho que las cosas sean más difíciles.' Laura no sabe por qué le está contando estas cosas a Emma, revelando lo que pasa en su relación a alguien de fuera de ella, pero se siente mejor diciéndolas en voz alta. 'Me está engañando con otra.'

Emma enarca las cejas y niega con la cabeza. 'No, no puedo imaginarme a Simon haciendo eso.'

'Es cierto. ¿Quién sabe? Quizá me lo merezca.'

'No digas eso. No hablo mucho con él hoy en día, pero estoy segura de que te quiere, no se habría casado contigo si no. Estáis hechos el uno para el otro, tenéis una vida perfecta.' Emma pone su mano en el hombro de Laura. 'Estoy segura de que es sólo un malentendido. Vamos, a tomar otra copa.'

Antes de reincorporarse al concurrido bar, Laura mira su teléfono y se apiada de Simon.

'Prueba otra botella de leche caliente. A veces ayuda'.

EMMA - SÁBADO NOCHE

‘TENGO ALGO QUE DECIRTE.’ Emma sonríe y remueve su bebida con la pajita, los cubitos de hielo girando en el líquido oscuro, pero Jess continúa la conversación como si no hubiera dicho nada, demasiado absorta en debatir a quién invitaría a su hipotética cena de famosos.

Al principio de la noche se habían sentido las dos incómodas, intercambiando preguntas educadas en lugar de sus habituales bromas. ‘¿Te apetece una copa?’ y ‘¿qué tal te ha ido el día?’, formalidades a las que no estaba acostumbrada su intensa amistad de quince años. Por suerte, un trivial chiste sobre el hipócrita segurata que llevaba zapatillas de deporte y no dejaba entrar a los también las calzaban había ayudado a cortar el hielo. Después de eso, Jess incluso había dirigido algunas preguntas a Laura, a quien no le había alegrado demasiado ver. Emma había evitado avisarla con antelación por si Jess decidía no venir.

‘No puedes tener a Kim Kardashian y a la reina de Inglaterra en la misma cena. Kim acabaría dándole un culazo haciendo una reverencia en público, y entonces la reina abdicaría de la vergüenza, desapareciendo del país para siempre. Puff.

‘Jess - Tengo algo que decirte.’ Insiste Emma. ‘Pero, puedo tener a quien quiera, es mi cena. Y sería más interesante que el periodista Martin Bashir’.

‘Quiero saber que pasó cuando entrevistó a Michael Jackson en Never-’

‘No importa, tengo algo que decir,’ dice Emma más alto.

El volumen hace que Jess detenga su discurso, con la boca abierta a mitad de la frase. Laura mira a su alrededor, como lleva haciendo toda la noche, con expresión ausente, sin aparentar haber oído siquiera lo que ha dicho Emma.

‘Es definitivo. El mes que viene me mudo a Australia,’ Emma hace una pausa para darle dramatismo, ‘con Jack.’

La expresión de Jess se congela, a punto estaba de darle un sorbo a su bebida, y Emma intenta reprimir una sonrisa ante su expresión, un desafío de maniquí en el que incluso la música y los demás clientes del concurrido bar parecen haberse detenido.

‘He comprado los vuelos y entregado mi rescisión del piso.’ Las palabras de Emma rompen el hechizo y el ruido y el bullicio de un sábado noche en un bar comienzan de nuevo.

‘Será mejor que te pongas mucha protección solar. El cáncer de piel es terrible ahí abajo’, responde. ‘¿Qué ha dicho Jack?’.

‘Estoy segura de que estará encantado,’ afirma Emma, asintiendo con la cabeza. Se pasa el pelo por detrás de la oreja para disimular el temblor de sus manos.

‘¿Aún no se lo has dicho?’ le pregunta Jess, ladeando la cabeza para mirarla.

‘Bueno, no es como si no me esperara allí, me ha invitado. Mudarme con él, es incluso aún mejor, se alegrará estoy segura.’

‘¿Cómo has dicho que se llamaba?,’ pregunta Laura, con los ojos fijos en ella por primera vez esta noche.

LAURA - SÁBADO NOCHE

¿JACK?

¿Cómo no se había dado cuenta del nombre del novio de Emma hasta ahora? Tenía que ser una coincidencia.

Pero trabaja en un bar. Están planeando mudarse a Australia, le susurra una vocecita al oído.

Miles de personas trabajan en bares. Y muchas de ellos van a Australia cada año. Es país anglófono, hace buen tiempo, tiene playas. Y Jack es un nombre común. Un nombre aburrido solía bromear, se dice a sí misma con firmeza. Pero la duda persistente sigue creciendo como un picor molesto que no consigue rascarse.

EMMA - SÁBADO POR LA NOCHE

LAS TRES MUJERES bajan en línea recta los estrechos y empinados escalones de Sophbeck, y la oscura entrada y el angosto espacio se las tragan una a una. Siguen el parloteo agudo de otros clientes, que ríen alegremente y se agarran con cuidado a las barandillas, mientras algunos protestan a favor de la prohibición de los clubes nocturnos en sótanos por motivos del alcohol, escaleras, y prevención de riesgos.

Su vértigo no es compartido por Jess, que mantiene la cabeza gacha y sigue mecánicamente los pies que tiene delante, golpeando el suelo con un ruido sordo a cada paso. Su rostro, normalmente socarrón y vivaz, tiene una expresión dura con labios rectos y mandíbula apretada con fuerza. Laura mientras tanto, tiene ojos de ciervo en pánico, mirando rápidamente a su alrededor como si tratara de escapar de esta cueva de lobos.

Pero Emma no se fija en nada de esto, ya que se limita a seguir con impaciencia el ritmo de los cuerpos que tiene delante. Concentra toda su atención en el latido punzante de su estómago que amenaza con apoderarse de todo su cuerpo. A medida que se acerca a Jack, un temor inminente se apodera de ella. *¿Y si no está allí? ¿Y si se ha marchado antes de que haya tenido la oportunidad de decirle que voy con él, que le quiero?*

Amor. La idea la detiene en seco, con un pie en el aire, a punto de bajar el siguiente escalón. ¿Es esto amor, infatuación, deseo? Ha tenido relaciones antes, pero sabe que nunca se ha sentido así por ninguno de los otros hombres, chicos en realidad, con los que ha estado. Jack era un hombre de verdad, como los héroes de las películas de acción, listo para rescatar a la protagonista de las garras del villano que está a punto de destruir el mundo. La mayoría de sus ex se habrían escondido detrás de ella y la habrían dejado recibir las balas, ser atacada por el dragón o beber el vino envenenado, y eso los que no la hubieran empujado delante de un coche fugitivo para salvarse a sí mismos. Pero Jack no era así, el irrumpiría por una ventana, cristales rompiéndose en todas direcciones, con una melodía pegadiza de fondo, antes de dejar que nada dañara a su chica.

Jack le hacía desear perderse en su conversación y olvidarse del paso de las horas, mudarse al otro lado del mundo para que estuvieran juntos, envejecer y echar canas codo con codo, con su propia familia rodeándoles. Incluso tramitar hipotecas conjuntas, gestionar el cuidado de los niños durante las vacaciones escolares, y visitar a las suegras, le parecían pasatiempos atractivos siempre que pudiera hacerlos con él.

Dios mío. Sí que le quiero, piensa Emma sobresaltada. Esta profunda conexión que ha encontrado es de lo que hablan todas las novelas y películas románticas. Su ‘Tú me completas’, Sr. Grey y la experiencia de la imprimación del hombre lobo, todo en uno.

Casi empuja a Laura en su urgencia por llegar al final de la escalera, y el palpitante de su

estómago se ve disipado por una cálida oleada de alivio cuando vislumbra el familiar cabello negro azabache desordenado. Apenas puede verle entre la gente que hace cola para pedir en el bar, pero sin duda es él.

‘Vamos a tomar unas copas,’ grita Emma.

Las otras dos mujeres la siguen, Jess aún pensativa y Laura al ralentí, arrastrando los pies y sin levantar la vista. Emma se dirige a una de las esquinas del bar, frente a un cartel metálico que dice ‘Aquí no se sirven bebidas’. Les sonríe tímidamente y avanza para que Jack la vea. El bar está muy concurrido y él se mueve con rapidez, descorchando botellas de cerveza, sirviendo whisky en medidores y devolviendo el cambio a las personas a las que sirve.

Cuando un ruidoso grupo de chicos se da la vuelta para marcharse con sus bebidas recién servidas, aparece en la primera fila una chica rubia con los pechos tan subidos que casi le tocan la barbilla. Jack le sonríe ampliamente y va directo a ella, ignorando al larguirucho con gafas que era el siguiente en la cola. La rubia lleva uno de esos vestidos ajustados de color rosa intenso que siempre le han gustado a Emma, pero con el que su cuerpo parece una salchicha rellena. Es sorprendente que los porteros la hayan dejado entrar, ya que no parece tener más de dieciocho años, pero tal vez su cara de niña sea engañosa. Jack se cruza de brazos y se inclina sobre la barra para charlar con ella, ignorando al resto de los clientes, que le miran enfadados por ralentizar el ritmo de servir alcohol. Emma no puede oír lo que dicen, pero la Lolita hace un gesto de complicidad antes de asentir y Jack sirve dos tequilas.

Mientras chasquean los vasos, oye una voz detrás de ella.

‘Su *modus operandi* a la hora de ligar es consistente,’ dice Jess.

‘Es simpático con todo el mundo,’ responde Emma.

Como si los oyera, Jack gira la cabeza, fijándose finalmente en Emma. Su sonrisa cae y parece momentáneamente molesto, antes de forzar un guiño. Le susurra algo a la chica rubia antes de acercarse. ‘Hola, ¿qué te pongo?’ le dice sin el menor atisbo de su coquetería habitual.

‘¿podríamos tener cuatro...? Espera, ¿dónde está Laura?’ pregunta Emma, mirando a su alrededor.

‘¿A quién le importa? Tres ginebras con tónica, y si invita la barra, unos chupitos como los que le has dado a esa chica,’ responde Jess, dirigiendo una mirada de advertencia a la rubia, que aún espera a Jack.

‘Claro,’ dice Jack, sin dejar que el aviso le inmute. Les pone las bebidas y los chupitos delante sin aspavientos.

‘Jack,’ dice Emma en voz baja, la punzada nerviosa en su estómago regresando.

‘¿Sí?’

‘¿Cuándo es tu descanso? ¿Podemos hablar entonces, por favor? Tengo algo importante que decirte. Sobre Australia, y tu viaje.’ Su voz no parece tan segura como le gustaría.

‘Sí, sí,’ mira a su alrededor, ‘te pego un toque más tarde, tengo que seguir sirviendo.’

‘Estupendo, hablamos más tarde ¿vale?’ le sonríe alegremente.

Jack le hace un gesto con el pulgar hacia arriba como respuesta mientras vuelve a caminar hacia el otro lado de la barra, sin volver la vista atrás. Cuando se da la vuelta, Jess la está mirando con las cejas levantadas y los labios apretados.

‘Vamos a bailar. No podemos quedarnos en el bar toda la noche,’ dice Emma con entusiasmo e indica a Jess que la siga. Deja de sonreír y frunce el ceño en cuanto Jess no puede verla.

LAURA - SÁBADO POR LA NOCHE

ESTO NO PUEDE ESTAR PASANDO.

Pero los ojos azules al otro lado del bar son idénticos a los que ella tan bien recuerda. También eran del mismo color que los que veía todos los días desde hace ocho meses: en cada toma a las tres de la madrugada, cada vez que lloraba, e incluso, en las raras ocasiones que Simon lo había cogido en sus brazos. Ese tono inusual, de un azul oscuro casi gris, era una punzada constante, directa a sus entrañas.

Laura aún recuerda perfectamente el día en que el mundo dejó de girar sobre su eje y todo a su alrededor se paralizó. Resultaba increíble pensar que una pequeña línea rosa en un trozo de plástico pudiera provocar algo así. ‘Ingenua’, la palabra que su madre había usado para describirla, no definía del todo el momento en que sintió que se le abría el pecho al oír a Jack balbucear algo sobre ‘deshacerse’ y mirarla como si fuera una extraña. Ella había asentido mecánicamente, como uno de esos bulldogs de juguete que mueven la cabeza en el salpicadero de los coches baratos.

Cuando llegó a casa, no había llorado, ni había puesto la cabeza entre las manos, ni había parpadeado de asombro. Sólo había soltado unas risas cortas y desagradables, cargadas de amargura y cinismo. Era típico, ¿qué otra cosa podía esperar? Las princesas sólo eran rescatadas y llevadas a castillos blancos en los cuentos de hadas sobre felizlandias de ensueño. En la vida real, las princesas se sentaban en váteres con los pantalones y las bragas por los tobillos, embarazadas de un tipo que ni siquiera podía pagar el alquiler, haciéndose una prueba tras otra, para asegurarse que era cierto.

¿Había querido tener hijos? Ni siquiera sabe si había pensado en ello antes de que la decisión fuera tomada por ella. Por supuesto, no era estúpida: podría haber seguido el consejo de Jack, haber elegido otro camino, con un resultado diferente que no implicara un hijo. La medicina moderna ha dado a las mujeres opciones, la capacidad de elegir a pesar de lo que sus úteros, una noche de borrachera, un preservativo roto y un solo espermatozoide habían predeterminado para ellas. Laura había dado discursos feministas, apoyado los derechos de las mujeres y luego, cuando había llegado el momento, no había podido. A veces se pregunta si eso la convierte en una hipócrita: aún no está segura.

Había pensado que tal vez el rechazo de Jack era lo mejor. ¿Cuál era la alternativa? En un futuro adelantado imaginado, se había visto a sí misma diez años más tarde. Jack más viejo, con arrugas en la frente donde ahora aparecían líneas cuando fruncía el ceño, su cabello oscuro ralo en la coronilla, algo que intentaría disimular engominándolo desordenadamente para cubrir el parche desnudo donde asomaba la piel. Seguiría vistiendo su característica ropa negra, sólo que ya no sería entallada, para disimular su vientre más blando y redondeado. Ella también sería más

mayor, por supuesto, pero al igual que su madre, el paso de sus años no estaría tan marcado por la decadencia física. No, en su caso, sería el pelo despeinado, la cara sin maquillaje y la ropa desaliñada y sin planchar lo que delatarían su edad y dejadez. Su vida consistiría en cenas silenciosas con miradas de reproche, comentarios amargos sobre lo que debería haber sido la vida, pensando, siempre pensando, en cómo habría resultado todo si se hubieran marchado. Sus corazones se volverían lentamente grises y fríos, tan gradualmente que no se darían cuenta, hasta que un día no les quedaría más que rencor e insultos. Y en medio de todo, un niño, su hijo.

No, esta manera era mejor, aunque le quedara una cicatriz permanente. Así que le había hecho creer que seguiría su consejo y le había dado una excusa poco imaginativa para no irse a Australia con él, la excusa de que no quería dejar a su madre sola. Aunque, en realidad, no tenía por qué haberse molestado, él parecía estar encantado de dejarla atrás, diciendo adiós con demasiada facilidad, sin apenas poner resistencia y demostrando que lo importante era el viaje, no ella.

El resto había sido más sencillo. Un fin de semana fuera para una conferencia de trabajo, de esas a las que nunca se había molestado en ir, siempre demasiado tímida y poco interesada en sus colegas. No le había costado mucho que Simon la invitara a una copa y la llevara a su piso. Había coqueteado con ella todo el día, mirándola hambriento, con su vestido entallado y largas piernas a la vista. Cuando le había dado la noticia, él había reaccionado exactamente como ella pensaba: respirando hondo y diciéndole que cuidaría de los dos. Cuando su barriga empezó a notarse, Jack estaba al otro lado del mundo y Simon le había propuesto matrimonio.

Pero aquí estaba ahora el padre biológico de Elliot, a menos de cinco metros de ella. Se da la vuelta, pero las escaleras están llenas de gente que intenta entrar y salir del club, una masa confusa y enredada de cuerpos sudorosos le impide escapar. Intenta apretujarse contra ellos, avanzar, apresurándose a encontrar huecos entre las figuras. Sus pies se ralentizan en el suelo pegajoso y tropieza, la urgencia volviéndola torpe. El intento es inútil y no avanza más allá de los dos primeros pasos antes de oírle.

‘¿Laura?’

Su corazón empieza a acelerarse y siente demasiado calor, un sarpullido rojo se extiende por su pecho y por su cara. *No, no, no. No puedo respirar, tengo que salir de aquí.* Insta a la multitud a moverse, empieza a empujar a la gente que tiene delante, que se gira irritada. Una mano pesada y familiar aparece de repente en su hombro.

‘¿Laura? ¿Eres tú?’

Respira hondo y cierra los ojos brevemente antes de mirarle. ‘Hola,’ dice levantando las cejas para fingir sorpresa.

‘¿Qué demonios estás haciendo aquí, nena?’ Jack parpadea rápidamente, como si no pudiera creerse lo que está viendo. Laura agarra con fuerza la barandilla hasta que sus nudillos se ponen blancos. Jack la mira como si fuera un billete de lotería con premio que acaba de encontrar enterrado en el bolsillo de sus vaqueros.

A Laura se le revuelve el estómago y le urge que deje de mirarla así. ‘De fiesta, ya sabes. Aunque ya me iba, tengo que volver a casa.’ Señala enérgicamente hacia la salida y se da media vuelta, indicando que se va. La multitud en las escaleras no se ha movido en absoluto y forma una barrera hacia la seguridad de las calles exteriores. Casi puede sentir el aire fresco y frío del cielo nocturno. A salvo lejos de aquí, lejos de Jack.

‘De ninguna manera, tómate algo conmigo, por favor.’

No ha cambiado nada en los casi dos años que han pasado desde la última vez que lo vio. El mismo peinado desordenado que se pasaba 20 minutos creando cada mañana frente al espejo, las

arrugas en la frente que le salían cuando se concentraba. Y esos ojos, esa forma de mirarte como si fueras lo más importante del mundo. Aún puede sentir cada centímetro de su piel desnuda sobre ella, un mapa que había a la perfección en el pasado. 'No, en serio, tengo que coger un taxi,' responde con un leve movimiento de cabeza.

'Te pido uno desde el bar en quince minutos, lo prometo. Me conocen, vendrán rápido y ahora en la calle te va a costar encontrar uno'. Su labio inferior se curva ligeramente. La familiaridad del pequeño gesto es dolorosa. 'Venga, que hace siglos que no te veo.'

Laura vuelve a mirar el mohín curvado, sintiendo que su resolución flaquea. 'Vale, solo una copa,' cede.

Jack esboza una de sus sonrisas especiales que iluminan su rostro y señala con la mano por encima del hombro, haciendo un gesto hacia la multitud. Ella le mira, estudiando su espalda mientras le sigue hacia la barra.

'Un whisky con coca-cola y un vino blanco,' le dice Jack al otro camarero, que sigue sirviendo bebidas a velocidad récord. Jack se gira para confirmar con Laura, 'aún bebes eso, ¿verdad?'

Ella responde con un asentimiento de cabeza.

'No me puedo creer que te haya encontrado aquí,' le dice, mirándola de arriba abajo mientras toma asiento en un taburete del extremo de la barra, alejado de la pista de baile y del DJ.

'Soy yo en carne y hueso. Ja, ja.'

'¡Mírate! ¡Tu pelo! Te queda bien, ¿eh? Se te ve ... diferente.'

'Mas vieja, quieres decir,' dice con ademán de ofensa.

'No. Bueno, quizá un poco, veo un par de canas,' le contesta, guiñándole un ojo. 'Cuéntame, ¿qué has estado haciendo estos dos últimos años? ¿Ya te has hecho abogada, con la bata negra y la peluca de rulos blancos?'

'Eso es un juez,' responde ella, eludiendo parte de la pregunta.

'Lo siento,' responde con fingido arrepentimiento. '¿Ahora vives en la ciudad? ¿Dónde trabajas?'

'¡Cuántas preguntas! ¿Por qué no empiezas tu? ¿Por qué no estás en Australia surfeando en la playa?'

'Me quedé algo más de un año, pero se me acabó el visado y tuve que volver. Estuve un tiempo con mis padres y luego vine aquí cuando encontré este curro.' Señala el espacio que le rodea. 'Es sólo algo para ahorrar dinero hasta que vuelva a Oz.'

'¿Piensas volver?,' pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

'Sí. De hecho, me voy en dos semanas.'

Estupendo, piensa Laura.

La mira con la cabeza ladeada y una media sonrisa.

'¿Qué?'

'Estaba pensando, ¿recuerdas cuando te emborrachaste y decidiste subirte a esa miniexcavadora aparcada en la calle mayor a la una de la madrugada?'

'No creo que el policía me dejara olvidarlo'. No puede evitar sonreír. 'Y tú no me detuviste, de hecho, me retaste a hacerlo.'

'¿Y lo bien que te lo pasaste, nena? Estabas en tu elemento, cantando 'Bob el constructor', se ríe con ganas. 'Aunque mi recuerdo favorito siempre será cuando saltamos el muro del jardín trasero del castillo, queriendo probarnos las armaduras de los soldados,' dice mirándola de reojo mientras se lleva la copa a la boca.

Laura lo recuerda como si fuera ayer. Lo cálida que había sido la noche y el frescor de la

hierba húmeda contra su espalda. Una suave brisa había hecho que se le pusiera la piel de gallina en los pechos desnudos y aumentara su sensibilidad a las manos de Jack acariciándola. Por veinte minutos, se había olvidado de todo y concentrado solo en él, en el ruido de su respiración entre sus piernas mientras su columna se arqueaba involuntariamente por el placer.

Los pelos de la nuca se le encrespan y tiene que cambiar de tema. ‘Me sorprende que hayas vuelto. Con las ganas que tenías de irte.’ Sacude su cabeza y mira a su alrededor. ‘Incluso Devon con tus padres y sus playas tiene que ser preferible a esto.’

‘La verdad es que estaba deseando encontrarme contigo,’ le dice.

‘¿Perdón?’

‘Después de que rompiéramos, la idea de no volver a verte me resultaba muy extraña y no me gustaba nada, ¿me entiendes?’ le pregunta, encogiéndose de hombros y levantando las manos como si le suplicara.

Laura no contesta y mantiene una expresión neutra.

‘Incluso fui a casa de tu madre hace poco, la malvada bruja del Oeste sigue vivita y coleando.’

‘¿Hablaste con ella?’ pregunta Laura, abriendo mucho sus ojos.

‘No, no estoy loco, tía’ dice, poniendo mala cara. ‘No querría que me echara la policía encima.’

‘Sí, ya me he enterado,’ murmura.

‘Sólo quería ver si podía verte, ¿todavía vives con ella?’

‘No, estoy a las afueras de la ciudad.’

‘Me alegro de que salieras de esa casa, nunca te trató bien,’ dice Jack. De repente, se endereza y se cuadra frente a ella, cogiéndole de las manos. ‘Mira, siento haberme ido, nena. Me he arrepentido cada día desde entonces, fui un idiota. Te he echado de menos, Australia no era lo mismo sin ti.’

Jack acuna los lados de la cara de Laura entre sus manos y tira de ella hacia delante, atrapando sus labios en un beso inesperado. El cuerpo de Laura queda momentáneamente indefenso, sus hombros se debilitan, y se deja llevar por el familiar olor de su cuerpo durante unos segundos.

‘Jack, estoy casada,’

El murmura con los ojos parcialmente cerrados, sin asimilar sus palabras.

Ella respira. ‘Tengo marido.’

Se aparta de ella, con los ojos muy abiertos. ‘¿Estás de broma, nena?’

Aprieta los labios y niega con la cabeza. ‘No.’

‘Menuda sorpresa. Guau. Eso ha sido... rápido.’ Vuelve a mirarla de arriba abajo, esta vez con ojos de desconocido. ‘Una mujer casada.’ Se le dibuja una sonrisa arrogante, el lado del labio levantado. ‘Vieja aburrida.’ Le guiña un ojo, rompiendo la tensión. ‘Entonces estoy aún más obligado a invitarte a otra copa. Un brindis por tu feliz matrimonio.’

Se vuelve hacia la barra para ocultar su rostro, pero no es lo bastante rápido. Laura observa como su sonrisa desaparece en cuanto se gira.

EMMA - SÁBADO POR LA NOCHE

HA PASADO CASI una hora desde que han llegado a Sophbeck y no ha visto a Laura desde entonces. Probablemente se haya ido a casa, pero el enfado de Emma por que se haya marchado sin despedirse ha sido sustituido por una creciente preocupación. ¿Tal vez debería llamar a Simon para comprobar que ha llegado a casa? Laura había estado fuera de lugar con ellas, demasiado guapa y elegante, su ropa demasiado cara, pero no se habría ido sin decir nada, está convencida. Emma decide darle otros treinta minutos antes de enviar un mensaje a Simon.

Además, tiene cosas más urgentes entre manos. Ya es casi la hora del descanso de Jack y tiene que pensar en cómo plantearle lo de ir con él a Australia. No es que a él no le vaya a encantar, está segura que sí, pero tendrá que introducirlo con delicadeza, para que lo vea como la gran oportunidad que es: conocerse mutuamente, reducir sus gastos a la mitad, y compañía agradable garantizada cuando salga a tomar algo, sin necesidad de perseguir a rubias postadolescentes para conversar.

No le ve detrás de la barra, así que ya debe de haber hecho su parón. Es curioso, nunca se ha parado a pensar adónde iba en su descanso; no creía que hubieran diseñado una zona de empleados en el sótano mugriento de Sophbeck. Se acerca al otro camarero, que está sudando a mares mientras se esfuerza por seguir el ritmo de todas las manos que agitan billetes y exigen bebidas delante de él.

‘¿DÓNDE ESTÁ JACK?’ grita Emma por encima de la música y de las exigencias de los clientes.

‘NI PUTA IDEA,’ le chilla, con la cara roja y los ojos desorbitados. ‘SI ENCUENTRAS A ESE MIERDECILLA, DILE QUE VUELVA AQUÍ DE INMEDIATO.’

Con miedo en el estómago y aprensión en el cuerpo, mira a su alrededor, buscando entre la multitud de gente. No tarda mucho en ver un destello de tela elástica de color rosa intenso. La rubia núbil del llamativo vestido ajustado con la que Jack había estado hablando lleva un par de copas de más. Con los párpados caídos, su delgada figura se balancea de un lado a otro mientras le habla a un tipo bajo y fornido, que debe pasar el noventa por ciento de su tiempo levantando cosas pesadas en un gimnasio.

Justo cuando Emma exhala un suspiro de alivio, ve la familiar espalda en forma de V y el pelo negro de punta. Está de espaldas a ella, pero no necesita verle la cara para saber que es él, reconocería ese cuerpo y peinado en cualquier lado.

Sola junta a la barra del bar, Emma observa cómo Jack besa a Laura junto a la pista de baile. Le sujeta la cara con ternura, y Emma puede sentir sus manos sobre su piel, el cuidado con el que la está tocando partiéndola por la mitad. Ninguno de los dos la ve allí de pie, abandonada, entre los cuerpos que bailan y hablan, sin darse cuenta de que su mundo se derrumba a su alrededor.

Ladrillos, mortero y techo, todo convertido en polvo espeso, desmoronándose y aplastando todo lo que hay debajo.

JESS - SÁBADO NOCHE

LA MÚSICA TIENE un ritmo de platillos irregular que chirría en los oídos de Jess. Cada vez que suena un choque inesperado, se le eriza la piel de la nuca y se le ponen los pelos de punta. Le recuerda a una banda de música de un colegio americano donde al niño sin ritmo le han dado un trabajo simbólico para que no se sienta excluido. Los platillos vuelven a sonar. Se frota la cara, bajando los ojos, y gira sobre sí misma para dirigirse a la cabina del DJ.

El cristal del pequeño habitáculo está ennegrecido, así que es imposible ver quién está dentro. El anonimato está dando valor a quienquiera que esté ahí para tomar decisiones musicales atrevidas, y el resultado es decepcionante

‘¡Eh!,’ grita, golpeando la pared lateral.

La puerta se abre un poco y un tipo con cara de luna, con gruesas monturas negras, la mira interrogante. ‘¿Sí? ¿En qué puedo ayudarle?’

Dios, el idiota parece que está en unas audiciones para un papel de extra en Drácula, vestido de negro de los pies a la cabeza, con un pequeño cuello blanco con volantes. El peso extra alrededor de la cintura arruina su aspecto, ya que los vampiros nunca están gordos - Coca Cola podría comercializar la sangre como una nueva bebida baja en calorías, y los famosos se apresurarían a promocionarla.

‘Tío, cambia el puto disco. Ninguna cantidad de alcohol puede hacer que esta mierda suene bien,’ grita por encima del ruido. Llamar música a lo que está sonando sería un cumplido demasiado grande.

El DJ parpadea con fuerza dos veces, con los ojos agrandados a través de las lentes. Se tapa la boca con la mano y le hace un gesto para que se acerque.

‘Primera noche, ¿estoy experimentando con algo diferente?’ Sus ojos interrogantes la miran expectantes, desesperados por obtener su aprobación, como un cachorro que espera una golosina después de hacer un truco.

‘Suena como un tiovivo cayendo por un barranco con los caballos del carrusel chillando por sus vidas,’ le grita al oído. ‘No dejes tu trabajo.’

Se despide de él con la boca y le saluda con la mano. Siempre es mejor ser sincera que amable: no querría que pensara que puede ganarse la vida con esto o, peor aún, que toca esta mierda regularmente en Sophbeck, un club que a ella le gusta de verdad.

Su esfuerzo da sus frutos, ya que la canción cambia justo cuando vuelve a la barra del bar, un tema RnB más estándar y menos desafiante. Sigue sin ser buena, pero al menos no le entran ganas de rascarse los tímpanos con las uñas.

No ve a Emma en el sitio donde la había dejado, ni tampoco a Laura, aunque esto último no le preocupa. Mira hacia el bar y se da cuenta de que Jack tampoco está. *Mierda*. Jess irrumpe

entre los fiesteros que están a su lado, golpeándolos con fuerza. El estúpido DJ la ha distraído, haciéndole perder de vista a Emma. Necesita llegar hasta ella antes de que hable con Jack, antes de que él pueda volver a besarla o hacerle más promesas y ella esté completamente perdida por él.

Echa un vistazo a los sofás de cuero pegajoso y en los baños rebosantes de alcohol y orina. Vuelve a llamar a la cabina del DJ, dispuesta a pedirle que haga un llamamiento por el micrófono. Pero antes de que él pueda abrir la puerta, la divisa desde la posición ventajosa que le ha proporcionado la plataforma de un metro de altura. Está escondida en el pequeño rincón junto a la barra donde están los extintores, apoyada contra la pared, con el pelo cubriéndole la cara y aspecto de borracha.

Jess se acerca corriendo, apartando a la gente. '¿Eres un maldito camaleón? ¿Cómo puedes esconderte tan bien en un sitio tan pequeño?', pregunta sin aliento. 'No importa, no tiene importancia'. Sacude la cabeza. 'Hay algo que tengo que preguntarte. Sé que es un mal momento, ya has comprado los billetes y gastado una ridícula cantidad de dinero, completamente desperdiciada en un idiota que suena como un perpetuo orador de citas motivacionales haciendo un maratón de charlas TED.'

Emma levanta lentamente la cabeza para mirarla. Tiene los ojos enrojecidos y Jess cree que ha bebido demasiado, los chupitos de tequila nunca le sientan bien.

'¿De qué estás hablando?'

'Por favor, no te vayas.' Jess sostiene sus manos entre las suyas. 'A Australia. Quédate aquí. Conmigo. Eres la única persona a la que le importa si estoy viva o tirada en una cuneta, cubierta de basura y siendo devorada por los zorros. No sé qué haría sin ti, no quiero estar sola.'

Emma suelta una carcajada desagradable, impropia de ella. 'Pues parece que tu deseo se ha hecho realidad porque Jack no me quiere.'

Jess gruñe los dientes. 'Ese gilipollas no es para ti. Ninguno lo es, te mereces algo mejor. Como le dije al del rugby y al de antes...' Jess se detiene, ha dicho demasiado.

'¿Tú qué?' Emma la mira, interrogante. '¿Jess? ¿Qué les dijiste?'

Jess abre la boca para hablar, pero no le salen las palabras.

'¿Qué es lo que has hecho?' Emma la agarra por los hombros y la zarandeo '¿Estás loca? ¿También has hablado con Jack? ¿Le has dicho que se enrollara con Laura?'

'¿Laura? ¿Qué?'

'Acabo de verlos besándose.'

'¡No he tenido nada que ver con eso! Aunque supongo que no me sorprende. Ella y Simon son perfectos el uno para el otro, dos cuernudos casados'.

'¿Cómo sabes lo de Si...?' Los ojos de Emma se abren de repente. 'Eres tú. Tú eres con la que le está engañando.'

Jess siente que le arde la cara de vergüenza bajo la mirada de su mejor amiga, preguntándose cómo ha podido salir tan mal parada de una simple conversación. Nunca ha visto a Emma tan enfadada, y ella es el motivo.

'¿Tu objetivo es arruinar las relaciones de los demás como haces con las tuyas? ¿Quieres que todos seamos desgraciados como tú sólo para demostrar algo?'

'No, yo...'

'Toda tu vida, Jess, la gente ha intentado quererte, ¿y cómo se lo pagas? Haces bromas a nuestra costa, creyéndote más lista y mejor que nosotros porque no 'necesitas a nadie'.' Emma subraya las dos últimas palabras, entrecomilladas con saña. 'Incluso tu abuelo, lo único que hizo fue intentarlo e intentarlo contigo. Igual que yo, pero he tenido suficiente, se acabó. Desearía no

haberte conocido nunca.'

LAURA - SÁBADO POR LA NOCHE

‘¿ADÓNDE VAMOS AHORA, NENA?,’ le pregunta, agarrándose el costado y riéndose a carcajadas.

Acaban de salir del pretencioso bar español de cócteles caros, o más bien de caer de él, tras una serie de visitas a diferentes locales de copas en las calles cercanas a Sophbeck. El aire de la noche se enfría y a Laura se le pone la piel de gallina, pero no le molesta la temperatura gracias al exceso de alcohol que mantiene su sangre caliente y sus mejillas sonrojadas. Una melodía pegadiza se oye desde las puertas de cristal abiertas del hotel Bridge, en la acera de enfrente.

Una voz resuena desde un micrófono y unos altavoces. ‘Todos los invitados a la pista de baile para bailar la Macarena.’

Se intercambian una mirada. ‘¿Te apuntas?’ le pregunta, arqueando una ceja en señal de invitación.

Laura se limita a levantar la barbilla en respuesta y cruza la carretera, dirigiéndose hacia las puertas dobles.

Un caballete con un plano de mesas escrito en plata a la derecha de la recepción les indica el camino hacia el restaurante y la zona de fiestas. Laura se detiene brevemente a mirar los nombres de los recién casados: Charlene y Phil. Las mesas tienen nombres de princesas Disney. Dibujos de una Cenicienta con los ojos torcidos, un bacalao que parece la Sirenita y una Bella con joroba adornan los asientos. Laura piensa que en la familia debe de haber un artista bien intencionado, pero con poco talento.

Dentro, la boda está en pleno apogeo, con unas veinte personas moviéndose borrachas por la pista de baile. La novia está en medio de un pequeño grupo, dando puñetazos en el aire. El maquillaje de sus ojos está corrido y el bajo de su vestido tiene manchas negras debido a los pisotones de la gente.

Laura se da cuenta de que la temática Disney se ha extendido a la decoración, ya que en cada mesa hay un globo de helio en forma de princesa y las sillas tienen lazos de colores a juego con los vestidos de los personajes. A esta hora de la noche, los globos se han desinflado y flotan precariamente en el aire, mientras los restos de la boda, como vasos vacíos, servilletas usadas y migas de pan, cubren las mesas. No parece un cuento de hadas mágico, sino las secuelas de una fiesta de cumpleaños de una niña de cinco años.

‘Vamos a comer algo, me muero de hambre,’ dice Jack, empujándola hacia la larga mesa detrás de la pista de baile. Se abren paso entre la gente que baila y hace gestos con las manos al son del ‘YMCA’. En grandes bandejas plateadas, junto a un montón de servilletas rosas brillantes, hay bocadillos de beicon y tarta nupcial con un grueso glaseado gris. La tarta parece que podría haber sido un castillo, a juzgar por los ladrillos en miniatura ribeteados en el glaseado. Está un poco seca, pero la dulce mezcla de vainilla y mermelada de fresa despierta el

apetito de Laura, que se sirve rápidamente otro trozo, sin molestarse esta vez en coger una servilleta.

‘¿No te dan de comer? Te ves flaca, nena,’ dice Jack.

Laura tiene la boca demasiado llena de tarta para responder.

‘¿Tu boda fue así?’ le pregunta.

‘Dios mío, no. Aquí la gente se está divirtiendo.’

‘¿Cómo crees que habría sido nuestra boda?’ le pregunta, ignorando su respuesta.

‘Probablemente nos habríamos fugado a Las Vegas.’

‘Yo me habría disfrazado de imitador de Elvis. Y tú podrías haber sido...’ mira a su alrededor en busca de inspiración.

El DJ se las arregla para mezclar YMCA con ‘*Hit me baby, one more time*’, demostrando que sus habilidades son mucho mejores de lo que Laura creía.

‘Britney. Con el traje de colegiala,’ termina Jack.

Laura empieza a hacer la coreografía de la canción, mientras se lleva los puños a ambos lados de la cabeza simulando coletas.

Un grupo de invitadas la ve y se acerca a cantar con ella. ‘Creo que no te conozco.’ La novia está de pie junto a Laura, inclinada precariamente hacia ella, con los párpados caídos. La enorme tiara que lleva en la cabeza está ladeada, aunque puede que no se deba al estado de embriaguez de su portadora, sino más bien al enorme zafiro falso que la adorna. Cualquier cosa tendría dificultades para mantener el equilibrio con ese peso encima, y resulta sorprendente que la novia no lleve todavía un collarín.

‘Hablé contigo en la comida, ¿recuerdas? Mi novio es primo de Phil.’ Laura señala a Jack, que saluda alegremente a la novia diciendo, ‘¿todo bien, Charlene?’

‘Awww, sí que lo hiciste, cari. Perdona. Estoy un poco borracha.’ Aprieta los dedos índice y corazón contra su frente para indicar su pequeño nivel de embriaguez, pero el gesto la hace tropezar hacia delante.

La voz del DJ resuena a través del micrófono, justo cuando Laura agarra los hombros de la novia para evitar que se caiga. ‘Se acerca el final de la noche, amigos, así que uníos a Charlene y Phil para la última canción.’

‘Esa soy yo,’ chilla encantada la novia, mientras quien debe de ser el corpulento Phil se acerca tambaleándose, sostenido por otro hombre aún más grande, con un enorme parecido, que deber ser su hermano. Ambos llevan rosas rosadas en el ojal que han empezado a marchitarse.

‘Bubba, te quiero por delante y por detrás,’ murmura Charlene, mientras le rodea el cuello con los brazos.

‘Yo también, osito,’ contesta Phil, dando pisotones de un lado a otro a modo de baile.

Empiezan a sonar los acordes de ‘*I Have a Feeling*’ de los Black-Eyed Peas y Laura se vuelve hacia Jack, le agarra bruscamente del cuello y presiona su boca contra la de él.

EMMA - SÁBADO POR LA NOCHE

LOS EMPINADOS y desiguales escalones de hormigón que conducen a la salida de Sophbeck hacen dar un traspies a Emma, que se apresura a salir del lugar. Sus tacones no le permiten moverse tan rápido como ella desea, desesperada, corriendo para escapar de ese antro de mala muerte. Tropezaba otra vez y siente el duro filo de la escalera golpear contra su espinilla. No le cabe duda de que más tarde aparecerá un moratón oscuro que le recordará esta noche durante semanas. Cuando por fin consigue salir, el aire frío de la noche entra en sus pulmones y lo agradece después del ambiente sudoroso del club.

Se agacha, agarrándose el estómago con una mano, apoyándose en la pared de la calle con la otra, soportando su peso, insegura de sus piernas temblorosas. En una noche ha perdido al amor de su vida y a su mejor amiga. Ningún episodio de ‘Dawson Crece’ o ‘Anatomía de Grey’ la había preparado para esto. En las series de televisión, cada problema y su resolución se completaban en cada episodio digerible. Si a la protagonista le rompían el corazón, inmediatamente se presentaba otro pretendiente más atractivo. Una traición podía ocurrir, resolverse y convertirse en objeto de risas en los mismos sesenta minutos, anuncios incluidos.

Su sueño de felicidad doméstica había estado tan cerca, el mito de el dorado por fin a su alcance. ¿Por qué Laura y Simon tirarían el suyo por la borda tan cruelmente? Tenían la vida perfecta con el adorable Elliot. ¿Por qué arriesgar todo lo que Emma siempre había querido? No la casa grande y lujosa, la ropa elegante o la tarjeta de crédito sin límite, sino la familia de 2,1 hijos con su verdadero amor, Jack. Laura y Simon habían encontrado su oro californiano en los fangosos ríos del salvaje oeste y lo habían tirado de vuelta al agua, mientras Jess sostenía al mismo tiempo a una Emma que se ahogaba bajo las turbias aguas. Su mejor amiga, su protectora, había fingido actuar como salvavidas mientras causaba las corrientes que la hundían, vaya amiga.

‘¿Becky?’ oye que alguien la llama con una risita.

Todavía agachada, Emma gira instintivamente la cabeza. Curtis y Gaz están de pie al otro lado de la estrecha calle mirando en su dirección, una versión alta y otra baja de las mismas figuras delgadas con vaqueros azul oscuro, camisetas baratas con eslóganes y zapatillas blancas brillantes. Es curioso, no se había dado cuenta de que podrían ser la misma persona: solo había treinta años de trabajo en una fábrica y doscientos paquetes de cigarrillos de diferencia.

‘Demasiado alcohol, ¿eh?’, sonríe Gaz mientras caminan hacia ella.

‘No, estoy perfectamente,’ responde con un movimiento brusco de cabeza a la insólita pareja. No está de humor para hablar con ellos.

‘¡Menudo espectáculo has montado en la oficina!’ dice Curtis. ‘Siempre he querido que alguien le mandara a freír espárragos a mi padre, ya que yo no puedo hacerlo. Ojalá hubiera

podido verlo.'

'He oído que le has tirado una taza a la cabeza,' murmura Gaz. Se lleva el cigarro de liar a la boca entre el pulgar y el índice. Su mirada parece clavada en un grupo de mujeres que se encuentran más adelante (intentan sin éxito sacar a uno de sus amigos borrachos de la carretera), pero está demasiado quieto y ella sabe que espera una respuesta.

'No del todo' responde Emma.

'Qué pena,' responde Curtis. 'Aun así, debe haber sido toda una escena. Estaba de tan mal humor que ha despedido a Dan.'

'¿Qué?' El interés de Emma se dispara a su pesar.

'Sí. Dan se ha dado cuenta de que soy su hijo, pero el muy idiota ha tratado de chantajear a papá para que le ascendiera, o le denunciaría a la junta. Algo sobre un trato preferente.' Curtis se encoge de hombros. 'Como si alguna vez me han tratado mejor ...'

'Así que el señor McGuinness le ha dicho al mierdecilla que si vuelve a verle la cara en la fábrica, lo colgara de la corbata alrededor de la farola más cercana,' termina Gaz, antes de que ambos empiecen a reírse y a darse palmadas en la espalda.

'Todo el mundo le ha oído. Pensé que papá iba a tener un ataque al corazón, nunca lo he visto tan rojo.'

'¿Curtis?' Emma empieza tímidamente, pasándose el pelo por detrás de la oreja. '¿Crees que si me disculpara, pidiera perdón, mostrara que me arrepiento de lo que ha pasado ... ¿que tu padre me devolvería mi trabajo?'

Lo que ha hecho ella no es tan grave, ni de lejos, como un chantaje. En la escala ética de una revista femenina, su arrebato de ira estaría más abajo que lo que ha hecho Dan, así que quizá el Sr. McGuinness estará más dispuesto a devolverle el trabajo. También puede recalcar que es muy poco probable que pida una excedencia por una boda, luna de miel o maternidad, sobre todo dados los acontecimientos de esta noche.

'¿Por qué demonios querías hacer eso?' responde Curtis, apenas consiguiendo pronunciar sus palabras mientras Gaz y él luchan por recuperar el aliento de tanto reír.

'Tenía planes, pero se me han torcido.'

Ambos la miran interrogantes, con simétricas expresiones de perplejidad.

'Las cosas no han salido como esperaba. Necesito un trabajo,' dice despacio.

Sus expresiones desconcertadas permanecen inmutables, no adeptos a las sutilezas y matices de la lectura entre líneas.

'Iba a mudarme a Australia con alguien, pero no ha funcionado', dice, dándose por vencida con sus crípticas explicaciones. Está claro que con estos dos, solo valdría ser directa. 'Me ha engañado.' La palabra es escupida como un insulto y el asco llena su boca.

'Pero, ¿por qué necesitas ir con alguien?,' pregunta Curtis, desconcertado.

Emma detiene su risa sarcástica antes de responder, recordándose a sí misma que no es culpa suya. '¿Te mudarías sola a otro país después de que te dejara el hombre de tus sueños?'

'Sí,' responden simultáneamente Gaz y Curtis.

'Para empezar, el alquiler será más caro. ¿Y cómo voy a saber adónde ir, o conseguir un empleo sin contactos? ¡No puedo salir a comer sola!' Emma se echa las manos a la cabeza ante su sinrazón. '¿Y quién me va a ayudar con la maleta? Pesará una tonelada.'

'Puedes vivir en un hostel, mirar la bolsa de empleo en el periódico local, usar Internet, hablar con los camareros y utilizar un carrito de equipaje.' Curtis levanta un dedo con cada posible solución enumerada, irritando a Emma con su lógica y su memoria.

'Tú no me entiendes porque eres un tío.' Mientras lo dice, se da cuenta de que las palabras

son tan blandas como la solitaria lechuga del último cajón de la nevera de su casa.

‘Eso no tiene...

‘Olvidalo, es una pérdida de tiempo,’ interrumpe Gaz, apagando su cigarrillo con el pie.

‘¿Perdona?’ Emma levanta las cejas mirándole.

‘Bueno, desde mi punto de vista, estas buscando excusas, así que Curtis puede ahorrar su saliva y esfuerzo.’

‘No estoy poniendo excusas, son todo razones perfectamente lógicas.’

‘Sí, claro, ‘quién te va ayudar con la maleta’, ¿hablas en serio? ¿Eres una princesa que tiene miedo de romperse la uña del meñique?’ Su labio inferior cuelga vacío sin el cigarro, mirándola con desprecio. ‘Necesito una cerveza, tío. ¿Vienes?’

‘Dame cinco minutos, nos vemos en ‘*The Crown*’’. Curtis le hace un gesto con la mano y asiente, apaciguando, cuando Gaz le levanta las cejas.

Cuando se da la vuelta, Emma puede distinguir los murmullos de Gaz. ‘Maldita maleta, ¿me tomas el pelo?’

Mira a Curtis cuando Gaz está lo suficientemente lejos como para no oírla. ‘No necesito que me sermonees, ha sido una noche muy larga.’

‘Razón de más para escucharme entonces,’ responde Curtis, impertérrito. ‘Mira, te has enfrentado a mi padre, algo que yo nunca me he atrevido a hacer, ¿y ahora te quejas de un tío? ¡No lo necesitas para ir a ninguna parte! Cualquiera que sea capaz de decirle al señor McGuinness que se calle, puede ir hasta el fin del mundo.’

‘No es tan fácil,’ protesta.

‘Pareció bastante sencillo ayer, ¿por qué no ahora? Otro país con sol y mar suena mejor que estar atrapada en la fábrica otros tres años.’

‘¿Quién te ha hecho a ti experto en mi vida?’

‘Nadie, supongo. Pero eres guapa, inteligente y podría ir a visitarte.’ Curtis se mira los pies, pero Emma aún puede ver sus mejillas y su nariz rojas, una luminosidad digna de un reno navideño que brilla en la oscuridad. Curtis empieza a alejarse, persiguiendo la figura de Gaz que desaparece, gritando detrás de él, ‘¡piénsatelo!’

Emma pone los ojos en blanco, incrédula ante el cielo nocturno. La luna creciente está salpicada de marcas plateadas y sólo se ven algunas estrellas aisladas debido a la contaminación lumínica de la ciudad. Su vida se ha arruinado en una sola noche y ahora la está sermoneando un flacucho adolescente con herpes en la boca y camisetas de promoción baratas. Su vida se hunde en los mismos charcos que se han formado en el pavimento agrietado. La tenue luz amarilla que anuncia el nombre de Sophbeck nada en el agua sucia, la escritura distorsionada en el reflejo.

Después de unas semanas, todo se habrá calmado, piensa. Volverá a trabajar, en la fábrica o en otro sitio, se buscará otro piso de una habitación, se reunirá con sus amigas todos los sábados por la noche para tomar algo e intentará encontrar al Sr. Perfecto teniendo una serie de citas inadecuadas. Puede que incluso perdone a Jess. Todo estará perfectamente bien otra vez. *Olvidate del felizlandia que habías imaginado.*

‘¿Estás esperando?’ le pregunta un taxista por la ventanilla parcialmente abierta de su vehicula. A pesar de sus hinchadas ojeras, surcadas de pequeñas arterias rojas, lo que Emma nota son sus amables ojos azules, preocupados por ella. Le recuerda a la mirada de un abuelo hacia sus nietos.

Se sienta en el asiento trasero de cuero y le da su dirección mientras él cambia la emisora de radio. No tarda en oírse por los altavoces la canción ‘*Fast Car*’. Emma se alegra de que sea la versión original de Tracey Chapman. Nunca le han gustado las interpretaciones disco, rápidas y

bailables, prefiriendo la esperanza tranquila de la vulnerable voz de la cantante. Es curioso, esta noche el estribillo le recuerda una época en la que estaba un poco menos asustada.

'No te importa, ¿verdad?'

'En absoluto', responde ella acomodándose en el asiento, escuchando las palabras.

'¿Has tenido una buena noche?'

'La verdad es que no,' responde ella, frunciendo las cejas y dejando que aparezcan las conocidas líneas que su madre siempre le dice que se convertirán en arrugas, 'pero no pasa nada.'

'Siento oír eso. Estoy seguro de que las cosas se arreglarán solas, siempre tienden a hacerlo. ¿Celebrabas algo en especial?'

'Supongo ha sido mi despedida.'

'¿Trabajo nuevo?'

'No, me mudo de país.'

JESS - SÁBADO NOCHE

LAS RODAJAS de sal y limón permanecen ignoradas en la barra, la fruta nadando en un líquido claro viscoso tantas horas después de haber sido cortadas al principio del turno. Jess cree que se burlan de ella, que son pretenciosos e innecesarios acompañantes del tequila cuando se bebe solo, sin amigos que lleven a cabo la orquestada farsa de untarse la sal en el puño y chupar el limón mientras se quejan de su asqueroso sabor. Hay cuatro vasos vacíos a su lado, y el quinto en la mano de Jess va en la misma dirección. Quizá también fue así como su madre empezó a beber, sola en un concurrido club un sábado por la noche tras darse cuenta de que lo que siempre había fingido ser era mentira. No es que tocara fondo, es más bien un aterrizaje forzado sin casco desde 18 metros de altura en una taza de té llena de medusas.

‘Otra,’ ordena al camarero, no es momento para modales.

La mira por debajo de la nariz mientras le tiende otro vaso. ‘Este es el último.’

‘Creo que ya soy mayorcita para tomas mis propias decisiones.’

‘Puedes irte por tu cuenta o llamo a los seguratas, tú eliges.’ Su voz suena como la de un profesor, severa, directa y desagradable, demasiado acostumbrado a tratar con clientes que buscan soluciones en el fondo de sus vasos vacíos.

Jess frunce el ceño y se bebe el chupito, golpeándolo con fuerza contra la barra antes de restregarse la boca. Resiste el impulso de enseñarle el culo como hizo con su profesor en su undécimo curso. No se merece el espectáculo, y si este antro no le sirve más alcohol, buscará otro que sí lo haga. Matishe, a la vuelta de la esquina, no es tan quisquilloso, y no le importa quitar el dinero a los borrachos. Jess sólo quiere, no, necesita más alcohol para adormecer su mente, y entonces podrá encontrar a alguien que acalle el dolor de su pecho. Tiene que clavar sus dedos en la espalda de alguien, cavar fuerte hasta que sus uñas dejen marcas rojas y furiosas, sus piernas abiertas hasta que la llenen de cualquier cosa menos este dolor que tiene ahora, y así pueda olvidar todo lo que ha pasado y las palabras de Emma. Pero antes, necesita más tequila.

Al salir, se detiene en los aseos y encuentra a una mujer con el rímel corrido y un top verde de lentejuelas que golpea la puerta de uno de los cubículos. Cada vez que levanta la mano para aporrear la puerta, el material capta la luz y a Jess le recuerda a los tritones de Harry Potter, con sus feos cuerpos viscosos deslizándose por el lago lleno de algas. Sólo vio la película por Emma, y el fugaz recuerdo de su mejor amiga le escuece (ahora es su ex mejor amiga). ¿Será siempre así? ¿Cada recuerdo se volverá agri dulce y teñido de tristeza?

‘¡Oye! Llevas un montón de tiempo, me voy a mear encima.’

‘Deja de gritar, gilipollas,’ le dice Jess. ‘Deberías hacer ejercicios de suelo pélvico si no puedes aguantar lo suficiente en la cola del baño.’

Se abre la puerta de otro cubículo y las lentejuelas verdes le gruñen mientras la mujer entra

corriendo sin tiempo para réplicas, un suspiro de alivio escapándose del interior del cubículo. Jess pone los ojos en blanco y espera a que se abra otra puerta. No se oye ningún ruido procedente de detrás de la puerta que la mujer intentaba abrir y, curiosa, gira el picaporte y empuja. La puerta marrón se abre sólo un poco, porque algo la detiene desde dentro. Intenta empujar con más fuerza, pero sea lo que sea, esta contra la puerta.

Del cubículo de al lado sale un tipo con camisa de cuadros y corte a tazón, con las braguetas aún abiertas, a la vista el chillón material plateado de su ropa interior. Jess no está aún tan desesperada, así que ignora sus miradas apreciativas y se mete en el cubículo que él ha desocupado, cerrando firmemente la puerta tras de sí. Hay un tubo metálico que va del retrete a la cisterna de arriba, y utilizando el tirador de la cisterna como escalón, se impulsa para mirar por encima de la pared que separa los cubículos.

Un cuerpo está acurrucado alrededor de la taza del váter, ocupando todo el espacio del suelo con el trasero apretado contra la puerta. La raja de su culo asoma por encima de la cintura de unos pantalones negros que se han desprendido hacia abajo y una capa de grasa se desborda a los lados de la cintura. Hay vomito en el suelo y un charco de espesa baba rosa (¿vino tinto?) cubre las ya sucias baldosas con pequeñas burbujas de saliva y trozos de comida inidentificables flotando en el pegajoso líquido. La cara del tipo está tumbada en ella. Si Jess fuera religiosa, pensaría que un ser superior le está enviando un recordatorio de que, pase lo que pase, alguien, en algún lugar, siempre está en peor situación que ella.

‘Eh, ¿estás despierto?’ le grita, inútilmente. Si los gritos, los golpes en la puerta y varios empujones contra ella no lo han despertado, unas preguntas en voz alta tampoco lo harán.

Jess no está precisamente en forma, ni siquiera cuando en estado sobrio, así que tiene que esforzarse para levantar su cuerpo, pasando una pierna por encima de la pared, y asiéndose para levantar su peso. Se está poniendo roja, apretada entre el techo y la pared de madera, cuando la mujer de lentejuelas verdes sale del baño.

‘Ahora no pareces tan lista, guapa,’ dice con una carcajada.

‘Déjalo ya y échame una mano, ¿quieres? Alguien se ha desmayado aquí dentro,’ resopla Jess, con la madera barata clavándose en su entrepierna.

Más que bajar al baño, cae en él, con una bota chapoteando en el agua del retrete y la otra pisando con fuerza el muslo del hombre. A duras penas consigue evitar caer al suelo y al charco de vómitos. Se agarra a la tapa del váter, contrayendo cuatro tipos diferentes de ETS en el proceso.

‘¿A qué esperas? Abre la puerta,’ gruñe la mujer de lentejuelas verdes.

Jess se baja con cuidado al suelo e intenta levantar el cuerpo sin tocar las babas, pero el tipo pesa una barbaridad y nunca se había dado cuenta de lo incómodo que es mover un peso muerto. Al final, se quita el jersey y se tapa la boca con la camiseta, ya que el vómito se le pega a las manos y los brazos cuando lo desplaza hacia un lado para conseguir espacio suficiente para abrir la puerta. En cuanto termine, tirará el top a la basura, pero tiene que proteger su jersey. Es uno de sus favoritos, uno pijo que le robó a Simon después de un polvo entre semana y que está holgado en todos los sitios correctos.

‘Demonios, no tiene buena pinta,’ dice la mujer en un súbito arrebató de actividad. Lo tumba de lado y le abre la boca. Su piel está húmeda y su respiración parece lenta y profunda. Es entonces cuando Jess ve el cuello blanco con volantes y reconoce al DJ de Sophbeck, el que ha puesto la horrible música rota de feria. Espera que no sea lo que ha dicho ella que haya causado su sobredosis

‘No te quedes ahí, dile al personal que llame a una ambulancia, creo que se ha tomado algo,’

ladra la mujer.

Se llama Jackie. Y, sorprendentemente para alguien con rímel corrido y un gusto horrible para la ropa, solía ser enfermera. Eso fue antes de que demasiados turnos de doce horas, muertes y familiares maleducados la hicieran desistir. La gota que colmó el vaso fue cuando convirtieron la sala de descanso del personal en un armario para los contenedores de basura. ‘El único sitio que me quedaba para comer era el baño, y yo no como donde cagan los demás.’

Jess se entera de todo esto mientras esperan juntas a que lleguen los paramédicos, junto a un cartel en las puertas de los aseos que dice ‘Fuera de servicio’. Es lo único que el personal ha aportado para el bienestar de su DJ antes de lavarse las manos. ‘Son autónomos, nada que ver con nosotros,’ le han dicho, antes de volver a servir bebidas en el bar a los sedientos asistentes al club, mientras la noche sigue como si nada estuviera pasando.

‘Muy bien, muy bien, ¿qué tenemos aquí?,’ dice un hombre gordo con uniforme verde de paramédico al entrar. Está sudando a mares por el esfuerzo de entrar en el club y colarse entre todos los fiesteros, y su calva está cubierta de un brillo transparente que le hace parecer una bola de bolos recién encerada. Una joven compañera le sigue tímidamente, y Jess se pregunta si le habrán pedido el carné en la puerta.

‘Creo que es una intoxicación etílica aguda, posiblemente mezclada con una sobredosis de drogas,’ responde Jackie.

‘Vaya. Mira, Abbey, pequeña, aquí tenemos a alguien que sabe usar Google,’ responde el tipo, asintiendo a su colega. ‘No hace falta hacer prácticas ni estudiar, todo el mundo es médico con Internet’.

‘Cabrón,’ murmura Jackie en voz baja mientras el paramédico comprueba las pupilas del DJ y cuenta su pulso, sin ninguna sensación de urgencia.

‘¿Y? ¿Tenía razón o no?’ replica Jackie.

‘Tal vez, es difícil de decir. Tendremos que llevarlo al hospital.’ Mira a Jess. ‘Haz algo útil y baja a los porteros. No hay ascensor y yo no voy a cagar con el.’

El portero que vigila el baño se iza al DJ al hombro como si fuera un saco de harina y lo sube sin contemplaciones por las escaleras. La cabeza del DJ se tambalea de un lado a otro y golpea la pared de ladrillo al menos una vez, mientras sus brazos cuelgan inútilmente hacia abajo.

‘¿Vienes?’ le pregunta el paramédico desde la ambulancia.

‘¿Perdona?’ Jess frunce el ceño.

‘Sube, no tengo toda la noche.’

‘Pero no sé quién...’

‘Vamos, asegúrate de que está bien, le vendrá bien una cara amiga cuando se despierte,’ la presiona Jackie. ‘Yo iría, pero estoy en medio de una cita. No es mi tipo, pero creo que hay posibilidades de un polvo.’

Jess siente la tentación de pedirle el número a Jackie. Parecen almas gemelas o, al menos, hermanas separadas al nacer, pero antes de que pueda decir nada ya ha entrado en la ambulancia y la puerta se cierra firmemente tras ella.

‘Espera a que cuente a mis amigos que he estado en Sophbeck. Van a pensar que soy superguay’, comenta la joven paramédico.

Nunca antes y hoy dos veces en el mismo día. Espera que las visitas a los hospitales no empiecen a convertirse en un hábito, como untar mermelada antes que nata en un bollo o ponerse la ropa

interior del revés en Nochevieja. Los han metido en una sala lateral de urgencias, y varias enfermeras han venido periódicamente a tomarle el pulso al DJ, la temperatura y los niveles de oxígeno. Un médico de aspecto aburrido dijo que probablemente había tomado algo, pero que no corría peligro y que sólo tenían que esperar. ‘Pídele a tu novio que la próxima vez no beba demasiado alcohol. Nos estás llenando las camas los sábados por la noche.’ Antes de que Jess pudiera corregirle, había pasado al siguiente borracho que buscaba una escapatoria.

Cuanto más tiempo pasa Jess junto a ‘su novio’, más le parece que tiene un aspecto poco propio de un DJ. Desde la suave capa de grasa que cubre su pálido cuerpo, hasta la sencilla ropa negra y las gafas de montura gruesa, parece más adecuado para una convención gótica que para una cabina de música. Siempre ha pensado que los DJ son gente enjuta, que quema calorías tomando pastillas y bailando enérgicamente al ritmo de su música techno mientras visten camisetas holgadas que promocionan el último garito de Ibiza.

Pero tampoco ella había demostrado ser lo que parecía, después de todo, es culpa suya que Emma la haya dejado. Se había engañado a sí misma diciendo que quería mantener a Emma a salvo y feliz cuando en realidad, estaba siendo egoísta y pensando solo en ella misma. Era buena leyendo a los demás, pero no podía leerse a sí misma. ¿Cuál era el dicho que siempre usaba su abuelo? En casa de herrero, se come con cuchillos de palo. ¿Tenía razón Emma? ¿Había alejado a todos los que habían intentado amarla? Ni siquiera sabía si era verdad.

Al principio, Simon la había llevado en citas románticas, pero ella siempre había iniciado sexo, a veces incluso se había insinuado sólo para demostrarse a sí misma que eso era todo lo que él quería. Y cuando dejó embarazada a Laura, se dijo a sí misma que era la prueba que siempre había estado esperando. Podía seguir disfrutando de su dinero sin remordimientos de conciencia porque no era ella la que estaba casada o tenía un bebé, y siempre se había tratado sólo de echar un polvo. Nunca había pensado en Laura ni en ninguna otra persona a la que pudiera estar haciendo daño. Emma probablemente tenía razón, y había sido culpa suya que Laura hubiera acabado con Jack, queriendo vengarse de Simon.

Su abuelo siempre se había asegurado de que comiera, se lavara los dientes y tuviera ropa limpia. Pero ella siempre había tenido la sensación de que lo hacía por obligación, más que por deseo. ¿Había estado ciega al hecho de que era su forma de demostrarle su amor? No puede decirlo, ahora mismo no está segura de nada más que de haber arruinado su amistad con Emma, una de las pocas cosas buenas que tenía, quizás la única.

‘¿Dónde estoy?’ susurra una voz suave. Los ojos del DJ parpadean mientras intenta mirar a su alrededor.

‘El infierno, o urgencias un sábado por la noche, que viene a ser lo mismo.’

‘¿Qué me ha pasado?’

‘Sólo tú puedes saberlo, pero supongo que hay al menos cien libras de alcohol y drogas recreativas bombeando por tu sangre.’

El tipo hace un esfuerzo por tragar con un sonido audible, pero le cuesta. ‘Ni siquiera fui capaz de realizar esta acción correctamente.’

‘Bueno, tu música era una basura, pero seguro que solo necesitas algo de práctica. O una suscripción a Spotify al menos.’

‘No. Me refiero a esto. No esperaba ver otro amanecer desesperanzador.’

‘¿Puedes hablar como una persona normal, por favor?’ Jess busca a su alrededor el botón de llamada a la enfermera. Quizá se había golpeado la cabeza contra la pared más fuerte de lo que ella pensaba.

‘Dime, ¿alguna vez has sentido que la vida es sólo de un tono de gris? ¿Una habitación

oscura en la que ni siquiera parpadea una vela?’

Jesús, lo prefería cuando estaba inconsciente.

‘Mi vida no es lo que esperaba. Soy un artista fracasado y trabajo como gestor de compras. Así es como se desvanecen los sueños de la infancia,’ ríe sarcásticamente.

‘Creía que eras DJ,’ comenta Jess.

‘El club tuvo la amabilidad de darme una oportunidad.’ Mira de reojo a Jess. ‘Supongo que ayudó que les pagara por ello, pero mi música no fue bien recibida por la clientela. Una mujer incluso me dijo que no debería dejar mi trabajo.’

‘Menuda zorra,’ responde Jess. Si no le ha reconocido, ella no va a recordarle que ha sido ella quien se lo ha dicho.

‘Esta semana ha sido una serie prolongada de acontecimientos desafortunados.’

‘Tú y yo, juntos, colega,’ replica Jess con un bufido.

‘Sabes, por primera vez en tres años, tuve una cita. Me anime por fin a subscribirme a una cadena comercial para establecer una relación, pensé que me beneficiaría.’

‘¿Y?’

‘Disfruté mucho de su compañía. Desgraciadamente, tuvimos que interrumpir nuestro encuentro porque se sintió indispuesta y tuvo que marcharse. Pero cuando volví a ponerme en contacto con ella, me contestó que no iba a funcionar. Al parecer, unas horas a mi lado habían sido suficientes.’

‘Regodearte en tu autocompasión no es atractivo.’ Jess se frota los ojos. ‘Todos tenemos problemas. Mi abuelo se está muriendo y mi mejor amigo desearía no haberme conocido nunca, pero no me ves hablando de ello como un disco rayado.’

‘Siempre he sentido envidia de la gente que puede llamar mejor amigo a otro. Envidio la dedicación que tienen el uno por el otro, la cercanía y la confianza.’

‘Sí, bueno, ya no lo tengo.’ Jess se encoge de hombros. ‘Fui una vaca mentirosa que arruinó sus relaciones.’

‘¿Por qué no te disculpas? De lo contrario, podrías encontrarte como yo, confiando en la amabilidad de los extraños para pasar la noche sin saber si la suerte volverá a sonreírte la próxima vez.’

La cortina azul se abre y el médico asoma la cabeza. ‘Si estas despierto y hablando, el alcohol debe de estar yéndose de tu cuerpo. ¿Puedes ir al mostrador y pedirle a la enfermera que te dé el alta, por favor? Tengo una sala de espera llena de gente deseando ser atendida.’ Su cabeza desaparece sin esperar respuesta.

‘Gracias por esperar conmigo.’ El tipo se sienta despacio. ‘Mi nombre es Iago, por cierto.’

‘Jess.’

‘Bueno, encantado de conocerte. Siento lo de tu abuelo’. Iago estira los brazos, y el movimiento parece hacer que le duela la cabeza, ya que se la agarra para mantenerla en su sitio con ambas manos. ‘Creo que intentaré ver si puedo tomar un café en algún lugar de este establecimiento clínico. ¿Me acompañas?’

Jess observa al extraño hombre que tiene delante y mira el reloj de pared que hay detrás. Son las dos de la madrugada y el horario de visitas en la planta de su abuelo empieza a las nueve. Está segura de que pueden encontrar una versión de ‘Place in the Sun’ en su móvil. Además, ahora mismo le vendría de perlas un sandwich de beicon, y ¿dónde podría encontrar una a estas horas si no es en la cafetería de un hospital que atiende al personal del turno de noche?

‘Claro,’ responde ella.

LAURA - DOMINGO A PRIMERA HORA

UNA COLECCIÓN de latas de Coca-Cola y Red Bull entre montones de ropa sucia adorna el suelo junto a la cama. Monedas de cobre apiladas con precisión amenazan con caer de la mesilla de noche, donde se balancean junto a un paquete vacío de pilas AA, unas tijeras pequeñas de plata y una vela fundida. La esquina de un paquete de condones asoma por debajo de la cama. Laura intenta no pensar en lo que significa y se concentra en el patrón apenas visible de la alfombra azul marino.

Es como si el tiempo se hubiera detenido hace dos años, un mundo congelado en una realidad alternativa que esperaba su regreso para continuar. Su castillo de la bella durmiente bajo el hechizo de la bruja malvada. Esta noche es como tantas otras que ha vivido en otros tiempos, pero que ha intentado borrar de su mente. Alcohol en su aliento, extremidades sudorosas enredadas, moratones de agarrarse tan fuerte a su cuerpo y roncros gemidos que emanan de su garganta y que no puede contener.

No está segura de cómo ha acabado aquí. Entiende la serie de acciones físicas que la han llevado a yacer desnuda en la cama de Jack, pero es como si alguien la estuviera empujando hacia delante, y fuera una marioneta en un teatro de cartón. Después de colarse en la boda, habían ido a un club de copas dos puertas más abajo para seguir bebiendo. No se había sorprendido cuando el personal de la puerta saludó a Jack como si fuera a un viejo amigo: él siempre había conocido todos los sitios populares y de moda y nunca había tenido que hacer cola para entrar. Jack y ella habían recordado viejos tiempos, noches de fiesta y amigos del pasado con los que ella no había mantenido el contacto. No tenía sentido sin Jack.

Es solo ahora cuando se pregunta cómo ha acabado Emma. Con una punzada de culpabilidad, recuerda sus ojos brillantes cuando hablaba del chico nuevo que había conocido. El mismo tipo que ahora está tumbado a su lado, desnudo de espaldas a ella, con un condón usado en el suelo. El que gira la cabeza para mirarla y sonríe.

‘Hola, nena.’

‘Hola.’

Estira sus brazos y la acerca a él, acurrucando su cuerpo contra su pecho. ‘¿Alguna vez has pensado en lo que podría haber sido?’

‘¿Qué quieres decir?’

‘Nosotros. Somos una buena pareja.’ El sonido de su respiración es el único ruido que responde a la pregunta de Jack.

‘Nena, ven conmigo a Australia,’ dice Jack mientras refuerza su abrazo.

Laura ha temido toda la noche que pudiera llegar a esto. La oportunidad de enmendar algunos de sus errores del pasado, de retroceder en el tiempo. Tiene miedo de lo que quiere, de lo

que podría significar. ‘Pensé que ibas con Emma,’ responde para ganar tiempo.

‘¿Emma?’ Jack la suelta y se apoya en la cama. ‘¿Cómo sabes...? No importa.’ Sacude la cabeza. ‘No, no voy a ir con ella.’ Se acomoda a su lado y vuelve a rodearla con el brazo. Laura siente el calor de su aliento en la nuca. ‘Sé que parece una locura, pero te encantaría el sitio. ¿No te has arrepentido nunca de no haber ido?’

‘Quizá,’ admite, ‘pero las cosas entre nosotros no terminaron exactamente bien, ¿verdad?’

‘Sobre eso, lo siento, cariño, de verdad que lo siento. Debería haber ido contigo. Me pilló por sorpresa, eso es todo.’ Aprieta su cuerpo contra el de ella. ‘Te prometo que cuidaré de ti esta vez. Ven.’

‘Estoy casada, Jack,’ responde ella.

‘¿Eres feliz?’ Le obliga a girar el cuerpo para que se ponga frente a él.

‘¿Qué quieres decir?’

‘Lo que he dicho, ¿eres feliz? Es una pregunta bastante simple.’

‘No estoy segura de lo que pretendes,’ responde Laura, dándose la vuelta. No quiere enfrentarse a su interrogatorio, no quiere tener que dar respuestas.

‘Sólo te he hecho una pregunta, no intento hacer nada.’ Puede sentir sus ojos clavándose en su espalda. ‘¿Vas a responderme?’

‘Tengo un marido, una casa preciosa...’ Laura se interrumpe, insegura de qué más incluir en su lista.

‘No es eso lo que he preguntado.’

‘¿Qué quieres que te diga?’ Enarca las cejas y finalmente se sienta para mirarle.

‘Ven conmigo, Laura. Hagamos lo que deberíamos haber hecho hace dos años,’ responde él, cogiéndole las dos manos.

‘¿Te has vuelto loco?’ Su boca se tuerce en una mueca de desdén.

‘No más loco que tú. En un trabajo que no te gusta, un marido que odias, sin amigos y una ciudad donde no perteneces.’

Laura se da cuenta demasiado tarde de que ha revelado demasiado a lo largo de la noche con sus interminables quejas. ‘Gracias. Por hacer que mi vida suene tan mierda como me siento.’ Se levanta de la cama y se pone delante de él, con el cuerpo desnudo al descubierto mientras rebusca el suelo en busca de su ropa.

‘No quería decir eso.’

‘Sí que querías.’ Detiene su búsqueda para mirarle. ‘Dime, ¿qué sacas tú de todo esto? ¿Te hace sentir bien pensar que tomé la decisión equivocada y que debería haberme ido contigo?’

‘Lo siento,’ responde Jack, pasándose la mano por el pelo.

‘No me vengas con disculpas cuando eso es lo que piensas,’ dice levantando las manos. ‘Pero, ¿cómo estás tan seguro de que habría acabado mejor si me hubiera ido contigo?’

‘Porque te quiero,’ responde levantándose de la cama y acercándose a ella.

‘Ja, ja. Esa es buena.’ Se cruza de brazos.

‘¿Qué?,’ responde frunciendo el ceño.

‘Te fuiste, ¿recuerdas?’ Le clava el dedo en el pecho. ‘Cuando más te necesitaba, no pudiste huir lo suficientemente rápido con los malditos billetes de avión que yo había comprado. ¿Y ahora crees que sabes lo que es mejor para mí? Menudo chiste.’

Los dos están desnudos uno frente al otro, sin saber qué decir a continuación, cómo arreglar las cosas. La conversación no ha salido como ninguno de los dos quería.

‘Me voy a casa’ dice Laura, dándose la vuelta y, habiendo localizado por fin su ropa, empieza a ponérsela. Jack la observa, todavía de pie y sin saber qué hacer.

Cuando Laura se apoya en la mesa para ponerse los zapatos, tira su cartera al suelo. Jack se inclina automáticamente para recogerla. ‘¿Quién es?’

Laura, agachada y mirando al suelo, se congela, un escalofrío recorre su cuerpo y sus ojos se fijan en la moqueta azul barata.

‘¿Laura?’ Jack la mira, esperando.

Se acerca para coger la cartera abierta, pero Jack no lo suelta. Sólo se había hecho esas estúpidas fotos para apaciguar a sus suegros, que habían pagado la sesión para tener unos retratos profesionales de Elliot. Cuando fueron a recogerlos, el fotógrafo le dio una pequeña copia para que la llevara consigo y, con la madre de Simon sonriéndole, la había metido en su cartera, como su suegra esperaba de ella. Ahora, mirando hacia atrás, desearía haberla partido por la mitad allí mismo. ‘El sobrino de Simon,’ responde unos segundos demasiado tarde. ‘Se quieren mucho.’

Ni Jack ni Laura sueltan la cartera, ambos tirando ligeramente en direcciones opuestas.

‘¿Cuántos años tiene?’ pregunta Jack despacio.

‘Oh, como cinco meses, ¿algo así? No lo recuerdo bien, todos los niños me parecen iguales.’ Esboza una sonrisa falsa.

Jack tira con fuerza y le arrebató la cartera. Mira la foto de cerca, casi rozándola con la nariz. ‘Se parece a mí,’ dice sin apartar los ojos de la imagen.

‘No, es igual que Simon cuando era un bebé,’ dice demasiado rápido.

Jack mira al techo, inspirando con dificultad antes de volver a mirarla, con el rostro sombrío. ‘Tuviste al mocosito. No dijiste nada y lo tuviste,’ dice, intentando controlar su voz.

Laura entrecierra los ojos y ladea la cabeza mirando a Jack. Habían pasado dos años desde la última vez que lo vio, pero en ese tiempo, no había perdido su habilidad para presionar sus botones exactamente de la manera correcta, siempre sabía exactamente qué decir, o no decir, para obtener una reacción de ella. ‘¿Mocosito?’ dice, sacudiendo la cabeza y cruzándose de brazos. ‘Estás hablando de un niño.’

‘Sí, el que no debías haber tenido,’ susurra, inclinándose hacia ella.

Está tan cerca que ella puede oler en su aliento el último vodka red bull que se ha bebido. Las venas de su frente están hinchadas y un tenue brillo sudoroso las hace resplandecer a pesar de la poca luz. ‘¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Quedarme en este país de mierda porque no me hiciste caso e hiciste lo que te dio la gana?’

Su puño golpea la pared y una mancha de sangre marca la pared en el lugar exacto donde se agrieta el yeso. Laura se estremece al oír el impacto y espera unos segundos antes de responder en voz baja. ‘Cómo cambian las cosas. Hace cinco minutos decías que me querías y que siempre cuidarías de mí.’

‘Hace cinco minutos, no sabía que habías tenido al mocosito,’ responde entre dientes sin levantar la vista.

‘¿Cómo te atreves a llamarle así?’ Laura planta los pies delante de Jack y saca pecho. ‘Vete y no vuelvas nunca. No te pongas jamás en contacto conmigo o con mi hijo. No te necesitamos, somos felices nosotros solos.’ Y con esas palabras, Laura finalmente echa a Jack de su vida.

Laura tantea con la llave el cerrojo de la puerta principal. Culpa al alcohol, pero sabe que es la rabia lo que entorpece sus dedos. Como represalia, tira los tacones por el pasillo. Sabe que está haciendo ruido, que el sonido de sus pasos resuena por toda la casa, pero ahora mismo la velocidad es más importante que el silencio, así que no le importa, tiene que ver a alguien.

Abre la puerta rápidamente, las bisagras chirrían al empujar hacia delante el pomo de cerámica. Elliot está tumbado de lado en la cuna blanca, con la respiración superficial de un ratoncito que mueve su estómago hacia dentro y hacia fuera. Incluso desde aquí puede oler el gel de baño de lavanda en su piel a través de la barandilla. Se acerca a él y lo coge con cuidado, sin importarle si se despierta. Es suave y blandito, con su deliciosa grasa de bebé y sus rollitos que se arrugan en los pliegues donde ella hunde la nariz y aspira con fuerza. Es el olor más dulce que ha inhalado nunca. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Al sentir el peso de su hijo entre los brazos, la invade una abrumadora necesidad de mantenerle a salvo, de protegerlo de todos los insultos, daños y peligros que puedan acecharle. Al fin y al cabo, sólo se tienen el uno al otro.

Elliot se mueve y acurruca la cara en su pecho, subiendo los brazos para apoyarlos en sus hombros. Ella se sienta en la silla de lactancia y lo mira como si lo viera por primera vez.

EPÍLOGO

‘HOLA, *Posh*. ¿Cómo estás? ¿Ya has reventado?’

‘Dios no, me quedan cuatro meses más. Pero ojalá hubiera dado ya a luz, estoy muy incómoda,’ se queja Emma. ‘Este bebé disfruta dándome patadas en las costillas cada vez que puede.’

Jess sonríe al móvil al otro lado de la línea. ‘Seguro que niño. Te espera toda una vida de pis en la taza del váter.’

‘Genial. Pero, dime, ¿cómo estás tu? Y por favor, no me cuentes el sol que hace o lo bronceada que estás, aquí no ha hecho más que llover toda la primavera.’

Jess levanta la cabeza y mira la interminable extensión de agua que tiene delante, el sol difuminando el horizonte de tal modo que no sabe dónde acaba el mar y empieza el cielo. Pequeñas olas chocan contra la orilla, creando espuma blanca al rodar sobre la fina arena. Es mitad de semana, así que sólo hay unos pocos *body boarders* y surfistas deslizándose sobre las olas, gráciles incluso cuando caen. Jess hunde aún más los pies en la arena caliente, las marcas en el bronceado de sus chanclas hacen que parezcan gofres recién horneados. Incluso a través de la gorra de béisbol, puede sentir el calor del sol en el cuero cabelludo. La playa estará más concurrida más tarde, cuando terminen los oficinistas y los niños, pero por la mañana es tranquila y silenciosa, casi sólo suya.

Australia no ha sido lo que ella esperaba, o mejor dicho, ha sido exactamente lo que esperaba y le encanta más de lo que se atreve a admitir. Nunca se habría imaginado como una aficionada de las playas después de haber crecido en una casa adosada en el centro de una ciudad, con sólo una maceta como jardín (y cuyo uso era de cenicero para los cigarrillos de su abuelo). Pero aquí estaba, con el pelo ondulado y decolorado por el sol, luciendo unos shorts vaqueros deshilachados y un top de bikini teñido estilo hippie. Incluso es voluntaria en el hospital de koalas, por el amor de Dios: la mujer en el supermercado que pedía donativos le había contado que la clamidia estaba muy extendida entre ellos y Jess se había encariñado con las peludas bolas de pelusa.

El dinero de la herencia de su abuelo disminuye poco a poco, pero ella está segura de que a él no le importaría. Al fin y al cabo, fue a causa de su consejo por lo que había acabado aquí. Tras un infernal vuelo de 24 horas, encontró a Emma llorando en un hostel después de tener que ducharse en el baño compartido, donde había una compresa usada pegada al suelo. Su familia protectora y su cobijada vida no la habían preparado para una vida comunal de bajo presupuesto. Un par de ginebras con tónica y algunas disculpas más tarde, estaba compartiendo el Air BnB más privado de Jess. Se lo habían pasado tan bien durante las tres semanas que habían pasado aquí que a Jess le pareció un buen lugar al que volver tras la muerte de su abuelo. La vida parecía

más agradable con un cóctel a lado del mar y crema solar factor 50 en la estantería del baño.

Jess aún se avergüenza de lo egoísta que había sido bajo el pretexto de proteger a Emma. Siempre se había imaginado a sí misma como la heroína Lara Croft que protegía a su amiga de la angustia y los peligros del mundo moderno, pero durante todo ese tiempo era Emma la que estaba salvando a Jess con su amistad y amabilidad, viéndola como la farsante que era.

Por suerte, al final todo había salido bien. Curtis la trata como a una princesa, y ayuda que ahora sea el director de la empresa de su padre. Aunque no es que Emma necesite su dinero, ahora que su novela ha llegado a la lista de los libros más vendidos (¿quién iba a decir que había un mercado para las historias románticas más allá de la muerte? La BBC incluso se ha puesto en contacto con ella para hacer una serie, aunque Jess no cree que vayan a elegir a su actriz principal preferida de ‘Anatomía de Grey’, al parecer, quieren a alguien ‘más fresco’, es decir, joven.

Jess recibe cotilleos sobre Simon de Emma, cuando queda con Laura para su almuerzo mensual de los sábados. Han ido a terapia de pareja y Laura ha estado recibiendo ayuda para la depresión posparto. Después de que Laura le explicara que no sabía quién era Jack antes de besarle, Emma lo atribuyó a la rabia de descubrir la aventura de Simon. Emma nunca le ha contado a Laura que era Jess con quien tenía una aventura, algunas cosas es mejor no decirlas. Jess les desea lo mejor, y espera que puedan hacer funcionar su relación, todo el mundo merece una oportunidad de ser feliz. Aunque tal vez no Jack, ella se encargó de eso - unas bolsas escondidas de pastillas en el club y algunas llamadas anónimas le habían proporcionado un viaje, aunque no el que él quería, cortesía de uno de los mejores establecimientos del Gobierno. Puede que Jess esté ahora en plan zen, pero eso no significa que un imbécil como él pueda pisotearla a ella o a Emma.

Una de las surfistas rema hasta la orilla y salta de su tabla. Agita su larga melena oscura, rociando miles de gotas de agua a su alrededor como un caniche, antes de hacer un gesto impaciente para que Jess se una a ella en el agua. Señala su teléfono y levanta un dedo hacia ella, haciéndole saber que tardará un minuto. Sonríe a Jess y se acerca para besarla en la boca antes de susurrarle: ‘Date prisa, las olas no esperan.’ Jess le devuelve la sonrisa. Es agradable sentirse querida y deseada, ha apartado a la gente durante demasiado tiempo.

‘No te preocupes, *Posh*. Ha estado diluviando, no tienes nada que envidiar.’

MANTÉNTE EN CONTACTO

Gracias por comprar y leer mi novela. Si te ha gustado Felizlandia, espero que quieras hacer una de las siguientes cosas:

- **Cuéntale a otros lo que te ha parecido:** el boca a boca sigue siendo una de las herramientas más poderosas para llegar a un público más amplio y agradezco enormemente cada reseña y el tiempo dedicado a escribirla. Si quieres dejar una reseña en Amazon, Goodreads, cualquier tienda de libros electrónicos, redes sociales o cualquier otro sitio, haré un brindis virtual por ti.
- **Únete al club de lectura de Cristina Wrights:** No puedo prometerte un café con leche ni un trozo de tarta de chocolate, pero a cambio recibirás un relato corto gratis. Te enviaré algún e-mail de vez en cuando, sobre todo para avisarte de que voy a publicar un nuevo libro. Inscribirse es fácil, sólo tienes que visitar mi página web www.cristinawrights.com. Estoy deseando darte la bienvenida.

Llevo escribiendo de una forma u otra desde que era pequeña y ésta es la primera novela de muchas. Gracias por acompañarme en esta aventura, tengo mucha suerte de tenerte como lector.

AGRADECIMIENTOS

Se necesita una aldea... y en el caso de los autores, familia, amigos, guardería, aplicaciones de compra en línea, bibliotecas, redes sociales, buscadores de Internet y recurrir a todos los favores que puedas.

Me gustaría dar las gracias especialmente a mi editora, Judith Fowler, por su ayuda para asegurarse de que mi historia estaba contada de la mejor forma posible; y al equipo de *Design for Writers* por hacer un trabajo fantástico con la portada de mi libro.

Gracias también a los compañeros escritores de los grupos de Facebook ‘20 books to 50k’ y ‘Self Publishing Formula’, que han estado ahí desde el principio de mi carrera como escritora y me han ofrecido consejos inestimables.

A mis padres, que iniciaron mi afición por la lectura, y a los profesores que la fomentaron. A todos los voluntarios y personal de las bibliotecas locales: sois héroes.

Y, por último, a mi marido, que cuando le dije que quería escribir una novela sin haber escrito una sola línea, no se rió y me compró un libro sobre cómo publicarla. Eso es tener fe.

ACERCA DEL AUTOR

Cristina Wrights es una autora española emergente de ficción contemporánea afincada en el Reino Unido. Ha publicado dos novelas desde su debut en 2020. Sus historias tratan temas complejos como la depresión, la edad adulta y el sexismo en clave de humor.

Cristina vive en las Midlands, en el caos al que llama hogar, junto a su paciente marido, sus hijos que le hacen demasiadas preguntas, y sus ancianos animales. Pasa la mayor parte de su (mínimo) tiempo libre viajando a su tierra natal en España.

Para más información sobre la autora y sus libros, visita www.cristinawrights.com.